

Vindicación de los Derechos de la Mujer

Por

Mary Wollstonecraft

Introducción de la autora

Tras considerar el devenir histórico y contemplar el mundo viviente con anhelosa solicitud, las emociones más melancólicas de indignación desconsolada han oprimido mi espíritu y lamento verme obligada a confesar tanto que la Naturaleza ha establecido una gran diferencia entre un hombre y otro como que la civilización que hasta ahora ha habido en el mundo ha sido muy parcial. He repasado varios libros sobre educación y he observado pacientemente la conducta de los padres y la administración de las escuelas. ¿Cuál ha sido el resultado? La profunda convicción de que la educación descuidada de mis semejantes es la gran fuente de la calamidad que deploro y de que a las mujeres, en particular, se las hace débiles y despreciables por una variedad de causas concurrentes, originadas en una conclusión precipitada. La conducta y los modales de las mujeres, de hecho, prueban con claridad que sus mentes no se encuentran en un estado saludable, porque al igual que las flores plantadas en una tierra demasiado rica, la fortaleza y provecho se sacrifican a la belleza, y las hojas suntuosas, tras haber resultado placenteras a una mirada exigente, se marchitan y abandonan en el tallo mucho antes del tiempo en que tendrían que llegar a su sazón. Atribuyo una de las causas de este florecimiento estéril a un sistema de educación falso, organizado mediante los libros que sobre el tema han escrito hombres que, al considerar a las mujeres más como tales que como criaturas humanas, se han mostrado más dispuestos a hacer de ellas damas seductoras que esposas afectuosas y madres racionales; y este homenaje engañoso ha distorsionado tanto la comprensión del sexo, que las mujeres civilizadas de nuestro siglo, con unas pocas excepciones, solo desean fervientemente inspirar amor, cuando debieran abrigar una ambición más noble y exigir respeto por su capacidad y sus virtudes.

Por consiguiente, en un tratado sobre los derechos y modales de la mujer, no deben pasarse por alto las obras que se han escrito expresamente para su perfeccionamiento, en especial cuando se afirma con términos directos que las mentes femeninas se encuentran debilitadas por un refinamiento falso; que los libros de instrucción escritos por hombres de talento han presentado la misma tendencia que las producciones más frívolas, y que, en estricto estilo mahometano, se las trata como si fueran seres subordinados y no como parte de la especie humana, cuando se acepta como razón perfectible la distinción solemne que eleva al hombre sobre la creación animal y pone un cetro natural en una mano débil.

Sin embargo, el hecho de que yo sea mujer no debe llevar a mis lectores a suponer que pretendo agitar con violencia el debatido tema de la calidad o inferioridad del sexo, pero, como lo encuentro en mi camino y no puedo

pasarlo por alto sin exponer a malinterpretación la línea principal de mi razonamiento, me detendré un momento para expresar mi opinión en pocas palabras. En el gobierno del mundo físico se puede observar que la mujer, en cuanto a fuerza, es, en general, inferior al hombre. Es ley de la Naturaleza y no parece que vaya a suspenderse o revocarse en favor de la mujer. Así pues, no puede negarse cierto grado de superioridad física, lo cual constituye una prerrogativa noble. Pero no contentos con esta preeminencia natural, los hombres se empeñan en hundirnos aún más para convertirnos simplemente en objetos atractivos para un rato; y las mujeres, embriagadas por la adoración que bajo la influencia de sus sentidos les profesan los hombres, no tratan de obtener un interés duradero en sus corazones o convertirse en las amigas de los semejantes que buscan diversión en su compañía.

Tengo en cuenta una inferencia obvia. He oído exclamaciones contra las mujeres masculinas provenientes de todas partes, pero ¿en qué deben basarse? Si con esta denominación los hombres quieren vituperar su pasión por la caza, el tiro y el juego, me uniré con la mayor cordialidad al clamor; pero si va contra la imitación de las virtudes masculinas o, hablando con mayor propiedad, de la consecución de aquellos talentos y virtudes cuyo ejercicio ennoblece el carácter humano, y eleva a las mujeres en la escala de los seres animales, donde se las incluye en la humanidad, debo pensar que todos aquellos que las juzgan con talante filosófico tienen que desear conmigo que se vuelvan cada día más y más masculinas.

Esta exposición divide el tema de modo natural. Primero consideraré a las mujeres como criaturas humanas que, en común con los hombres, se hallan en la tierra para desarrollar sus facultades; después señalaré de forma más particular sus características.

También deseo evitar un error en el que han caído muchos escritores respetables, porque la instrucción que hasta ahora se ha dirigido a las mujeres más bien ha sido aplicable a las señoras, si se exceptúa el parecer pequeño e indirecto que se vierte a través de Sandford and Merton; pero al dirigirme a mi sexo en un tono más firme, dedico una atención especial a las de la clase media porque parecen hallarse en el estado más natural. Quizá las semillas del falso refinamiento, la inmoralidad y la vanidad siempre han sido sembradas por los nobles. Seres débiles y artificiales, situados sobre los deseos y afectos comunes de su raza de modo prematuro e innatural, minan los cimientos mismos de la virtud y desparraman corrupción por la sociedad en su conjunto. Como clase de la humanidad, tienen el mayor derecho a la piedad; la educación de los ricos tiende a volverlos vanos y desvalidos, y el desarrollo de la mente no se fortalece mediante la práctica de aquellos deberes que dignifican el carácter humano. Solo viven para divertirse, y por la misma ley que produce invariablemente en la Naturaleza ciertos efectos, pronto solo

abordan diversiones estériles.

Pero como pretendo dar una visión separada de los diferentes estratos de la sociedad y del carácter moral de las mujeres en cada uno de ellos, por el momento esta alusión es suficiente. Y solo me he ocupado del tema porque me parece que la esencia misma de una introducción es proporcionar un recuento sumario de los contenidos de la obra a la que introduce.

Espero que mi propio sexo me excuse si trato a las mujeres como criaturas racionales en vez de hacer gala de sus gracias fascinantes y considerarlas como si se encontraran en un estado de infancia perpetua, incapaces de valerse por sí solas. Deseo de veras señalar en qué consiste la verdadera dignidad y la felicidad humana. Quiero persuadir a las mujeres para que traten de conseguir fortaleza, tanto de mente como de cuerpo, y convencerlas de que las frases suaves, el corazón impresionable, la delicadeza de sentimientos y el gusto refinado son casi sinónimos de epítetos de la debilidad, y que aquellos seres que son solo objetos de piedad y de esa clase de amor que se ha calificado como su gemela pronto se convertirán en objetos de desprecio.

Luego al desechar esas preciosas frases femeninas que los hombres usan con condescendencia para suavizar nuestra dependencia servil y al desdeñar esa mente elegante y débil, esa sensibilidad exquisita y los modales suaves y dóciles que supuestamente constituyen las características sexuales del recipiente más frágil, deseo mostrar que la elegancia es inferior a la virtud, que el primer objetivo de una ambición laudable es obtener el carácter de un ser humano, sin tener en cuenta la distinción de sexo, y que las consideraciones secundarias deben conducir a esta simple piedra de toque.

Esto es el esbozo aproximado de mi plan, y si expreso mi convicción con las enérgicas emociones que siento cuando pienso sobre el tema, algunos de mis lectores experimentarán el dictado de la experiencia y la reflexión. Animada por este importante objetivo, desdeñaré escoger las frases o pulir mi estilo. Pretendo ser útil y la sinceridad me hará natural, ya que al desear persuadir por la fuerza de mis argumentos en vez de deslumbrar por la elegancia de mi lenguaje, no perderé el tiempo con circunloquios o en fabricar expresiones rimbombantes sobre sentimientos artificiales que proceden de la cabeza y nunca llegan al corazón. Me emplearé en las cosas y no en las palabras, y deseosa de convertir a mi sexo en miembros más respetables de la sociedad, trataré de evitar esa dicción florida que se ha deslizado de los ensayos a las novelas y de ellas a las cartas familiares y a la conversación.

Esos pulcros superlativos, cuando se escapan de la lengua sin reflexión, vician el gusto y crean una especie de delicadeza enfermiza que rechaza la verdad simple y sin adornos; y un diluvio de falsas sensaciones y sentimientos desmesurados, al ahogar las emociones naturales del corazón, convierten en

insípidos los placeres domésticos que deben suavizar el ejercicio de aquellos severos deberes que educan al ser racional e inmortal para un campo de acción más noble.

La educación de las mujeres últimamente se ha atendido más que en tiempos anteriores. Aun así, todavía se las considera un sexo frívolo y los escritores que tratan de que mejoren mediante la sátira o la instrucción las ridiculizan o se apiadan de ellas. Se sabe que dedican muchos de los primeros años de sus vidas a adquirir una noción superficial de algunas dotes; mientras tanto, se sacrifica el fortalecimiento de cuerpo y alma a las nociones libertinas de belleza, al deseo de establecerse mediante el matrimonio —único modo en que las mujeres pueden ascender en el mundo. Y como este deseo las hace meros animales, cuando se casan actúan como se espera que lo hagan los niños: se visten, se pintan y se las moteja de criaturas de Dios. ¡Ciertamente estos frágiles seres solo sirven para un serrallo! ¿Puede esperarse que gobiernen una familia con fundamento o que cuiden de los pobres infantes que traen al mundo?

Luego, si puede deducirse con exactitud de la conducta presente del sexo, de la inclinación generalizada hacia el placer que ocupa el lugar de la ambición y de aquellas pasiones más nobles que abren y ensanchan el alma que la instrucción que han recibido las mujeres hasta ahora solo ha tendido, con la implantación de la sociedad cortés, a convertirlas en objetos insignificantes del deseo —¡meras propagadoras de necios!—, si puede probarse que al pretender adiestrarlas sin cultivar sus entendimientos se las saca de la esfera de sus deberes y se las hace ridículas e inútiles cuando pasa el breve florecimiento de la belleza, doy por sentado que los hombres racionales me excusarán por intentar persuadir las para que se vuelvan más masculinas y respetables.

Realmente la palabra masculinas es solo un metemiedos; hay poca razón para temer que las mujeres adquieran demasiado valor o fuerza, ya que su patente inferioridad con respecto a la fortaleza corporal debe hacerlas en cierto grado dependientes de los hombres en las diferentes relaciones de la vida; pero, ¿por qué debe incrementarse esta dependencia por prejuicios que ponen sexo a la virtud y confunden las verdades llanas con ensueños sensuales?

De hecho, las mujeres se encuentran tan degradadas por la mala interpretación de las nociones sobre la excelencia femenina, que no creo añadir una paradoja cuando afirmo que esta debilidad artificial produce una propensión a tiranizar y da cabida a la astucia, oponente natural de la fortaleza, que las lleva a completar el juego con esos despreciables ademanes infantiles que minan la estima aunque exciten el deseo. Que los hombres se vuelvan más castos y modestos, y si las mujeres no se hacen más sensatas en la misma proporción, quedará claro que poseen entendimientos más débiles. Parece

poco necesario decir que hablo del sexo en general. Muchas mujeres tienen más sentido que sus allegados masculinos; y como nada pesa más donde hay una lucha constante por el equilibrio sin que tenga naturalmente mayor gravedad, algunas mujeres gobiernan a sus maridos sin degradarse, porque el intelecto siempre gobernará.

A M. Talleyrand-Périgod, antiguo obispo de Autun

Señor, habiendo leído con gran placer un escrito que ha publicado últimamente, le dedico este volumen —la primera dedicatoria que he escrito en mi vida— para inducirle a leerlo con atención, y porque pienso que me entenderá, lo que no supongo que harán muchos de los que se creen agudos e ingeniosos, que quizás ridiculicen los argumentos que no son capaces de rebatir. Pero, señor, llevo mi respeto hacia su entendimiento aún más lejos, porque confío en que no dejará de lado mi obra y concluirá a la ligera que estoy en el error porque usted no consideró el asunto a la misma luz que yo. Y, perdón por mi franqueza, pero debo observar que usted lo trató de modo demasiado superficial, satisfecho con considerarlo como lo había sido en otro tiempo, cuando los derechos del hombre, por no aludir a los de la mujer, eran pisoteados como quiméricos. Así pues, le emplazo ahora para sopesar lo que he avanzado respecto a los derechos de la mujer y la educación nacional; y lo hago con el tono firme de la humanidad, porque mis argumentos, señor, están dictados por un espíritu desinteresado: abogo por mi sexo y no por mí misma. Desde hace tiempo he considerado la independencia como la gran bendición de la vida, la base de toda virtud; y siempre la alcanzaré reduciendo mis necesidades, aunque tenga que vivir de una tierra estéril.

Así, es el afecto por el conjunto de la raza humana lo que hace a mi pluma correr rápidamente para apoyar lo que creo que constituye la causa de la virtud; y el mismo motivo me lleva a desear honradamente ver a la mujer colocada en una posición desde la que adelantaría, en lugar de retrasar, el progreso de aquellos gloriosos principios que dan sustancia a la moralidad. En efecto, mi opinión sobre los derechos y obligaciones de las mujeres parece brotar de modo tan natural de esos principios fundamentales, que pienso, aunque no sea muy probable, que algunas de las mentes preclaras que dieron forma a vuestra admirable constitución coincidirían conmigo.

En Francia, sin duda, existe una difusión más general del conocimiento que en cualquier otra parte del mundo europeo, y lo atribuyo, en gran medida, al intercambio social que durante mucho tiempo ha pervivido entre los sexos. Es cierto —expreso mis sentimientos con libertad— que allí se ha extraído la

esencia misma de la sensualidad para regalo de los voluptuosos y ha prevalecido una especie de lujuria sentimental que, junto con el sistema de duplicidad que todo el contenido de su gobierno político y civil enseñó, ha proporcionado una siniestra suerte de sagacidad al carácter francés, denominado propiamente finesse, de la que emana con naturalidad un refinamiento de modales que daña la esencia al echar a la sinceridad fuera de la sociedad. Y la modestia, el vestido más bello de la virtud, se ha insultado en Francia de modo más grosero que en Inglaterra incluso, y hasta sus mujeres han tachado de mojigata esa atención a la decencia que los brutos observan por instinto.

Los modales y la moral se hallan tan ligados que a menudo se han confundido; pero aunque los primeros solo deben ser un reflejo natural de la última, cuando varias causas han producido modales artificiosos y corruptos, que se adquieren muy temprano, la moralidad se vuelve una palabra vacía. La reserva personal y el respeto sagrado por la claridad y delicadeza en la vida doméstica, que las mujeres francesas casi desprecian, son los pilares airoso de la modestia; y, lejos de despreciarlos, si la llama pura del patriotismo ha alcanzado sus senos, deben trabajar para mejorar la moral de sus conciudadanos, enseñando a los hombres no solo a respetar la modestia en las mujeres, sino darle cabida ellas mismas, como la única vía de merecer su estima.

Al luchar por los derechos de la mujer, mi argumento principal se basa en este principio fundamental: si no se la prepara con la educación para que se vuelva la compañera del hombre, detendrá el progreso del conocimiento y la virtud; porque la virtud debe ser común a todos o resultará ineficaz para influir en la práctica general. ¿Y cómo puede esperarse que la mujer contribuya a menos que sepa cómo ser virtuosa, que la libertad fortalezca su razón hasta que comprenda su deber y vea de qué modo se encuentra conectado con su beneficio real? Si se tiene que educar a los niños para que entiendan el principio verdadero del patriotismo, su madre debe ser patriota; y el amor al género humano, del que brota una sucesión ordenada de virtudes, solo puede darse si se tienen en consideración la moral y los intereses civiles de la humanidad; pero la educación y situación de la mujer en el momento presente la dejan fuera de tales investigaciones.

En esta obra he presentado muchos argumentos que me resultaban concluyentes para probar que la noción prevaleciente sobre el carácter sexual era subversiva para la moral, y he sostenido que para hacer más perfectos el cuerpo y la mente humanos, la castidad debe predominar de modo más universal, y que esta no será respetada en el mundo masculino mientras la persona de una mujer no deje de ser idolatrada, por decirlo así, cuando escasa virtud o sentido la adornen con grandes rasgos de belleza mental o la

interesante simplicidad del afecto.

Considere, señor, estas observaciones sin pasión, pues un destello de su verdad pareció abrirse ante usted cuando observó «que ver una mitad de la raza humana excluida por la otra de toda participación en el gobierno era un fenómeno político que, según los principios abstractos, era imposible explicar». Si es así, ¿en qué se apoya su constitución? Si los derechos abstractos del hombre sostienen la discusión y explicación, los de la mujer, por un razonamiento parejo, no rehuirían el mismo examen; aun así, en este país prevalece una opinión diferente, basada en los mismos argumentos que utilizan para justificar la opresión de la mujer: el precepto.

Considere —me dirijo a usted como legislador— que si los hombres luchan por su libertad y se les permite juzgar su propia felicidad, ¿no resulta inconsistente e injusto que subyuguen a las mujeres, aunque crean firmemente que están actuando del modo mejor calculado para proporcionarles felicidad? ¿Quién hizo al hombre el juez exclusivo, si la mujer comparte con él el don de la razón?

De este mismo modo argumentan todos los tiranos, cualquiera que sea su nombre, desde el rey débil hasta el débil padre de familia; todos ellos están ávidos por aplastar la razón, y también siempre afirman que usurpan el trono solo por ser útiles. ¿No actúan de modo similar cuando fuerzan a todas las mujeres, al negarles los derechos políticos y civiles, a permanecer confinadas en sus familias, andando a tientas en la oscuridad? Porque ciertamente, señor, no afirmaré que un deber pueda obligar cuando no se basa en la razón. Si realmente este fuera su destino, los argumentos se desprenderían de la razón; y, así, magníficamente apoyados, cuanto más entendimiento adquieran las mujeres, más se atarán a su deber comprendiéndolo, porque si no lo comprenden, si su moral no se fija con los mismos principios inmutables de los hombres, no existe autoridad que pueda exonerarlas de él de manera virtuosa. Pueden ser esclavas convenientes, pero el efecto constante de la esclavitud degradará al amo y al subordinado abyecto.

Pero si se debe excluir a las mujeres, sin tener voz, de participar en los derechos naturales del género humano, pruebe primero, para rechazar la acusación de injusticia e inconsistencia, que carecen de razón; de otro modo, esta grieta en vuestra Nueva Constitución siempre mostrará que el hombre, de alguna forma, debe actuar como un tirano, y la tiranía, en cualquier parte de la sociedad donde alce su descarado frente, siempre socavará la moralidad.

Reiteradamente he sostenido que las mujeres no pueden ser confinadas por la fuerza a los asuntos domésticos y he proporcionado argumentos que me parecen irrecusables al desprenderse de cuestiones de hecho que prueban mi afirmación; porque, aunque ignorantes, se inmiscuirán en los de más peso,

descuidando los deberes privados solo para estorbar, con ardides arteros, los planes ordenados de la razón que se alzan por encima de su comprensión.

Además, mientras estén solo hechas para adquirir dotes personales, los hombres las buscarán en variedad por placer, y maridos infieles harán esposas infieles; realmente deberá excusarse a estos seres ignorantes cuando, al no haberles enseñado a respetar el bien público o no haberles concedido ningún derecho civil, intenten hacerse justicia mediante el desquite.

Abierta de este modo la caja de los males, ¿qué va a preservar la virtud privada, la única protección de la libertad pública y la felicidad universal?

Luego, que no exista coerción establecida en la sociedad y, al prevalecer la ley de gravedad común, los sexos caerán en el lugar que les corresponde. Y cuando vuestros ciudadanos se formen con leyes más equitativas, el matrimonio se volverá más sagrado; vuestros jóvenes escogerán esposas por motivos de afecto y vuestras doncellas permitirán que el amor desarraigue la vanidad.

Entonces el padre de familia no debilitará su constitución y degradará sus sentimientos visitando a las ramerías, ni olvidará, obedeciendo la llamada de los apetitos, el propósito con el que se instituyó. Y la madre no descuidará a sus hijos para practicar las artes de la coquetería, cuando el sentido y la modestia le aseguren la amistad de su esposo.

Pero hasta que los hombres no dediquen atención al deber de un padre, es vano esperar de las mujeres que empleen en la crianza el tiempo que, «sabias para su generación», deciden pasar ante el espejo; porque este ejercicio de astucia es solo un instinto natural que les permite obtener de forma indirecta algo del poder que injustamente se les niega compartir; pues si no se permite a las mujeres disfrutar de derechos legítimos, volverán viciosos a los hombres y a sí mismas para obtener privilegios ilícitos.

Deseo, señor, sacar a flote algunas investigaciones de este tipo en Francia y si llevan a confirmar mis principios, cuando se revise vuestra constitución, debieran respetarse los Derechos de la Mujer, si se prueba plenamente que la razón exige este respeto y demanda en alta voz JUSTICIA para la mitad de la raza humana.

Suya respetuosamente,

M. W.

CAPÍTULO PRIMERO

Consideración sobre los derechos y deberes que afectan al género humano

En el estado presente de la sociedad, parece necesario regresar a los principios fundamentales en busca de las verdades más simples y disputar cada palmo del terreno con algunos de los prejuicios predominantes. Para abrirme camino, se me debe permitir enunciar algunas cuestiones llanas, cuyas respuestas parecerán probablemente tan inequívocas como los axiomas en los que se basa el razonamiento; no obstante, cuando se enredan con diversos motivos de acción, se contradicen formalmente, ya sea por las palabras o por la conducta de los hombres.

¿En qué consiste la preeminencia del hombre sobre la creación animal? La respuesta es tan clara como que una mitad es menos que un todo: en la Razón.

¿Qué dotes exaltan a un ser sobre otro? La virtud, replicamos con espontaneidad.

¿Con qué propósitos se implantaron las pasiones? Para que el hombre, al luchar contra ellas, pudiera obtener un grado de conocimiento negado a los animales, susurra la Experiencia.

En consecuencia, la perfección de nuestra naturaleza y la capacidad de felicidad deben estimarse por el grado de razón, virtud y conocimiento que distinguen al individuo y dirigen las leyes que obligan a la sociedad. Y resulta igualmente innegable que del ejercicio de la razón manan naturalmente el conocimiento y la virtud, si se considera al género humano en su conjunto.

Simplificados de este modo los derechos y deberes del hombre, parece casi impertinente tratar de ilustrar verdades tan incontrovertibles; pero prejuicios profundamente enraizados han nublado la razón y cualidades espurias han asumido el nombre de virtudes de tal modo, que resulta necesario perseguir el curso de la razón, cuando ha sido confundida y envuelta en el error, por varias circunstancias adventicias, comparando el axioma simple con las desviaciones casuales.

Los hombres, en general, parecen emplear su razón para justificar los prejuicios que han asimilado de un modo que les resulta difícil descubrir, en lugar de deshacerse de ellos. La mente que forma sus propios principios con resolución debe ser fuerte, ya que predomina una especie de cobardía intelectual que hace que muchos hombres se disminuyan frente a la tarea o solo la cumplan a medias. No obstante, las conclusiones imperfectas que se desprenden así son a menudo muy verosímiles, porque se basan en una experiencia parcial, en opiniones, aunque sean limitadas.

Volviendo a los principios fundamentales, los vicios, con toda su deformidad innata, procuran permanecer ocultos a una investigación minuciosa; pero un conjunto de razonadores superficiales siempre exclaman

que esos argumentos comprueban demasiado y que puede que una medida corrompida hasta la médula sea conveniente. De este modo, la conveniencia se contrasta continuamente con los principios básicos, hasta que la verdad se pierde en una maraña de palabras, la virtud en las formas y el conocimiento en una nada sonora, a causa de los engañosos prejuicios que usurpan su nombre.

En abstracto, para todo ser pensante resulta tan forzosamente evidente que la sociedad está formada del modo más sabio y que su constitución se basa en la naturaleza del hombre, que parece insolencia tratar de probarlo; no obstante, deben brindarse pruebas o la razón nunca será la que obligue al mantenimiento de un precepto; además, presentar un precepto como argumento para justificar que se despoje de sus derechos naturales a los hombres (o a las mujeres) es uno de los absurdos sofismas que insultan a diario el sentido común.

La civilización de la mayor parte de los pueblos europeos es muy parcial, por lo que se puede plantear la cuestión de si, a cambio de la inocencia, han adquirido algunas virtudes que resulten equivalentes a la aflicción producida por los vicios que se han extendido para tapar la fea ignorancia y la libertad que se ha trocado por una esclavitud espléndida. El deseo de deslumbrar por las riquezas, la preeminencia más cierta que un hombre puede obtener, el placer de mandar sobre zalameros aduladores y muchos otros cálculos bajos y complicados, propios de una egolatría excesiva, han contribuido a aplastar a la masa del género humano y a hacer de la libertad un asidero conveniente para desdeñar el patriotismo. Porque mientras que se concede al rango y los títulos la mayor importancia y ante ellos «el Genio debe esconder su cabeza disminuida», con muy pocas excepciones, resulta muy desafortunado para una nación que un hombre de facultades, sin rango ni propiedad, alcance renombre. ¡Ay, qué calamidades inauditas han padecido cientos para comprar un capelo de cardenal a un aventurero oscuro e intrigante que codiciaba estar a la altura de los príncipes o tratarlos con despotismo empuñando la triple corona!

Tal ha sido la miseria que ha emanado de la monarquía, las riquezas y los honores hereditarios, que los hombres de aguda sensibilidad casi han llegado a blasfemar para justificar el designio de la Providencia. El hombre se ha mantenido tan independiente del poder que lo creó como un planeta sin ley que se lanza desde su órbita para robar el fuego celestial de la razón, y la venganza del Cielo, oculta en la sutil llama, como la malicia encerrada en Pandora, castigó de modo suficiente su temeridad con la introducción del mal en el mundo.

Impresionado al contemplar la calamidad y el desorden que saturaban la sociedad, y cansado de chocar contra bobos superficiales, Rousseau acabó prendado de la soledad, y como a la vez era optimista, labora con una elocuencia poco común para probar que el hombre era por naturaleza un

animal solitario. Desencaminado por su respeto a la bondad divina, que ciertamente —¡porque qué hombre con sentido y sentimientos puede dudarlo! — dio la vida solo para comunicar felicidad, considera el mal como algo positivo, obra del hombre, sin tener en cuenta que exalta un atributo a expensas de otro, necesario por igual a la perfección divina.

Levantados sobre una hipótesis falsa, sus argumentos en favor del estado de naturaleza son verosímiles, pero erróneos. Digo erróneos porque afirmar que el estado de naturaleza es preferible a la civilización, en toda su perfección posible, es, en otras palabras, someter a juicio la sabiduría suprema; y la exclamación paradójica de que Dios ha creado todas las cosas bien y que el error ha sido introducido por la criatura que él formó, sabiendo lo que hacía, es tan poco filosófica como impía.

Cuando ese Ser sabio que nos creó y colocó aquí concibió esta hermosa idea, quiso, al permitir que fuera así, que las pasiones desarrollaran nuestra razón, porque pudo ver que el mal presente produciría el bien futuro. ¿Podía la desvalida criatura a la que trajo de la nada soltarse de su providencia y aprender audazmente a conocer el bien mediante la práctica del mal sin su permiso? No. ¿Cómo pudo ese enérgico abogado de la inmortalidad argumentar de modo tan inconsistente? Si la humanidad hubiera permanecido por siempre en el brutal estado de naturaleza, que ni siquiera su mágica pluma puede pintar como un estado en que echara raíces una sola virtud, habría resultado evidente, aunque no para los errantes impresionables y poco reflexivos, que el hombre había nacido para recorrer el círculo de la vida y la muerte, y adornar el jardín de Dios con algún propósito que no podría reconciliarse fácilmente con sus atributos.

Pero si, para coronar el conjunto, tenía que haber criaturas racionales a las que se permitía aumentar su excelencia mediante el ejercicio de poderes implantados para ese fin; si la misma benignidad tuvo a bien dar existencia a una criatura por encima de los brutos, que podía pensar y perfeccionarse, ¿por qué debe a este don inestimable, porque fue un don, si el hombre fue creado de modo que tuviera capacidad para alzarse del estado en que las sensaciones producen una tranquilidad animal, llamársele, en términos directos, una maldición? Se podría considerar una maldición si el conjunto de nuestra existencia se viera sujeto por nuestra continuación en este mundo, ya que ¿por qué la fuente indulgente de la vida iba a darnos las pasiones y el poder de reflexionar solo para amargar nuestros días e inspirarnos nociones erróneas de dignidad? ¿Por qué debe conducirnos del amor a nosotros mismos a las sublimes emociones que excita el descubrimiento de su sabiduría y bondad, si estos sentimientos no se pusieran en movimiento para mejorar nuestra naturaleza, de la que forman parte, y hacernos capaces de disfrutar de una mayor cantidad de felicidad? Persuadida con firmeza de que no existe mal en

el mundo que Dios no haya decidido, fundo mi creencia en su perfección.

Rousseau se emplea en probar que originalmente todo estaba bien; una muchedumbre de autores en que todo está bien ahora, y yo en que todo estará bien.

Pero, fiel a su primera posición, próxima a un estado de naturaleza, Rousseau celebra la barbarie y, apostrofando a la sombra de Fabricio, olvida que, al conquistar el mundo, los romanos nunca soñaron con establecer su propia libertad con bases firmes o con extender el reino de la virtud. Ávido por apoyar su sistema, estigmatiza como vicioso todo esfuerzo del genio; y para expresar la apoteosis de las virtudes salvajes, exalta las de los semidioses, escasamente humanos: los brutales espartanos que, a despecho de justicia y gratitud, sacrificaban a sangre fría a los esclavos que se habían portado como héroes para rescatar a sus opresores.

Hastiado de los modales y virtudes artificiales, el ciudadano de Ginebra, en lugar de tamizar de modo apropiado el tema, se deshizo del trigo y de la cizaña, sin esperar a indagar si los males que su alma ardiente rechazaba indignada eran la consecuencia de la civilización o los vestigios de la barbarie. Vio el vicio hollando la virtud y a la apariencia de bondad ocupando el lugar de la realidad; vio el talento doblegado por el poder para siniestros propósitos y nunca pensó en seguir los pasos del gigantesco mal hasta el poder arbitrario, hasta las distinciones hereditarias que chocan con la superioridad mental que eleva de modo natural a un hombre sobre sus semejantes. No percibió que el poder real, en pocas generaciones, introduce el idiotismo en la estirpe noble y constituye el cebo que vuelve indolentes y viciosos a cientos.

Nada puede colocar el carácter real en una consideración más despreciable que los múltiples crímenes que han elevado a los hombres a la dignidad suprema. Intrigas viles, crímenes contra natura y todo vicio que degrada nuestra naturaleza han sido los escalones de esta distinguida eminencia; y aun así, millones de hombres han consentido sumisos que la descendencia sin cuento de esos rapaces merodeadores descansa tranquila en sus tronos ensangrentados.

¿Qué sino un pestilente vapor puede cernerse sobre la sociedad cuando su director máximo solo se halla instruido en la invención de crímenes o en la tonta rutina de ceremonias infantiles? ¿Nunca los hombres serán inteligentes?, ¿nunca cesarán de esperar maíz de la cizaña y peras del olmo?

Para todo hombre resulta imposible, cuando se dan las circunstancias más favorables, adquirir el suficiente conocimiento y fortaleza mental para cumplir los deberes de un rey, al que se ha confiado un poder incontrolado; ¡cómo deben violarse, entonces, cuando su mismo encumbramiento es una barrera insuperable para lograr sabiduría o virtud, cuando todos los sentimientos de un

hombre se encuentran ahogados por la adulación y el placer concluye la reflexión! No cabe duda de que es una locura hacer que el destino de cientos dependa del capricho de un semejante débil, cuya mera posición le coloca por debajo del más ruin de sus súbditos. Pero no se debe rebajar un poder para exaltar otro, porque todo poder embriaga al hombre débil, y su abuso comprueba que cuanto mayor igualdad exista entre los hombres, mayor virtud y felicidad reinarán en la sociedad. No obstante, esta máxima y otras similares deducidas de la razón simple levantan una protesta: la Iglesia o el Estado se encuentran en peligro si no se tiene fe ciega en la sabiduría de los tiempos antiguos; y a los que, estimulados por la visión de la calamidad humana, osan atacar su autoridad, se los vilipendia por despreciar a Dios y ser enemigos del hombre. Son calumnias amargas que han alcanzado incluso a uno de los mejores hombres, cuyas cenizas todavía predicán paz y cuya memoria pide una pausa respetuosa, cuando se tratan temas que reposan tan cerca de su corazón.

Tras atacar la majestad sagrada de los reyes, es poco probable que sorprenda al añadir mi firme convicción de que toda profesión cuyo poder radique en una gran subordinación de rango es muy perjudicial para la moralidad.

Un ejército permanente, por ejemplo, es incompatible con la libertad, porque la subordinación y el rigor son los sostenes mismos de la disciplina militar; y el despotismo es necesario para proporcionar vigor a las empresas que uno ordenará. Solo unos cuantos oficiales pueden sentir el espíritu inspirado por las nociones románticas del honor, una especie de moralidad basada en la moda de la época, mientras que el cuerpo general debe ser movido mediante órdenes, como las olas del mar; porque el fuerte viento de la autoridad empuja adelante con furia temeraria a la muchedumbre de subalternos, que se preocupan poco en saber por qué.

Además, nada puede ser tan perjudicial para la moral de los habitantes de las aldeas campesinas como la residencia temporal de un conjunto de jóvenes indolentes y superficiales, cuya sola preocupación es la galantería y cuyos modales pulidos vuelven más peligroso el vicio al ocultar su deformidad bajo alegres ropajes ornamentales. Una apariencia de moda, que no es más que un símbolo de esclavitud y prueba que el alma no tiene un carácter individual fuerte, somete a la gente rural a la imitación de los vicios, cuando no pueden captar las gracias evasivas de la cortesía. Todo cuerpo es una cadena de déspotas que, al someter y tiranizar sin ejercitar su razón, se convierten en un peso muerto de vicio e insensatez para la comunidad. Un hombre de rango y fortuna, seguro de su ascenso por el interés, no tiene otra cosa que hacer sino perseguir algún capricho excéntrico, mientras que el caballero necesitado, que tiene que ascender, como bien dice la frase, por su mérito, se vuelve un

parásito servil o un vil alcahuete.

A los marinos les conviene la misma descripción, excepto porque sus vicios adquieren un aspecto diferente y más grosero. Son completamente indolentes, cuando no cumplen las ceremonias de su puesto, mientras que la insignificante agitación de los soldados puede denominarse indolencia activa. Más reducidos a la compañía de los hombres, los primeros adquieren cierta tendencia al humor y las burlas maliciosas, mientras que los últimos, al mezclarse con frecuencia con mujeres bien educadas, adoptan una inclinación sentimental. Pero el entendimiento queda por igual fuera de cuestión, ya den rienda suelta a la carcajada o a la sonrisa cortés.

¿Se me permitiría extender la comparación a una profesión donde se tiene que hallar con certeza mayor entendimiento, puesto que el clero tiene oportunidades superiores para perfeccionarse, aunque la sumisión restringe casi por igual sus facultades? La ciega sumisión impuesta en el seminario para formar la fe sirve de noviciado al cura, que debe respetar servilmente la opinión de su rector o patrón si quiere prosperar en su profesión. Quizá no pueda darse un contraste más enérgico que el existente entre el modo de andar servil y dependiente de un pobre cura y el porte cortés de un obispo. Y el respeto y desprecio que inspiran hacen la ejecución de sus distintas funciones igualmente inservible.

Es de gran importancia observar que el carácter de todo hombre se halla formado, en cierto grado, por su profesión. Un hombre con sentido puede que solo presente un moldeamiento de talante que desaparezca cuando se descubra su individualidad, mientras que el hombre común y débil rara vez posee otro carácter que no sea el que pertenece al cuerpo; finalmente, todas sus opiniones han sido tan impregnadas en la cuba consagrada por la autoridad, que no puede distinguirse el tenue alcohol que producen las uvas de su vino propio.

Así pues, la sociedad, como se hace evidente cada vez más, debe ser muy cuidadosa en no establecer cuerpos de hombres que necesariamente se volverán viciosos o necios por la misma constitución de sus profesiones.

En la infancia de la sociedad, cuando los hombres se hallaban saliendo de la barbarie, los jefes y los sacerdotes, al tocar los resortes más poderosos de la conducta salvaje, la esperanza y el temor, debían poseer un ascendiente ilimitado. La aristocracia, sin duda, es naturalmente la primera forma de gobierno. Pero, al perder pronto el equilibrio los intereses encontrados, surgen la monarquía y la jerarquía de la confusión de las luchas ambiciosas, y se aseguran los cimientos de ambas mediante las posesiones feudales. Esto parece ser el origen del poder de la monarquía y el clero, y el alba de la civilización. Pero esos materiales combustibles no pueden contenerse largo tiempo y, al hallar salida en las guerras exteriores y en las insurrecciones

intestinas, el pueblo adquiere algún poder en el tumulto, que obliga a sus gobernantes a disculpar su opresión mostrando su derecho. Así, según las guerras, la agricultura, el comercio y la literatura expanden el entendimiento, los déspotas se ven obligados a hacer que la corrupción encubierta mantenga firme el poder que en sus orígenes se arrebató por la fuerza abierta. Y esta venenosa gangrena latente se extiende con mayor rapidez mediante la lujuria y la superstición, escorias seguras de la ambición. El títere indolente de una corte al principio se vuelve un monstruo lujurioso o un sensualista exigente y luego se contagia de lo que su estado innatural propaga, se hace el instrumento de la tiranía.

La púrpura pestilente es la que convierte en una maldición el progreso de la civilización y deforma la comprensión, hasta que los hombres sensibles dudan si la expansión del intelecto produce una mayor porción de felicidad o de desdicha. Pero la naturaleza del veneno indica su antídoto; y si Rousseau hubiera remontado un escalón más en su investigación o su mirada hubiera podido traspasar la atmósfera neblinosa que no se dignó casi a respirar, su mente activa se habría lanzado a contemplar la perfección del hombre en el establecimiento de la civilización verdadera, en lugar de tomar su feroz vuelo atrás, a la noche de la ignorancia sensual.

CAPÍTULO II

Discusión sobre la opinión prevaleciente de un carácter sexual

Con el fin de explicar la tiranía de los hombres y excusarla, se han esgrimido muchos argumentos ingeniosos para probar que los dos sexos, en la adquisición de la virtud, deben apuntar a alcanzar un carácter muy diferente; o, para hablar de modo más explícito, no se admite de las mujeres que tengan la suficiente fortaleza mental para adquirir lo que realmente merece el nombre de virtud. No obstante, al admitir que tienen almas, debería parecer que solo hay un camino dispuesto por la Providencia para dirigir a la humanidad a la virtud o la felicidad.

Luego, si las mujeres no son enjambres de frívolas efímeras, ¿por qué hay que mantenerlas en la ignorancia bajo el nombre engañoso de inocencia? Los hombres se quejan, y con razón, de la insensatez y los caprichos de nuestro sexo, cuando no satirizan con agudeza nuestras impetuosas pasiones y nuestros vicios serviles. Debería responder: ¡he ahí el efecto natural de la ignorancia! La mente que solo se apoya en prejuicios siempre será inestable y la corriente avanzará con furia destructiva cuando no haya barreras que rompan su fuerza. Desde su infancia se les dice a las mujeres, y lo aprenden

del ejemplo de sus madres, que un pequeño conocimiento de la debilidad humana, denominado justamente astucia, un genio suave, obediencia externa y una atención escrupulosa a una especie de decoro pueril les obtendrá la protección del hombre; y si son hermosas, no se necesita nada más, al menos durante veinte años de sus vidas.

Así describe Milton a nuestra primera y frágil madre; aunque, cuando nos dice que a las mujeres las forma la gracia suave, dulce y atractiva, no puedo comprender su significado, a menos que, en el verdadero sentido mahometano, quiera privarnos de almas e insinuar que solo somos seres designados por la gracia dulce y atractiva y la obediencia ciega y dócil a satisfacer los sentidos del hombre cuando no puede por más tiempo remontarse en las alas de la contemplación.

¡De qué modo tan grosero nos insulta quien así nos aconseja convertirnos solo en animales gentiles y domésticos! Por ejemplo, la atractiva dulzura, tan calurosa y frecuentemente recomendada, que gobierna mediante la obediencia. ¡Qué pueril expresión y qué insignificante es el ser —¿puede ser inmortal? — que condesciende a gobernar por métodos tan siniestros! Lord Bacon dice: «Ciertamente, el hombre pertenece a la familia de las bestias por su cuerpo; y si no perteneciera a la de Dios por su espíritu, sería una criatura baja e innoble». Realmente me parece que los hombres actúan de modo muy poco filosófico cuando tratan de lograr la buena conducta de las mujeres intentando mantenerlas para siempre en un estado de infancia. Rousseau fue más consecuente cuando quiso detener el progreso de la razón en ambos sexos, porque si los hombres comen del árbol del conocimiento, las mujeres irán a probarlo; pero del cultivo imperfecto que reciben ahora sus entendimientos solo obtienen el conocimiento del mal.

Concedo que los niños deben ser inocentes; pero cuando este epíteto se aplica a hombres o mujeres, solo constituye un término cortés para la debilidad. Porque si se admite que las mujeres fueron destinadas por la Providencia para adquirir las virtudes humanas y, mediante el ejercicio de su entendimiento, esa estabilidad de carácter que es el terreno más firme donde sustentar nuestras esperanzas futuras, se les debe permitir volverse a la fuente de luz y no forzarlas a moldear su desarrollo por el centelleo de un mero satélite. Concedo que Milton fue de una opinión muy diferente, ya que solo se inclina ante el irrevocable derecho de la belleza, aunque sea difícil hacer consecuentes dos pasajes que quiero contrastar ahora. Pero a menudo sus sentidos conducen a otros grandes hombres a inconsistencias similares.

Adornada de perfecta belleza

Le dijo Eva: «Mi autor y mi señor,

Lo que me pides haré sin replicar;

Así lo ordena Dios. Dios es tu ley
Y tú la mía; no saber nada más
Es la ciencia mayor de una mujer
su mejor elogio.

Estos son exactamente los argumentos que he utilizado para los niños, pero he añadido: vuestra razón ahora está ganando fortaleza y hasta que llegue a cierto grado de madurez, debéis pedirme consejo; después tenéis que pensar y solo confiar en Dios.

No obstante, en los versos siguientes Milton parece coincidir conmigo, cuando hace que Adán discuta así con su Hacedor:

¿No me has hecho tú aquí tu sustituto,
Poniendo a esas criaturas inferiores
Por debajo de mí? Entre desiguales,
¿Qué sociedad, qué armonía, qué auténtico
Deleite se puede establecer? Ya que
Todo debe ser mutuo, y en la misma
Proporción entregado y recibido;
Pero en desigualdad, el uno intenso
Y el otro negligente, mal se pueden
Acomodar, y pronto nace el tedio.
Hablo de compañía, tal y como
La busco, capaz de participar
En todo goce racional.

Así pues, al tratar sobre los modales de las mujeres, desechemos los argumentos sensuales y descubramos lo que deben intentar hacer para cooperar, si la expresión no es demasiado osada, con el Ser Supremo.

Por educación individual entiendo, porque el sentido de la palabra no está definido con precisión, una atención tal al niño que agudice lentamente los sentidos y forme el genio, regule las pasiones cuando comienzan a fermentar y ponga a trabajar el entendimiento antes de que el cuerpo alcance la madurez, de modo que el hombre solo tenga que continuar, no comenzar, la importante tarea de aprender a razonar y pensar.

Para prevenir cualquier tergiversación, debo añadir que no creo que la

educación personal pueda llevar a cabo las maravillas que algunos escritores optimistas le han atribuido. Los hombres y las mujeres deben educarse, en gran medida, mediante las opiniones y modales de la sociedad en la que vivan. En toda época ha existido una corriente de opinión popular que lo ha arrollado todo y ha dado al siglo, por decirlo así, un carácter familiar. Puede inferirse con justeza entonces que, hasta que la sociedad no esté constituida de modo diferente, no es posible esperar mucho de la educación. Sin embargo, es suficiente para mi propósito presente afirmar que, sea cual fuere el efecto que las circunstancias tengan sobre las facultades, todo ser puede hacerse virtuoso mediante el ejercicio de su propia razón, porque si uno solo fuera creado con inclinaciones viciosas, esto es, positivamente malo, ¿qué puede salvarnos del ateísmo?, o si adoramos a un Dios, ¿no es este Dios un demonio?

En consecuencia, la educación más perfecta es, en mi opinión, un ejercicio del entendimiento, calculado lo mejor posible para fortalecer el cuerpo y formar el corazón. O, en otras palabras, para posibilitar al individuo la consecución de hábitos de virtud que le hagan independiente. De hecho, es una farsa llamar virtuoso a un ser cuyas virtudes no resultan del ejercicio de su propia razón. Esta era la opinión de Rousseau con respecto a los hombres; yo la extiendo a las mujeres y afirmo con toda confianza que se las ha sacado de su esfera mediante el falso refinamiento y no por el esfuerzo de adquirir cualidades masculinas. Sin embargo, el homenaje real que reciben es tan embriagador, que hasta que no cambien los modales de la época y se formen sobre principios más razonables, puede que sea imposible convencerlas de que el poder ilegítimo que obtienen al degradarse es una maldición y de que deben volver a la naturaleza y la igualdad si quieren conseguir la satisfacción apacible que comunican los afectos. Pero en esta época debemos esperar, quizá, hasta que los reyes y nobles, instruidos por la razón y al preferir la dignidad real del hombre al estado de infantilismo, se sacudan sus ostentosas galas hereditarias, y si entonces las mujeres no renuncian al poder arbitrario de la belleza, probarán que tienen menos inteligencia que el hombre.

Se me puede acusar de arrogancia, pero, de todos modos, debo declarar que creo con firmeza que todos los escritores que han tratado el tema de la educación y los modales femeninos, desde Rousseau hasta el doctor Gregory, han contribuido a hacer a las mujeres más artificiales, caracteres débiles que de otro modo no habrían sido y, como consecuencia, miembros más inútiles de la sociedad. Podría haber expresado esta convicción en un tono más bajo, pero me temo que habría sido el gimoteo de la afectación y no la ferviente expresión de mis sentimientos, del resultado claro que la experiencia y la reflexión me han llevado a extraer. Al llegar a esta parte del tema, debería referirme a los pasajes que desapruero más en las obras de los autores aludidos; pero primero es preciso observar que mi objeción se extiende a la intención general de estos libros que, en mi opinión, tienden a degradar a una

mitad de la especie humana y a hacer agradables a las mujeres a expensas de toda sólida virtud.

Sin embargo, para razonar en el terreno de Rousseau, si el hombre ha obtenido un grado de perfección cuando su cuerpo llega a la madurez, sería propio que, para hacer a este y su esposa uno, ella se fiara de su entendimiento; y la hiedra airosa, abrazando al roble que la sostiene, formaría un todo en el que fuerza y belleza destacarían por igual. Pero, ¡ay!, los maridos, al igual que sus compañeras, a menudo solo son niños grandes — mejor dicho, gracias al libertinaje precoz, apenas hombres en su forma externa —, y si la ceguera conduce a ceguera, no se necesita venir del cielo para contarnos las consecuencias.

Muchas son las causas que, en el actual estado corrupto de la sociedad, contribuyen a esclavizar a las mujeres, estorbando el entendimiento y agudizando sus sentidos. Quizá una que de forma silenciosa hace mayor mal que todas las restantes es su indiferencia hacia el orden.

Hacer todo de modo ordenado es un precepto de la mayor importancia que en general las mujeres, al recibir solo una especie de educación desordenada, rara vez tienen en cuenta con la exactitud con que lo observan los hombres, domeñados desde la infancia por el método. Esta especie de conjetura negligente —porque, ¿qué otro epíteto puede usarse para indicar el ejercicio al azar de una suerte de sentido común instintivo que nunca ha pasado la prueba de la razón? — les impide extraer generalizaciones de los hechos; así que hacen hoy lo que hicieron ayer, simplemente porque lo hicieron ayer.

Este desprecio del entendimiento en las primeras etapas de la vida tiene consecuencias más funestas de lo que comúnmente se supone; porque el pequeño conocimiento que las mujeres de mente poderosa alcanzan es, por distintas circunstancias, de una especie más inconexa que el de los hombres y se adquiere más por simples observaciones de la vida real que de comparar lo que se ha observado de modo individual, generalizando los resultados de la experiencia mediante la especulación. Llevadas por su situación dependiente y sus ocupaciones domésticas a estar más en sociedad, lo que aprenden es a retazos y como, en general, el aprender es para ellas solo algo secundario, no siguen ninguna línea con ese perseverante ardor necesario para dar vigor a las facultades y claridad al juicio. En el estado presente de la sociedad, se requiere un pequeño aprendizaje para respaldar el carácter de un caballero, y se obliga a los niños a someterse a unos cuantos años de disciplina. Pero, en la educación de las mujeres, el cultivo del entendimiento siempre se subordina a la adquisición de ciertas dotes corporales. Aun así, debilitado por el confinamiento y las nociones falsas de modestia, se impide al cuerpo alcanzar esa gracia y belleza que nunca manifiestan los miembros relajados y a medio formar. Además, en las jóvenes no se ponen de manifiesto sus facultades

mediante la emulación, y al no contar con estudios científicos serios, si tienen una sagacidad natural, se inclina demasiado pronto hacia la vida y los modales. Se extienden sobre efectos y modificaciones, sin descubrir sus causas, y las complicadas reglas que rigen la conducta son un débil sustituto para los principios fundamentales.

Como prueba de que la educación proporciona esa apariencia de debilidad a las mujeres, podemos citar el ejemplo de los militares, a quienes, como a ellas, se los envía al mundo antes de que sus mentes se hayan pertrechado de conocimiento o se hayan fortalecido mediante principios. Las consecuencias son similares: los soldados adquieren cierto conocimiento superficial, atrapado en la corriente confusa de la conversación, y, de mezclarse continuamente en sociedad, alcanzan lo que se denomina conocimiento del mundo. Esta familiaridad con modales y costumbres se ha confundido a menudo con un conocimiento del corazón humano. Pero, ¿puede el fruto tosco de la observación casual, que nunca ha pasado la prueba del juicio, formado mediante la comparación y la experiencia, merecerse tal distinción? Los soldados y las mujeres practican las virtudes menores con una cortesía meticulosa. Luego, ¿dónde está la diferencia sexual cuando la educación ha sido la misma? Todas las diferencias que puedo discernir surgen de la libertad, ventaja superior que permite a los primeros ver más de la vida.

Quizá sea divagar del tema presente hacer una observación política, pero como ha surgido naturalmente al hilo de mis reflexiones, no la pasaré por alto.

Los ejércitos permanentes nunca pueden estar formados por hombres resueltos y vigorosos; podrán ser máquinas bien disciplinadas, pero rara vez contarán con hombres bajo la influencia de fuertes pasiones o facultades muy enérgicas; y en cuanto a la profundidad del entendimiento, me aventuraré a afirmar que resulta tan raro encontrarla en el ejército como entre las mujeres. Y mantengo que la causa es la misma. Puede observarse además que los oficiales dedican también una atención especial a sus personas, les gusta bailar, las habitaciones repletas de gente, las aventuras y las burlas. Al igual que para el bello sexo, el objetivo de sus vidas es el galanteo; se les enseñó a agradar y solo viven para ello. No obstante, no pierden su rango en la distinción de los sexos, porque aún se los reconoce superiores a las mujeres, aunque es difícil descubrir en qué consiste su superioridad, más allá de lo que acabo de mencionar.

El gran infortunio es este, que ambos adquieren modales antes que moral y conocimiento de la vida antes de que hayan comprendido, mediante la reflexión, el gran esbozo ideal de la naturaleza humana. La consecuencia es obvia. Satisfechos con la naturaleza común, son presa de los prejuicios, y al asumir todas las opiniones sobre su honor, se someten ciegamente a la autoridad. Así que, si tienen algún sentido, es una especie de mirada instintiva

que capta proporciones y decide respecto a los modales, pero fracasa cuando deben seguirse argumentos bajo la superficie o analizarse las opiniones.

¿No puede aplicarse el mismo comentario a las mujeres? Mejor dicho, el argumento puede llevarse aún más lejos, puesto que las distinciones innaturales establecidas en la vida civilizada han dejado a ambos sin un puesto de utilidad. Las riquezas y los honores hereditarios han hecho de las mujeres cerros para dar importancia a las cifras; y la indolencia ha producido en la sociedad una mezcla de galantería y despotismo que lleva a los mismos hombres, esclavos de sus concubinas, a tiranizar a sus hermanas, esposas e hijas. Es cierto que esto es solo mientras se las mantenga como soldados rasos. Fortalezcamos la mente femenina ensanchándola y será el final de la obediencia ciega; pero como el poder busca la obediencia ciega, los tiranos y sensualistas están en lo cierto cuando tratan de mantener a la mujer en la oscuridad, porque el primero solo quiere esclavos y el último un juguete. De hecho, el sensualista ha sido el más peligroso de los tiranos, embaucadas las mujeres por sus amantes, como los príncipes por sus ministros, mientras soñaban que reinaban sobre ellos.

Ahora hago referencia en especial a Rousseau, porque su personaje de Sofía es sin duda cautivador, aunque me parece enormemente artificial. Sin embargo, no quiero atacar la estructura superficial, sino los cimientos de su carácter, los principios en los que se basa su educación; es más, a pesar de la cálida admiración que siento por el genio de este capaz escritor, cuyas opiniones tendré a menudo ocasión de citar, esta se trueca siempre en indignación y el ceño adusto de la virtud insultada borra la sonrisa de complacencia que sus párrafos elocuentes acostumbran a suscitar, cuando leo sus ensueños voluptuosos. ¿Es este el hombre que, en su ardor por la virtud, desterraba todas las artes delicadas de la paz y casi nos hacía regresar a la disciplina espartana? ¿Es este el hombre que se deleita en pintar la provechosa lucha de la pasión, el triunfo de las buenas disposiciones y los vuelos heroicos que transportan fuera de sí al alma candente? ¡Cómo se rebajan estos inmensos sentimientos cuando describe el lindo pie y el ademán seductor de su favorita! Pero, por el momento, renuncio al tema y, en lugar de reprender con severidad las efusiones pasajeras de una sensibilidad arrogante, solo observaré que cualquiera que haya vuelto los ojos a la sociedad a menudo debe haberse sentido satisfecho por la vista del humilde amor mutuo que no está exaltado por el sentimiento o fortalecido por la unión en afanes intelectuales. Las pequeñeces domésticas diarias han proporcionado asuntos para conversar animadamente y las caricias inocentes han suavizado labores que no requirieron gran ejercicio mental o capacidad de pensamiento. La visión de esta felicidad moderada ¿no excita más ternura que respeto? —una emoción similar a la que sentimos cuando los niños juegan o los animales retozan—; mientras que la contemplación de la noble lucha del mérito que sufre despierta

admiración y transporta nuestros pensamientos a ese mundo donde la sensación cederá el lugar a la razón.

Así pues, las mujeres tienen que ser consideradas seres morales o bien tan débiles que deben someterse por entero a las facultades superiores de los hombres.

Examinemos esta cuestión. Rousseau declara que una mujer nunca debe ni por un momento sentirse independiente, que debe regirse por el miedo a ejercitar su astucia natural y hacerse una esclava coqueta para volverse un objeto de deseo más atrayente, una compañía más dulce para el hombre cuando quiera relajarse. Lleva aún más lejos el argumento, que pretende extraer de los indicios de la naturaleza, e insinúa que verdad y fortaleza, las piedras angulares de toda virtud humana, deben cultivarse con ciertas restricciones, porque, con respecto al carácter femenino, la obediencia es la gran lección que debe inculcarse con vigor inflexible.

¡Qué disparate! ¿Cuándo surgirá un gran hombre con la suficiente fortaleza mental para soplar de encima los humos que el orgullo y la sensualidad han extendido sobre el tema? Si las mujeres son por naturaleza inferiores a los hombres, sus virtudes deben ser las mismas en cuanto a calidad, si no en cuanto a grado, o la virtud es una idea relativa; en consecuencia, su conducta debe basarse en los mismos principios y tener el mismo objetivo.

Conectadas con el hombre como hijas, esposas y madres, su carácter moral puede estimarse por el modo en que desempeñan estas simples obligaciones; pero el fin, el gran fin de su esfuerzo, debe ser desarrollar sus propias facultades y adquirir la dignidad de la virtud consciente. Pueden intentar hacer su camino placentero, pero no deben olvidar nunca, al igual que el hombre, que la vida no produce la felicidad que puede satisfacer a un alma inmortal. No quiero insinuar que cualquiera de los dos sexos deba perderse tanto en reflexiones abstractas o visiones distantes como para olvidar los afectos y las obligaciones que tiene delante y que son, en verdad, los medios designados para producir el fruto de la vida; por el contrario, les sugeriría calurosamente, e incluso afirmo, que proporcionan mayor satisfacción cuando se consideran a su luz verdadera y sobria.

Es probable que la opinión prevaleciente de que la mujer fue creada para el hombre haya surgido de la historia poética de Moisés; no obstante, como se da por sentado que muy pocos han dedicado algún pensamiento serio al asunto siempre creído de que Eva era, literalmente hablando, una costilla de Adán, debe permitirse que la deducción se venga abajo o solo se admita para probar que al hombre, desde la antigüedad más remota, le pareció conveniente ejercer su fuerza para subyugar a su compañera y utilizó su invención para mostrar que esta debía doblar su cuello bajo el yugo porque toda la creación se había

sacado de la nada para su conveniencia y placer.

Que no se concluya que quiero invertir el orden de las cosas. Ya he concedido que, por la constitución de sus cuerpos, los hombres parecen estar designados por la Providencia para obtener un grado mayor de virtud. Hablo del sexo en su conjunto; pero no veo sombra de razón para concluir que sus virtudes deban diferir respecto a su naturaleza. De hecho, ¿cómo podría ser así, si la virtud tiene solo un patrón eterno? Así pues, si razono de forma consecuente, debo mantener tan vigorosamente que tienen la misma dirección simple como que existe un Dios.

Se sigue, entonces, que la astucia no debe oponerse a la sabiduría, los pequeños cuidados a los grandes esfuerzos o la suavidad insípida, barnizada con el nombre de gentileza, a la fortaleza que solo pueden inspirar las grandes perspectivas.

Se me dirá que la mujer perdería entonces muchas de sus gracias peculiares y se podría citar la opinión de un poeta conocido para refutar mi afirmación incompetente. Porque Pope ha dicho, en nombre de todo el sexo masculino:

Sin embargo, nunca tan segura nuestra pasión para crear como cuando ella tocó el borde de todo lo que odiamos.

Dejaré al juicioso que determine a qué luz coloca esta ocurrencia a hombres y mujeres. Mientras tanto, me contentaré con observar que no puedo descubrir por qué, salvo porque son mortales, debe degradarse siempre a las mujeres subordinándolas al amor o la lujuria.

Sé que hablar irrespetuosamente del amor es una alta traición contra los sentimientos nobles; pero quiero hablar el lenguaje simple de la verdad y dirigirme más a la cabeza que al corazón. Tratar de razonar por completo el amor del mundo sería una quijotada y ofende por igual al sentido común; pero parece menos strafalario un intento por refrenar esta pasión tumultuosa y por probar que no debe permitírsele destronar poderes superiores o usurpar el cetro que el entendimiento ha de empuñar serenamente.

La juventud es la etapa del amor para ambos sexos, y en esos días de placer irreflexivo deben hacerse provisiones para los años más importantes de la vida, cuando la reflexión ocupa el lugar de la sensación. Pero Rousseau y la mayoría de los escritores que han seguido sus pasos han inculcado con ardor que la educación de las mujeres debe dirigirse por completo a un punto: a hacerlas placenteras.

Quiero razonar con los que apoyan esta opinión y tienen algún conocimiento de la naturaleza humana. ¿Imaginan que el matrimonio puede erradicar un hábito de vida? La mujer a la que solo se le ha enseñado a agradar

pronto descubrirá que sus encantos son rayos de sol oblicuos y que no tienen mucho efecto sobre el corazón de su marido cuando se ven todos los días, cuando el verano ya ha pasado. ¿Tendrá entonces suficiente energía innata para buscar sosiego en sí misma y cultivar sus facultades dormidas?, ¿o no resulta más racional esperar que tratará de agradar a otros hombres y olvidar, con las emociones de las nuevas conquistas, la mortificación que han recibido su amor o su orgullo? Cuando el marido deja de ser un amante, e inevitablemente llegará el momento, su deseo de agradar se hará lánguido o se volverá amargura; y quizá el amor, la más efímera de todas las pasiones, deje paso a los celos o a la vanidad.

Hablo de las mujeres que se contienen por principios o prejuicios. Aunque les repugnaría una intriga amorosa con aborrecimiento real, desean ser convencidas mediante el homenaje galante de que son cruelmente descuidadas por sus maridos; o pasan días y semanas soñando con la felicidad de que disfrutaran las almas afines, hasta que el descontento socava su salud y quiebra su espíritu. ¿Cómo puede, entonces, el gran arte de agradar ser un estudio tan necesario? Solo lo es para una concubina. La esposa casta y madre seria debe considerar su poder de agradar solo como el pulimento de sus virtudes, y el cariño de su marido, uno de los consuelos que hacen su tarea menos difícil y su vida más feliz. Pero, sea amada o descuidada, su primer deseo debe consistir en hacerse respetable y no depender para toda su felicidad de un ser sujeto a sus mismas debilidades.

El ilustre doctor Gregory cayó en un error similar. Respeto su corazón, pero desapruebo por completo su celebrado *Legacy to his Daughters*.

Les aconseja cultivar la afición a los vestidos porque afirma que es lo natural en ellas. No soy capaz de comprender qué es lo que quieren decir él o Rousseau cuando usan con frecuencia este término indefinido. Si nos dijeran que, en un estado previo, al alma le gustaban los vestidos y trajo esta inclinación con ella a un nuevo cuerpo, debería escucharlos con cierta sonrisa, como hago a menudo cuando oigo desvariar sobre la elegancia innata. Pero si solo quieren decir que el ejercicio de las facultades producirá esta inclinación, lo niego. No es natural, sino que surge, como la falsa ambición en los hombres, del amor al poder.

El doctor Gregory va mucho más lejos. En realidad recomienda el disimulo y aconseja a una muchacha inocente mentir sobre sus sentimientos y no bailar con brío, cuando la alegría de corazón haría a sus pies elocuentes sin volver sus ademanes inmodestos. En nombre de la verdad y el sentido común, ¿por qué no debe reconocer una mujer que puede hacer más ejercicio que otra o, en otras palabras, que tiene una constitución robusta?, ¿y por qué, para sofocar la viveza inocente, ha de decirse de forma oscura que los hombres sacarán conclusiones en las que ella piensa poco? Que el libertino saque las inferencias

que le plazcan; pero espero que ninguna madre sensata restrinja la franqueza natural de la juventud al instilar tales cautelas indecentes. De la abundancia del corazón habla la boca, y uno más sabio que Salomón ha dicho que este debe purificarse y no guardar ceremonias superficiales, lo que no resulta muy difícil cumplir con exactitud escrupulosa cuando el vicio reina en él.

Las mujeres deben tratar de purificar su corazón, pero ¿pueden hacerlo cuando sus entendimientos sin cultivar las hacen dependientes por completo de sus sentidos para estar ocupadas y divertirse, cuando no cuentan con actividades nobles que las coloquen por encima de las pequeñas vanidades diarias o les permitan refrenar las emociones salvajes que agitan al junco, sobre el que toda brisa pasajera tiene poder? Para ganar el afecto de un hombre virtuoso, ¿es necesaria la afectación? La naturaleza ha dado a la mujer una estructura más débil que al hombre; pero, para asegurarse el afecto de su marido, una esposa que, mediante el ejercicio de su mente y cuerpo mientras cumplía las obligaciones de una hermana, esposa y madre, ha permitido a su constitución retener su fuerza natural y a sus nervios un tono saludable, ¿debe condescender a usar artes y fingir una delicadeza enfermiza? La debilidad puede excitar la ternura y satisfacer el orgullo arrogante del hombre; pero las caricias condescendientes de un protector no gratificarán a una mente noble que anhela y merece ser respetada. ¡La afectuosidad es un pobre sustituto de la amistad!

Concedo que en un serrallo todas estas artes son necesarias; el sibarita debe sentir cosquillas en el paladar o se hundirá en la apatía; ¿pero tienen las mujeres tan poca ambición como para estar satisfechas con tal condición? ¿Pueden pasarse la vida soñando en brazos del placer o de la languidez del hastío, en lugar de afirmar su derecho a lograr placeres razonables y hacerse notables por practicar las virtudes que dignifican a la humanidad? Ciertamente no tiene un alma inmortal quien puede desperdiciar la vida solo en adornar su persona, cuando podría entretener las lánguidas horas y suavizar las preocupaciones de un semejante deseoso de ser animado por sus sonrisas y bromas al acabar los asuntos serios de la vida.

Además, la mujer que al ocuparse de su familia y practicar varias virtudes fortalece su cuerpo y ejercita su mente se convertirá en la amiga de su marido, en lugar de ser una humilde subordinada; y si poseer tales cualidades sustanciales merece su estimación, no le parecerá necesario disimular su afecto o pretender una frialdad innatural para excitar las pasiones de su marido. De hecho, si volvemos los ojos a la historia, hallaremos que las mujeres que se han distinguido no han sido las más hermosas ni las más gentiles de su sexo.

La Naturaleza o, para hablar con propiedad, Dios ha hecho todas las cosas rectas; pero el hombre ha realizado muchas invenciones para echar a perder su

obra. Ahora hago alusión a la parte del tratado del doctor Gregory donde aconseja a una esposa no permitir nunca que su marido conozca la magnitud de su sensibilidad o afecto. Precaución voluptuosa, tan ineficaz como absurda. El amor, por su misma naturaleza, debe ser transitorio. Buscar un secreto que lo haga constante sería una tarea tan extravagante como la búsqueda de la piedra filosofal o la gran panacea; y su descubrimiento sería igualmente inútil, o más bien pernicioso, para la humanidad. El galardón más sagrado de la sociedad es la amistad. Como bien señaló un sagaz escritor satírico, «raro como es el amor verdadero, más rara aún es la verdadera amistad». Esto es algo evidente y su causa poco oscura, por lo que solo requerirá un breve examen.

El amor, la pasión común en la que la casualidad y la sensación ocupan los puestos de la elección y la razón, lo siente, en algún grado, toda la humanidad, por lo que no resulta necesario en este momento hablar de las emociones que suscita o las que se esconden bajo él. Esta pasión, que aumenta de forma natural por la incertidumbre y las dificultades, saca a la mente de su estado habitual y exalta los afectos; pero en la seguridad del matrimonio, que permite calmar la fiebre del amor, solo los que no tienen suficiente intelecto para sustituir la admiración ciega y las emociones sensuales de la inclinación por la ternura calmada de la amistad y la confianza del respeto piensan que una temperatura saludable es insípida.

Este es, debe ser, el curso de la naturaleza. La amistad o la indiferencia suceden de forma inevitable al amor y esta constitución parece armonizar perfectamente con el sistema de gobierno que prevalece en el mundo moral. Las pasiones espolean a la acción y abren la mente, pero se rebajan a meros apetitos, se convierten en una gratificación personal y momentánea, cuando se consigue el objeto y la mente satisfecha descansa en su disfrute. El hombre que contaba con alguna virtud mientras luchaba por una corona a menudo se convierte en un tirano voluptuoso cuando esta ciñe su frente; y cuando el amante no se pierde en el esposo, presa de los caprichos infantiles y los celos, descuida los serios deberes de la vida y derrocha las caricias que debían provocar la confianza de sus hijos en una niña grande: su esposa.

Para cumplir con las obligaciones de la vida y ser capaces de proseguir con vigor las distintas ocupaciones que forman el carácter moral, el padre y la madre de una familia no deben seguir amándose con pasión. Quiero decir que no deben dar rienda suelta a aquellas emociones que perturban el orden de la sociedad y absorben los pensamientos que han de emplearse de otro modo. La mente que nunca ha estado absorta en un objeto carece de vigor, y es débil si esta situación dura mucho tiempo.

Una educación errónea, una mente estrecha y sin cultivar y muchos prejuicios sexuales tienden a hacer a las mujeres más constantes que los

hombres, pero por el momento no me ocuparé de este aspecto del tema. Iré aún más lejos y adelantaré, sin ánimo de paradoja, que con frecuencia un matrimonio infeliz ofrece ventajas para la familia y que, en general, la esposa abandonada es la mejor madre. Y aún sería más de este modo si la mente femenina fuera más amplia, porque parece designio divino que el disfrute que conseguimos en el presente debe deducirse del tesoro de la vida, la experiencia; y que cuando estamos recolectando las flores del día y deleitándonos de placer no podemos atrapar al mismo tiempo el fruto sólido del trabajo constante y la sabiduría. El camino se extiende ante nosotros y tenemos que girar a izquierda o derecha; el que pase la vida yendo de un placer a otro no ha de quejarse si no adquiere sabiduría ni un carácter respetable.

Supongamos por un momento que el alma no es inmortal y que el hombre solo fue creado para el escenario presente. Creo que tendríamos razón en quejarnos de que el amor, el cariño infantil, se hace insípido y deja de interesar al sentido. Comamos, bebamos y amemos, porque mañana moriremos, sería, de hecho, el lenguaje de la razón, la moral de la vida; ¿y quién sino un loco abandonaría una realidad por una sombra efímera? Pero si temerosos al observar los poderes perfectibles de la mente no nos dignamos a confinar nuestros deseos o pensamientos a un campo de acción tan pobre en comparación, que solo parece grande e importante cuando se conecta con perspectivas ilimitadas y esperanzas sublimes, ¿qué necesidad hay de conductas falsas y por qué debe violarse la sagrada majestad de la virtud para retener un bien engañoso que destruye el fundamento mismo de la virtud? ¿Por qué ha de contaminarse la mente femenina con las artes de la coquetería para satisfacer al sensualista y evitar que el amor se convierta en amistad o en ternura misericordiosa, cuando no existan cualidades sobre las que levantar aquella? Dejemos que el corazón honesto se muestre como es y la razón enseñe a la pasión a someterse a la necesidad; o que la digna búsqueda de la virtud y el conocimiento eleve la mente sobre aquellas emociones que amargan más que endulzan la copa de la vida, cuando no se hallan confinadas a los límites debidos.

No quiero hacer alusión a la pasión romántica, que es concomitante al genio. ¿Quién puede cortar sus alas? Pero esa gran pasión que no es proporcional a los disfrutes insignificantes de la vida solo es cierta para el sentimiento y se alimenta en sí misma. Las pasiones que se han celebrado por su duración siempre han sido desafortunadas. Han adquirido fortaleza por la ausencia y la melancolía que las conforman. La imaginación ha girado en torno a una forma de belleza difícil de percibir; pero la familiaridad puede que haya tornado la admiración en disgusto o, al menos, en indiferencia y que haya permitido a aquella, ociosa, comenzar un nuevo juego. Según esta visión de las cosas, Rousseau hace con perfecta propiedad que la dueña de su alma,

Eloísa, ame a St. Preux cuando la vida se iba marchitando ante ella; pero esto no prueba la inmortalidad de la pasión.

Del mismo tipo es el consejo del doctor Gregory respecto a la delicadeza de sentimientos, que aconseja no adquirir a la mujer si ha resuelto casarse. Sin embargo, llama a esta determinación, perfectamente consecuente con su consejo anterior, indecorosa y persuade a sus hijas con la mayor seriedad de que la disimulen, aunque gobierne su conducta, como si fuera indecoroso tener los apetitos comunes de la naturaleza humana.

¡Noble moral!, consecuente con la prudencia precavida de un alma pequeña que no puede extender sus consideraciones más allá del minuto presente de la existencia. Si todas las facultades de la mente femenina han de cultivarse solo si respetan su dependencia del hombre; si cuando logra un marido ha llegado a la meta y, pobremente orgullosa, descansa satisfecha con tan baladí corona, dejémosla que se arrastre a su gusto, elevada apenas por su empleo del reino animal; pero si, luchando por lograr su alta vocación, mira más allá del panorama presente, dejémosla cultivar su entendimiento sin pararnos a considerar qué carácter tenga el marido con el que está destinada a casarse. Dejémosla a ella sola determinarse, sin angustiarse demasiado por la felicidad presente, a adquirir las cualidades que ennoblecen al ser racional y que un marido poco pulido pueda sobresaltar su gusto sin destruir su paz mental. No moldeará su alma para acomodarse a las flaquezas de su compañero, sino para sobrellevarlas; su carácter puede ser una adversidad, pero no un impedimento para la virtud.

Si el doctor Gregory limita su comentario a las expectativas románticas de amor constante y sentimientos agradables, debiera haber recordado que la experiencia desecha lo que el consejo nunca puede hacernos dejar de anhelar, cuando la imaginación se mantiene viva a expensas de la razón.

Confieso que es frecuente que las mujeres que han fomentado una delicadeza de sentimientos romántica e innatural malgasten sus vidas en imaginar lo felices que habrían sido con un marido que pudiera amarlas con un cariño ferviente y en aumento cada día y por siempre. Pero podrían languidecer tanto casadas como solteras y no serían ni una pizca más desgraciadas con un mal esposo que anhelando uno bueno. Concedo que una educación apropiada o, hablando con mayor precisión, una mente bien pertrechada permitiría a una mujer soportar la vida de soltera con dignidad; pero que deba evitar cultivar su gusto, por si no complace a su marido, es dejar lo material por una quimera. A decir verdad, no sé qué utilidad tiene mejorar el gusto si no hace al individuo más independiente de las pérdidas de la vida, si no se abren nuevas fuentes de disfrute que solo dependan de las operaciones solitarias de la mente. A la gente de gusto, casada o soltera sin distinción, siempre le repugnarán las diferentes cosas que no afectan menos a las mentes

observadoras. No debe permitirse al argumento depender de esta conclusión, pero ¿debe decirse que el gusto es una bendición dentro del conjunto de placeres?

La cuestión es si proporciona más placer o dolor y la respuesta decidirá la propiedad del consejo del doctor Gregory y mostrará lo absurdo y tiránico que resulta establecer un sistema de esclavitud o intentar educar a los seres morales por cualesquiera otras reglas que las que se deducen de la razón pura y que son aplicables al conjunto de la especie.

La suavidad de modales, la paciencia y el sufrimiento prolongado son cualidades amables y divinas que han investido a la deidad en estilo poético y sublime; y quizás ninguna representación de su bondad le ha asegurado con tanta fuerza el afecto humano como las que la describen pródiga en misericordia y dispuesta al perdón. La dulzura, considerada desde este punto de vista, lleva en su frente todas las características de la grandeza, combinadas con las gracias atractivas de la condescendencia; pero qué aspecto tan diferente adquiere cuando se trata del comportamiento sumiso de la dependencia, el apoyo de la debilidad que ama porque necesita protección y es tolerante porque debe soportar los daños en silencio, sonriendo bajo el látigo que no osa desafiar. Tan abyecta como esta imagen es el retrato de una mujer instruida, según la opinión aceptada de la excelencia femenina, separada por argumentadores engañosos de la excelencia humana, que otras veces restauran compasivos la costilla y hacen un ser moral del hombre y de la mujer, sin olvidarse de otorgarle a ella todos los «encantos sumisos».

No se dice cómo existirán las mujeres en ese estado en que no estén casadas ni se den en matrimonio, porque aunque los moralistas están de acuerdo en que el rumbo de la vida parece probar que varias circunstancias preparan al hombre para un estado futuro, continuamente coinciden en aconsejar a la mujer que se ocupe solo del presente. En este terreno se recomiendan sin cejar la dulzura, la docilidad y el afecto servil como las virtudes fundamentales del sexo; y sin tener en cuenta la economía arbitraria de la naturaleza, un escritor ha declarado que resulta masculino para una mujer ser melancólica. Fue creada para ser juguete del hombre, su sonajero, y debe cascabelear en su oído cuandoquiera que, desechando la razón, le apetezca divertirse.

Realmente, recomendar la dulzura de forma amplia resulta estrictamente filosófico. Un ser frágil debe esforzarse para ser dulce. Pero cuando la paciencia confunde lo recto y lo erróneo, deja de ser una virtud; y por muy conveniente que sea encontrar compañero, nunca debe considerarse inferior y solo inspirar una ternura insípida, que rápidamente degenera en desprecio. Además, si el consejo pudiera realmente hacer dulce a un ser cuya disposición natural no admitiera tan fino pulimento, se obtendría algo conducente al

avance del orden; pero si, como puede demostrarse rápidamente, ese consejo indiscriminado solo produce afectación, que arroja un tropiezo en el camino del perfeccionamiento gradual y la mejora del temperamento, nuestro sexo no se beneficia mucho al sacrificar virtudes sólidas para obtener gracias superficiales, aunque durante algunos años puedan proporcionar a algunas mujeres ascendente real.

Como filósofa, leo con indignación los epítetos verosímiles que los hombres utilizan para suavizar sus insultos, y como moralista, pregunto qué quieren decir con asociaciones heterogéneas tales como defectos bellos, debilidad amable, etc. Si solo existe un criterio para la moral y un arquetipo para el hombre, las mujeres parecen estar suspendidas por el destino, según la leyenda vulgar del ataúd de Mahoma; no poseen el instinto infalible de los brutos ni se les permite fijar la mirada de la razón en un modelo perfecto. Se las hizo para ser amadas y no deben aspirar al respeto, si no quieren ser acosadas por la sociedad como masculinas.

Pero contemplemos el tema desde otro punto de vista. ¿Las mujeres pasivas e indolentes son las mejores esposas? Limitemos nuestra discusión al momento presente de la existencia y observemos cómo esas débiles criaturas llevan a cabo la parte que les corresponde. Las mujeres que al obtener unas cuantas dotes superficiales han contribuido a fortalecer los prejuicios prevalecientes ¿contribuyen a la felicidad de sus maridos simplemente? ¿Exhiben sus encantos solo para entretenerlos? Y ¿posee suficiente carácter para ocuparse de una familia o educar a sus hijos la mujer que desde muy pronto ha asimilado nociones de obediencia pasiva? Tras investigar la historia de la mujer, hasta ahora no puedo evitar coincidir con los críticos más severos y considerar a nuestro sexo el más débil, así como la mitad más oprimida de la especie. ¿Qué otra cosa muestra la historia sino marcas de inferioridad y unas pocas mujeres que han logrado emanciparse del yugo irritante del hombre soberano? Lo escaso de las excepciones me recuerda una ingeniosa conjetura sobre Newton: probablemente era un ser de un orden superior, enjaulado por accidente en un cuerpo humano. La misma sucesión de pensamiento me ha llevado a imaginar que las pocas mujeres extraordinarias que han corrido por direcciones excéntricas, fuera de la órbita prescrita para su sexo, eran espíritus masculinos, confinados por error en estructuras femeninas. Pero si no resulta filosófico pensar en el sexo cuando se menciona el alma, la inferioridad debe depender de los órganos, o el fuego celestial que hace fermentar la arcilla no se ha otorgado en proporciones iguales.

Pero evitando, como he hecho hasta ahora, las comparaciones directas de los dos sexos en general o reconociendo con franqueza la inferioridad de la mujer, según la apariencia presente de las cosas, deberé insistir únicamente en que los hombres han aumentado esa inferioridad hasta situar a las mujeres casi

por debajo de la categoría de criaturas racionales. Dejemos espacio a sus facultades para que se desarrollen y que sus virtudes se fortalezcan y determinemos entonces dónde se debe colocar todo el sexo en la escala intelectual. No obstante, recuérdese que no pido un lugar para un número pequeño de mujeres distinguidas.

Es difícil para nosotros, mortales miopes, decir a qué altura pueden llegar los descubrimientos y logros humanos cuando disminuya la penumbra del despotismo que nos hace vacilar a cada paso; pero cuando la moralidad se asiente sobre una base más sólida, sin estar dotada de espíritu profético, me aventuraré a predecir que la mujer será tanto la amiga como la esclava del hombre. No dudaremos, como en el presente, si actúa según la moral o es el vínculo que une al hombre con los animales. Pero si entonces parece que, como los brutos, fueron creadas fundamentalmente para el uso del hombre, las dejará morder el freno con paciencia y no las ridiculizará con elogios vacíos; o si se prueba su racionalidad, no impedirá su perfeccionamiento solo para satisfacer sus apetitos sensuales. No les aconsejaré tácitamente, con todas las gracias de la retórica, que sometan sus entendimientos a la guía del hombre. Cuando trate de su educación, no sostendrá que nunca deben usar la razón libremente, ni recomendará astucia y disimulo a los seres que estén adquiriendo, de modos semejantes a los suyos, las virtudes de la humanidad.

Es indudable que si la moralidad tiene cimientos eternos, solo puede haber una regla de derecho, y quienquiera que sacrifique la virtud en su sentido estricto a la conveniencia presente o cuyo deber sea actuar de tal modo vive solo para el día pasajero y no puede ser una criatura responsable. Entonces el poeta estaría mofándose cuando dijo:

Si las débiles mujeres se pierden,

Las estrellas tienen más culpa que ellas.

Porque sería más cierto que están sujetas a la inquebrantable cadena del destino si se prueba que no han de ejercer su propia razón, nunca van a ser independientes, nunca van a alzarse por encima de la opinión o a sentir la dignidad de una voluntad racional que solo se somete a Dios y a menudo olvida que el universo abarca a todo ser menos a él y el modelo de perfección al que se vuelve su mirada ardiente para adorar los atributos que, suavizados en las virtudes, pueden imitarse en clase, aunque el grado abruma a la mente arrebatada.

Como no quiero ejercer fuerza mediante la declamación cuando la razón ofrece su sobria luz, si son realmente capaces de actuar como criaturas racionales, no las tratemos como esclavas o como animales que dependen de la razón del hombre cuando se asocian con él, sino cultivemos sus mentes, démosles el freno saludable y sublime de los principios y permitámosles

obtener una dignidad consciente al sentirse solo dependientes de Dios. Enseñémosles, en común con los hombres, a someterse a la necesidad, en lugar de dar un sexo a la moral para hacerlas más placenteras.

Más aún, si la experiencia demuestra que no pueden lograr el mismo grado de fortaleza mental, perseverancia y entereza, dejemos que sus virtudes sean de la misma clase, aunque luchen vanamente para obtener el mismo grado; y la superioridad del hombre estará igualmente clara, si no más; y la verdad, como es un principio fundamental que no admite modificación, sería común a ambos. Aún más, no se invertirá el orden de la sociedad como está regulado en el presente, ya que entonces la mujer solo tendrá el rango que la razón le asigne y no se practicarán artes para nivelar la balanza y mucho menos para invertirla.

Todo esto pueden denominarse sueños de utopía. Los debo al Ser que los imprimió en mi alma y me dio la suficiente fuerza mental para atreverme a ejercer mi propia razón, hasta que, haciéndome depender solo de Él para apoyar mi virtud, contemplo con indignación las nociones erróneas que esclavizan a mi sexo.

Quiero al hombre como compañero; pero su cetro, real o usurpado, no se extiende hasta mí, a no ser que la razón de un individuo reclame mi homenaje; e incluso entonces la sumisión es a la razón y no al hombre. De hecho, la conducta de un ser responsable debe regularse por las operaciones de su propia razón; si no ¿sobre qué cimientos descansa el trono de Dios?

Me parece necesario extenderme en estas verdades obvias, ya que las mujeres han sido aisladas, por así decirlo. Y cuando se las ha despojado de las virtudes que visten a la humanidad, se las ha engalanado con gracias artificiales que les posibilitan ejercer una breve tiranía. Como el amor ocupa en su pecho el lugar de toda pasión más noble, su única ambición es ser hermosas para suscitar emociones en vez de inspirar respeto; y este deseo innoble, igual que el servilismo en las monarquías absolutas, destruye toda fortaleza de carácter. La libertad es la madre de la virtud y si por su misma constitución las mujeres son esclavas y no se les permite respirar el aire vigoroso de la libertad, deben languidecer por siempre y ser consideradas como exóticas y hermosas imperfecciones de la naturaleza.

En cuanto al argumento sobre la sujeción en la que siempre se ha mantenido a nuestro sexo, lo devuelvo al hombre. La mayoría siempre ha sido subyugada por una minoría y han tiranizado a cientos de sus semejantes monstruos que apenas han mostrado algún discernimiento de la excelencia humana. ¿Por qué hombres de talentos superiores se han sometido a tal degradación? Porque no se reconoce universalmente que los reyes, considerados en conjunto, siempre han sido inferiores en capacidad y virtudes

al mismo número de hombres tomados de la masa común de la humanidad. ¿No es esto así todavía y se los trata con un grado de reverencia que insulta a la razón? China no es el único país donde se ha hecho un dios de un hombre vivo. Los hombres se han sometido a la fuerza superior para disfrutar con impunidad del placer del momento; las mujeres solo han hecho lo mismo y, por ello, hasta que se pruebe que el cortesano servil que se somete a los derechos de nacimiento de un hombre no actúa según la moral, no puede demostrarse que la mujer es esencialmente inferior al hombre porque siempre ha estado subyugada.

Hasta ahora, la fuerza brutal ha gobernado al mundo y es evidente por los filósofos, escrupulosos en dar un conocimiento más útil al hombre de esa distinción determinada, que la ciencia política se encuentra en su infancia.

No proseguiré con este argumento más allá de establecer una inferencia obvia: según la política sana vaya difundiendo la libertad, la humanidad, incluidas las mujeres, se hará más sabia y virtuosa.

CAPÍTULO III

Continúa el mismo tema

La fuerza corporal que distinguía a los héroes se encuentra tan sumida en un desprecio inmerecido, que los hombres, y también las mujeres, parecen considerarla innecesaria; las últimas porque obtienen la fuente de su poder indebido de las gracias femeninas y de la debilidad amable, y los primeros, porque parece opuesta al carácter de un caballero.

Sería fácil probar que cada uno de ellos ha partido de un extremo y ha llegado al contrario, pero primero resultaría conveniente observar que el grado de credibilidad obtenido por un error habitual ha dado fuerza a una conclusión falsa, en la que se ha confundido un efecto con una causa.

Es frecuente que la gente de genio haya perjudicado su constitución por el estudio o por no preocuparse de su salud y se ha hecho casi proverbial que la violencia de sus pasiones da la medida del vigor de sus intelectos, como la espada que destruye su vaina. De ello los observadores superficiales han concluido que los hombres de genio han sido por lo común débiles o, por usar una frase más de moda, han tenido constituciones delicadas. Sin embargo, creo que el hecho parece ser lo contrario, pues tras una investigación diligente, he descubierto que, en la mayoría de los casos, la fortaleza mental se ha acompañado de una fuerza corporal superior, una sólida constitución, pero no ese tono robusto de nervios y músculos vigorosos que se alcanza con el trabajo

corporal cuando la mente está inactiva o solo dirige las manos.

El doctor Priestley ha señalado en el prefacio de su esquema biográfico que la mayoría de los grandes hombres han vivido más de cuarenta y cinco años. Deben haber contado con una estructura de hierro, si consideramos el modo irreflexivo en que han derrochado su fuerza cuando investigaban su disciplina favorita, que han gastado la lámpara de la vida, descuidando la medianoche; o cuando, perdidos en sueños poéticos, la imaginación ha poblado la escena y el alma se ha perturbado hasta debilitar la constitución por las pasiones que ha hecho surgir la meditación, cuyos objetos, construcción sin base de una visión, se desvanecen ante la mirada exhausta. Shakespeare nunca sujetó la daga ligera con mano débil, ni Milton tembló cuando condujo a Satán lejos de los confines de su triste prisión. No eran los desvaríos de la imbecilidad, las efusiones enfermas de mentes perturbadas, sino la exuberancia de la imaginación, que en su divagación de «hermoso frenesí» no recordaba constantemente sus grilletes materiales.

Me doy cuenta de que este argumento me llevaría más allá de donde parece que quiero llegar; pero persigo la verdad, y aunque sigo sosteniendo mi primera posición, reconoceré que la fortaleza corporal parece otorgar al hombre una superioridad natural sobre la mujer; y esta es la única base sólida sobre la que puede fundamentarse la superioridad del sexo. Pero sigo insistiendo en que no solo la virtud, sino el conocimiento de los dos sexos, deben tener la misma naturaleza, si no alcanzan el mismo grado, y las mujeres, consideradas no solo criaturas morales, sino también racionales, deben tratar de adquirir las virtudes humanas (o perfecciones) por los mismos medios que los hombres, en lugar de ser educadas como una especie de fantásticos seres a medias, una de las extravagantes quimeras de Rousseau.

Pero si la fuerza corporal es con cierta razón la vanagloria de los hombres, ¿por qué las mujeres son tan engreídas como para sentirse orgullosas de un defecto? Rousseau les ha proporcionado una excusa verosímil, que solo se le podía haber ocurrido a un hombre cuya imaginación ha corrido libre y pule las impresiones producidas por unos sentidos exquisitos, que ciertamente tendrían un pretexto para rendirse al apetito natural sin violar una especie de modestia romántica que satisface el orgullo y el libertinaje del hombre.

Las mujeres, engañadas por esos sentimientos, a veces se vanaglorian de su debilidad, obteniendo con astucia poder al representar la debilidad de los hombres; y pueden gloriarse bien de su dominio ilícito porque, como los bajás turcos, tienen más poder real que sus señores; pero la virtud se sacrifica a las satisfacciones temporales y la vida respetable al triunfo de una hora.

Las mujeres, como los déspotas, quizá no tengan más poder que el que obtendrían si el mundo, dividido y subdividido en reinos y familias, estuviera

governado por leyes deducidas del ejercicio de la razón; pero, para seguir la comparación, en su obtención se degrada su carácter y se esparce la licencia por todo el conjunto de la sociedad. La mayoría se convierte en la peana de unos cuantos. Así pues, me aventuraré a afirmar que hasta que no se eduque a las mujeres de modo más racional, el progreso de la virtud humana y el perfeccionamiento del conocimiento recibirán frenos continuos. Y si se concede que la mujer no fue creada simplemente para satisfacer el apetito del hombre o para ser la sirviente más elevada, que le proporciona sus comidas y atiende su ropa, se seguiría que el primer cuidado de las madres o padres que se ocupan realmente de la educación de las mujeres debería ser, si no fortalecer el cuerpo, al menos no destruir su constitución por nociones erróneas sobre la belleza y la excelencia femenina; y no debería permitirse nunca a las jóvenes asimilar la noción perniciosa de que un defecto puede, por cierto proceso químico de razonamiento, convertirse en una excelencia. A este respecto, me siento feliz de descubrir que el autor de uno de los libros más instructivos que se han producido en nuestro país para niños coincide con mi opinión. Citaré sus comentarios pertinentes para dar la fuerza de su autoridad respetable a la razón.

Pero si se prueba que la mujer es por naturaleza más débil que el hombre, ¿de dónde se sigue que es natural que se esfuerce para hacerse aún más débil de lo que es? Los argumentos de este tipo son un insulto al sentido común y huelen a pasión. Cabe esperar, en este siglo de las luces, que el derecho divino de los maridos, como el derecho divino de los reyes, puede y debe contestarse sin peligro; y aunque la condena no silencie a muchos disputadores turbulentos, no obstante, cuando se ataca algún prejuicio prevaleciente, los inteligentes lo tendrán en cuenta y dejarán a los de mente estrecha que protesten con vehemencia irracional contra la innovación.

La madre que quiere dar dignidad verdadera al carácter de su hija debe proceder, sin hacer caso de las burlas de la ignorancia, con un plan opuesto diametralmente al que recomienda Rousseau con todo el encanto engañoso de la elocuencia y la sofistería filosófica, porque su elocuencia hace verosímiles absurdos y sus conclusiones dogmáticas confunden sin convencer a los que no tienen capacidad para rebatirlas.

A lo largo del conjunto del reino animal, toda criatura joven requiere un ejercicio casi continuo, y de acuerdo con esta indicación, la infancia de los niños debe pasarse en retozos inocuos que ejerciten pies y manos, sin requerir a cada minuto la dirección de la cabeza o la atención constante de una niñera. De hecho, el cuidado necesario para la autoconservación es el primer ejercicio natural para el entendimiento, mientras que las pequeñas invenciones para entretenerse un rato desarrollan la imaginación. Pero estos sabios designios de la naturaleza se contrarían por una inclinación equivocada o un celo ciego. No

se deja al niño un momento a su propia dirección —en particular si es una niña— y de este modo se lo hace dependiente. Se llama natural la dependencia.

Para conservar la belleza personal —gloria de la mujer— se oprimen miembros y facultades con algo peor que las vendas chinas, y la vida sedentaria que se les condena a vivir, mientras los niños retozan al aire libre, debilita los músculos y relaja los nervios. En cuanto a los comentarios de Rousseau, de los que se han hecho eco muchos escritores desde entonces, sobre la inclinación natural, es decir, desde el nacimiento e independiente de la educación, que tienen por las muñecas, los trajes y la conversación, son tan pueriles que no merecen una refutación seria. Es, por supuesto, muy natural que una niña, condenada a permanecer sentada durante horas, escuchando la boba charla de niñeras débiles o asistiendo al arreglo de su madre, trate de unirse a la conversación; y que imite a su madre o sus tías y se entretenga adornando a su muñeca sin vida lo mismo que hacen con ella, pobre niña inocente, es sin duda la consecuencia más natural. Porque los hombres de mejores facultades rara vez han tenido la fuerza suficiente para sobresalir de la atmósfera circundante; y si las páginas de genio siempre han resultado borrosas por los prejuicios de la época, se debe conceder cierta indulgencia a un sexo que, como los reyes, siempre ve las cosas a través de un falso intermediario.

Sería muy fácil explicar la inclinación por los trajes, evidente en las mujeres, con estas reflexiones, sin suponer que es el resultado del deseo de agradar al sexo del que dependen. Resumiendo, resulta tan poco filosófico el disparate de suponer que una niña es una coqueta natural y que debe aparecer un deseo conectado con el impulso de la naturaleza para propagar la especie incluso antes de que una educación inapropiada, al calentar la imaginación, lo haya provocado prematuramente, que un observador tan sagaz como Rousseau no debería haberlo adoptado, si no hubiera estado acostumbrado a hacer que la razón ceda el camino a su deseo de singularidad y la verdad a una paradoja de su gusto.

Además, dar un sexo a la mente no era un argumento muy consecuente con los principios de un hombre que sostenía con tanto ardor y tan bien la inmortalidad del alma. Pero la verdad es una barrera muy débil cuando se alza en el camino de una hipótesis. Rousseau respetaba, casi adoraba, a la virtud y aun así se permitió amar con inclinación sensual. Su imaginación preparaba sin cesar combustible que quemar para sus sentidos inflamables; pero, para reconciliar su respeto por la abnegación, la fortaleza y aquellas virtudes heroicas que una mente como la suya podría tranquilamente no admirar, se esforzó en inventar la ley de la naturaleza y publicó una doctrina cargada de daño y que menospreciaba el carácter de la sabiduría suprema.

Sus historias ridículas que tienden a probar que las niñas se preocupan de

sus personas por naturaleza, sin dar ninguna importancia al ejemplo diario, están por debajo del desprecio. Y que una pequeña señorita tenga un gusto tan correcto como para desechar la distracción placentera de hacer «oes» simplemente porque percibió que su postura era poco atractiva debe seleccionarse con las anécdotas del cerdito sabio.

Probablemente yo he tenido la oportunidad de observar más niñas en su infancia que J.-J. Rousseau. Puedo recordar mis propios sentimientos y he observado a mi alrededor con detenimiento. Sin embargo, lejos de coincidir con su opinión respecto a los primeros albores del carácter femenino, me aventuraré a afirmar que una niña a quien no se le haya apagado el espíritu por la inactividad o se le haya teñido la inocencia con la falsa vergüenza siempre será traviesa y que no le atraerán la atención las muñecas, a menos que el encierro no le permita otra alternativa. En pocas palabras, los niños y las niñas jugarían juntos sin peligro, si no se inculcara la distinción de sexos mucho antes de que la naturaleza haga alguna diferencia. Iré todavía más lejos y afirmaré como hecho indiscutible que a la mayoría de las mujeres del círculo que he observado que han actuado como criaturas racionales o han mostrado algún vigor intelectual se les ha permitido de forma accidental correr salvajes, como insinuarían algunos de los elegantes educadores del bello sexo.

Las funestas consecuencias originadas por la falta de atención a la salud durante la infancia y la juventud se extienden más de lo que imaginaba: la dependencia del cuerpo produce de forma natural la dependencia mental; ¿y cómo puede ser una buena esposa o madre quien emplea la mayor parte de su tiempo en guardarse de la enfermedad o padecerla? Tampoco puede esperarse que una mujer intente con resolución fortalecer su constitución y se abstenga de caprichos que debilitan, si desde muy pronto las nociones artificiales de belleza y las descripciones falsas de la sensibilidad aparecen mezcladas con sus motivos de acción. La mayoría de los hombres tienen que soportar a veces inconveniencias corporales y aguantar, de forma ocasional, las inclemencias de los elementos; pero las mujeres elegantes son, literalmente hablando, esclavas de sus cuerpos y se glorían de su sujeción.

Una vez conocí a una débil mujer de buen tono que se enorgullecía más de lo común por su delicadeza y sensibilidad. Pensaba que la cumbre de toda perfección humana eran un gusto distinguido y poco apetito, y actuaba en consecuencia. He visto a este ser débil y sofisticado descuidar todas las obligaciones de la vida, reclinarse con autocomplacencia en un sofá y vanagloriarse de los caprichos de su apetito como una prueba de delicadeza que ampliaba su sensibilidad exquisita, o quizá surgía de ella, porque es difícil hacer inteligible una jerga tan ridícula. No obstante, al momento, la he visto insultar a una respetable dama anciana, cuyo infortunio inesperado la había hecho depender de su liberalidad ostentosa y quien, en días mejores, tenía

derecho a su gratitud. ¿Es posible que una criatura humana se pudiera haber convertido en un ser tan débil y depravado si, como los sibaritas disueltos en lujo, no hubiera consumido cualquier cosa que pareciera virtud o se hubiera inculcado esta como precepto, pobre sustituto, es cierto, del cultivo de la mente, aunque útil como barrera contra el vicio?

Una mujer tal no es un monstruo más irracional que algunos emperadores romanos, a quienes hizo depravados el poder sin ley. No obstante, como los reyes han estado más sujetos por la ley y el freno, aunque débil, del honor, los anales de la historia no están llenos de ejemplos tan innaturales de locura y crueldad, ni tampoco el despotismo, que mata el germen de la virtud y el genio, se cierne sobre Europa con ese estallido destructivo que desola Turquía y no deja que den frutos los hombres ni la tierra.

Las mujeres se encuentran por doquier en ese estado deplorable, porque, para preservar su inocencia, como se llama cortésmente a la ignorancia, se les esconde la verdad y se les hace asumir un carácter artificial antes de que sus facultades hayan adquirido fuerza. Como desde la infancia se les enseña que la belleza es el cetro de la mujer, la mente se adapta al cuerpo y, vagando por su jaula dorada, solo busca adorar su prisión. Los hombres cuentan con varias ocupaciones y objetivos que centran su atención y dan carácter a la mente abierta; pero las mujeres, limitadas a una y con sus pensamientos dirigidos constantemente a la parte más insignificante de sí mismas, rara vez amplían sus consideraciones más allá del triunfo de una hora. Pero si su entendimiento se emancipara de una vez de la esclavitud a la que las han sujetado el orgullo y la sensualidad del hombre y su deseo miope de dominio, semejante al de los tiranos, probablemente leeríamos acerca de su debilidad con sorpresa. Se me debe permitir seguir con el argumento un poco más.

Quizá, si se admitiera la existencia de un ser malo que, en el lenguaje alegórico de las Escrituras, vagara buscando a quien devorar, no podría degradar de modo más efectivo el carácter humano que dando al hombre poder absoluto.

Este argumento tiene varias ramificaciones. Cuna, riquezas y toda ventaja extrínseca que exalta a un hombre sobre sus semejantes, sin empleo alguno de la mente, en realidad le hunden por debajo de ellos. Cumple con su función mediante hombres designados para ello, en proporción a su debilidad, hasta que el monstruo hinchado pierde toda traza de humanidad. Y resulta un despropósito, que solo el deseo del disfrute presente y una mente estrecha puede resolver, el que las tribus de hombres, como rebaños de ovejas, sigan callados a semejante caudillo. Educados en la dependencia servil y debilitados por el lujo y la pereza, ¿dónde encontraremos hombres que se adelanten para afirmar los derechos del hombre o reclamen el privilegio de los seres morales, que es el único camino para la excelencia? Todavía no se ha abolido la

esclavitud a los monarcas y ministros, de los que el mundo tardará en liberarse y cuyo dominio implacable detiene el progreso de la mente humana.

Luego no dejemos a los hombres en el orgullo de su poder usar los mismos argumentos de reyes tiránicos y ministros venales y afirmar con falacia que la mujer debe someterse porque siempre ha sido así. Pero que desprecie a la mujer cuando el hombre, gobernado por leyes razonables, disfrute de su libertad natural, si esta no la comparte con él; y hasta que llegue ese periodo glorioso, que no descuide su propia insensatez al extenderse sobre la del otro sexo.

Es cierto que las mujeres, al obtener poder por medios injustos, mediante la práctica o el aliento del vicio, pierden el rango que la razón les asignaría y se convierten en esclavas abyectas o en tiranas caprichosas. Pierden toda sencillez, toda dignidad mental para adquirir poder y actúan como los hombres cuando han sido exaltados por los mismos medios.

Es tiempo de efectuar una revolución en los modales de las mujeres, tiempo de devolverles su dignidad perdida y hacerlas trabajar, como parte de la especie humana, para reformar el mundo, mediante su propio cambio. Es tiempo de separar la moral inmutable de los modales locales. Si los hombres son semidioses, sirvámosles. Y si la dignidad del alma femenina es tan discutible como la de los animales —si su razón no aporta la luz suficiente para dirigir su conducta cuando se les niega el instinto infalible—, son seguramente las más miserables de todas las criaturas y, doblegadas bajo la mano férrea del destino, deben conformarse con ser un bello defecto de la creación. Pero el casuista más sutil se desconcertaría al intentar justificar los caminos de la Providencia respecto a ellas, al tratar de señalar ciertas razones incontestables para hacer a una cantidad tan grande de la humanidad responsable y no responsable.

El único fundamento sólido para la moralidad parece ser el carácter del Ser Supremo, la armonía que surge del equilibrio de atributos —y, para hablar con propiedad, un atributo parece implicar la necesidad de otro. Debe ser justo porque es sabio; debe ser bueno porque es omnipotente. Porque exaltar un atributo a expensas de otro igualmente noble y necesario lleva la marca de la sesgada razón del hombre —el homenaje de la pasión. El hombre, acostumbrado a doblegarse ante el poder en su estado salvaje, rara vez puede despojarse de este prejuicio bárbaro, incluso cuando la civilización determina cuánto más superior es la fortaleza mental que la corporal; y su razón se nubla con estas opiniones groseras incluso cuando piensa en la deidad. Se hace que su omnipotencia se trague los otros atributos o los presida y los mortales que piensan que su poder debe regularse por su sabiduría parecen limitarlo de forma irreverente.

Rechazo esa humildad engañosa que, tras investigar la naturaleza, se para en el Autor. El Altísimo que vive en la eternidad posee sin duda muchos atributos de los que no podemos formarnos un concepto; pero la razón me dice que no pueden chocar con los que adoro, y estoy obligada a escuchar su voz.

Parece natural para el hombre buscar la excelencia, ya sea descubriéndola en el objeto que adora o invistiéndolo ciegamente de perfección, como si fuera una prenda de vestir. Pero, ¿qué buen efecto puede tener el último modo de adoración en la conducta moral de un ser racional? Se doblega al poder; adora una sombra oscura que le puede abrir brillantes perspectivas o estallar en cólera y furia sin ley sobre su cabeza devota, sin que sepa por qué. Y suponiendo que la deidad actúe según el vago impulso de una voluntad indirecta, el hombre también debe seguir la suya propia o actuar de acuerdo con las leyes, deducidas de principios que rechaza por irreverentes. En este dilema han caído tanto los pensadores fanáticos como los más fríos cuando se esforzaban por liberar a los hombres de los límites prudentes que impone una justa concepción del carácter de Dios.

Así, no resulta impío examinar los atributos del Todopoderoso; de hecho, ¿quién puede evitar ejercitar sus facultades en ello? Porque amar a Dios como fundamento de la sabiduría, la bondad y el poder parece ser la única adoración beneficiosa para un ser que quiere adquirir virtud o conocimiento. Un afecto ciego e inestable puede, como las pasiones humanas, ocupar la mente y caldear el corazón, mientras que, para hacer justicia, se olvida amar la misericordia y caminar humildemente con nuestro Dios. Seguiré más con este tema cuando considere la religión a una luz contraria a la recomendada por el doctor Gregory, que la trata como asunto de sentimiento o gusto.

Volvamos de esta aparente digresión. Sería de desear que las mujeres abrigaran un afecto por sus maridos, fundado en los mismos principios en los que descansa la devoción. No existe otra base firme bajo el cielo —porque debemos precaverlas sobre la luz engañosa del sentimiento, usado demasiadas veces como un término más suave que la sensualidad. Se sigue entonces, creo, que las mujeres desde su infancia debieran ser encerradas como princesas orientales o educadas de modo que sean capaces de pensar y actuar por sí mismas.

¿Por qué los hombres vacilan entre las dos opiniones y esperan imposibles? ¿Por qué esperan virtud de una esclava, de un ser a quien la constitución de la sociedad civil ha hecho débil, si no vicioso?

Sé que todavía se requerirá un tiempo considerable para erradicar los prejuicios firmemente enraizados que plantaron los sensualistas; también llevará su tiempo convencer a las mujeres de que a la larga actúan contra sus intereses reales cuando albergan debilidad o la afectan bajo el nombre de

delicadeza, y convencer al mundo de que la fuente corrompida de los vicios e insensateces femeninas, aunque sea necesaria de acuerdo con la costumbre, por utilizar términos sinónimos en un sentido amplio, ha sido el homenaje sensual que se rinde a la belleza, a la belleza de rasgos; porque un escritor alemán ha observado sagazmente que hombres de todas las condiciones admiten que una mujer bonita es un objeto de deseo, mientras que una mujer elevada, que inspira emociones más sublimes al exhibir belleza intelectual, puede pasar desapercibida o ser observada con indiferencia por aquellos hombres que buscan la felicidad en la satisfacción de sus apetitos. Preveo una réplica obvia: mientras los hombres continúen siendo seres tan imperfectos como parecen haber sido hasta ahora, seguirán, más o menos, esclavos de sus apetitos; y aquellas mujeres que satisfacen el sexo preponderante para obtener mayor poder defraudan el suyo propio por una necesidad física, si no moral.

Concedo que esta objeción tiene cierta fuerza; pero mientras exista un precepto moral como «Sed puros como lo es vuestro Padre celestial», parecería que las virtudes del hombre no están limitadas por el único Ser que puede hacerlo, y que puede ejercer presión para que se avance sin considerar si se sitúa fuera de su esfera al consentir una ambición tan noble. Se ha dicho a las olas indómitas: «Hasta aquí llegaréis y no más lejos; y aquí se detendrán tus olas imponentes». En vano baten y hacen espumas, frenadas por el poder que confina en sus órbitas los planetas en lucha; la materia se rinde al gran Espíritu gobernante. Pero un alma inmortal, al no estar controlada por leyes mecánicas y luchar por liberarse de las cadenas de la materia, contribuye al orden de la creación, en lugar de estorbarlo, cuando, colaborando con el Padre de los espíritus, trata de gobernarse por la regla invariable que rige el universo en cierto grado, ante el cual desfallece nuestra imaginación.

Además, si se educa a las mujeres para la dependencia, es decir, para actuar de acuerdo con la voluntad de otro ser falible y se somete al poder, recto o erróneo, ¿dónde hemos de detenernos? ¿Deben ser consideradas como gobernantes inferiores a los que se permite reinar sobre un pequeño dominio y se responsabiliza de su conducta ante un tribunal superior, capaz de error?

No será difícil probar que esas voluntades delegadas actuarán como los hombres sometidos por miedo y harán padecer a sus hijos y siervos su opresión tiránica. Como se someten sin razón y no cuentan con reglas fijas por las que ajustar su conducta, serán amables o crueles según les dicte el capricho del momento; y no debemos asombrarnos si a veces, mortificadas por su pesado yugo, obtienen un placer maligno en hacerlo descansar en hombros más débiles.

Pero supongamos que una mujer, educada en la obediencia y casada con un hombre razonable que dirige su juicio sin hacerle sentir la servidumbre de su sujeción, actúa por esta luz reflejada con toda la propiedad que puede

esperarse cuando se toma la razón de segunda mano; no obstante, ella no puede asegurar la vida de su protector y este puede morir y dejarla con una gran familia. A ella le corresponde un deber doble: educarla como padre y madre, y formar sus principios y asegurar su propiedad. Pero, ¡ay!, nunca ha pensado y mucho menos actuado por sí misma. Solo ha aprendido a gustar a los hombres, a depender graciosamente de ellos; pero, cargada de hijos, ¿cómo va a conseguir otro protector, un marido que haga las veces de la razón? Un hombre racional, porque no pisamos terreno romántico, aunque piense que es una criatura dócil y placentera, no elegiré casarse con una familia por amor, cuando hay en el mundo muchas otras hermosas criaturas. ¿Qué es de ella entonces? Se convierte en presa fácil para algún cazador de fortuna pobre que despoje a sus hijos de su herencia paterna y los deje en la miseria; o se hace víctima del descontento y el desenfreno ciego. Incapaz de educar a sus hijos o infundirles respeto —porque no es un juego de palabras afirmar que nunca se respeta a alguien que no es respetable, aunque ocupe un puesto importante—, se consume bajo la angustia del pesar vano e impotente. Los dientes de la serpiente entran en su alma y los vicios de la juventud licenciosa la llevan con pesar, cuando no con pobreza también, a la tumba.

No es un cuadro sobrecargado, sino un caso muy posible y algo semejante debe haber ocurrido ante cualquier mirada atenta.

Sin embargo, he dado por supuesto que la mujer tenía buena disposición, aunque la experiencia muestra que puede conducirse a las ciegas con la misma facilidad a la cuneta que por un camino batido. Pero hagamos la conjetura no muy improbable de que un ser al que solo se le ha enseñado a agrandar debe seguir buscando su felicidad en ello, ¡qué ejemplo de necedad, por no decir vicio, será para sus inocentes hijas! La madre se perderá en la coqueta y, en lugar de hacerse amiga de sus hijas, las contemplará con recelo porque son rivales —más crueles que otras cualesquiera porque incitan a la comparación y empujan del trono de la belleza a quien nunca ha pensado tener un puesto en el banco de la razón.

No se requiere una pluma viva o el esbozo perspicaz de una caricatura para trazar las miserias domésticas y los pequeños vicios que una señora de familia como esa difunde. Sin embargo, actúa como debe hacerlo una mujer criada según el sistema de Rousseau. Nunca se le reprochará ser masculina o salirse de su esfera; más aún, observaría otra de sus grandes reglas, y al conservar precavidamente su reputación libre de mancha, se la consideraría una mujer de buena clase. Pero, ¿desde qué perspectiva puede denominársela buena? Es cierto que se abstiene, sin gran lucha, de cometer grandes delitos, pero ¿cómo cumple con sus obligaciones? ¡Obligaciones!, a decir verdad, bastante tiene con pensar en adornar su cuerpo y alimentar su débil constitución.

Respecto a la religión, nunca se atrevió a juzgar por sí misma; pero se

ajustaba como debe hacerlo una criatura dependiente a las ceremonias de la Iglesia en las que la educaron, creyendo píamente que cabezas más sabias que la suya han organizado esos asuntos; y sin duda es la finalidad de su perfección. Así pues, paga su diezmo de menta y comino —y gracias a Dios no es como las demás mujeres. ¡Estos son los benditos efectos de una buena educación, las virtudes de la compañera del hombre!

Debo aliviarme dibujando un cuadro diferente. Dejemos que ahora la imaginación presente a una mujer con un entendimiento tolerable, porque no quiero dejar la línea de la mediocridad, cuya constitución, fortalecida por el ejercicio, ha permitido a su cuerpo adquirir su pleno vigor; su mente se ha ido expandiendo al mismo tiempo para comprender los deberes morales de la vida y en qué consisten la virtud y dignidad humanas.

Formada de este modo mediante el desempeño de las obligaciones relativas a su posición, se casa por afecto, sin perder de vista la prudencia y mirando más allá de la felicidad matrimonial, consigue el respeto de su marido antes de que sea necesario ejercer malas artes para complacerlo y alimentar una llama moribunda, que la naturaleza predestina a extinguirse cuando el objeto se hace familiar, cuando la amistad y la paciencia ocupan el puesto de un afecto más ardiente. Esta es la muerte natural del amor y no se destruye la paz doméstica con luchas para evitarlo. También doy por supuesto que el marido es virtuoso, o ella necesita aún más principios independientes.

Sin embargo, el destino rompe este vínculo. Ella se queda viuda, quizá sin una provisión suficiente, pero no está desolada. Siente la punzada natural del dolor, pero cuando el tiempo ha suavizado la pena en melancólica resignación, su corazón se torna a sus hijos con inclinación redoblada y, deseosa de proporcionarles todo lo necesario, el afecto da una forma sagrada y heroica a sus deberes maternos. Piensa que sus virtuosos esfuerzos no solo los ve aquel de quien debe manar ahora todo bienestar y cuya aprobación es la vida, sino que su imaginación, un poco exaltada y ensimismada por el duelo, espera en el fondo que los ojos que su mano temblorosa ha cerrado puedan todavía ver cómo somete toda pasión rebelde para cumplir la obligación doble de ser tanto el padre como la madre de sus hijos. Elevada al heroísmo por la mala fortuna, reprime los tenues albores de una inclinación natural antes de que maduren en amor, y en la flor de la vida se olvida de su sexo —olvida el placer de una pasión que despierta, que de nuevo habría sido inspirada y correspondida. No vuelve a pensar en agradar y su dignidad consciente le impide enorgullecerse de su conducta. Sus hijos cuentan con su amor y sus esperanzas más resplandecientes se encuentran más allá de la tumba, a donde su imaginación se extravía a menudo.

Pienso que la veo rodeada de sus hijos, recogiendo la recompensa de sus cuidados. Los ojos inteligentes encuentran los suyos, mientras la salud y la

inocencia sonrían en sus mejillas carnosas y, cuando son mayores, su atención agradecida disminuye los cuidados de la vida. Vive para ver las virtudes que trató de plantar sobre principios fijados en hábitos, para ver a sus hijos alcanzar una fortaleza de carácter suficiente que les permita soportar la adversidad sin olvidar el ejemplo de su madre.

Cumplida la tarea de la vida, espera con calma el sueño de la muerte y al levantarse de la tumba diría: «Mira, me diste un talento y aquí tienes cinco».

Deseo resumir lo que he dicho en unas pocas palabras, ya que arrojo mi guante aquí y niego la existencia de virtudes propias de un sexo, sin exceptuar la modestia. La verdad, si entiendo el significado de la palabra, debe ser la misma para el hombre y la mujer; no obstante, el carácter femenino imaginativo, tan bien descrito por poetas y novelistas, al demandar el sacrificio de la verdad y la sinceridad, convierte la virtud en una idea relativa que no tiene otro fundamento que la utilidad, y sobre esta utilidad pretenden juzgar los hombres, moldeándola a su propia conveniencia.

Admito que las mujeres tengan diferentes obligaciones que cumplir, pero son obligaciones humanas y los principios que deben regular su desempeño mantengo con firmeza que deben ser los mismos.

Es necesario hacerse respetable y ejercitar el entendimiento, pues no hay ningún otro fundamento para obtener un carácter independiente; quiero decir explícitamente que solo deben doblegarse a la autoridad de la razón, en lugar de ser las modestas esclavas de la opinión.

¡Qué pocas veces nos encontramos en los rangos superiores de la vida con hombres de cualidades elevadas o incluso de atributos comunes! Las razones me parecen claras: el estado en el que nacieron no era natural. El carácter humano siempre se ha formado mediante las ocupaciones que prosigue un individuo o una clase; y si no se agudizan las facultades mediante la necesidad, permanecen obtusas. Este argumento puede extenderse igualmente a las mujeres, ya que, ocupadas rara vez en asuntos serios, la consecución de placer da esa insignificancia a su carácter que hace a la sociedad de los nobles tan insípida. La misma falta de firmeza, producida por una causa similar, fuerza a ambos a volar de sí mismos a los placeres escandalosos y las pasiones artificiales, hasta que la vanidad ocupa el lugar de todo afecto social y resulta difícil distinguir las características de la humanidad. Tales son los beneficios de los gobiernos civiles, tal como están organizados en el presente, que la riqueza y la dulzura femenina tienden por igual a envilecer a la humanidad y se producen por la misma causa; pero al admitir que las mujeres son criaturas racionales, debe incitárselas a adquirir las virtudes que puedan llamar propias, porque ¿cómo se ennoblecerá un ser racional por algo que no obtiene por su propio esfuerzo?

CAPÍTULO IV

Observaciones sobre el estado de degradación al que se encuentra reducida la mujer por causas diversas

Creo que está claro que la mujer es débil por naturaleza o se halla degradada por una concurrencia de circunstancias. Simplemente contrastaré esta postura con una conclusión que he oído sostener con frecuencia a hombres razonables, en favor de la aristocracia: la masa de la humanidad no puede ser nada, o los esclavos dóciles que permiten con paciencia que se los conduzca percibirían su propia categoría y rechazarían sus cadenas. Observan, además, que los hombres se someten por doquier a la opresión, cuando solo tienen que levantar la cabeza y deshacerse del yugo; pero, en lugar de afirmar sus derechos de nacimiento, muerden el polvo en silencio y dicen: «comamos y bebamos, porque mañana moriremos». De modo análogo, las mujeres se degradan debido a la misma tendencia a disfrutar el momento presente y al final desdeñan la libertad por la que no luchan al carecer de la virtud suficiente para ello. Pero debo ser más explícita.

Con respecto al cultivo del corazón, se admite con unanimidad que el sexo está fuera de cuestión; pero no debe pasarse por alto la línea de subordinación en cuanto a los poderes mentales. Solo «absoluta en encanto», la proporción de racionalidad que se concede a la mujer es realmente escasa, porque al negar su genio y juicio resulta bastante difícil adivinar qué queda para caracterizar el intelecto.

El estambre de la inmortalidad, si se me permite la expresión, es la perfectibilidad de la razón humana; porque si el hombre fuera creado perfecto o cuando llega a la madurez surgiera de él un flujo de conocimiento que impidiera el error, dudaría de la continuidad de su existencia cuando el cuerpo se disuelva. Pero en el estado actual de las cosas, toda dificultad en cuanto a la moral que escapa de la discusión humana y desconcierta por igual la investigación del pensamiento profundo y la brillante intuición del genio constituye un argumento para cimentar mi creencia en la inmortalidad del alma. En consecuencia, la razón es el simple poder de perfeccionamiento o, para hablar con más propiedad, el poder de discernir la verdad. Cada individuo, a este respecto, constituye un mundo en sí mismo. Puede ser más sobresaliente en un ser que en otro, pero la naturaleza de la razón será la misma en todos si el vínculo que conecta a la criatura con el Creador es una emanación de la divinidad; pues un alma que no se perfecciona con el ejercicio de su propia razón ¿puede tener impresa la imagen celestial? Sin

embargo, adornada exteriormente con cuidado exquisito para agradar al hombre «que ame con honor», no se concede esta distinción al alma de la mujer, siempre con el hombre colocado entre ella y la razón, como si solo se la hubiera creado para ver a través de un burdo intermediario y para aceptar las cosas por confianza. Pero si desechamos estas teorías ilusorias y consideramos a la mujer como un todo, como debe ser, y no parte del hombre, la pregunta sería si tiene o no razón. En caso afirmativo, lo que concederé de momento, no fue creada solo para solaz del hombre y lo sexual no debe destruir el carácter humano.

Probablemente a este error han llegado los hombres al considerar la educación a una luz falsa y no como el primer paso para formar a un ser que avance gradualmente hacia la perfección, sino solo como una preparación para la vida. Sobre este error sensual, porque así debo denominarlo, se ha erigido el falso sistema de los modales femeninos que despoja de su dignidad a todo el sexo y clasifica su belleza y opacidad con las flores que solo adornan la tierra. Siempre ha sido este el lenguaje de los hombres y el miedo de apartarse de un supuesto carácter sexual ha hecho que incluso las mujeres con mejor sentido adoptaran los mismos sentimientos. Así, en sentido estricto hablando se ha negado a la mujer el entendimiento y se ha puesto en su lugar al instinto, sublimado en agudeza y astucia para las cosas de la vida.

El poder de generalizar ideas o de extraer conclusiones amplias de observaciones individuales es la única adquisición que merece el nombre de conocimiento para un ser inmortal. La simple observación, sin esforzarse por explicar nada, sería (de modo muy incompleto) como el sentido común de la vida, pero ¿dónde se encuentran guardadas las provisiones que deben vestir al alma cuando abandone el cuerpo?

Este poder no solo se ha negado a la mujer, sino que los escritores han insistido en que resulta inconsecuente, con escasas excepciones, con su carácter sexual. Que los hombres lo prueben y concederé que las mujeres solo existen para ellos. Sin embargo, debo observar previamente que el poder de generalizar ideas, en alto grado, no es muy común entre hombres o mujeres. Pero este ejercicio constituye el verdadero cultivo del entendimiento y todo conspira para hacerlo más difícil en el mundo femenino que en el masculino.

Esta afirmación me lleva de modo natural al tema principal de este capítulo, por lo que señalaré ahora algunas de las causas que degradan al sexo e impiden a las mujeres generalizar sus observaciones.

No me remontaré a los anales remotos de la antigüedad para seguir las huellas de la historia de la mujer; es suficiente con admitir que siempre ha sido una esclava o una déspota y señalar que cada una de estas situaciones retarda por igual el progreso de la razón. Siempre me ha parecido que la gran fuente

del vicio y la insensatez femenina surge de la estrechez mental, y la misma constitución de los gobiernos civiles ha colocado en el camino obstáculos casi insuperables para impedir el cultivo del entendimiento femenino; pero la virtud no puede basarse en otros cimientos. En el camino de los ricos se han arrojado los mismos obstáculos, con las mismas consecuencias.

De forma proverbial, se ha llamado a la necesidad la madre de la invención; el aforismo podría extenderse a la virtud. Es una adquisición que conlleva el sacrificio del placer, ¿y quién sacrifica este cuando se tiene al alcance de la mano o cuando la adversidad no ha abierto o fortalecido la mente, o la necesidad no ha agujoneado la búsqueda del conocimiento? Es una buena cosa que la gente tenga que luchar con las preocupaciones de la vida porque ello evita que se convierta en presa de los vicios que debilitan, simplemente por la indolencia. Pero si se sitúa a hombres y mujeres desde su nacimiento en una zona tórrida, con el sol meridiano del placer apuntándolos directamente, ¿cómo pueden reforzar sus mentes para cumplir con las obligaciones de la vida o incluso para saborear los afectos que los transportan fuera de sí mismos?

Según la modificación presente de la sociedad, el placer es el asunto central de la vida de una mujer y, mientras continúe siendo así, poco puede esperarse de esos seres débiles. Heredada la soberanía de la belleza en descendencia directa del primer bello defecto de la naturaleza, para mantener su poder tienen que renunciar a los derechos naturales que el ejercicio de la razón les habría procurado y elegir ser reinas efímeras, en lugar de trabajar para obtener los sobrios placeres que nacen de la igualdad. Exaltadas por su inferioridad (parece una contradicción), demandan constantemente homenaje como mujeres, aunque la experiencia debía enseñarles que los hombres que se precian de conceder este respeto arbitrario e insolente al sexo con la exactitud más escrupulosa son los más inclinados a tiranizarlo y a despreciar la misma debilidad que animan. A menudo repiten los mismos sentimientos que Hume cuando, al comparar el carácter francés con el ateniense, alude a las mujeres:

Pero lo que resulta más singular en esta nación caprichosa, digo de los atenienses, es que vuestro juego durante las saturnalias, cuando los esclavos son servidos por los amos, lo continúan seriamente durante todo el año y durante el curso completo de sus vidas, acompañado también por algunas circunstancias que aún aumentan más lo absurdo y ridículo. Vuestro deporte eleva durante unos días a aquellos que la fortuna ha abandonado y a quienes ella también, en los deportes, puede elevar para siempre. Pero esta nación exalta con gravedad a aquellas que la naturaleza les ha sometido y cuya inferioridad y debilidades son absolutamente incurables. Las mujeres, aunque carecen de virtud, son sus dueñas y soberanas.

¡Ay!, ¿por qué las mujeres —escribo con cariñosa solicitud—

condescienden a recibir un grado de atención y respeto de los extraños diferente a la reciprocidad educada que el dictado de la humanidad y la civilización autorizan entre hombre y mujer? ¿Y por qué no descubren, «cuando están en el apogeo del poder de la belleza», que las tratan como reinas solo para engañarlas con un falso respeto hasta que renuncien o no asuman sus prerrogativas naturales? Confinadas en jaulas como la raza emplumada, no tienen nada que hacer sino acicalarse el plumaje y pasearse de percha en percha. Es cierto que se les proporciona alimento y ropa sin que se esfuercen o tengan que dar vueltas; pero a cambio entregan salud, libertad y virtud. ¿Dónde se ha encontrado entre la humanidad la suficiente fortaleza mental para renunciar a estas prerrogativas adventicias, alguien que sobresalga de la opinión con la dignidad calmada de la razón y se atreva a sentirse orgullosa de los privilegios inherentes al hombre? Y es vano esperar lo mientras el poder hereditario ahogue los afectos y corte los brotes de la razón.

Así, las pasiones de los hombres han colocado en tronos a las mujeres y hasta que la humanidad se vuelva más juiciosa, no ha de temerse que las mujeres se aprovechen del poder que obtienen con el menor esfuerzo y que es el más incontestable. Sonreirán —sí, sonreirán— aunque se les diga:

En el imperio de la belleza no hay punto medio

y la mujer, sea esclava o reina,

rápidamente es menospreciada cuando no adorada.

Pero como la adoración llega primero, no se prevé el menosprecio.

Luis XIV, en particular, extendió modales artificiales y atrapó, de modo engañoso, a toda la nación en sus redes; porque para establecer una diestra cadena de despotismo, hizo que a la gente le interesara de forma individual respetar su posición y apoyar su poder. Y las mujeres, a quienes halagó mediante una pueril atención al sexo en su conjunto, obtuvieron en su reino esa distinción principesca tan fatal para la razón y la virtud.

Un rey lo es siempre, lo mismo que una mujer siempre es una mujer. Su autoridad y su sexo siempre se sitúan entre ellos y la conversación racional. Concedo que con un amante la mujer deba ser así y que su sensibilidad la lleve a esforzarse por excitar su emoción, no para satisfacer su vanidad, sino su corazón. No creo que esto sea coquetería, sino el impulso sencillo de la naturaleza. Solo protesto contra el deseo sexual de conquista cuando el corazón está fuera de cuestión.

Este deseo no se limita a las mujeres. Lord Chesterfield dice: «Me he esforzado por ganar los corazones de veinte mujeres, por cuyas personas no habría dado un higo». El libertino que, en su gusto por la pasión, se aprovecha de la ternura confiada es un santo si se le compara con este bellaco sin corazón

—quiero usar palabras significativas. Como solo se les ha enseñado a agradecer, las mujeres siempre están alerta para ello y se esfuerzan con ardor verdadero y heroico por ganar corazones simplemente para renunciar a ellos o desdeñarlos cuando la victoria está decidida y es evidente.

Debo descender a las menudencias del tema. Lamento que las mujeres sean sistemáticamente degradadas al recibir las atenciones insignificantes que los hombres consideran varonil otorgar al sexo, cuando en realidad apoyan insultantemente su propia superioridad. No es condescendencia doblegarse ante un inferior. De hecho, estas ceremonias me parecen tan ridículas que apenas puedo contener mis músculos cuando veo a un hombre lanzarse a levantar un pañuelo con solicitud ávida y seria o cerrar una puerta, cuando la dama podía haberlo hecho con moverse un paso o dos.

Un deseo salvaje ha fluido de mi corazón a mi cabeza y no lo reprimiré aunque pueda excitar carcajadas. Deseo honestamente ver cómo la distinción de los sexos se confunde en la sociedad, menos en los casos donde el amor anime la conducta. Porque estoy completamente convencida de que esta distinción es el fundamento de la debilidad de carácter atribuida a la mujer; es la causa por la que se niega el entendimiento, mientras se adquieren dotes con cuidadoso esmero; y la misma causa hace que prefiera lo elegante a las virtudes heroicas.

Toda la humanidad quiere ser amada y respetada por alguien, y las masas comunes siempre toman el camino más próximo para satisfacer sus deseos. El respeto otorgado a la riqueza y la belleza es el más cierto e inequívoco y, por supuesto, siempre atraerá la mirada vulgar de las mentes comunes. Las facultades y virtudes resultan totalmente necesarias para hacer notorios a los hombres de clase media, y la consecuencia natural es evidente: la clase media contiene más virtudes y facultades. De este modo, los hombres cuentan al menos con una oportunidad para esforzarse con dignidad y para elevarse mediante el ejercicio que perfecciona a una criatura racional; pero el conjunto del sexo femenino se encuentra, hasta que su carácter se forma, en las mismas condiciones que los ricos, porque nacen —hablo ahora de un estado de civilización— con ciertos privilegios sexuales; y mientras se les otorguen de modo gratuito, pocos pensarán en hacer más de lo obligado para obtener la estima de un pequeño número de gentes superiores.

¿Cuándo oímos de las mujeres que, comenzando en la oscuridad, reclaman valientemente respeto por sus grandes facultades o sus virtudes intrépidas? ¿Dónde se las encuentra? «Ser observados, atendidos y advertidos con simpatía, complacencia y aprobación son todas las ventajas que buscan». ¡Cierto!, exclamarán probablemente los lectores masculinos; pero, antes de que saquen conclusiones, recordémosles que esto no se escribió para describir a las mujeres, sino a los ricos. En la Teoría de los sentimientos morales del

doctor Smith he hallado la descripción del carácter general de la gente de rango y fortuna que, en mi opinión, podría aplicarse con la mayor propiedad al sexo femenino. Remito al lector sagaz a toda la comparación, pero se me debe permitir citar un trozo para dar fuerza a un argumento en el que quiero insistir por ser el más concluyente contra la existencia de un carácter sexual. Porque si, con excepción de los guerreros, no han aparecido grandes hombres de ninguna clase entre la nobleza, ¿no sería justo inferir que su emplazamiento engulle al hombre y produce un carácter similar al de las mujeres, que están emplazadas —si se me permite la palabra— por el rango en que las coloca la cortesía? A las mujeres, por lo común llamadas señoras, no se las contradice cuando están en compañía, no se les permite ejercer fuerza manual; y de ellas solo se esperan virtudes negativas, cuando se espera alguna: paciencia, docilidad, buen humor y flexibilidad, virtudes incompatibles con todo esfuerzo vigoroso del intelecto. Además, al vivir más con las demás y estar rara vez solas por completo, se hallan más bajo la influencia de los sentimientos que de las pasiones. La soledad y la reflexión son necesarias para dar a los deseos la fuerza de las pasiones y para permitir que la imaginación aumente el objeto y lo haga más deseable. Lo mismo puede decirse de los ricos: no recurren lo suficiente a ideas generales, reunidas por un pensamiento desapasionado o la investigación calmada, para adquirir la fuerza de carácter sobre la que se cimientan las grandes resoluciones. Pero oigamos lo que un agudo observador dice de los nobles:

¿Parecen insensibles los nobles al cómodo precio al que pueden adquirir la admiración pública, o parecen imaginar que para ellos, como para los demás hombres, debe ser una compra de sudor o sangre? ¿Mediante qué dotes importantes se instruye al joven noble para sustentar la dignidad de su rango y para hacerse merecedor de esa superioridad sobre sus conciudadanos, a la que le elevó la virtud de sus antepasados? Mediante el conocimiento, la industria, la paciencia, el renunciamiento o mediante cualquier tipo de virtud. Mientras se atiende a todas sus palabras, a todos sus ademanes, aprende a considerar de forma habitual cada circunstancia de la conducta ordinaria y estudia la realización de todos aquellos pequeños deberes con la más exacta propiedad. Como se da cuenta de lo mucho que se le observa o lo dispuesta que se encuentra la humanidad a favorecer todas sus inclinaciones, actúa en las ocasiones más insignificantes con la libertad y la altura que su pensamiento le inspira de forma natural. Su porte, sus modales, su conducta, todo marca ese sentido elegante de su propia superioridad a la que difícilmente pueden llegar los que nacen en una posición inferior. Estas son las artes por las que se propone hacer más fácil a la humanidad someterse a su autoridad y gobernar sus inclinaciones según su propio placer; y en ello es rara vez defraudado. Estas artes, sostenidas por el rango y la preeminencia, son suficientes para gobernar el mundo en ocasiones ordinarias. Durante la mayor parte de su

reinado, se consideró a Luis XIV el más perfecto modelo de un gran príncipe, no solo en Francia, sino en toda Europa. ¿Pero por qué talentos y virtudes adquirió esta gran reputación? ¿Fue por la justicia escrupulosa e inflexible de todas sus empresas, por los inmensos peligros y dificultades a los que atendió o por la dedicación inagotable e implacable con que los acometió? ¿Fue por su extenso conocimiento, por su juicio exquisito o por su heroico valor? No fue por ninguna de estas cualidades. Era, en primer lugar, el príncipe más poderoso de Europa y en consecuencia tenía el rango más elevado entre los reyes y luego, dice su historiador, «sobrepasaba a todos sus cortesanos en la gracia de su figura y la belleza majestuosa de sus facciones. El sonido de su voz, noble y afectuosa, ganaba los corazones que su presencia intimidaba. Tenía un paso y un porte solo propios de él y de su rango, que hubieran sido ridículos en cualquier otra persona. La turbación que ocasionaba a aquellos que hablaban con él favorecía esa secreta satisfacción con la que sentía su propia superioridad». Estas dotes frívolas, sostenidas por su rango y sin duda por cierto grado de otras virtudes y talentos, que no parecen, sin embargo, haber destacado mucho de la mediocridad, colocaron a este príncipe en el aprecio de su época y han aportado, incluso en la posteridad, un gran respeto a su memoria. Comparada con estas, en su propio tiempo y en su propia presencia, no parece que hubiera otra virtud de algún mérito. El conocimiento, la industria, el valor y la caridad temblaban, se avergonzaban y perdían toda dignidad ante ellas.

La mujer también se siente «completa en sí misma» al poseer todas estas dotes frívolas, lo que cambia la naturaleza de las cosas:

Que lo que quiere decir o hacer

Parece lo más inteligente, virtuoso, discreto, mejor;

Todo conocimiento más elevado se derrumba en su presencia

Degradado. La sabiduría, en conversación con ella,

Pierde desconcertada y parece insensata;

La autoridad y la razón esperan ante ella.

¡Y todo esto debido a su encanto!

Continuando la comparación, a los hombres de rango medio se los prepara en su juventud para distintas profesiones, sin considerar el matrimonio el gran acontecimiento de sus vidas, mientras que las mujeres, por el contrario, no tienen otro proyecto para agudizar sus facultades. No hay asuntos, planes extensos o divagaciones ambiciosas que acaparen su atención; no, sus pensamientos no se emplean en levantar estructuras tan nobles. Para encumbrarse en el mundo y tener libertad de correr de un placer a otro deben

casarse con ventaja y a este objeto sacrifican su tiempo y a menudo prostituyen sus personas legalmente. Cuando un hombre entra en una profesión, tiene puesta la mirada en alguna ventaja futura (y la mente gana gran fortaleza al tener todos los esfuerzos dirigidos a un punto) y, ocupado de lleno con sus asuntos, considera el placer como un simple descanso, mientras que las mujeres buscan el placer como el propósito principal de la existencia. De hecho, debido a la educación que reciben de la sociedad, puede decirse que el amor al placer las gobierna a todas; ¿pero esto prueba que las almas tienen sexo? Sería tan racional como declarar de los cortesanos de Francia, cuando el destructivo sistema del despotismo había formado su carácter, que no eran hombres, ya que la libertad, la virtud y la humanidad se sacrificaban al placer y la vanidad. ¡Pasiones mortales que siempre han dominado a toda la raza!

El mismo amor al placer, fomentado por la tendencia de su educación, da un aspecto frívolo a la conducta de las mujeres en la mayoría de las circunstancias; por ejemplo, siempre están muy preocupadas por cosas secundarias y a la espera de aventuras en lugar de ocuparse de sus obligaciones.

Cuando un hombre emprende un viaje, en general tiene el final a la vista; una mujer piensa más en las incidencias, las cosas raras que puedan ocurrir en el camino, la impresión que obtendrá de sus compañeros de viaje y, sobre todo, se preocupa en extremo de los atuendos que lleva consigo, que son más que parte de sí misma cuando va a figurar en un nuevo escenario; cuando, usando un giro francés, va a producir sensación. ¿Puede existir dignidad mental con cuidados tan triviales?

En resumen, las mujeres en general, al igual que los ricos de ambos sexos, han adquirido todos los vicios e insensateces de la civilización y han desechado sus frutos provechosos. No es necesario que continuamente recuerde que hablo de la condición de todo el sexo, dejando las excepciones fuera de cuestión. Sus sentidos se hallan inflamados y sus entendimientos descuidados, por lo que se convierten en presa de los primeros, denominados cortésmente sensibilidad, y son arrastradas por todo sentimiento o gusto momentáneo. Así, las mujeres civilizadas están tan debilitadas por el falso refinamiento, que respecto a la moral su condición es muy inferior a la que tendrían si se las hubiera dejado en un estado más cercano a la naturaleza. Siempre desasosegadas e inquietas, su excesiva sensibilidad las hace no solo incómodas para sí mismas, sino molestas, por buscar un término suave, para los otros. Todos sus pensamientos se dirigen a cosas calculadas para excitar las emociones y los sentimientos, cuando debieran razonar; su conducta es inestable y sus opiniones vacilantes —no la vacilación producida por la deliberación o las consideraciones sucesivas, sino por las emociones contradictorias. A tontas y a locas, se entusiasman con varias actividades,

aunque como el entusiasmo nunca se concentra en perseverancia, pronto se extingue; y sobreviene la neutralidad, exhalada por su propio calor o junto a otra pasión efímera, a la que la razón nunca ha dado una gravedad específica. Realmente, debe ser miserable el ser que ha cultivado su mente solo para inflamar sus pasiones. Ha de distinguirse entre inflamar la mente y fortalecerla. ¿Qué puede esperarse que resulte de las pasiones saciadas en exceso, mientras se deja sin formar el juicio? Sin duda, una mezcla de locura e insensatez.

Esta observación no debe limitarse al bello sexo, pero por el momento solo quiero aplicarla a él.

Las novelas, la música, la poesía, el galanteo, todo tiende a hacer de las mujeres criaturas de sensaciones y su carácter se forma con el molde de la insensatez durante el tiempo en que adquieren las dotes, el único perfeccionamiento que su posición en la sociedad las estimula a conseguir. Esta sensibilidad sobredimensionada debilita de modo natural los otros poderes de la mente e impide que el intelecto adquiera la soberanía necesaria para hacer que una criatura racional sea de provecho para las otras y se contente con su propia posición, porque la ejercitación del entendimiento, según avanza la vida, es el único método señalado por la naturaleza para calmar las pasiones.

La saciedad tiene un efecto muy diferente, y a menudo me he sentido muy impresionada por una descripción enérgica de la condenación, cuando se representa al espíritu girando sin parar, frustrados sus anhelos, en torno al cuerpo corrompido, incapaz de disfrutar nada sin los órganos de los sentidos. Hasta ahora, se hace a las mujeres esclavas de sus sentidos, pues mediante su sensibilidad obtienen su poder presente.

¿Y pretenderán los moralistas afirmar que esta es la condición en la que debe exhortarse a permanecer a la mitad de la raza humana, en inactividad indiferente y con estúpido consentimiento? ¡Qué instructores más amables! ¿Para qué fuimos creadas? Podrían contestarnos que para permanecer inocentes, pero quieren decir en un estado de infancia. También podríamos no haber nacido, a menos que fuera necesaria nuestra creación para que el hombre adquiriera el noble privilegio de la razón, el poder de discernir el bien del mal, mientras nosotras yacemos en el polvo de donde se nos sacó para no levantarnos más.

Sería una tarea sin cuento descubrir la variedad de mezquindades, cuidados y penas en los que se encuentran hundidas las mujeres por la opinión predominante de que fueron creadas para sentir en lugar de razonar y que todo el poder que obtienen debe alcanzarse por sus encantos y su debilidad:

¡Bella por sus defectos y amable debilidad!

Y por esta amable debilidad completamente dependientes, a excepción de lo que obtienen mediante su dominio ilícito sobre el hombre, no solo para su protección, sino para su consejo, resulta sorprendente que, descuidando las obligaciones que la misma razón señala y rehuyendo las pruebas calculadas para fortalecer sus mentes, solo se esfuercen en proporcionar una cobertura agradable a sus defectos, que puede servir para aumentar sus encantos a los ojos del voluptuoso, aunque se hundan en la escala de la excelencia moral.

Frágiles en toda la extensión de la palabra, están obligadas a buscar un hombre para hallar todo bienestar. En el peligro más insignificante, se aferran a su apoyo con tenacidad parásita, demandando socorro lastimosamente; y su protector natural extiende sus brazos o levanta la voz para guardar —¿de qué?— a la amada que tiembla. Quizás del ceño de una vaca vieja o del salto de un ratón; una rata sería un peligro más serio. En nombre de la razón e incluso del sentido común, ¿qué puede salvar a tales seres del desprecio, aunque sean dulces y bellas?

Estos temores, cuando no son fingidos, pueden producir algunas actitudes buenas, pero muestran un grado de imbecilidad que degrada a una criatura racional de un modo que las mujeres no perciben, porque amor y estima son cosas muy diferentes.

Estoy plenamente convencida de que no oiríamos ninguno de esos ademanes infantiles si se permitiera a las niñas hacer suficiente ejercicio y no se las confinara en habitaciones cerradas hasta que sus músculos se debilitan y se destruyen sus poderes de asimilación. Para llevar el comentario más lejos, si el temor de las niñas, en lugar de alentarse o quizá crearse, se tratara del mismo modo que la cobardía en los niños, pronto veríamos a las mujeres con aspectos más dignos. Es cierto que entonces no se las podría denominar con igual propiedad las flores dulces que sonrían al paso del hombre; pero serían miembros más respetables de la sociedad y cumplirían las obligaciones importantes de la vida mediante la luz de su propia razón. Rousseau dice: «Educad a las mujeres como hombres y cuanto más se parezcan a nuestro sexo, menos poder tendrán sobre nosotros». Esto es exactamente lo que pretendo. No deseo que tengan poder sobre los hombres, sino sobre sí mismas.

He oído argumentar a los hombres en el mismo estilo contra la instrucción de los pobres, pues son muchas las formas que adopta la aristocracia. Dicen: «Enseñadles a leer y escribir y los sacaréis de la posición que les ha asignado la naturaleza». Tomaré prestados los sentimientos de un elocuente francés, que les ha contestado: «Pero no saben, cuando hacen del hombre un animal, que pueden esperar a cada instante verlo transformado en una bestia feroz. Sin conocimiento no puede haber moralidad».

La ignorancia es una base frágil para la virtud. No obstante, los escritores

que más vehementemente han argüido en favor de la superioridad del hombre insisten en que es la condición por la que se ha organizado a la mujer; no es una superioridad de grado, sino una ofensa, aunque, para suavizar el argumento, se han esforzado en probar, con generosidad caballerosa, que no deben compararse los sexos; el hombre se hizo para razonar, la mujer para sentir. Y juntos, carne y espíritu, componen el todo más perfecto, al mezclar felizmente razón y sensibilidad en un carácter.

Pero, ¿qué es la sensibilidad? «Rapidez de sensación, rapidez de percepción, delicadeza». Así la define el doctor Johnson y sus palabras no me ofrecen otra idea que la de un instinto exquisitamente pulido. No percibo ningún vestigio de la imagen de Dios en la sensación o en la materia. Aunque se refine setenta veces siete, sigue siendo material; allí no reside el intelecto, lo mismo que el fuego nunca convertirá el plomo en oro.

Vuelvo a mi antiguo argumento: si se acepta que las mujeres poseen un alma inmortal, deben tener, como tarea de sus vidas, un entendimiento que perfeccionar. Y cuando, para hacer la condición actual más completa, aunque todo prueba que solo es una fracción de una inmensa suma, se las incita por la satisfacción presente a olvidar su gran destino, se contraría a la naturaleza, o solo nacieron para procrear y consumirse. O, si se otorga a todo tipo de animales un alma, aunque no con capacidad de raciocinio, el ejercicio del instinto y la sensibilidad podría ser el primer paso que han de dar en esta vida para obtener la razón en la próxima; así que durante toda la eternidad caminarán a la zaga del hombre a quien, por qué no podemos decirlo, se le dio el poder de obtener la razón en su primer modo de existencia.

Cuando trato de los deberes propios de las mujeres, como lo hago con los de un ciudadano o un padre, se comprobará que no pretendo insinuar que debe sacárselas de sus familias, si hablamos de la mayoría. Lord Bacon dice: «El que ha mujer e hijos ha dado rehenes a la fortuna; porque son impedimentos para las grandes empresas, tanto de virtud como de malicia. Ciertamente, las mejores obras, y las de mayor mérito para el público, han provenido de los hombres solteros o sin hijos». Digo lo mismo de las mujeres. Pero el bienestar de la sociedad no se construye con esfuerzos extraordinarios, y si estuviera organizada de forma más razonable, aún sería menor la necesidad de grandes facultades o virtudes heroicas.

Para organizar una familia, para educar a los hijos, se requiere de modo especial entendimiento, en un sentido sencillo: fortaleza de cuerpo y alma. Sin embargo, los hombres que por sus escritos más se han esforzado por domesticar a las mujeres han tratado de debilitar sus cuerpos y entorpecer sus mentes, mediante argumentos dictados por un apetito grosero que la saciedad ha hecho molesto. Pero aunque con estos métodos siniestros convenzan a las mujeres, trabajando sus sentimientos, para que se queden en casa y cumplan

las obligaciones de una madre y dueña de familia, debo oponerme con prudencia a las opiniones que llevan a la mujer a la conducta recta, persuadiéndolas de hacer del cumplimiento de deberes tan importantes el objetivo principal de la vida, aunque se insulte a la razón. Además, y apelo a la experiencia, si por descuidar el entendimiento se desligaran de esas tareas domésticas más de lo que podrían hacerlo por objetivos intelectuales más serios, aunque puede observarse que la masa de la humanidad nunca perseguirá vigorosamente un objetivo intelectual, se me puede permitir inferir que la razón es absolutamente necesaria para que la mujer sea capaz de cumplir todo deber con propiedad, y debo repetir que sensibilidad no es razón.

Se me vuelve a ocurrir la comparación con los ricos, porque cuando los hombres descuiden las obligaciones de la humanidad, las mujeres seguirán su ejemplo; una corriente común apresura a ambos con rapidez irreflexiva. Riquezas y honores impiden al hombre ampliar su entendimiento y debilitan todas sus fuerzas al invertir el orden de la naturaleza, que nunca ha hecho cierto que el placer sea la recompensa del trabajo. El placer —el que debilita— está, asimismo, al alcance de las mujeres sin esforzarse. Pero si las posesiones hereditarias están ampliamente extendidas, ¿cómo podemos esperar que los hombres se enorgullecen de la virtud? Y mientras sea así, las mujeres los gobernarán por los medios más directos, descuidando los aburridos deberes domésticos para atrapar el placer que se mece ligero en alas del tiempo.

Cierto autor dice: «El poder de la mujer es su sensibilidad», y los hombres, sin darse cuenta de las consecuencias, hacen todo lo que pueden para que este poder devore cualquier otro. Aquellos que emplean su sensibilidad continuamente la aumentarán, por ejemplo, los poetas, pintores y compositores. Y cuando la sensibilidad se aumenta así a expensas de la razón e incluso de la imaginación, ¿por qué los filósofos se quejan de su veleidat? La atención sexual del hombre actúa de modo particular sobre la sensibilidad femenina, y este sentimiento se ha ejercitado desde su juventud en adelante. Un marido no puede prestarle ya atención con la pasión necesaria para excitar vivas emociones y el corazón, acostumbrado a ellas, se vuelve hacia un nuevo amante o languidece en secreto, víctima de la virtud o la prudencia. Hablo de cuando el corazón se ha vuelto realmente susceptible y se ha formado el gusto; porque me siento inclinada a concluir, por lo que he observado en la vida elegante, que el modo de educación fomenta más a menudo la vanidad que la sensibilidad y el trato entre los sexos que he reprobado; y que la coquetería procede con mayor frecuencia de la vanidad que de esa inconstancia que la sensibilidad sobredimensionada produce de modo natural.

Otro argumento que ha tenido gran peso para mí creo que posee cierta fuerza para todo corazón considerado y benevolente. Los padres de las niñas

educadas en la debilidad a menudo las dejan sin bien alguno y, por supuesto, tienen que depender no solo de la razón, sino de la liberalidad de sus hermanos. Estos son unas buenas personas, para considerar el aspecto mejor del asunto, y les otorgan como un favor algo a lo que los hijos de unos mismos padres tendrían un derecho igual. En esta situación equívoca y humillante, una mujer dócil puede permanecer cierto tiempo con un grado tolerable de bienestar. Pero cuando el hermano se casa —circunstancia probable—, pasa de señora de la casa a ser considerada con aviesas miradas una intrusa, una carga innecesaria sobre la benevolencia del dueño de la casa y su nueva compañera.

¿Quién puede hacer el recuento de calamidades que sufren en tales situaciones muchos seres infortunados, cuyas mentes y cuerpos son débiles por igual, incapaces de trabajar y avergonzados de pedir? La esposa, una mujer de corazón frío y mente estrecha —lo cual no es una suposición injusta, ya que el actual modo de educación no tiende a ensanchar el corazón, si no lo hace con el entendimiento—, está celosa de las pequeñas atenciones que su marido muestra hacia sus familiares; y como su sensibilidad no alcanza a la humanidad, le disgusta ver que la propiedad de sus hijos se derrocha en una hermana desvalida.

Todos ellos son hechos reales que he contemplado una y otra vez. La consecuencia es obvia. La mujer ha recurrido a la astucia para socavar el afecto habitual que tiene miedo de enfrentar abiertamente; y no ahorra lágrimas ni caricias hasta que la espía deja su casa y es arrojada al mundo, sin estar preparada para sus dificultades; o se la envía, como un gran esfuerzo de generosidad o por considerarla como una propiedad, a la soledad sin dicha con un pequeño estipendio.

Estas dos mujeres estarían muy a la par respecto a razón y humanidad y en situaciones cambiadas podrían haber representado el mismo papel egoísta; pero si hubieran sido educadas de modo diferente, también el caso habría sido distinto. La esposa no habría tenido esa sensibilidad en la que ella misma es el centro y la razón le habría enseñado a no esperar el afecto de su esposo, e incluso a no sentirse halagada por él, si ello le lleva a violar deberes anteriores. Querría amarlo no solo porque él la ama, sino por sus virtudes; y la hermana habría sido capaz de luchar por sí misma en lugar de comer el pan amargo de la dependencia.

Estoy completamente persuadida de que el corazón, lo mismo que el entendimiento, se abre mediante su cultivo y al fortalecer los órganos, lo cual puede no parecer tan evidente. No hablo de destellos momentáneos de sensibilidad, sino de afectos. Y quizá, en la educación de ambos sexos, la tarea más difícil sea ajustar la instrucción de tal modo que no estreche el entendimiento, mientras el corazón se calienta con los jugos generosos de la primavera, excitados por la fermentación de la estación, ni seque los

sentimientos al emplear la mente en investigaciones alejadas de la vida.

Respecto a las mujeres, cuando reciben una educación cuidadosa, se las hace señoras elegantes, pletóricas de sensibilidad y prolíficas en fantasías caprichosas, o meras mujeres notables. Las últimas a menudo son criaturas honestas y amigables, y poseen una especie de buen juicio despierto, unido a una prudencia mundana, que las hace miembros más útiles de la sociedad que las señoras elegantes y sentimentales, aunque no posean grandeza de mente o gusto. Tienen cerrado el mundo intelectual. Si se las saca de su familia o vecindario permanecen inactivas, al no encontrar empleo su mente, ya que la literatura proporciona un acopio de diversión que nunca han buscado disfrutar, sino que han despreciado con frecuencia. Los sentimientos y el gusto de la mayoría de las mentes cultivadas parecen ridículos, incluso para aquellos a los que el azar o los lazos familiares les han llevado a amarlas; y los que solo son conocidos piensan que todo es afectación.

Un hombre de juicio solo puede amar a una mujer de ese tipo por su sexo y respetarla porque es una sirviente de confianza. Le permite, para preservar su propia paz, que reprenda a los criados y que vaya a la iglesia con vestidos de la mayor calidad. Un hombre con un entendimiento del mismo tamaño que el suyo probablemente no se llevaría tan bien con ella, porque querría inmiscuirse en sus prerrogativas y organizar algunos asuntos domésticos él mismo; además, las mujeres cuyas mentes no se han ampliado mediante el cultivo o han cambiado el egoísmo natural de la sensibilidad mediante la reflexión resultan muy poco apropiadas para llevar una familia, porque siempre tiranizan, debido al alcance inmoderado de su poder, para sostener una superioridad que descansa únicamente en la distinción arbitraria de la fortuna. A veces el mal es más serio: se priva a los siervos de indulgencias inocentes y se los hace trabajar más allá de sus fuerzas para que la mujer notable mantenga una mesa mejor y brille más que sus vecinos por sus galas y boato. Si se ocupa de sus hijos, en general es para vestirlos de modo costoso, y esta atención, provenga de la vanidad o del cariño, es igualmente pernicioso.

Además, la mayoría de las mujeres de este tipo pasan los días, o al menos las tardes, con ánimo descontento. Sus maridos reconocen que son organizadas y castas, pero dejan el hogar para buscar una compañía más agradable y — permítaseme usar una significativa palabra francesa— piquant; y a la esclava paciente, que cumple su tarea como el caballo ciego del molino, se la defrauda en la recompensa justa, ya que lo que se le debe son las caricias de su marido. Las mujeres que cuentan con tan pocos recursos en su interior no soportan con mucha paciencia esta privación de un derecho natural.

A una mujer elegante, por el contrario, se le ha enseñado a observar con desdén las actividades vulgares de la vida, aunque solo se le ha incitado a adquirir dotes que sobrepasan un grado el sentimiento, porque ni siquiera las

dotes corporales pueden adquirirse con cierta precisión si el entendimiento no se ha fortalecido mediante el ejercicio. El gusto resulta superficial si no se fundamenta en los principios; la gracia debe surgir de algo más profundo que la imitación. Sin embargo, se calienta la imaginación y los pensamientos se vuelven molestos, si no complicados, o no se adquiere un contrapeso del juicio cuando el corazón sigue tosco, aunque se vuelva demasiado tierno.

Con frecuencia estas mujeres son amigables y sus corazones realmente más sensibles para la benevolencia general, más llenos de sentimientos de la vida civilizada, que la honrada esclava de su familia; pero al carecer de la debida proporción de reflexión y autogobierno, solo inspiran amor y son las dueñas de sus esposos mientras dura su afecto, y las amigas platónicas de sus conocidos masculinos. Estos son los bellos defectos de la Naturaleza: las mujeres que parecen ser creadas no para disfrutar la camaradería del hombre, sino para salvarlo de hundirse en la brutalidad absoluta, alisando los ángulos toscos de su carácter, y para dar cierta dignidad al apetito que lo arrastra a ellas mediante coqueteos festivos. Benigno Creador de toda la raza humana, ¿has creado a un ser como la mujer, que puede descubrir tu sabiduría en tus obras y sentir que solo tú eres exaltado sobre ella por la naturaleza, sin un propósito mejor? ¿Puede creer que solo se la creó para someterse al hombre, su igual, un ser que, como ella, fue enviado al mundo para adquirir virtud? ¿Puede consentir que se la ocupe solo en complacerlo, simplemente para adornar la tierra, cuando su alma es capaz de alzarse a ti? ¿Y puede permanecer en dependencia absoluta de la razón del hombre, cuando debe subir con él los arduos escalones del conocimiento?

Sin embargo, si el amor es el bien supremo, edúquese a la mujer solo para inspirarlo y púlase todo encanto para embriagar los sentidos; pero si son seres morales, déseles oportunidad de volverse inteligentes y que el amor al hombre sea solo una parte de la llama brillante del amor universal que, tras circundar la humanidad, sube hasta Dios en incienso agradecido.

Se necesita mucha resolución para cumplir con los deberes domésticos y una seria perseverancia que requiere un sostén más firme que las emociones, por muy verdadera y viva que sea su naturaleza. Para dar un ejemplo de orden, el alma de la virtud, debe adoptarse cierta austeridad de conducta, que raramente puede esperarse de un ser a quien, desde su infancia, se le ha hecho la veleta de sus propias sensaciones. Cualquiera que quiera ser de utilidad racional debe tener un plan de conducta; y para cumplir la obligación más simple a menudo nos vemos obligados a actuar en contra del impulso de ternura o compasión que sentimos. Con frecuencia la severidad es la prueba más cierta y más sublime de afecto; y la falta de esta fuerza sobre los sentimientos y de ese cariño digno y elevado que hace a una persona preferir el bien futuro del objeto amado a una satisfacción presente es la razón por la

que tantas madres afectuosas malcrían a sus hijos y se cuestiona qué es más perniciosa, la negligencia o la indulgencia; yo me siento inclinada a pensar que la última ha hecho más daño.

La humanidad parece estar de acuerdo con que los hijos deben dejarse al cuidado de las mujeres durante su infancia. Por todas las observaciones que he podido hacer, las mujeres de sensibilidad son las menos apropiadas para esta tarea, porque se dejarán llevar indefectiblemente por sus sentimientos y echarán a perder el carácter del niño. La primera y más importante rama de la educación es la dirección del carácter y requiere la mirada sensata y estable de la razón; un plan de conducta equidistante de la tiranía y la indulgencia. Sin embargo, estos son los extremos en los que cae de forma alternativa la gente sensible, siempre pasándose de la raya. He seguido esta línea de razonamiento mucho más, hasta que he llegado a la conclusión de que una persona de genio es la más impropia para ocuparse de la educación, sea pública o privada. Las mentes de esta rara especie ven las cosas demasiado a bulto y rara vez tienen buen carácter. Esa alegría habitual, llamada buen humor, quizá es tan raro hallarla unida a grandes poderes mentales como a sentimientos fuertes. Y la gente que sigue con interés y admiración los vuelos del genio o que absorbe con menor aprobación la instrucción que el pensador profundo ha preparado cuidadosamente para ellos no debe disgustarse si encuentra al primero colérico y al último taciturno, ya que una imaginación viva y una mente amplia y tenaz son raramente compatibles con esa urbanidad flexible que lleva al hombre cuando menos a doblegarse a las opiniones y prejuicios de los demás, en lugar de oponerse a ellos con rudeza.

Pero al tratar de la educación o de los modales, las mentes de clase superior no deben tenerse en consideración, sino dejarse a su suerte. Quien reclama instrucción y capta el color de la atmósfera que respira es la masa de facultades moderadas. Creo que no se debe intensificar las sensaciones de este respetable concurso de hombres y mujeres en el semillero de la indolencia y el lujo a expensas de sus entendimientos, porque a menos que cuenten con una madurez mental, nunca conseguirán ser libres ni virtuosos: la aristocracia fundada en la propiedad o en valores verdaderos siempre arrastrará ante sí a los esclavos del sentimiento, unas veces tímidos y otras feroces.

Si consideramos el tema de otro modo, son innumerables los argumentos aducidos con visos de razón, al suponerse que se deducen de la naturaleza, que han utilizado los hombres moral y físicamente para degradar nuestro sexo. Señalaré unos cuantos.

A menudo se ha hablado del entendimiento femenino con desprecio porque llega antes a la madurez que el masculino. No replicaré a esto aludiendo a las tempranas pruebas de razón y de genio que se hallan en Cowley, Milton y Pope, sino que solo apelaré a la experiencia para decidir si un joven al que se

pone en compañía en edad temprana (y abundan los ejemplos ahora) no adquiere la misma precocidad. Este hecho es tan notorio que su sola mención debe hacer presente a todo tipo de gente mezclada en el mundo la idea de varios fanfarrones remedadores de hombres, cuyos entendimientos se han comprimido al introducirse en la compañía de los hombres cuando debían estar bailando una peonza o jugando con el aro.

También han afirmado algunos naturalistas que los hombres no alcanzan su pleno crecimiento y fortaleza hasta los treinta años, pero que las mujeres llegan a la madurez antes de los veinte. Sospecho que razonan sobre una base falsa, equivocados por el prejuicio masculino que juzga la belleza la perfección de la mujer, simple belleza de rasgos y complexión, según la acepción vulgar de la palabra, mientras que sostienen que la belleza masculina tiene cierta conexión con la mente. Las mujeres no adquieren antes de los treinta, al igual que los hombres, la fortaleza corporal y ese carácter de semblante que los franceses denominan *physionomie*. Es cierto que las pequeñas artimañas sin afectación de los niños resultan particularmente placenteras y atractivas, pero cuando se agota la frescura de la juventud, estas gracias inocentes se vuelven ademanes estudiados y resultan desagradables para toda persona de gusto. En el semblante de las niñas solo buscamos vivacidad y tímida modestia; pero cuando ha pasado la marea viva de la vida, buscamos en el rostro un sentido más sobrio y huellas de pasión, en vez de los hoyuelos de los espíritus animales, esperando observar individualidad de carácter, el único sostén de los afectos. Entonces deseamos conversar y no acariciar; dar oportunidad a nuestras imaginaciones tanto como a los sentimientos de nuestros corazones.

A los veinte años, la belleza es igual en ambos sexos; pero el libertinaje de los hombres los lleva a establecer la distinción, que por lo común sostienen también las coquetas pasadas de edad, porque cuando ya no pueden inspirar amor, pagan por el vigor y la vivacidad de la juventud. Los franceses, que dan mayor importancia a la mente en sus nociones de belleza, dan preferencia a las mujeres de treinta años. Quiero decir que reconocen que las mujeres se encuentran en su estado más perfecto cuando la vivacidad cede el lugar a la razón y a esa majestuosa seriedad de carácter que marca la madurez o el punto de reposo. Durante la juventud, hasta los veinte años, el cuerpo se dispara; hasta los treinta, lo sólido va obteniendo un grado de densidad. Y los músculos flexibles, al hacerse cada día más rígidos, dan carácter al semblante, es decir, trazan las operaciones de la mente con la pluma férrea del destino y nos dicen no solo qué poderes hay dentro, sino cómo se han empleado.

Resulta pertinente observar que los animales que llegan a la madurez con lentitud son los que más viven y los de las especies más nobles. Sin embargo, los hombres no pueden reclamar una superioridad natural por la magnificencia

de la longevidad, pues a este respecto la naturaleza no ha establecido ninguna distinción entre hombres y mujeres.

La poligamia constituye otra degradación física. Se extrae un argumento verosímil para una costumbre que destruye toda virtud doméstica del hecho bien comprobado de que en los países donde se halla establecida nacen más mujeres que hombres. Esto parece ser una indicación de la naturaleza, a la que deben rendirse especulaciones más razonables en apariencia. Resulta obvia una conclusión más: si la poligamia es necesaria, las mujeres deben ser inferiores al hombre y estar hechas para él.

Somos muy ignorantes respecto a la formación del feto en el útero, pero me parece probable que una causa física accidental pueda contar en este fenómeno y probar que no es una ley de la naturaleza. Me he encontrado con algunas observaciones pertinentes sobre el tema en *Account of the Isles of the South Sea* de Forster, que explicarán lo que quiero decir. Tras observar entre los animales que de los dos sexos siempre prevalece el de constitución más vigorosa y fuerte, y produce a los de su mismo género, añade:

Si esto se aplica a los habitantes de África, es evidente que allí los hombres, acostumbrados a la poligamia, se hallan debilitados por el uso de tantas mujeres y por ello son menos vigorosos; las mujeres, por el contrario, tienen una constitución más fuerte, no solo debido a sus nervios más irritables, su organización más sensata y su imaginación más viva, sino porque se encuentran privadas en su matrimonio de esa porción de amor físico que en una condición monogámica les correspondería. Así, por las razones citadas, la mayoría de los hijos que nacen son niñas.

En la mayor parte de Europa, las listas más precisas de mortalidad han probado que la proporción de hombres y mujeres es casi igual o, en caso de que haya alguna diferencia, son más numerosos los hombres, en una proporción de 105 a 100.

Así pues, no aparece necesidad alguna para la poligamia. No obstante, cuando un hombre seduce a una mujer, creo que debería denominarse matrimonio de la mano izquierda y debería obligarse al hombre por ley a mantener a la mujer y sus hijos, a menos que el adulterio, un divorcio natural, deje sin efecto la ley. Y esta tendría que estar en vigor mientras la debilidad de la mujer haga que la palabra seducción se use como excusa de su flaqueza y ausencia de principios; y aún más, mientras dependa del hombre para la subsistencia, en lugar de ganarla mediante la utilización de sus propias manos o cabeza. Pero a estas mujeres no debería llamárselas esposas en el significado pleno de la relación, o se subvertiría el auténtico propósito del matrimonio, y toda esa atractiva comprensión que surge de la fidelidad personal y da santidad al vínculo, cuando ni el amor ni la amistad une los corazones, se convertiría en

egoísmo. La mujer que permanece fiel al padre de sus hijos exige respeto y no debe ser tratada como una prostituta; aunque concedo de buena gana que si es necesario que el hombre y la mujer vivan juntos para criar a sus hijos, la naturaleza nunca pretendió que un hombre tuviera más de una esposa.

A pesar del alto respeto que otorgo al matrimonio como cimiento de casi todas las virtudes sociales, no puedo evitar sentir la compasión más viva por aquellas mujeres desafortunadas a las que se separa de la sociedad y por un error pierden todos los afectos y relaciones que perfeccionan el corazón y la mente. Con frecuencia ni siquiera merece el nombre de error, porque muchas niñas inocentes se vuelven víctimas de un corazón sincero y afectuoso, y se hallan arruinadas —así puede denominarse de forma enfática— antes de que conozcan la diferencia entre la virtud y el vicio. Así, preparadas por su educación para la infamia, se vuelven infames. Asilos y casas de recogida no son remedios apropiados para estos abusos. ¡El mundo necesita justicia y no caridad!

Una mujer que ha perdido su honor se imagina que no puede caer más bajo y que es imposible recuperar su posición anterior; nada que haga puede limpiar esa mancha. Así, perdido todo estímulo y no teniendo otro medio de sustento, la prostitución se vuelve su único refugio y el carácter se deprava poco a poco por circunstancias sobre las que la pobre infeliz tiene poco poder, a menos que cuente con una proporción poco común de juicio y grandeza de espíritu. La necesidad nunca hace que la prostitución se convierta en el medio de vida de los hombres, aunque son innumerables las mujeres que caen así en el vicio de forma sistemática. No obstante, esto se debe en buena parte al estado de indolencia en el que se educa a las mujeres, a las que siempre se enseña a buscar un hombre que las mantenga y a considerar sus personas la recompensa adecuada por sus esfuerzos para mantenerlas. Los ademanes engañosos y toda la ciencia del capricho tienen, entonces, un estímulo más poderoso que el apetito o la vanidad. Esta observación proporciona fuerza a la opinión prevaleciente de que con la castidad se pierde todo lo que es respetable en las mujeres. Su carácter depende de la observancia de una virtud, aunque la única pasión que alienta en su corazón es el amor. Más aún, no se hace depender el honor de una mujer ni siquiera de su voluntad.

Cuando Richardson hace que Clarissa diga a Lovelace que le ha robado su honor, debe haber tenido una extraña noción del honor y la virtud, ya que miserable más allá de todos los nombres de la miseria es la condición de un ser que pueda ser degradado sin su consentimiento propio. He oído reivindicar este exceso de rigor como un error saludable. Replicaré con las palabras de Leibniz: «Los errores resultan de utilidad con frecuencia, pero por lo común para remediar otros errores».

La mayoría de los males de la vida surgen del deseo sin límites de disfrutar

del momento presente. La obediencia requerida a las mujeres en el estado de matrimonio cae dentro de esta descripción; la mente, debilitada de forma natural al depender de la autoridad, nunca ejercita sus poderes propios y, de este modo, la esposa obediente se vuelve una madre débil e indolente. O, suponiendo que no se siga siempre esto, es difícil que se tenga en cuenta un estado de existencia futuro cuando solo se cultivan virtudes negativas. Porque, al tratar de la moral, de modo particular cuando se alude a las mujeres, los escritores han considerado con demasiada frecuencia la virtud en un sentido muy limitado y la han fundamentado simplemente en su utilidad mundana; más aún, se ha dado una base todavía más frágil a esta asombrosa construcción y se han tomado los sentimientos del hombre, fluctuantes y caprichosos, como parámetros de la virtud. Sí, la virtud, al igual que la religión, se ha sometido a las decisiones del gusto.

Observar con qué diligencia los hombres degradan el sexo del que pretenden recibir el mayor placer de la vida provocaría al menos una sonrisa de desprecio, si sus despropósitos vanos no nos golpearan por todas partes. Con frecuencia les he devuelto el sarcasmo de Pope con plena convicción o, para hablar más explícitamente, me ha parecido aplicable al conjunto de la raza humana. El amor al placer o al dominio parece dividir a la humanidad y el marido que manda como un déspota en su pequeño harén piensa solo en su placer o su conveniencia. Realmente, el amor inmoderado al placer arrastra hasta tal punto a algunos hombres prudentes o libertinos agotados —que se casan para tener una compañera de lecho sin peligro—, que seducen a sus propias esposas. El himen destierra la modestia y el amor casto se da a la fuga.

El amor, considerado como un apetito animal, no puede alimentarse a sí mismo por mucho tiempo sin expirar. Y esta extinción en su propia llama podría denominarse su muerte violenta. Pero la esposa, a la que se ha vuelto licenciosa, probablemente se esforzará por llenar el vacío dejado por la pérdida de las atenciones de su marido, ya que no puede convertirse con gusto en una simple sirvienta de categoría tras haber sido tratada como una diosa. Todavía es atractiva y, en lugar de traspasar su inclinación a sus hijos, solo sueña con disfrutar la luz de la vida. Además, hay muchos maridos tan faltos de sentido y afecto paternal que, durante la primera efervescencia del cariño voluptuoso, se niegan a dejar que sus esposas amamanten a sus hijos. Solo tienen que vestirse y vivir para agradarles y el amor, incluso el más inocente, pronto se hunde en la lascivia cuando el ejercicio de un deber se sacrifica a su satisfacción.

El apego personal es una base muy buena para la amistad; no obstante, hasta cuando se casan dos jóvenes virtuosos, quizás fuera bueno que ciertas circunstancias refrenaran su pasión; que el recuerdo de algún cariño anterior o un afecto no correspondido hiciera por un lado al menos que la pareja se

fundamentara en la estima. En ese caso mirarían más allá del momento presente y tratarían de hacer toda su vida respetable al establecer un plan para regular una amistad que solo la muerte debe disolver.

La amistad es un afecto serio; el más sublime de todos porque se basa en los principios y se consolida con el tiempo. Justamente lo contrario puede decirse del amor. En un alto grado, el amor y la amistad no pueden subsistir en el mismo pecho; aun cuando estén inspirados por objetos diferentes, se debilitan o destruyen mutuamente y por el mismo objeto solo pueden sentirse de modo sucesivo. Los temores vanos y los celos de cariño, los vientos que atizan la llama del amor cuando se temple juiciosa o astutamente, son incompatibles con la tierna confianza o el respeto sincero de la amistad.

El amor, tal como ha sido descrito por la pluma brillante del genio, no existe en la tierra, o solo reside en aquellas imaginaciones exaltadas y ardientes que han esbozado esos cuadros peligrosos. Peligrosos porque no solo aportan una excusa verosímil para el voluptuoso que disfraza la pura sensualidad bajo un velo sentimental, sino que esparcen afectación y disminuyen la dignidad de la virtud. Esta, como implica la misma palabra, debe tener apariencia de seriedad, cuando no de austeridad; y esforzarse por ataviarla con las ropas del placer, porque se ha usado el epíteto como otro nombre para la belleza, es exaltarla sobre arenas movedizas; un intento más insidioso de acelerar su caída mediante un respeto aparente. De hecho, virtud y placer no son aliados cercanos en esta vida, como ciertos escritores elocuentes se han esforzado en probar. El placer prepara la corona que se marchita y mezcla la copa embriagadora; pero el fruto que da la virtud es la recompensa a la fatiga y solo aporta satisfacción serena, que se ve de modo gradual según madura; más aún, raramente se observa, aunque parece ser el resultado de la tendencia natural de las cosas. El pan, alimento común de la vida del que se piensa poco que es una bendición, sostiene la constitución y preserva la salud; sin embargo, los festines deleitan el corazón del hombre, aunque la enfermedad e incluso la muerte acechan en la copa o el bocado que eleva los espíritus o deleita el paladar. Asimismo, la imaginación viva y acalorada, por aplicar la comparación, dibuja el cuadro del amor, como cualquier otro, con los colores brillantes que la mano atrevida robaría del arco iris, dirigida por una mente, condenada en un mundo como este a probar su noble origen por su anhelo de la perfección inalcanzable, siempre persiguiendo lo que reconoce que es un sueño fugaz. Una imaginación de esta clase vigorosa puede dar existencia a formas insustanciales y estabilidad a las ensoñaciones indefinidas en las que la mente cae de forma natural cuando encuentra insípida la realidad. Entonces se puede representar el amor con encantos celestiales y adorar al gran objeto ideal, se puede imaginar un grado de afecto mutuo que purificará el alma y no expirará cuando se haya utilizado como una «escala a lo divino» y, como la devoción, hacerle absorber todo afecto y deseo inferior. En los

brazos el uno del otro, como en un templo con su cima perdida en las nubes, tiene que negarse la entrada al mundo y a todo pensamiento o deseo que no nutra el afecto puro y la virtud permanente. ¡Ay, la virtud permanente! Rousseau, respetable visionario, tu paraíso pronto será violado por la entrada de un huésped inesperado. Como el de Milton, solo contendría ángeles o los hombres se hundirían por debajo de la dignidad de criaturas racionales. La felicidad no es algo material, no puede verse o sentirse. No obstante, la ávida búsqueda del bien que cada uno modela según su propia imaginación proclama al hombre dueño de este mundo inferior y criatura inteligente que no está para recibir la felicidad, sino para adquirirla. Así pues, los que se quejan del engaño de la pasión no recuerdan que lo hacen contra una prueba poderosa de la inmortalidad del alma.

Pero dejando a las mentes superiores que se corrijan a sí mismas y paguen cara su experiencia, es necesario observar que, mediante la ejercitación del entendimiento, no quiero guardar el corazón de las mujeres de las pasiones fuertes y perseverantes, sino de los sentimientos románticos y vacilantes, porque estas ensoñaciones paradisiacas son con mayor frecuencia el efecto de la indolencia que el de una viva imaginación.

Rara vez las mujeres se esfuerzan de forma seria y suficiente por silenciar sus sentimientos; se vuelven con naturalidad meros objetos de las sensaciones al estar rodeadas de pequeñas preocupaciones y empresas vanas que disipan toda fortaleza mental y orgánica. En pocas palabras, el tenor de la educación femenina (la educación de la sociedad) tiende a volver a las mejor dispuestas románticas e inconstantes y a las restantes vanas y despreciables. En el estado presente de la sociedad, me temo que apenas puede remediarse este mal en el grado más insignificante; si alguna vez ganara terreno una ambición más laudable, se las podría acercar a la naturaleza y la razón y se volverían más virtuosas y útiles según aumentara su respetabilidad.

Pero me aventuraré a afirmar que su razón nunca adquirirá la fortaleza suficiente que las permita regular su conducta, mientras el primer deseo de la mayoría de la humanidad sea dejarse ver en el mundo. A este pobre deseo se sacrifican los afectos naturales y las virtudes de mayor utilidad. Las jóvenes se casan simplemente para mejorar, por tomar prestada una expresión vulgar muy significativa, y tienen un poder tan perfecto sobre sus corazones que no se permiten enamorarse hasta que se les presenta un hombre con una fortuna superior. Me alargaré sobre este tema en un capítulo futuro; de momento, solo es necesario aludir a él ya que esas mujeres se degradan con mucha frecuencia al soportar la prudencia interesada de la edad para enfriar el ardor de la juventud.

De la misma fuente fluye la opinión de que las jóvenes deben dedicar gran parte de su tiempo a labores de aguja; sin embargo, esta tarea contrae sus

facultades más que cualquier otra que pudiera haberse escogido para ellas al confinar sus pensamientos en sus personas. Los hombres mandan hacer su ropa y han terminado con el asunto; las mujeres hacen su propia ropa, sea necesaria o de gala, y continuamente hablan sobre ella: sus pensamientos siguen sus manos. Realmente no es la confección del ajuar necesario lo que debilita la mente, sino la de los trajes emperifollados. Porque cuando una mujer de baja escala social hace la ropa de su marido y sus hijos, cumple con su obligación, es su parte de las tareas familiares; pero cuando una mujer trabaja solo para vestir mejor de lo que podría permitirse si no lo hiciera, es peor que la simple pérdida de tiempo. Para que las pobres se vuelvan virtuosas, debe dárseles un empleo, y las mujeres de clase media, si no copiaran la moda de la nobleza sin disfrutar de su desahogo, podrían emplearlas, mientras ellas se ocupan de sus familias, instruyen a sus hijos y ejercitan sus propias mentes. La jardinería, la filosofía experimental y la literatura les proporcionarían temas para pensar y materia de conversación que ejercitarían su entendimiento en cierto grado. La conversación de las mujeres francesas, que no están tan rígidamente clavadas a sus sillas trenzando o anudando cintas, es con frecuencia superficial, pero afirmo que no es ni la mitad de insípida que la de las mujeres inglesas que pasan el tiempo haciendo capas, cofias y todo tipo de complementos, por no mencionar las compras, la búsqueda de gangas, etc.; y quienes resultan más degradadas por estas prácticas son las mujeres decentes y prudentes, ya que su motivo es la simple vanidad. Las mujeres licenciosas que ejercitan su gusto para hacer atractiva su pasión tienen algo más en perspectiva. Todas estas observaciones son digresiones de una general que ya he presentado antes y en la que no se puede insistir con mucha frecuencia, porque al hablar de los hombres, las mujeres o las profesiones, se hallará que el empleo de los pensamientos moldea el carácter tanto general como individualmente. Los de las mujeres siempre giran en torno a sus personas, ¿y es sorprendente que las estimen como lo más valioso? Además, se necesita cierto grado de libertad mental incluso para formar a la persona, y esta puede ser una razón por la que algunas esposas amables tienen tan pocos atractivos aparte de los del sexo. Añadido a esto, las tareas sedentarias hacen enfermizas a la mayoría de las mujeres y una falsa noción de la excelencia femenina las hace sentirse orgullosas de su delicadeza, aunque son otros grilletes que, al llamar la atención continuamente sobre el cuerpo, estorban la actividad mental.

Las mujeres de calidad rara vez se ocupan de la parte manual de su indumentaria, con lo cual solo se ejercita su gusto y adquieren, al pensar menos en los aderezos cuando termina la tarea de su aseo, esa naturalidad que rara vez aparece en el porte de las mujeres que se visten solo por el gusto de hacerlo. De hecho, la observación sobre la clase media, en la que los talentos se desarrollan mejor, no se extiende a las mujeres; porque las de clase superior,

al hacerse al menos con nociones superficiales de literatura y conversar más con los hombres sobre temas generales, adquieren más conocimiento que las mujeres que copian sus modas y defectos sin compartir sus ventajas. Respecto a la virtud, por utilizar el término de modo amplio, la he visto más en las capas más bajas de la vida. Muchas mujeres pobres sustentan a sus hijos con el sudor de su frente y mantienen juntas familias que los vicios de los padres habrían dispersado; pero las mujeres nobles son demasiado indolentes para practicar la virtud y la civilización las ablanda en lugar de purificarlas. Realmente, el buen sentido que he encontrado entre las mujeres pobres que han obtenido pocas ventajas de educación y aun así han actuado heroicamente me confirma en la opinión de que las tareas triviales han vuelto a la mujer una fruslería. El hombre toma su cuerpo y deja que la mente se oxide; así, mientras el amor físico excite al hombre y sea su recreo favorito, se esforzará por esclavizar a la mujer, ¿y quién puede decir cuántas generaciones serán necesarias para dar vigor a la virtud y los talentos de las descendientes liberadas de unas esclavas abyectas?

Al trazar las causas que, en mi opinión, han degradado a la mujer, he limitado mis observaciones a las que actúan de modo universal sobre la moral y los modales de todo el sexo y me parece claro que todas ellas surgen de la carencia de entendimiento. Si ello se debe a una debilidad física o accidental, solo el tiempo puede determinarlo. No pondré gran énfasis en el ejemplo de unas cuantas mujeres que han adquirido valentía y resolución al haber recibido una educación masculina; solo afirmo que los hombres colocados en situaciones similares han adquirido un carácter semejante —hablo de cuerpos masculinos— y que los de genio y talento han sobresalido en una clase en la que hasta ahora nunca se ha colocado a las mujeres.

CAPÍTULO V

Censuras a algunos de los escritores que han hecho de las mujeres un objeto de piedad cercano al desprecio

Quedan ahora por examinar las opiniones engañosas sostenidas en algunas publicaciones modernas sobre el carácter y la educación femeninas, que han dado el tono a la mayoría de las observaciones más superficiales efectuadas sobre el sexo.

SECCIÓN I

Comenzaré con Rousseau y presentaré un esbozo del carácter de la mujer con sus propias palabras, intercalando comentarios y reflexiones. Es cierto que

todos estos brotan de unos cuantos principios básicos y se podrían deducir de lo que ya he dicho; pero se ha erigido la estructura artificial con tanta habilidad, que parece necesario atacarla de modo más detallado y aplicarme a ello yo misma.

Sofía, dice Rousseau, debe ser tan perfecta en cuanto mujer como lo es Emilio en cuanto hombre, y para conseguirlo es necesario examinar el carácter que la naturaleza ha otorgado al sexo.

Entonces pasa a probar que la mujer debe ser débil y pasiva, puesto que tiene menor fortaleza corporal que el hombre; y de aquí infiere que se la formó para agradarle y someterse a él, y que es su deber hacerse agradable a su dueño: este es el gran fin de su existencia. No obstante, para dar cierta apariencia de dignidad a la lujuria, insiste en que el hombre no debe ejercer su fuerza cuando busque a la mujer para su placer, sino depender de su voluntad.

Por lo tanto, deducimos una tercera consecuencia de la constitución diferente de los sexos, que consiste en que el más fuerte debe ser el dueño en apariencia y depender, de hecho, del más débil, y que el hombre debe ser el más fuerte, no por la práctica frívola de la cortesía o de la vanidad del proteccionismo, sino por una ley invariable de la naturaleza que, al otorgar a la mujer una mayor facilidad para excitar los deseos de la que ha dado al hombre para satisfacerlos, hace al último depender del placer benéfico de la primera y le obliga a esforzarse a su vez por complacerla y ser el más fuerte para obtener su consentimiento. En estas ocasiones, la circunstancia más deleitosa que un hombre halla en su victoria es dudar si fue la debilidad de la mujer la que se sometió a su fortaleza superior o si sus inclinaciones hablaron en su favor; también las mujeres en general se dan suficiente maña para que el asunto quede en duda. A este respecto, el entendimiento femenino responde perfectamente a su constitución. Lejos de avergonzarse de su debilidad, se glorían de ella; sus músculos tiernos no presentan resistencia; simulan ser incapaces de levantar las cargas más livianas y se sonrojarían si se pensara de ellas que son fuertes y robustas. ¿Qué propósito tiene todo esto? No es simplemente por aparentar delicadeza, sino toda una astuta precaución. Así se proporcionan una excusa de antemano y el derecho a ser débiles cuando lo consideran oportuno.

He citado este pasaje para que mis lectores no sospechen que trastoco el razonamiento del autor por sostener mis propios argumentos. Ya he afirmado que en la educación de las mujeres estos principios fundamentales conducen a un sistema de astucia y lascivia.

Si suponemos que la mujer ha sido formada solo para complacer al hombre y someterse a él, la conclusión es justa. Debe sacrificar cualquier otra consideración para hacerse agradable y dejar que su deseo brutal de

autoconservación sea el manantial de todas sus acciones, si se prueba que es el cauce férreo del destino, y para amoldarse a él su carácter debe estirarse o contraerse, sin tener en cuenta cualquier distinción física o moral. Pero si, como creo, puede demostrarse que los propósitos de esta vida, considerada como un todo, se hallan subvertidos por las reglas prácticas levantadas sobre esta base innoble, se me podría permitir dudar que la mujer haya sido creada para el hombre; y aunque se alzara contra mí el clamor de la irreligiosidad o incluso del ateísmo, simplemente declarararía que aunque un ángel del cielo me dijera que la bella cosmogonía poética de Moisés y la narración de la caída del hombre eran ciertas al pie de la letra, no podría creer lo que mi razón me presenta como despectivo hacia el carácter del Ser Supremo; y como no temo tener al demonio ante mis ojos, me aventuro a llamarlo sugerencia de la razón, en lugar de apoyar mi debilidad en los amplios hombros del primer seductor de mi sexo frágil.

Rousseau continúa:

Una vez demostrado que el hombre y la mujer no tienen ni deben tener una constitución semejante de temperamento y carácter, se sigue, por supuesto, que no deben educarse de la misma manera. Han de actuar de concierto en la persecución de las instrucciones de la naturaleza, pero no deben ocuparse de las mismas tareas; el fin de sus propósitos debe ser el mismo, pero los medios que tienen que utilizar para conseguirlos y, en consecuencia, sus gustos e inclinaciones han de ser diferentes.

* * *

Cuando considero el destino peculiar del sexo, observo sus inclinaciones o reparo en sus obligaciones, todo concurre por igual a señalar el método propio de educación mejor adaptado para ellos. El hombre y la mujer se hicieron el uno para el otro, pero su dependencia mutua no es la misma. Los hombres dependen de las mujeres solo en virtud de sus deseos; las mujeres dependen de los hombres tanto en virtud de sus deseos como de sus necesidades. Nosotros podríamos subsistir mejor sin ellas que ellas sin nosotros.

* * *

Por esta razón, la educación de las mujeres siempre debe ser relativa a los hombres. Agradarnos, sernos de utilidad, hacernos amarlas y estimarlas, educarnos cuando somos jóvenes y cuidarnos de adultos, aconsejarnos, consolarnos, hacer nuestras vidas fáciles y agradables; estas son las obligaciones de las mujeres durante todo el tiempo y lo que debe enseñárseles en su infancia. En la medida en que fracasamos en repetir este principio, nos alejamos del objetivo y todos los preceptos que se les da no contribuyen a su felicidad ni a la nuestra.

* * *

Las niñas se sienten inclinadas hacia los vestidos desde su más tierna infancia. No contentas con ser hermosas, están deseosas de que se piense que lo son. Vemos, por todos sus ademanes, que este pensamiento acapara su atención y les resulta difícil comprender lo que se dice de ellas si no se las sujeta diciéndoles lo que la gente pensará de su conducta. Sin embargo, la utilización indistinta del mismo móvil con los niños no tiene un efecto semejante. Siempre que se les deje seguir con sus diversiones a su gusto, se preocupan muy poco de lo que la gente piense de ellos. Son necesarios tiempo y sufrimientos para someterlos por este motivo.

De cualquier parte que las niñas reciban esta primera lección, resulta provechosa. Como en cierta manera el cuerpo nace antes que el alma, nuestra primera preocupación debe consistir en cultivar el primero; este orden es común a ambos sexos, pero el objetivo es diferente. En un sexo se trata del desarrollo de los poderes corporales; en el otro, de los encantos personales. La cualidad de la fuerza o la belleza no debe confinarse exclusivamente a un sexo, pero el orden del cultivo de ambos es opuesto a este respecto. Ciertamente, las mujeres requieren la fuerza necesaria que les permita moverse y actuar airoosamente, y los hombres la destreza suficiente para actuar con naturalidad.

* * *

Los niños de ambos sexos cuentan con una gran cantidad de diversiones en común y así debe ser, puesto que ¿no tienen también muchas cuando son mayores? Además cada sexo tiene su gusto propio que los distingue en este particular. Los niños se inclinan por los deportes ruidosos y movidos: tocar el tambor, bailar la peonza y tirar de sus carritos. Las niñas, del otro lado, se sienten atraídas hacia las cosas de adorno y apariencia, como espejos, baratijas y muñecas. Estas últimas son su diversión característica y por ella contemplamos que su gusto se halla claramente adaptado a su destino. La parte física del arte de agrandar recae en el vestido, y es todo lo que las niñas son capaces de cultivar de él.

* * *

Por lo tanto, entonces, vemos una inclinación primaria firmemente establecida, que solo se necesita proseguir y regular. Sin duda la criaturita estará muy deseosa de saber cómo vestir a su muñeca, cómo hacer los nudos de sus mangas, sus volantes, su tocado, etc. Está obligada a valerse tanto de la gente que tiene alrededor para que la ayuden con estos artículos, que le sería mucho más agradable poseerlos todos para su propia industria. Aquí tenemos una buena razón para la primera lección que habitualmente se enseña a estas jóvenes, en la que no parece establecéseles una tarea, sino agrandarles al

enseñarles lo que les resulta de un uso inmediato para sí mismas. Y, de hecho, casi todas aprenden con desgana a leer y escribir, pero se aplican muy gustosas al uso de sus agujas. Se imaginan ya mayores y piensan con placer que tales habilidades les permitirán adornarse.

Ciertamente, se trata solo de la educación del cuerpo, pero Rousseau no es el único hombre que ha dicho de forma indirecta que resulta muy agradable la simple persona de una joven sin mente, a menos que los espíritus animales caigan dentro de esta descripción. Para hacerles débiles y lo que algunos pueden llamar bellas, se descuida el entendimiento y se fuerza a las niñas a sentarse quietas, jugar con muñecas y escuchar conversaciones vanas: se insiste en el efecto del hábito como una indicación indudable de la naturaleza. Sé que Rousseau opinaba que los primeros años de la juventud debían emplearse en formar el cuerpo, aunque al educar a Emilio se desvió de este plan; no obstante, hay una amplia diferencia entre fortalecer el cuerpo, del que depende en gran medida la fortaleza mental, y solo proporcionarle naturalidad de movimiento.

Hay que resaltar que las observaciones de Rousseau se hicieron en un país donde se había refinado el arte de complacer solo para extraer la grosería del vicio. No volvió a la naturaleza o el dominio de su apetito estorbó las operaciones de la razón, o no habría extraído estas inferencias tan toscas.

En Francia, se educa a niños y niñas, en particular a las últimas, para ocuparse de sus personas y regular la conducta exterior; y sus mentes se corrompen a edad muy temprana por las advertencias piadosas y mundanas que reciben para guardarlos de la inmodestia. Hablo de tiempos pasados. Sé de buenas fuentes que las mismas confesiones que se obligaba a hacer a los niños y las preguntas del sacerdote eran suficientes para inculcar un carácter sexual; y la educación de la sociedad era una escuela de coquetería y artes. A los diez u once años, es más, a veces mucho antes, las niñas empezaban a coquetear y hablaban sin que se las regañara de buscarse una posición en el mundo mediante el matrimonio.

En resumen, se las trataba como mujeres, casi desde su mismo nacimiento, y oían halagos en lugar de instrucciones. Con este debilitamiento mental, se suponía que la Naturaleza había actuado como una madrastra cuando formó esta idea tardía de la creación.

Sin embargo, al no concedérseles entendimiento, era consecuente someterlas a una autoridad independiente de la razón; y para prepararlas para ello, Rousseau aconseja lo siguiente:

Las niñas deben ser activas y diligentes, pero esto no es todo: también deben someterse desde muy temprano a limitaciones. Este infortunio, si en realidad lo es, es inseparable de su sexo y no deben desecharlo si no quieren

sufrir males más crueles. Toda su vida han de sujetarse a la restricción más constante y severa, que es la del decoro. Por ello, es necesario acostumarlas pronto a tal confinamiento para que más tarde no les cueste demasiado caro, y a suprimir sus caprichos para que se sometan de buena gana a la voluntad de los otros. Si se sienten inclinadas a trabajar constantemente, se las debe obligar a veces a dejarlo. Disipación, liviandad e inconstancia son faltas prontas a brotar de sus primeras predisposiciones, cuando se corrompen o pervierten debido a una indulgencia exagerada. Para prevenirlo, hemos de enseñarles sobre todas las cosas a establecer las limitaciones debidas sobre sí mismas. Nuestras instituciones absurdas reducen la vida de una mujer modesta a un conflicto perpetuo consigo misma: no deja de ser justo que este sexo participe de los sufrimientos habidos por los males que nos causó.

¿Y por qué la vida de una mujer modesta es un conflicto perpetuo? Debo responder que el mismo sistema de educación lo hace así. Modestia, templanza y abnegación son los frutos sobrios de la razón; pero cuando la sensibilidad se nutre a expensas del entendimiento, necesariamente son reducidos a esos seres débiles por medios arbitrarios y se ven sometidos a conflictos continuos. Mas demos a su actividad mental mayor alcance, y pasiones y motivos más nobles gobernarán sus apetitos y sentimientos.

El apego y el cuidado comunes de una madre, más aún, el mismo hábito, facilitarán que sus hijos la quieran, si no hace nada para incurrir en su odio. Hasta la sujeción a que los someta, si está bien dirigida, aumentará su efecto en lugar de disminuirlo; porque al ser natural al sexo el estado de dependencia, se perciben formados para la obediencia.

Esto es dar por sentado algo que hay que probar, porque la servidumbre no solo envilece al individuo, sino que sus efectos parecen transmitirse a la posteridad. Considerando el lapso de tiempo que las mujeres han sido dependientes, ¿resulta sorprendente que algunas anhelan las cadenas y hagan fiestas como el perro de aguas? Un naturalista observa: «Estos perros mantenían al principio las orejas erguidas, pero la costumbre ha reemplazado a la naturaleza y un signo de miedo se ha convertido en algo bello».

Rousseau añade:

Por la misma razón, las mujeres tienen o deben tener muy poca libertad; están dispuestas a concederse demasiada indulgencia en lo que se les permite. Aficionadas en todo a los extremos, hasta en sus diversiones se arroban más que los niños.

La respuesta a esto es muy simple. Los esclavos y la plebe siempre se han abandonado a los mismos excesos, una vez que se han soltado de la autoridad. El arco doblado vuelve a su posición original con violencia, cuando afloja de repente la mano que lo sujetaba con fuerza; y la sensibilidad, juguete de las

circunstancias exteriores, debe someterse a la autoridad o moderarse mediante la razón.

Continúa:

De este comedimiento natural resulta una docilidad que las mujeres necesitan durante toda su vida, ya que permanecen constantemente bajo la sujeción de los hombres o las opiniones de la humanidad y nunca se les permite situarse por encima de ellas. La primera aptitud y la más importante de una mujer es una buena naturaleza o suavidad de carácter: formada para obedecer a un ser tan imperfecto como el hombre, a menudo lleno de vicios y siempre lleno de faltas, debe aprender con tiempo incluso a sufrir la injusticia y a soportar los insultos del marido sin quejarse; ha de ser de temperamento apacible, no en consideración a él, sino a sí misma. La perversidad y la malicia de las mujeres solo sirven para agravar su propio infortunio y la mala conducta de sus maridos; deben percibir claramente que esas no son las armas con las que consiguen la superioridad.

Formadas para vivir con un ser tan imperfecto como el hombre, deben aprender mediante la ejercitación de sus facultades la necesidad de la paciencia. Al insistir en la obediencia ciega, se violan todos los derechos sagrados de la humanidad, o los derechos más sagrados pertenecen solo a los hombres.

El ser que soporta con paciencia la injusticia y tolera en silencio los insultos pronto se volverá injusto o incapaz de discernir lo correcto de lo erróneo. Además, niego el hecho: este no es el camino adecuado para formar o mejorar el temperamento, porque, como sexo, los hombres lo tienen mejor que las mujeres al ocuparse de asuntos que interesan tanto a la cabeza como al corazón. La gente de sensibilidad es raro que tenga buen carácter. Su formación constituye la tarea fría de la razón cuando, según avanza la vida, mezcla con las destrezas felices elementos discordes. Nunca he conocido a una persona débil o ignorante que tuviera un buen carácter, aunque con frecuencia se le da ese nombre a ese buen humor constitucional y a esa docilidad que el miedo imprime en la conducta. Digo conducta, porque la mansedumbre genuina nunca alcanzó al corazón o la mente, a no ser como efecto de la reflexión. Y muchos hombres sensatos, que encuentran a algunas de esas criaturas dulces e irritables compañeras muy molestas, concederán que ese simple comedimiento produce numerosos humores malsanos en la vida doméstica.

Sigue argumentando:

Cada sexo debe conservar su tono y modales peculiares; un marido manso puede provocar una esposa impertinente; pero la mansedumbre de disposición por parte de la mujer siempre hará tornar a la razón al hombre, a menos que

sea un animal absoluto, y antes o después triunfará sobre él.

Quizá a veces una razón apacible pueda producir este efecto, pero el miedo abyecto siempre inspira desprecio y las lágrimas solo resultan elocuentes cuando corren por mejillas bellas.

¿De qué materiales está compuesto un corazón que puede enternecerse cuando se le insulta y en vez de rebelarse ante la injusticia besa la vara que lo golpea? ¿Es injusto inferir que la virtud de quien puede acariciar a un hombre con verdadera dulzura femenina en el mismo momento en que la trata con tiranía se fundamenta en egoísmo y perspectivas limitadas? La naturaleza no dictó nunca tal falta de sinceridad, y aunque se denomine virtud a este tipo de prudencia, la moral se vuelve vaga cuando se da por supuesto que una parte descansa en la falsedad. Son simplemente recursos, y estos solo son de utilidad momentánea.

Que los maridos se guarden de confiar demasiado tácitamente en esta obediencia servil, porque si su esposa puede acariciarle con suavidad cautivadora cuando está enfadado y cuando ella debería estarlo también, a menos que el desprecio haya extinguido la efervescencia natural, podría hacer lo mismo tras despedirse de su amante. Todo esto son preparativos para el adulterio, o si el miedo al mundo o al infierno contienen su deseo de complacer a otro hombre cuando ya no lo logra con su marido, ¿qué sustituto puede hallar un ser formado por la naturaleza y las artes solo para agrandar al hombre?, ¿qué puede compensarle de esta privación o dónde debe buscar una nueva ocupación?, ¿dónde encuentra la suficiente fortaleza mental para determinarse a comenzar la búsqueda, cuando sus hábitos están arraigados y la vanidad ha dirigido durante mucho tiempo su mente caótica?

Pero este moralista parcial recomienda de forma sistemática y creíble la astucia.

Las hijas deben ser siempre obedientes; sin embargo, sus madres no han de ser inexorables. Para que una joven sea tratable no tiene que hacérsela infeliz; para que sea modesta no se la debe volver estúpida. Por el contrario, no me desagradaría que se le permitiera utilizar ciertas artes, no para eludir el castigo en caso de desobediencia, sino para eximirse de la necesidad de obedecer. No es necesario hacer su dependencia opresiva, sino solo hacérsela sentir. La sutileza es un talento natural del sexo, y como estoy convencido de que todas nuestras inclinaciones naturales son buenas y correctas en sí mismas, soy de la opinión de que debe cultivarse al igual que los otros; solo debemos prevenir su abuso.

Entonces infiere triunfalmente que «cualquier cosa que exista está bien». Concedido, pero quizá ningún aforismo ha contenido nunca una afirmación más paradójica. Es una solemne verdad respecto a Dios. Digo con reverencia

que Él contempla el todo de una vez y vio sus justas proporciones en las entrañas del tiempo; pero el hombre, que solo puede examinar partes dispersas, encuentra muchas cosas equivocadas; y esto es parte del sistema y por ello es cierto que debe esforzarse por transformar lo que le parece erróneo, aun cuando se incline ante la sabiduría de su Creador y respete la oscuridad que intenta disipar.

La deducción que se sigue es justa si el principio es acertado.

La superioridad de discurso característica del sexo femenino es una justa indemnización por su inferioridad en cuanto a fortaleza: sin ella, la mujer no sería la compañera del hombre, sino su esclava; mediante su astucia e ingenio superiores conserva su igualdad y lo gobierna mientras simula obedecer. La mujer tiene todo contra ella: nuestras faltas y su propia timidez y debilidad. En su favor no tiene nada más que su sutileza y su belleza. Así pues, ¿no es muy razonable que cultive ambas?

La grandeza mental no puede cohabitar nunca con la astucia o la palabrería. No me intimidarán las palabras cuando su significado directo es la falsedad o la falta de sinceridad, sino que me contentaré con observar que si alguna clase de humanidad fue creada de tal modo que sea necesario educarla mediante reglas que no se deduzcan directamente de la verdad, la virtud no es más que una convención. ¿Cómo puede atreverse Rousseau a afirmar, después de dar este consejo, que en el gran fin de la existencia el objetivo de ambos sexos debe ser el mismo, cuando sabe bien que la mente, formada por sus empresas, se amplía mediante consideraciones importantes que engullen a las pequeñas o de lo contrario se vuelve ella misma pequeña?

Los hombres poseen una fortaleza corporal superior, pero si no fuera por las erróneas nociones de belleza, las mujeres adquirirían la suficiente para ser capaces de ganar su propio sustento, verdadera definición de la independencia, y para soportar aquellos inconvenientes y tareas corporales que son requisito para fortalecer la mente. Luego, déjennos alcanzar la perfección corporal permitiéndonos hacer el mismo ejercicio que a los niños, no solo durante la infancia, sino también en la juventud, y podremos saber hasta dónde se extiende la superioridad natural del hombre. ¿Porque qué razón o virtud puede esperarse de una criatura cuando se descuida el tiempo de sembrar en la vida? Ninguna. Los vientos del cielo no esparcieron al azar muchas semillas de utilidad sobre el terreno en barbecho.

La belleza no se adquiere solo mediante la indumentaria, y el arte de la coquetería no se logra tan pronto o de prisa. Sin embargo, mientras las niñas son aún jóvenes, poseen capacidad para estudiar gestos agradables, una modulación de voz adecuada y un porte y conducta naturales, así como para sacar provecho de adaptar con gracia su apariencia y actitudes al tiempo, el

lugar y la ocasión. Así pues, no deben aplicarse solo a las artes de destreza y a la aguja cuando muestren otros talentos cuya utilidad ya es patente.

Por mi parte, haría que una joven inglesa cultivara sus talentos de agradar para complacer a su futuro marido con el mismo cuidado y asiduidad que una joven circasiana cultiva los suyos para amoldarse al harén de un bajá oriental.

Para hacer a la mujer insignificante por completo añade:

Las lenguas de las mujeres son muy volubles; hablan antes, con mayor facilidad y de modo más agradable que los hombres. También se las acusa de hablar mucho más, pero así debe ser y estoy dispuesto a convertir este reproche en un cumplido: sus labios y ojos tienen la misma actividad y por la misma razón. El hombre habla de lo que conoce; la mujer, de lo que le complace. El uno requiere conocimiento; la otra, gusto. El objetivo principal del discurso de un hombre debe ser lo que es útil; el de la mujer, lo que es agradable. No debe haber nada común entre sus diferentes conversaciones a no ser la verdad.

Así pues, no debemos restringir la plática de las niñas del mismo modo que lo hacemos con los niños mediante esta severa pregunta: ¿Con qué propósito hablas?, sino mediante otra que no es menos difícil de responder: ¿Cómo se recibirá tu discurso? En la infancia, cuando todavía no son capaces de discernir el bien del mal, deben observar como una ley no decir nunca nada desagradable a aquellos con quienes hablen. Lo que hará la práctica de esta regla también la más difícil es que conlleva no decir nunca falsedades o cosas no ciertas.

Realmente, gobernar la lengua de esta manera requiere gran habilidad y se practica demasiado tanto entre hombres como entre mujeres. ¡Qué pocos hablan con el corazón en la mano! Tan pocos que yo, que amo la simplicidad, renunciaría de buena gana a la educación por una cuarta parte de la virtud que se ha sacrificado a una calidad equivocada que, cuando más, solo debe ser el barniz de esta.

Pero, para completar el esbozo, añade:

Resulta fácil de concebir que si los niños no son capaces de formarse nociones verdaderas sobre la religión, esas ideas deben estar muy por encima de la concepción de las niñas. Por esta misma razón comenzaré a hablarles del tema lo antes posible, porque si esperamos a que sean capaces de discutir metódicamente estas profundas cuestiones, corremos el riesgo de no hacerlo en toda su vida. La razón en la mujer es de carácter práctico y las capacita mediante la astucia para descubrir los medios de alcanzar un fin conocido, pero nunca les permitiría descubrir por sí mismas ese fin. Las relaciones sociales entre los sexos son realmente admirables: su unión da como resultado

una persona moral, de la cual la mujer podría denominarse los ojos y el hombre la mano, con una dependencia tal uno del otro, que la mujer tiene que aprender del hombre lo que va a ver y el hombre de ella lo que debe hacer. Si la mujer pudiera recurrir a los principios fundamentales de las cosas lo mismo que el hombre y este fuera capaz de adentrarse en las menudencias como las mujeres, de modo independiente el uno del otro, vivirían en discordia perpetua y su unión no perduraría. Pero en la armonía presente que existe entre ellos de modo natural, sus facultades diferentes tienden hacia un fin común: es difícil decir cuál de ellos dirige su mayor parte, pues cada uno sigue el impulso del otro; los dos obedecen y los dos son amos y señores.

Como la conducta de la mujer se subordina a la opinión pública, su fe en materia de religión, por esa misma razón, debe someterse a la autoridad. Toda hija debe ser de la misma religión que su madre y toda esposa de la misma religión que su marido, porque, aunque esa religión sea falsa, la docilidad que induce a la madre y la hija a someterse al orden de la naturaleza levanta, a los ojos de Dios, la criminalidad de su error. Como no tienen capacidad para juzgar por sí mismas, han de guiarse por la decisión de sus padres y maridos con la misma confianza que depositan en la Iglesia.

Como la autoridad debe regular la religión de las mujeres, no resulta muy necesario explicarles las razones de su creencia ni establecer los dogmas que tienen que creer. Porque la doctrina que solo presenta ideas oscuras a la mente es fuente de fanatismo y la que presenta absurdos lleva a la carencia de fe.

Parece que debe existir una autoridad absoluta e incontrovertida en alguna parte, ¿pero no es esto una apropiación directa y exclusiva de la razón? Así se han confinado los derechos de la humanidad a la línea masculina empezando por Adán.

Rousseau llevaría su aristocracia masculina todavía más lejos, porque insinúa que no condenaría a los que pugnan por dejar a la mujer en un estado de la más profunda ignorancia, si no fuera necesario para preservar su castidad y justificar la elección masculina a los ojos del mundo proporcionarles un somero conocimiento sobre el hombre y las costumbres producidas por las pasiones humanas; además podría reproducirse en casa sin que se volviera menos voluptuosa o inocente por el ejercicio del entendimiento, con excepción, claro está, del primer año de matrimonio, cuando se emplearía en vestirse como Sofía:

Su vestido es en apariencia modesto en extremo, pero muy coqueto en realidad: no hace ostentación de sus encantos, sino que los disimula, pero, al hacerlo, sabe cómo impresionar vuestra imaginación. Cualquiera que la vea dirá que es una muchacha modesta y discreta, pero cuando os encontráis cerca de ella, vuestros ojos y afectos vagan por toda su persona, sin que podáis

apartaros de ella; y concluiríais que cada una de las partes de su atuendo, aunque parece simple, solo se puso en ese orden para que la imaginación las fuera quitando una a una.

¿Es esto modestia? ¿Es una preparación para la inmortalidad? De nuevo, ¿qué opinión debemos formarnos de un sistema de educación, cuando el autor dice de su heroína que «para ella hacer las cosas bien solo es una preocupación secundaria; su principal preocupación es hacerlas con primor».

No cabe duda de que todas sus virtudes y cualidades son secundarias, porque, respecto a la religión, hace que sus padres, al estar acostumbrada a la sumisión, le digan: «Tu marido te enseñará cuando llegue el momento oportuno».

Tras alicortar de este modo la mente de la mujer, si para mantenerla bella no la ha dejado casi en blanco, le aconseja meditar, para que un hombre reflexivo no se aburra en su compañía cuando se cansa de acariciarla. ¿Sobre qué tiene que reflexionar quien tiene que obedecer?, ¿y no sería un refinamiento de la crueldad abrir solo su mente para hacer visible la oscuridad y miseria de su destino? Pero estos son sus juiciosos comentarios. El lector puede determinar en qué medida resultan consecuentes con lo que ya me he visto obligada a citar para ofrecer una visión justa sobre el tema.

Los que pasan toda su vida trabajando por el pan cotidiano no tienen ideas que vayan más allá de sus asuntos o su interés, y todo su entendimiento parece hallarse en la punta de sus dedos. Esta ignorancia no resulta perjudicial para su integridad ni para su moral, sino que con frecuencia les es de servicio. A veces, mediante la reflexión, nos sentimos conducidos a capitular ante nuestra obligación y acabamos por poner en el lugar de las cosas una jerga de palabras. Nuestra propia conciencia es el filósofo más lúcido. No hay necesidad de estar al corriente de las obras de Cicerón para ser un hombre de bien; y quizá la mujer más virtuosa del mundo sea la que conozca menos la definición de virtud. Pero no es menos cierto que el perfeccionamiento del entendimiento solo puede hacer la compañía más agradable; y es una pena que un padre de familia a quien le guste estar en casa siempre se vea obligado a meterse en sí mismo y no tenga a nadie cerca con quien pueda compartir sus sentimientos.

Además, ¿cómo puede una mujer falta de reflexión educar a sus hijos? ¿Cómo puede discernir lo que les conviene? ¿Cómo puede inclinarlos hacia las virtudes que desconoce o hacia el mérito del que no tiene idea? Solo puede consolarlos o reprenderlos; hacerlos insolentes o tímidos; los hará fanfarrones o zopencos ignorantes, pero nunca logrará hacerlos juiciosos o amables.

Realmente, cómo podría, cuando su marido no está siempre a mano para conducirla con su razón, cuando ambos juntos forman solo un ser moral. Una

voluntad ciega, «ojos sin manos», no iría muy lejos; y quizá esta razón abstracta, que debe concentrar los haces dispersos de su razón práctica, se emplee en juzgar el sabor del vino, discurrir sobre las salsas más apropiadas para acompañar a la tórtola, o interesado más profundamente en el juego de cartas, generalice sus ideas mientras se apuesta su fortuna y deja toda la minucia de la educación a su compañera o a la suerte.

Pero concediendo que la mujer debe ser bella, inocente y necia, para convertirla en una compañía más atractiva y condescendiente, ¿por qué se sacrifica su entendimiento? Y, según la propia declaración de Rousseau, toda esta preparación solo es necesaria para hacerla la amante de su marido durante un tiempo muy corto, ya que ningún hombre porfía sobre la naturaleza pasajera del amor. Así habla el filósofo: «Los placeres sensuales son efímeros. El estado habitual del afecto se pierde siempre una vez que se satisface. La imaginación, que engalana el objeto de nuestros deseos, se pierde con su goce. A excepción del Ser Supremo, que existe por sí mismo, no hay nada hermoso sino lo que es ideal».

Pero Rousseau vuelve a sus paradojas incomprensibles cuando dice a Sofía:

Emilio, al convertirse en tu esposo, se vuelve tu dueño y reclama tu obediencia. Tal es el orden de la naturaleza. Sin embargo, cuando un hombre se casa con una mujer como Sofía, resulta adecuado que esta lo dirija. Esto también es conforme con el orden de la naturaleza. Así pues, te he hecho el árbitro de sus placeres para darte tanta autoridad sobre su corazón cuanta su sexo le concede sobre tu persona. Quizá te cueste cierta abnegación desagradable, pero estarás segura de mantener tu dominio sobre él si eres capaz de mantenerlo sobre ti misma. Lo que ya he observado también me indica que esta difícil tentativa no sobrepasa tu valor.

Para tener a tu marido constantemente a tus pies, mantenlo a cierta distancia de tu persona. Gozarás de la autoridad en el amor por más tiempo si sabes cómo hacer tus favores raros y valiosos. Así es como puedes emplear hasta las artes de la coquetería al servicio de la virtud y las del amor al servicio de la razón.

Concluiré las citas con una simple descripción de una pareja agradable:

Y aun así no debes imaginar que tales manejos serán siempre suficientes. Sean cuales fueren las precauciones tomadas, el disfrute va mermando poco a poco los bordes de la pasión. Pero cuando el amor ha durado el mayor tiempo posible, un hábito agradable ocupa su lugar y el apego de la confianza mutua reemplaza los arranques de pasión. Con frecuencia los hijos constituyen una conexión más amena y permanente entre los matrimonios que el mismo amor. Cuando dejes de ser la amante de Emilio, continuarás siendo su esposa y su

amiga, porque serás la madre de sus hijos.

Observa con acierto que los hijos constituyen un lazo mucho más permanente en los matrimonios que el mismo amor. Declara que no se valorará la belleza o incluso que no se verá después de que una pareja haya vivido junta seis meses; las gracias artificiales y la coquetería también dejarán de interesar a los sentidos. Entonces, ¿por qué dice que debe educarse a una mujer para su marido con el mismo cuidado que para un harén oriental?

Ahora apelo al buen sentido de la humanidad, desde las ensoñaciones de la imaginación y el libertinaje refinado: si el objetivo de la educación es preparar a las mujeres para convertirse en esposas castas y madres juiciosas, ¿el método recomendado de manera tan verosímil en el esbozo anterior es el mejor calculado para producir estos fines? ¿Se sostendrá que la vía más segura para hacer casta a una esposa es enseñarle a practicar las artes licenciosas de una amante, denominadas coquetería virtuosa por el sensualista que ya no puede saborear el encanto sin mañas de la sinceridad o degustar el placer que surge de una tierna intimidad, cuando la sospecha no descarta la confianza y el sentido la hace interesante?

El hombre que puede contentarse con vivir con una compañera bella y útil pero sin mente ha perdido, con las satisfacciones voluptuosas, el gusto por deleites más refinados. Nunca ha sentido la satisfacción reposada, que refresca el corazón sediento cual sereno rocío del cielo, de ser amado por alguien que pueda comprenderlo. Cuando está en compañía de su esposa sigue solo, a no ser que el hombre se haya sumido en el animal. Un grave pensador filosófico dice que «el encanto de la vida es la afinidad; nada nos complace más que observar en otro hombre sentimientos semejantes, con todas las emociones de nuestro propio pecho».

Pero según el tenor del razonamiento por cuya mediación se mantiene alejada del árbol del conocimiento a la mujer, todo tiene que sacrificarse para hacer a la mujer un objeto de deseo por un corto tiempo: los años importantes de la juventud, la utilidad de la edad madura y las esperanzas racionales en el porvenir. Además, ¿cómo podía esperar Rousseau que fueran virtuosas y constantes cuando no se permite que la razón sea el fundamento de su virtud, ni que busquen la verdad? Todos los errores del razonamiento roussoniano surgen de la sensibilidad y las mujeres siempre están dispuestas a perdonarla si se dirige hacia sus encantos. Cuando debía razonar se apasionaba y la reflexión inflamaba su imaginación en lugar de iluminar su entendimiento. Hasta sus propias virtudes le descarriaron, ya que por su natural ardiente y su viva imaginación, la naturaleza le llevó hacia el otro sexo con una inclinación tan ávida que pronto se volvió un lascivo. Si hubiera dado vía a esos deseos, el fuego se habría extinguido de modo natural, pero la virtud y una especie de delicadeza romántica le hicieron practicar el renunciamiento; así, cuando el

miedo, la delicadeza o la virtud le sujetaban, dejaba volar su imaginación y, reflexionando sobre las sensaciones a las que esta daba fuerza, las dibujó con los colores más resplandecientes y las colocó en lo más profundo de su alma.

Entonces buscó la soledad, no para dormir con el hombre de la naturaleza o investigar con calma las causas de las cosas bajo la sombra donde sir Isaac Newton se entregaba a la contemplación, sino simplemente para entregarse a sus sentimientos. Y ha pintado tan ardientemente lo que sentía con tanta fuerza, que al interesar los corazones e inflamar la imaginación de sus lectores según la fuerza de la suya, estos se imaginan que convence a sus entendimientos cuando solo sienten afinidad con un escritor poético que exhibe con habilidad objetos sensuales ensombrecidos del modo más voluptuoso o velados con gracia; y así, al hacernos sentir cuando pensamos que razonamos, la mente saca conclusiones erróneas.

¿Por qué la vida de Rousseau se dividió entre el éxtasis y la miseria? La única respuesta que se puede dar es que la efervescencia de su imaginación produjo ambas; pero si esta hubiera podido enfriarse, quizás habría adquirido mayor fortaleza mental. Además, si el propósito de la vida es educar la parte intelectual del hombre, no hay nada que objetarle a este respecto; más aún, si la muerte no condujera a un escenario de actuación más noble, es probable que hubiera disfrutado de una felicidad más equilibrada en la vida y hubiera sentido las serenas sensaciones del hombre natural, en lugar de prepararse para otro estado de existencia nutriendo las pasiones que agitan al hombre civilizado.

Pero demos paz a sus manes. No lucho contra sus cenizas, sino contra sus opiniones. Lucho solo contra la sensibilidad que le llevó a degradar a la mujer al hacerla esclava del amor.

... Maldito vasallaje

Idolatradas hasta que se apaga el fuego del amor.

Después esclavas de los que nos cortejaban.

DRYDEN

La tendencia perniciosa de los libros en los que los escritores degradan con insidia nuestro sexo mientras se postran ante nuestros encantos personales no puede exponerse con demasiada frecuencia o con excesiva severidad.

Situémonos por encima de esos prejuicios estrechos, queridos contemporáneos. Si la sabiduría es deseable por sí misma, si para que la virtud merezca ese nombre debe fundamentarse en el conocimiento, esforcémonos por fortalecer nuestras mentes mediante la reflexión hasta que nuestras cabezas sean el fiel de nuestros corazones; no limitemos todos nuestros

pensamientos a las ocurrencias diarias o nuestro conocimiento al corazón de nuestros amantes o maridos, sino que subordinemos la práctica de cualquier virtud a la más importante, que consiste en perfeccionar nuestras mentes y preparar nuestros afectos para un estado más elevado.

Cuidaos, amigos, de que el corazón sufra conmovido por cualquier incidente trivial; a la caña la sacude la brisa y muere cada temporada, pero el roble permanece firme y desafía la tormenta durante años.

Si se nos hubiera creado para latir durante el tiempo que nos correspondiera y luego morir, ¿por qué no dejarnos llevar por la sensibilidad y reírnos de la severidad de la razón? Pero, ¡ay!, incluso entonces necesitaríamos fortaleza de cuerpo y mente y la vida se perdería en placeres febriles o en tediosa languidez.

Pero el sistema de educación que honestamente deseo ver estallar parece presuponer lo que nunca debe darse por sentado: que la virtud nos escuda de las desgracias de la vida; y que la fortuna, deslizándose sobre ella, sonreirá a la mujer bien educada y pondrá en sus manos a un Emilio o un Telémaco. Mientras, por el contrario, la recompensa que la virtud promete a sus seguidores se limita, parece claro, a sus propios pechos; y con frecuencia deben vérselas con los cuidados más vejatorios del mundo y soportar los vicios y humores de relaciones por las que nunca pueden sentir amistad.

Ha habido muchas mujeres en el mundo que, en lugar de ser sostenidas por la razón y virtud de sus padres y hermanos, han fortalecido sus mentes luchando contra sus propios vicios e insensateces y nunca se han encontrado con un hombre en figura de marido que, pagando la deuda de la humanidad, probara a devolver su razón a su estado dependiente natural y a restituir al hombre la prerrogativa usurpada de levantarse frente a la opinión.

SECCIÓN II

Los sermones del doctor Fordyce han formado parte durante mucho tiempo de las bibliotecas femeninas; más aún, se permite que los lean las niñas en las escuelas. Pero, si bien ha de concederse que contienen muchas observaciones sensatas, debo desecharlos de la de mi pupila si quiero fortalecer su entendimiento, dirigiéndola para que se forme sólidos principios sobre bases amplias, o aunque solo deseara cultivar su gusto.

Puede que el doctor Fordyce haya tenido en perspectiva un fin muy laudable, pero estos discursos están escritos con un estilo tan afectado que, aunque solo fuera por eso y no tuviera nada que objetar contra sus conceptos melifluos, no debo permitir a las niñas que los lean, a menos que intente echar fuera de su constitución cualquier destello natural, disolviendo toda cualidad humana en mansedumbre femenina y gracia artificial. Digo artificial porque la

verdadera surge de cierta independencia mental.

Los niños, que no se cuidan de agradar y solo desean divertirse, a menudo son muy graciosos; y la nobleza que ha vivido la mayor parte del tiempo con inferiores y siempre ha dispuesto de dinero adquiere una naturalidad de porte que más bien debe denominarse gracia corporal, en lugar de esa gracia superior que es la verdadera expresión de la mente. Esta gracia mental, que pasa desapercibida ante los ojos vulgares, con frecuencia irradia de un semblante tosco y, al iluminar todas las facciones, muestra una mente sencilla e independiente. Entonces es cuando leemos la inmortalidad en los ojos y vemos el alma en cada gesto, aunque, a la postre, ni el rostro ni los miembros tengan mucha belleza que los recomienden o la conducta nada particular para atraer la atención universal. Sin embargo, la masa de la humanidad busca una belleza más tangible; además, ¿se admira la sencillez en general, cuando la gente no pone en consideración qué admira?, ¿y puede haber sencillez sin sinceridad? Pero termino con los comentarios que en cierta medida son inconexos, aunque los temas los hacen surgir de forma natural.

El doctor Fordyce da cien vueltas a la elocuencia de Rousseau en sus párrafos declamatorios y con lenguaje engolado y sentimental detalla sus opiniones sobre el carácter femenino y la conducta que debe adoptar la mujer para hacerse amada.

Habla por sí mismo cuando hace que la Naturaleza se dirija al hombre de este modo:

Mira a estas risueñas inocentes a las que he agraciado con mis más bellos dones y he encomendado a tu protección; míralas con amor y respeto; trátalas con ternura y honor. Son tímidas y necesitan ser defendidas. Son frágiles. ¡No te aproveches de su debilidad! Deja que se hagan querer por sus miedos y rubores. Nunca abuses de su confianza. ¿Pero es posible que alguno de vosotros sea tan bárbaro, tan perverso como para abusar de ellas? ¿Podéis sentirlos capaces de despojar a estas criaturas gentiles y confiadas de su tesoro o hacer algo para despojarlas de su manto original de virtud? ¡Maldita sea la mano impía que se atreva a violar el cuerpo de castidad inmaculada! ¡Absteneos, desgraciados, rufianes! No os aventuréis a provocar la más violenta venganza del Cielo.

Sé que no se puede hacer ningún comentario serio sobre este curioso pasaje, y podría añadir muchos otros similares. Algunos, tan sensibleros, que he oído a hombres sensatos usar la palabra indecentes cuando los mencionaban con disgusto.

Hay continuas muestras de sentimientos fríos y artificiales y esa ostentación de sensibilidad que debe enseñarse a despreciar a niños y niñas como signo seguro de una mente pequeña y vana. Se hacen floridas

apelaciones al Cielo y a las bellas inocentes, sus más hermosas imágenes aquí abajo, mientras se deja muy atrás todo juicio sensato. No es el lenguaje del corazón, ni nunca lo alcanzará, aunque estimule el oído.

Quizá podría decirseme que al público le han gustado estos volúmenes. Cierto, y también siguen leyéndose las *Meditations* de Hervey, aunque peca igualmente contra el sentido y el gusto.

Estoy especialmente en contra de las frases como de amor, inflamadas de pasión, que se intercalan por todas partes. Si alguna vez se concede a las mujeres caminar sin andadores, ¿por qué se las debe convencer para que sean virtuosas mediante arteras lisonjas y cumplidos sexuales? ¡Hay que hablarles el lenguaje de la verdad y la sensatez y dejémonos de nanas de cariño condescendiente! Que se las enseñe a respetarse como criaturas racionales en lugar de dirigirles a apasionarse con sus insípidas personas. Me irrita escuchar a un predicador disertar sobre la ropa o las labores de aguja, y aún más oírle dirigirse a las bellezas inglesas, las más bellas de las bellas, como si solo tuvieran sentimientos.

Incluso para recomendar piedad utiliza los argumentos siguientes:

Quizá nunca una mujer bella causa una sensación más profunda que cuando, recogida en evocaciones pías y poseída por las consideraciones más nobles, adopta sin darse cuenta una dignidad superior y nuevas gracias, de tal modo que la hermosura de la santidad parece resplandecer a su alrededor y los que están a su lado se sienten casi inclinados a imaginarla ya adorada entre los ángeles, sus iguales.

¿Por qué debe educarse a la mujer con este deseo de conquista? Usada con este sentido, la misma palabra me produce un desasosiego enfermizo. ¿No ofrecen la religión y la virtud motivos más poderosos o una recompensa más brillante? ¿Siempre se las ha de degradar haciéndoles tener en cuenta el sexo de su compañía? ¿Se les debe enseñar siempre a agradar? Y cuando apunten su pequeña artillería al corazón del hombre, ¿es necesario decirles que un poco de sentido es suficiente para hacer sus atenciones increíblemente satisfactorias? «Así como un cierto grado de entendimiento en una mujer entretiene, del mismo modo, aunque por razón diferente, de una mujer deleita una pequeña expresión de amabilidad, en particular si es bella». Hubiera supuesto que por la misma razón.

¿Por qué se les dice a las niñas que parecen ángeles, si no es para rebajarlas como mujeres? ¿O que el sexo femenino, gentil e inocente, es lo que más se acerca a la idea que nos hemos formado de los ángeles? Además, al mismo tiempo se les dice que solo se asemejan a los ángeles cuando son jóvenes y bellas; en consecuencia, son sus personas, no sus virtudes, las que obtienen este homenaje.

¡Palabras necias y vanas! ¿A qué puede conducir esta adulación engañosa sino a la vanidad e insensatez? Es cierto que el amante tiene licencia poética para exaltar a la dueña de su amor; su razón es la pompa de su pasión y no comete falsedad cuando toma prestado el lenguaje de la adoración. Su imaginación puede alzar al ídolo de su corazón, sin culpa, sobre la humanidad; y qué felices serían las mujeres si solo las halagaran los hombres que las aman. Quiero decir los que aman a una de ellas, no al sexo. Pero, ¿debe un grave predicador intercalar en sus discursos tales necesidades?

Sin embargo, siempre se da cabida a la voluptuosidad en el texto de sermones o novelas. Los moralistas permiten a los hombres cultivar, como la Naturaleza ordena, distintas cualidades y adoptar los diferentes caracteres que las mismas pasiones, modificadas casi hasta el infinito, otorgan al individuo. Un hombre virtuoso puede tener una constitución colérica o sanguínea, ser alegre o grave, sin ser reprobado; ser firme hasta casi la altanería o ser tan dócil que no posea voluntad u opinión propia; pero todas las mujeres tienen que ajustarse, mediante la mansedumbre y la docilidad, a un mismo carácter de dulzura condescendiente y amable sumisión.

Utilizaré las propias palabras del predicador:

Debe observarse que en vuestro sexo los ejercicios viriles nunca resultan graciosos; que en ellos siempre está proscrito el tono o la postura, las maneras o el porte de carácter masculino; y que los hombres sensibles desean en toda mujer rasgos suaves y una voz fluida, una forma no robusta y un comportamiento delicado y gentil.

¿No corresponde el retrato siguiente al de una esclava de la casa?

Me asombra la insensatez de muchas mujeres que todavía reprochan a sus maridos que las dejen solas por preferir esta o esa compañía a la suya, que las traten con este signo o el otro de descuido o indiferencia, cuando, a decir verdad, ellas tienen en gran medida la culpa. No justifico al hombre que hace algo equivocado, pero si os hubierais comportado con ellos con una atención más respetuosa y ternura más constante, estudiando su humor, pasando por alto sus errores, sometiéndolos a sus opiniones en asuntos sin importancia, sin tener en cuenta pequeños ejemplos de aspereza, capricho o pasión, respondiendo con suavidad a palabras impacientes, quejándoos lo menos posible y convirtiendo en vuestra tarea diaria el aliviar su ansiedad y adelantaros a sus deseos, animar las horas de aburrimiento y convocar las ideas de felicidad; si hubierais procurado esta conducta, no dudo que habríais mantenido su estima e incluso la habríais aumentado hasta el punto de haber conseguido el grado de influencia necesario que puede conducir a su virtud o a vuestra mutua satisfacción, y vuestra casa hubiera sido ese día la morada de la dicha doméstica.

Una mujer así tiene que ser un ángel —o un asno— porque no percibo huellas de carácter humano ni razón o pasión en esta sierva doméstica, cuyo ser está absorbido por el del tirano.

Además, el doctor Fordyce debe conocer muy poco el corazón humano si realmente supone que tal conducta haría retornar al amor errante, en lugar de excitar su desprecio. No; la belleza, la gentileza, etc., pueden conquistar un corazón, pero la estima, el único afecto duradero, solo puede lograrse mediante la virtud basada en la razón. Este respeto por el entendimiento es el que mantiene viva la ternura por la persona.

Como estos libros se ponen muy frecuentemente en manos de las jóvenes, les he dedicado más atención de la que estrictamente se merecen. Pero al haber contribuido a viciar el gusto y debilitar el entendimiento de muchas de mis semejantes, no podía pasarlos por alto en silencio.

SECCIÓN III

Tan paternal solicitud satura el *Legacy to his Daughters* del doctor Gregory, que me dispongo a criticar con afectuoso respeto. Pero aunque este pequeño volumen tiene muchos atractivos que recomendar a la parte más respetable de mi sexo, no puedo silenciar argumentos apoyados falazmente en opiniones que creo que han tenido los efectos más contraproducentes en la moral y los modales del mundo femenino.

Su estilo sencillo y familiar se adapta con precisión al tenor de sus consejos, y la ternura melancólica que el respeto por la memoria de su amada esposa difunde por toda la obra la hace muy interesante; con todo, hay cierto grado de elegancia concisa pero llamativa que perturba esta afinidad: saltamos al autor, cuando solo esperamos encontrarnos con el padre.

Además, al tener dos objetivos en perspectiva, rara vez se ajusta con firmeza a uno de ellos, porque como desea hacer amables a sus hijas y teme que la infelicidad solo sea la consecuencia de instilarles sentimientos que las arrastren fuera de los carriles de la vida ordinaria sin permitirles actuar con una dignidad e independencia en consonancia, contiene el flujo natural de sus pensamientos y no aconseja una cosa ni otra.

En el prefacio les dice una triste verdad, «que oirán, al menos una vez en sus vidas, los sentimientos genuinos de un hombre que no tiene interés en engañarlas».

¡Desventurada mujer, qué puede esperarse de ti, cuando los seres de los que se te ha dicho que dependes por naturaleza para obtener razón y apoyo están interesados en engañarte! Esta es la raíz del mal que ha sembrado un moho corrosivo en todas las virtudes y, al malograr de raíz la apertura de tus facultades, ¡te ha vuelto la débil cosa que eres! Este interés particular, este

estado insidioso de contienda, es lo que socava la moralidad y divide a la humanidad.

Si el amor ha hecho desdichadas a algunas mujeres, ¡a cuántas más han vuelto vanas e inútiles las relaciones galantes, frías y sin sentido! Sin embargo, esta atención despiadada al sexo se considera tan viril, tan cortés, que hasta que la sociedad se organice de modo muy diferente, me temo que no vendrá a acabar con estos vestigios de los modales góticos un modo de conducta más sensato y afectuoso. Además, debo observar, para desnudarlo de su dignidad imaginaria, que en los estados menos civilizados de Europa predomina en grado muy elevado este jarabe de pico, acompañado de la más extrema disolución de la moral. En Portugal, país al que me refiero en particular, toma el lugar de las más serias obligaciones morales, porque rara vez se asesina a un hombre cuando se encuentra en compañía de una mujer. La mano salvaje de rapiña se debilita por este espíritu caballeresco, y si no se puede aplazar el golpe de la venganza, se suplica a la dama que perdone la rudeza y se marche en paz, aunque quizá salpicada por la sangre de su marido o hermano.

Pasaré por alto estas contradicciones con la religión, ya que pretendo discutir este tema en un capítulo aparte.

Desapruebo por completo los comentarios sobre la conducta, aunque algunos de ellos son muy sensatos, porque me parece que comienzan, por así decirlo, por el extremo equivocado. Un entendimiento cultivado y un corazón afectuoso nunca necesitan almidonadas reglas de decoro —algo más sustancial que el bien parecer será el resultado—; y sin entendimiento, la conducta aquí recomendada sería afectación. ¡Decoro, claro está, es lo único necesario!, el decoro va a suplantar a la naturaleza y a desterrar toda la simpleza y variabilidad de carácter del mundo femenino. ¿Pero qué buen fin puede producir todo este superficial consejo? No obstante, es mucho más fácil señalar este o aquel modo de conducta que poner a trabajar la razón; pero cuando se ha equipado a la mente con un conocimiento de utilidad y se la ha fortalecido mediante el empleo, puede dejarse sin peligro la regulación de la conducta a su guía.

Por ejemplo, ¿por qué han de tomarse las precauciones siguientes, cuando tienen que contaminar la mente artes de todo tipo, y por qué embrollar los grandes motivos de acción, que imponen la razón y la religión combinadas por igual, con piadosos giros mundanos y trucos de prestidigitación para ganar el aplauso de necios boquiabiertos y sin gusto?

Sed siempre prudentes en demostrar vuestro buen juicio, pues se pensará que asumís una superioridad sobre el resto de los presentes. Y si por casualidad tenéis algún conocimiento, guardarlo como un profundo secreto, especialmente de los hombres, que en general miran con ojos celosos y

malignos a una mujer de gran talento y entendimiento cultivado.

Si los hombres de mérito real, como observa después, están por encima de esta mezquindad, ¿dónde está la necesidad de que la conducta de todo el sexo se deba modular para complacer a los necios o a los hombres que, al tener poca cosa por lo que reclamar respeto como individuos, prefieren mantener cerradas sus falanges? Claro está que los hombres que insisten en su superioridad común solo por la superioridad sexual son muy disculpables.

No habría fin para las reglas de conducta si lo apropiado fuera siempre adoptar el tono de la compañía, porque así, al variar continuamente de clave, un bemol pasaría con frecuencia por una nota natural.

Habría sido más inteligente, con certeza, haber aconsejado a las mujeres perfeccionarse hasta que se alzaran sobre los humos de la vanidad y, entonces, dejar que la opinión pública se persuadiera, porque ¿dónde van a detenerse las reglas de acomodamiento? La estrecha senda de la verdad y la virtud no se inclina a la derecha ni a la izquierda; es una línea recta y los que siguen con honestidad su ruta pueden bordear muchos prejuicios decorosos sin dejar atrás la modestia. Limpia el corazón y utiliza la cabeza, y me aventuro a predecir que no habrá nada ofensivo en la conducta.

Los aires de moda que muchas jóvenes están tan ávidas por conseguir siempre me hieren, al igual que las estudiadas actitudes de ciertos cuadros modernos, copiados de los antiguos con un servilismo carente de gusto; el alma queda fuera y las partes no se unen por lo que podría llamarse con propiedad carácter. Este barniz de moda, que rara vez se ajusta mucho al sentido, puede deslumbrar a los débiles, pero dejemos a su aire lo natural y difícilmente disgustará a los inteligentes. Además, cuando una mujer tiene el suficiente juicio para no pretender hacer nada que no entienda de algún modo, no hay necesidad de decidir esconder sus talentos bajo un celemín. Dejemos que las cosas tomen su curso natural y todo estará bien.

Este sistema de disimulo, a lo largo de todo el volumen, es lo que desprecio. Las mujeres siempre tienen que parecer ser esto o lo otro, aunque la virtud pueda apostrofarlas con las palabras de Hamlet: «¿Parece, señora? No sé lo que es “parece”. Tengo dentro algo que va más allá de las apariencias».

Sigue con el mismo tono, ya que en otro lugar, tras recomendar delicadeza sin definirla con demasiada claridad, añade:

Los hombres se quejarán de vuestra reserva. Os asegurarán que una conducta más franca os haría más amables. Pero, creedme, no son sinceros cuando os lo dicen. Sé que en algunas ocasiones podría haceros más agradables como compañía, pero os haría menos amables como mujeres: una distinción importante de la que muchas de vuestro sexo no se dan cuenta.

Este deseo de ser siempre mujeres, la misma conciencia de serlo, es lo que degrada al sexo. Debo repetir con énfasis una observación que ya he hecho: excepto con un amante, estaría bien si solo fueran compañías agradables o racionales. Pero a este respecto su consejo ni siquiera es consecuente con un pasaje que quiero citar con la aprobación más marcada:

El sentimiento de que una mujer puede permitirse todas las libertades inocentes mientras su virtud esté a salvo es tan groseramente indecoroso como peligroso y ha resultado fatal para muchas de vuestro sexo.

Coincido a la perfección con esta opinión. Un hombre o una mujer, o cualquier sentimiento, siempre debe desear convencer al objeto amado de que son las caricias al individuo y no al sexo las que se reciben y se devuelven con placer, y que se conmueve el corazón y no los sentidos. Sin esta delicadeza natural, el amor se convierte en una egoísta satisfacción personal, que pronto degrada el carácter.

Llevo este sentimiento aún más lejos. El afecto, cuando el amor está fuera de cuestión, autoriza muchas ternuras personales que fluyen de modo natural de un corazón inocente y dan vida a la conducta; pero los intercambios personales por el apetito, la galantería o la vanidad son despreciables. Cuando un hombre, al conducirla a su carruaje, estrecha la mano de una mujer hermosa a la que no ha visto antes, ella lo considerará una libertad impertinente cercana al insulto si está dotada de verdadera delicadeza, en lugar de sentirse halagada por este vacío homenaje a la belleza. Estos son los privilegios de la amistad o el homenaje momentáneo que el corazón rinde a la virtud cuando de repente se hace evidente; los meros espíritus animales no tienen derecho a las bondades del afecto.

Como deseo fomentar los afectos con lo que ahora es el alimento de la vanidad, me contentaría con persuadir a mi sexo para actuar según los principios fundamentales. Que se merezcan el amor y lo obtendrán, aunque nunca se les diga que «el poder de una mujer hermosa sobre los corazones de los hombres, de los hombres de mayor talento, llega más lejos de lo que ella concibe».

Ya he dado cuenta de las estrictas advertencias respecto a la duplicidad, la suavidad femenina y la delicadeza de constitución, puesto que estos son los asuntos sobre los que vuelve una y otra vez, es cierto que de modo más decoroso que Rousseau, pero quedan claros los mismos puntos, y cualquiera que pretenda analizar estos sentimientos hallará que los principios básicos no son tan delicados como la estructura superficial.

El tema de las diversiones se trata de modo muy superficial, pero con el mismo espíritu.

Cuando me ocupe de la amistad, el amor y el matrimonio, se comprobará que diferimos de opinión notablemente, por ello, no adelantaré lo que he de observar sobre temas tan importantes, sino que limitaré mis comentarios al tenor general de los suyos, a esa prudencia familiar, a esas consideraciones restringidas del afecto parcial e ignorante, que excluye el placer y el perfeccionamiento al desear guardarse en vano del error y las penas, y que, al proteger de este modo el corazón y la mente, destruye también toda su energía. Es mejor con mucho ser decepcionada muchas veces que no confiar nunca; llevarse una desilusión en el amor que no amar nunca; perder la afición del esposo que perder su estima.

Sería una dicha para el mundo, y para los individuos, por supuesto, que toda esta infructuosa solicitud por obtener la felicidad mundana con un plan limitado se tornara en un deseo ávido de perfeccionar el entendimiento. «La sabiduría es lo principal; así pues, conseguidla y, con todos vuestros logros, armaos de entendimiento. ¿Hasta cuándo, simples de vosotras, amaréis la simpleza y odiaréis el conocimiento?», dice la Sabiduría a las hijas de los hombres.

SECCIÓN IV

No quiero hacer alusión a todos los autores que han escrito sobre el tema de los modales femeninos —de hecho solo batiría terreno conocido, porque, en general, han escrito con el mismo estilo—, sino atacar la tan alardeada prerrogativa del hombre; la prerrogativa que con énfasis se llamaría el férreo cetro de la tiranía, el pecado original de los tiranos. Me declaro en contra de todo poder cimentado en prejuicios, aunque sean antiguos.

Si el sometimiento demanda que se fundamente en la justicia, no existe apelación a un poder mayor, porque Dios es la misma justicia. Luego, como hijos de los mismos padres, si no se nos confiere la condición de bastardas por haber nacido después, razonemos juntos y aprendamos a someternos a la autoridad de la Razón, cuando su voz se oiga claramente. Pero si se prueba que este trono de prerrogativas descansa solo en una masa caótica de prejuicios sin principios de orden inherentes que los mantenga juntos, o sobre un elefante, una tortuga o incluso los poderosos hombros de un hijo de la tierra, se pueden eludir —quién se atreve a afrontar las consecuencias— sin quebrantar el deber, sin pecar contra el orden de las cosas.

Mientras la razón eleve al hombre sobre la multitud de animales y la muerte esté cargada de promesas, solo están sujetos a la ciega autoridad que no tiene confianza en su propia fuerza. Son libres —¡quién será libre!

El ser que puede gobernarse a sí mismo no tiene nada que temer en la vida; pero si hay algo más caro que su propio respeto, debe pagarse el precio hasta el último penique. La virtud, al igual que cualquier cosa de valor, debe amarse

solo por sí misma o no morará entre nosotros. No comunicará esa paz «que excede el conocimiento», cuando se la hace simplemente el soporte de la reputación y se la respeta con exactitud farisaica porque «la honestidad es la mejor política».

No puede negarse que el plan de vida que nos permite llevar cierto conocimiento y virtud al otro mundo es el mejor calculado para asegurar la dicha en este; no obstante, muy pocos actúan según estos principios, aunque se acepta de modo universal que no admite discusión. El placer o el poder presentes se llevan con ellos estas serias convicciones y el hombre regatea la felicidad de un día, no la de la vida. ¡Qué pocos, qué poquísimos, tienen la suficiente previsión o resolución para soportar un pequeño mal presente que evite uno mayor en el futuro!

La mujer, en particular, cuya virtud se cimienta sobre prejuicios mutables, rara vez alcanza esta grandeza mental; por ello, al convertirse en la esclava de sus propios sentimientos, es sojuzgada con facilidad por los de los otros. Degradada de este modo, emplea su razón, ¡su confusa razón!, para lustrar sus cadenas en lugar de partirlas.

He escuchado indignada a las mujeres argumentar siguiendo las huellas de los hombres y adoptar los sentimientos que las igualan a los animales, con toda la pertinacia de la ignorancia.

Ilustraré mi afirmación con unos cuantos ejemplos. La señora Piozzi, que repite con frecuencia de memoria lo que no entiende, sale al paso con párrafos johnsonianos: «No busques la felicidad en la singularidad y teme el refinamiento de la inteligencia como una desviación hacia la locura». De este modo tan dogmático se dirige a un hombre recién casado y, para aclarar este pomposo exordio, añade:

Dije que la persona de vuestra señora no os sería más placentera, pero ruega que nunca la hagáis sospechar que se ha vuelto menos; porque es bien conocido que una mujer perdonará mucho antes una afrenta a su entendimiento que a su persona, y ninguna de nosotras contradirá esta afirmación. Todas nuestras dotes, todas nuestras artes, se emplean para ganar y conservar el corazón del hombre, ¿y qué mortificación puede ser mayor que el disgusto de no conseguir este fin? No existe un reproche, un castigo, aunque sea severo, que una mujer de espíritu no prefiera al abandono; y si es capaz de soportarlo sin quejarse, solo demuestra que pretende compensarse del desdén de su marido con la atención de los otros.

Estos son sentimientos verdaderamente masculinos. «Empleamos todas nuestras artes para ganar y conservar el corazón del hombre», ¿y qué se infiere de aquí? Si su persona es abandonada —¿pero ha habido alguna persona que no haya sido menospreciada, aunque tuviera la simetría de los Médicis? —, se

compensaría esforzándose por agradar a otro hombre. ¡Qué moralidad tan noble! Pero así se afronta el entendimiento del sexo en su conjunto y se priva a su virtud de las bases comunes que la fundamentan. Una mujer debe saber que su persona no puede ser tan agradable para su marido como lo era para su amante y si se ofende con él por ser una criatura humana, puede gimotear tanto por la pérdida de su corazón como por cualquier otra necesidad. Y esta carencia de discernimiento o esta ira irrazonable prueba que el esposo no podía cambiar su inclinación hacia su persona por afecto hacia sus virtudes o respeto por su entendimiento.

Mientras las mujeres admitan tales opiniones y actúen en consecuencia, sus entendimientos, al menos, se merecen el desprecio y vilipendio con que los hombres, que nunca insultan a sus personas, han nivelado sarcásticamente la mente femenina. Y son los sentimientos de estos hombres educados, que no desean verse embarazados con la mente, los que adoptan neciamente las mujeres vanas. Además, deberían saber que el insulto a la razón solo puede extender esa sagrada reserva sobre la persona que vuelve los afectos humanos permanentes en la medida en que resulten consecuentes con la gran finalidad de la existencia: la obtención de la virtud, porque esos afectos humanos tienen siempre ciertos quilates de base.

La baronesa de Staël habla el mismo lenguaje de la señora que acabo de citar, pero con mayor entusiasmo. Por accidente cayó en mis manos su elogio a Rousseau y sus sentimientos, los sentimientos de muchísimas de mi sexo, servirán de texto para algunos comentarios. Observa que:

Aunque Rousseau se ha esforzado por evitar que las mujeres intervengan en los asuntos públicos y tengan un papel importante en el escenario de la política, ¡cuánto ha hecho en su satisfacción al hablar de ellas! Si quería privarlas de algunos derechos extraños a su sexo, ¡cómo les ha restablecido para siempre todos los que les corresponden! Y al intentar aminorar su influencia sobre las deliberaciones de los hombres, ¡de qué modo tan sagrado ha establecido su imperio sobre su felicidad! Al ayudarlas a descender de un trono usurpado, las ha sentado con firmeza en el que la naturaleza les había destinado; y aunque se llene de indignación contra ellas cuando intentan parecerse a los hombres, cuando se le presentan con todo el encanto, la debilidad, las virtudes y los errores propios de su sexo, el respeto por sus personas se aproxima a la adoración.

¡Cierto!, porque nunca hubo un sensualista que rindiera una adoración más ferviente al resplandor de la belleza. De hecho, su respeto por la persona era tan fervoroso que, a excepción de la virtud de la castidad, por razones obvias, solo deseaba verla embellecida por encantos, debilidad y errores. Tenía miedo de que la austeridad de la razón pudiera perturbar el suave jugueteo del amor. El amo deseaba tener una esclava de oropel que le gustara y dependiera por

completo de su razón y su liberalidad; no quería una compañera a la que se viera obligado a estimar o una amiga a quien pudiera confiar el cuidado de sus hijos si la muerte los dejaba sin padre antes de que hubiera cumplido esta tarea sagrada. Niega el juicio a las mujeres, las excluye del conocimiento y las desvía de la razón; no obstante, concede su perdón, porque «admite la pasión del amor». Se necesitaría cierto ingenio para demostrar por qué las mujeres deberían sentirse obligadas hacia él por admitir el amor, cuando resulta claro que solo lo hace para el esparcimiento del hombre y para perpetuar la especie; pero habla con pasión y esa magia poderosa surte efectos en la sensibilidad de una joven encomiasta. «Esto significa para las mujeres —prosigue la rapsoda— que su razón disputa el imperio con ellas, mientras su corazón es fervorosamente suyo». Deben luchar no por el imperio, sino por la igualdad. No obstante, si solo desean ensanchar su dominio, no han de confiar por completo en sus personas, porque aunque la belleza puede ganar un corazón, no podrá conservarlo, aunque esté en su pleno florecimiento, si la mente no le presta, al menos, algunas gracias.

Una vez que las mujeres se hallen lo suficientemente instruidas como para descubrir sus intereses reales a gran escala, estoy convencida de que se encontrarán dispuestas a renunciar a todas las prerrogativas del amor que no son mutuas y hablarán de las duraderas para el disfrute sereno de la amistad y la tierna confianza en la estima producida por la costumbre. Antes del matrimonio no asumirán aires insolentes o después una sumisión abyecta, sino que se esforzarán por actuar como criaturas racionales en ambas situaciones y no se las derribará de un trono a un escabel.

La señora Genlis ha escrito varios libros de entretenimiento para niños, y sus *Letters on Education* proporcionan muchas sugerencias útiles de las que se beneficiarán los padres sensatos; pero sus perspectivas son reducidas y sus prejuicios tan poco razonables como poderosos.

Pasaré por alto su vehemente argumento en favor del futuro castigo eterno, ya que me sonrojo de pensar que un ser humano deba argüir con vehemencia en un tema tal, y solo haré algunos comentarios sobre su absurda manera de hacer que la autoridad paterna suplante a la razón. Porque en toda ocasión no solo inculca sumisión ciega a los padres, sino a la opinión del mundo.

Cuenta la historia de un joven, comprometido por expreso deseo de su padre a una joven de muy buena posición. Antes de que pueda efectuarse el matrimonio, esta pierde su fortuna y es arrojada al mundo sin amigos. El padre practica las artes más infames para separarla de su hijo, y cuando este se da cuenta de su villanía y, siguiendo los dictados del honor, desposa a la joven, no se sigue otra cosa que calamidades, porque ¡se había casado sin el consentimiento paterno! ¿En qué bases puede descansar la religión o la moralidad, cuando se desafía la justicia de este modo? Con el mismo

propósito, vuelve a presentar a una joven perfecta, dispuesta a desposarse solo con la persona que su mamá quisiera recomendarle, y se casa realmente con un joven de su elección, sin sentir ninguna emoción o pasiones, porque esa joven tan bien educada no tuvo tiempo para enamorarse. ¿Es posible guardar respeto a un sistema de educación que insulta así a la razón y a la naturaleza?

En sus escritos aparecen muchas opiniones similares, mezcladas con sentimientos que hacen honor a su cabeza y su corazón. Además, hay tanta superstición mezclada con su religión y tanta sabiduría mundana con su moralidad, que no dejaría a una persona joven leer sus obras, a menos que pudiera conversar después sobre los temas y señalar las contradicciones.

Las cartas de la señora Chapone están escritas con tan buen juicio y tan llana humildad, y contienen tantas observaciones útiles, que solo las menciono para rendir a la valiosa escritora este tributo de respeto. Es cierto que no siempre puedo coincidir con su opinión, pero la respeto.

Esta palabra me trae el recuerdo de la señora Macaulay, sin duda la mujer de mayor talento que ha existido en este país y, sin embargo, ha muerto sin que se prestara el respeto suficiente a su memoria.

La posteridad será más justa y recordará que Catharine Macaulay fue un ejemplo de cualidades intelectuales que se suponían incompatibles con la debilidad de su sexo. Realmente, en su forma de escribir no aparece el sexo, porque es como el sentido que comunica, fuerte y claro.

No denominaré al suyo entendimiento masculino, porque no admito una asunción de razón tan arrogante, pero sostengo que era firme, y que su juicio, fruto maduro de un pensamiento profundo, fue una prueba de que una mujer puede adquirirlo en la plena extensión de la palabra. Poseía más penetración que sagacidad, más entendimiento que imaginación, y escribió con sobria energía y exactitud de argumentos; no obstante, la afinidad y la benevolencia proporcionan interés a sus sentimientos y ese calor vital a sus argumentos que fuerzan al lector a tenerlos en cuenta.

Cuando pensé en escribir estas críticas, conté por anticipado con la aprobación de la señora Macaulay, con un poco de ese ardor optimista que ha sido la tarea de mi vida reprimir, pero pronto me enteré, con la calma enfermiza de la esperanza frustrada y la inmóvil seriedad del pesar, de que ya no estaba entre nosotros.

SECCIÓN V

Al pasar revista a las distintas obras que se han escrito sobre la educación, no se pueden eludir las Cartas de lord Chesterfield. No quiero analizar su sistema afeminado e inmoral o entresacar algunos de los comentarios útiles y perspicaces que aparecen en sus epístolas. No, solo quiero hacer unas cuantas

reflexiones sobre su tendencia manifiesta, el arte de adquirir un pronto conocimiento del mundo, arte que me atreveré a afirmar que hace presa, como el gusano en el brote, en la expansión de las facultades y vuelve veneno los jugos generosos que deben subir con vigor por la estructura joven, inspirando afectos cálidos y grandes propósitos.

El sabio dice que cada cosa tiene su tiempo, ¿y quién buscaría los frutos del otoño durante los meses templados de la primavera? Pero esto es mera recitación y quiero razonar con esos instructores duchos en los asuntos mundanos que, en lugar de cultivar el juicio, inculcan prejuicios y endurecen el corazón que la experiencia gradual solo habría entibiado. Un conocimiento temprano de las flaquezas humanas, o lo que se denomina conocimiento del mundo, es la vía más segura, en mi opinión, para contraer el corazón y sofocar el ardor natural de la juventud, que no solo procura grandes talentos, sino grandes virtudes. Porque el intento vano de producir el fruto de la experiencia antes de que la rama haya echado las hojas solo agota su fuerza e impide que adopte una forma natural, del mismo modo que la forma y la fuerza de los metales sedimentados se daña cuando se perturba la atracción de cohesión.

Decidme, vosotros que habéis estudiado la mente humana, si no es un extraño modo de fijar principios mostrar a los jóvenes que rara vez son estables. ¿Y cómo pueden fortalecerse con hábitos cuando los ejemplos prueban que son falaces? ¿Por qué debe sofocarse de ese modo el ardor de la juventud y herir en lo vivo a la imaginación exuberante?

Es cierto que esta árida precaución puede guardar al carácter de los infortunios del mundo, pero impedirá sin falta la excelencia, tanto en virtud como en conocimiento. El obstáculo que la sospecha arroja en cualquier senda impedirá todo ejercicio vigoroso de genio o benevolencia y se despojará a la vida de su encanto más seductor mucho antes de su atardecer calmado, cuando el hombre debe retirarse a la contemplación para buscar bienestar y apoyo.

Un joven que se ha criado con amigos de casa y al que se ha encaminado a almacenar en su mente todo el conocimiento especulativo que puede adquirirse mediante la lectura y las reflexiones naturales que inspira la ebullición de la juventud en los espíritus animales y los sentimientos instintivos entrará en el mundo con expectativas cordiales y erróneas. Pero este parece ser el curso de la Naturaleza, y en la moral, así como en las obras de gusto, debemos observar sus indicaciones sagradas y no suponer que vamos en cabeza, cuando debemos ir detrás servilmente.

En el mundo son pocos los que actúan según los principios; las fuentes principales son los sentimientos presentes y los hábitos tempranos, ¡pero cómo se amortiguarían los primeros y se volverían los últimos grilletos de hierro corroído, si se mostrara a los jóvenes el mundo tal como es, cuando no cuentan

para soportarlo con un conocimiento de la humanidad o de sus propios corazones obtenido por la experiencia! No verían entonces a sus semejantes como seres frágiles iguales a sí mismos, condenados a luchar contra las debilidades humanas, que muestran unas veces el lado brillante de su carácter y otras el lado oscuro, y exigen sentimientos alternativos de amor y disgusto, sino que tomarían precauciones en contra como fieras de presa, hasta que se erradicara todo sentimiento social amplio —en una palabra, la humanidad.

Por el contrario, mientras descubrimos de forma gradual las imperfecciones de nuestra naturaleza en la vida, descubrimos las virtudes y varias circunstancias nos unen a nuestros semejantes cuando nos mezclamos con ellos y contemplamos los mismos objetivos, en los que nunca se piensa al adquirir un conocimiento apresurado e innatural del mundo. Vemos una locura cobrar fuerza como vicio en grados casi imperceptibles y nos apiadamos mientras lo censuramos; pero si el repugnante monstruo irrumpe de repente ante nuestra vista, el miedo y el disgusto, haciéndonos más severos de lo que debe ser el hombre, nos conducirían a usurpar con celo ciego el carácter de la omnipotencia y a denunciar la condenación de nuestros semejantes mortales, olvidando que no podemos leer el corazón y que tenemos semillas de los mismos vicios al acecho en los corazones propios.

Ya he señalado que esperamos más de la instrucción de lo que esta puede proporcionar, porque en lugar de preparar a los jóvenes para afrontar los males de la vida con dignidad y para adquirir sabiduría y virtud mediante el ejercicio de sus propias facultades, se amontonan los preceptos sobre preceptos y se requiere obediencia ciega cuando la convicción debiera demostrarse con la razón.

Supongamos, por ejemplo, que una persona joven, en el primer ardor de la amistad, deifica al objeto amado, ¿qué daño puede surgir de este apego equivocado y entusiástico? Quizá sea necesario que la virtud aparezca primero en una forma humana para causar sensación en los corazones jóvenes; su mirada eludiría el modelo ideal, que busca una mente madura y exaltada y al que da forma por sí misma. «El que no ama a sus hermanos que ve, ¿cómo puede amar a Dios?», preguntó el más sabio de los hombres.

Es natural que la juventud adorne al primer objeto de su afecto con todas las mejores cualidades y la emulación que produce la ignorancia o, para hablar con más propiedad, la inexperiencia hace que la mente sea capaz de formar tal sentimiento; cuando, pasado el tiempo, se llega a la conclusión de que la perfección no se puede alcanzar entre los mortales, se piensa en abstracto que la virtud es bella, y la sabiduría, sublime. Entonces la admiración da lugar a la amistad propiamente dicha, ya que se basa en la estima; y el ser camina solo y su anhelo de emular la perfección que siempre resplandece en una mente noble depende nada más del Cielo. Pero el hombre debe conseguir este conocimiento

mediante el ejercicio de sus propias facultades. Se trata sin duda del fruto bendito de la esperanza desengañada, ya que Aquel que disfruta difundiendo la felicidad y mostrando misericordia a las débiles criaturas que están aprendiendo a conocerlo nunca inculcó una inclinación para que fuera un fuego fatuo atormentador.

No permitimos a nuestros árboles que se extiendan con exuberancia salvaje, ni esperamos combinar por la fuerza las huellas majestuosas del tiempo con las gracias de la juventud, sino que aguardamos pacientemente hasta que hayan echado profundas raíces y hayan desafiado muchas tormentas. ¿Debe, entonces, tratarse a la mente, que en proporción a su dignidad camina más despacio hacia la perfección, con menor respeto? Para argumentar por analogía, todo lo que nos rodea se halla en un estado progresivo, y cuando un conocimiento indeseado de la vida produce casi saciedad de esta y descubrimos por el curso natural de las cosas que todo lo que se hace bajo el sol es vanidad, nos estamos acercando a la atroz conclusión del drama. Han pasado los días de actividad y esperanza, y pronto deben recapitularse las oportunidades proporcionadas por el primer estadio de la existencia para avanzar en la escala de la inteligencia. En este periodo, o antes, el conocimiento de la futilidad de la vida, si se obtiene mediante la experiencia, resulta muy útil porque es natural; pero cuando se muestran a un ser frágil las locuras y los vicios del hombre, al que quizá se enseñó con prudencia a guardarse de las contingencias comunes de la vida sacrificando el corazón, sin duda no es hablar con aspereza llamarlo la sabiduría del mundo, en contraste con el fruto más noble de la piedad y la experiencia.

Aventuraré una paradoja y daré mi opinión sin reservas. Si el hombre hubiera nacido solo para completar el círculo de la vida y la muerte, sería sabio dar todos los pasos que la previsión pudiera sugerir para hacer feliz la vida. Entonces la suprema sabiduría consistiría en moderarse en toda empresa, y el voluptuoso prudente disfrutaría de cierto grado de satisfacción, aunque no cultivara su entendimiento ni conservara puro su corazón. Suponiendo que fuéramos mortales, la prudencia sería la verdadera sabiduría o, para ser más explícita, nos proporcionaría el mayor grado de felicidad, considerada la vida en su conjunto, pero el conocimiento más allá de las conveniencias de la vida sería una maldición.

¿Por qué debemos perjudicar nuestra salud con el estudio riguroso? El placer exaltado que los intelectuales tratan de obtener apenas equivaldría a las horas de desfallecimiento que siguen, especialmente si se tuvieran en cuenta las dudas y decepciones que nublan nuestras investigaciones. Toda búsqueda está cerrada por la vanidad y la vejación, ya que la causa que deseamos descubrir en particular desaparece como el horizonte ante nosotros según avanzamos. Los ignorantes, por el contrario, se parecen a los niños, y si

podrían caminar en línea recta, finalmente llegarían al lugar donde se unen la tierra y las nubes. No obstante, aunque estemos decepcionados por nuestras investigaciones, la mente se fortalece mediante su ejercitación, quizás lo suficiente para comprender las respuestas que, en otro paso de la existencia, reciba a sus ansiosas preguntas, cuando el entendimiento revoloteaba con alas débiles alrededor de los efectos visibles para sumergirse en la causa oculta.

Tampoco las pasiones, los vientos de la vida, serían de utilidad, cuando no perjudiciales, si la sustancia que compone nuestro ser pensante, tras haber pensado en vano, se convierte en el soporte de la vida vegetal y da vigor a una calabaza o carmín a una rosa. Los apetitos responderían a toda propuesta terrenal y producirían una felicidad más moderada y permanente. Pero los poderes del alma que aquí son de poca utilidad y probablemente perturban nuestros disfrutes animales, incluso cuando la dignidad consciente nos hace vanagloriarnos de poseerlos, prueban que la vida es meramente una educación, un estado de infancia al que no deben sacrificarse las únicas esperanzas que merece la pena estimar. Así pues, lo que intento inferir es que debemos poseer una idea precisa de lo que deseamos obtener mediante la educación, porque la inmortalidad del alma se contradice por las acciones de mucha gente que profesa firmemente su creencia.

Si vuestra primera consideración es conseguir tranquilidad y prosperidad en la tierra y dejar que el futuro se provea por sí mismo, actuáis con prudencia al proporcionar a vuestro hijo una temprana penetración en la debilidad de su naturaleza. Es cierto que quizá no hagáis de él un Inkle, pero no penséis que aquel a quien se le ha inculcado desde muy pronto una opinión pobre de la naturaleza humana se adhiera a algo más que la letra de la ley, ni que considere necesario sobresalir de la medida común. Quizá evite los vicios mayores, porque la honestidad es la mejor política, pero nunca intentará conseguir grandes virtudes. El ejemplo de escritores y artistas ilustrará este comentario.

Así pues, debo aventurarme a dudar si lo que se ha pensado que era un axioma de la moral no ha sido una afirmación dogmática hecha por los hombres que han contemplado fríamente a la humanidad a través de los libros y dicen, en contradicción directa con ellos, que la regulación de las pasiones no es siempre sabiduría. Por el contrario, debe considerarse que una razón por la que los hombres tienen un juicio superior y mayor fortaleza que las mujeres es sin duda esta, que dan una esfera de acción más libre a las grandes pasiones y, al errar el camino con mayor frecuencia, ensanchan sus mentes. Si luego, mediante el ejercicio de su propia razón, fijan algunos principios estables, probablemente han de agradecerse a la fuerza de sus pasiones, nutridas por las falsas perspectivas de la vida, que han permitido saltar por encima de las fronteras que procuran la satisfacción. Pero si, en el amanecer de la vida,

podemos investigar serenamente las escenas que tenemos en perspectiva y ver todo con sus colores verdaderos, ¿cómo podrían las pasiones cobrar la fuerza suficiente para desarrollar las facultades?

Permítaseme ahora, desde la altura, examinar al mundo despojado de todos sus encantos falsos y engañosos. La clara atmósfera me permite ver cada objeto desde el punto de vista acertado, mientras mi corazón está tranquilo. Una mañana me encuentro en calma como el paisaje, cuando la niebla, esparciéndose lentamente, cubre en silencio las bellezas de la naturaleza, refrescadas por el descanso.

¿A qué luz aparecerá ahora el mundo? Froto mis ojos y pienso que quizá me estoy despertando de un sueño que parece cierto.

Veo a los hijos y las hijas de los hombres persiguiendo sombras y desperdiciando con ansiedad sus fuerzas en alimentar pasiones que no tienen un objeto adecuado, si el mero exceso de estos ciegos impulsos, mimado por esa guía moribunda, pero en la que se confía constantemente, que es la imaginación, no volviera a los mortales cortos de vista más sabios sin su concurrencia, al prepararlos para otro estado o, lo que viene a ser lo mismo, cuando persiguen algún bien presente e imaginario.

Después de contemplar los objetos a esta luz, no resultaría muy extravagante imaginar que este mundo es un escenario sobre el que se representa a diario una pantomima para divertir a los seres superiores. ¡Cómo les divertiría ver al hombre ambicioso consumirse al correr tras un fantasma y «perseguir la burbuja de la fama en la boca de un cañón» que va a volarlo, porque cuando se pierde la conciencia, no importa si se la ha llevado un torbellino o ha caído en forma de lluvia! Y si compasivos fortalecen su percepción y le muestran la senda espinosa que conduce a la perfección, que, como arenas movedizas, se hunde mientras asciende, al defraudar sus esperanzas cuando estaban al alcance de la mano, ¿no dejaría a los otros el honor de entretenerlos y se esforzaría por conseguir el momento presente, aunque, debido a la constitución de su naturaleza, no le fuera muy fácil atrapar la corriente huidiza? ¡Nosotros somos tales esclavos, con esperanzas y temores!

Pero por vanas que sean las empresas del hombre ambicioso, con frecuencia se esfuerza por algo más sustancial que la fama. Esta sería realmente el mayor meteoro, el fuego más salvaje que podría inducir a la ruina a un hombre. ¡Renunciar a la satisfacción más insignificante de ser elogiado cuando ya no exista! ¿Por qué esta lucha, sea el hombre mortal o inmortal, si esa noble pasión no elevara realmente al ser sobre sus semejantes?

Y el amor, ¡qué escenas tan divertidas puede producir! Los trucos de un bufón deben rendirse ante la locura más egregia. ¡Que ridículo ver a un mortal

adornar a un objeto con encantos imaginarios y luego postrarse y adorar al ídolo que él mismo ha levantado! Pero qué consecuencias tan serias se siguen de robar al hombre esta porción de felicidad que la Deidad, al darle existencia, le ha prometido sin duda (¿o en qué pueden descansar sus atributos?). ¿No se habrían cumplido mucho mejor todos los propósitos de la vida si solo hubiera sentido lo que se ha denominado amor físico? ¿Y la vista del objeto sin el intermedio de la imaginación no reduciría pronto la pasión a un apetito, si la reflexión, la noble distinción del hombre, no le diera fuerza y le hiciera un instrumento para elevarse sobre esta escoria terrenal, al enseñarle a amar al centro de todas las perfecciones, cuya sabiduría aparece cada vez más clara en las obras de la naturaleza a medida que se ilumina y se exalta la razón mediante la contemplación y al alcanzar ese amor al orden que las luchas de las pasiones producen?

El hábito de reflexión y el conocimiento que se obtiene al alentar cualquier pasión podrían mostrarse útiles por igual, aunque se demostrara que el objeto fuera engañoso también por igual, ya que aparecerían a la misma luz si no las magnificara la pasión gobernante implantada en nosotros por el Autor de todo el bien para inspirar y fortalecer las facultades de cada individuo y posibilitarle obtener toda la experiencia que un niño al hacer ciertas cosas, aunque no sepa por qué, puede alcanzar.

Desciendo de mi altura y, al mezclarme con mis semejantes, me siento arrastrada por la corriente común. La ambición, el amor, la esperanza y el miedo ejercen su acostumbrado poder, aunque la razón nos haya convencido de que sus promesas presentes más atractivas solo son sueños moribundos; pero si la mano fría de la circunspección sofoca cada sentimiento generoso antes de que haya dejado cierto carácter permanente o haya fijado cierto hábito, ¿qué puede esperarse que se eleve sobre el instinto si no es la prudencia y la razón egoístas? ¿Quién que haya leído con mirada filosófica la desagradable descripción de los yahoos o la insípida de los houynhnm de Dean Swift puede evitar considerar lo fútil que resulta degradar las pasiones o hacer al hombre descansar en la satisfacción?

Los jóvenes deben actuar, porque si tuvieran la experiencia de una cabeza gris, serían más apropiados para la muerte que para la vida, aunque sus virtudes, al residir más en su cabeza que en su corazón, no puedan producir nada grande, y su entendimiento, preparado para este mundo, no pruebe, por su propio vuelo, que tiene derecho a uno mejor.

Además, no es posible proporcionar a una persona joven una visión justa de la vida; debe haber luchado con sus propias pasiones antes de poder estimar la fuerza de la tentación que arrastra al vicio a su hermano. Los que están adentrándose en la vida y los que están saliendo de ella ven el mundo desde puntos de vista tan diferentes que rara vez piensan lo mismo, a no ser que la

razón desprovista de plumaje de los primeros nunca intente un vuelo en solitario.

Cuando escuchamos algún crimen intrépido, se desarrolla en nosotros con la sombra de la infamia más profunda y provoca indignación; pero los ojos que vieron cómo de forma gradual se espesaba la oscuridad deben observarlo con tolerancia más compasiva. El mundo no puede ser visto por un espectador impasible; debemos mezclarnos con la muchedumbre y sentir como los hombres antes de que podamos juzgar sus sentimientos. En resumen, si queremos vivir en el mundo, aumentar nuestra sabiduría y hacernos mejores, y no simplemente disfrutar de las cosas buenas de la vida, debemos alcanzar un conocimiento de los otros, al mismo tiempo que nos conocemos a nosotros mismos. El que se adquiere por cualquier otra vía solo endurece el corazón y confunde el entendimiento.

Se me podría decir que a veces el conocimiento así adquirido se compra a un precio demasiado caro. Solo puedo responder que dudo mucho de que se pueda obtener algún tipo de conocimiento sin trabajo y sufrimiento; y quienes deseen ahorrárselos a sus hijos, no deben quejarse si no son ni sabios ni virtuosos. Solo pretendieron hacerlos prudentes y una prudencia temprana en la vida no es más que la cauta habilidad del egoísmo ignorante.

He observado que los jóvenes a cuya educación se ha prestado una atención particular, en general, han sido muy superficiales y vanidosos y no han resultado agradables en ningún concepto, porque no tenían la calidez ingenua de la juventud ni la profundidad fría de la edad. No puedo evitar imputar esta apariencia innatural de modo principal a esa instrucción prematura y apresurada que los lleva a repetir con presunción todas las nociones toscas que la confianza les ha hecho asumir, de modo que la cuidadosa educación que han recibido los hace toda su vida esclavos de los prejuicios.

El ejercicio mental y físico al principio resulta molesto; tanto es así, que la mayoría dejaría que los otros trabajaran y pensarán por ellos. Una observación que he hecho con frecuencia ilustrará lo que quiero decir. Cuando en un círculo de personas conocidas o desconocidas alguien de facultades moderadas sostiene una opinión con ardor, me aventuraría a afirmar —porque lo he estudiado— que con frecuencia se trata de un prejuicio. Estos ecos tienen en gran respeto el entendimiento de cierto pariente o amigo y, sin comprender por completo las opiniones que prodigan con tanta avidez, las mantienen con una obstinación que sorprendería incluso a la persona que las fraguó.

Sé que actualmente predomina una especie de moda de respetar los prejuicios, y cuando alguien se atreve a enfrentarse a ellos, aunque actúe por humanidad y armado de razón, se le pregunta con altanería si sus antepasados

estaban locos. No, debo responder. Probablemente al principio se consideraron las opiniones de todo tipo y de este modo se fundamentaron en cierta razón; con todo, no es infrecuente, por supuesto, que sea más bien un recurso local antes que un principio fundamental el que resulte razonable en todo tiempo. Pero las opiniones cubiertas de moho adoptan la forma desproporcionada de los prejuicios cuando se aceptan indolentemente solo porque la edad les ha dado un aspecto venerable, aunque la razón sobre la que se cimentaron deje de serlo o no se descubra. ¿Por qué han de gustarnos los prejuicios simplemente por serlo? Un prejuicio es una convicción indulgente y obstinada para la que no podemos dar razón; porque en el momento que puede darse una razón para una opinión, deja de ser un prejuicio, aunque sea un error de juicio; ¿y, entonces, hemos de aconsejar que se estimen las opiniones solo para desafiar a la razón? Esta forma de argumentar, si puede llamarse así, me recuerda lo que vulgarmente se denomina la razón femenina; porque las mujeres a veces declaran que les gustan tales cosas o creen en ellas porque les gusta hacerlo.

Es imposible conversar para algún fin con la gente que solo utiliza afirmaciones y negaciones. Antes de que puedas llevarla a un punto desde donde comenzar de modo imparcial, tienes que volver a los principios básicos que fueron los antecedentes de los prejuicios introducidos a la fuerza; y diez a uno si no se te detiene con la afirmación filosófica de que algunos principios son tan falsos en la práctica como ciertos en abstracto. Más aún, se puede inferir que la razón ha susurrado algunas dudas, porque suele ocurrir que la gente sostenga su opinión con mayor ardor cuando comienza a vacilar; al intentar deshacerse de sus propias dudas convenciendo a su oponente, crece su enfado cuando esas dudas que le corroen se le arrojan de vuelta para hacerle su víctima.

El hecho es que los hombres esperan de la educación lo que esta no puede proporcionar. Un padre o tutor sagaz puede fortalecer el cuerpo y agudizar los instrumentos por medio de los cuales el niño va a recolectar el conocimiento, pero las mieles deben ser la recompensa a la industria propia del individuo. Es casi tan absurdo intentar hacer sabio a un joven mediante la experiencia de otro como esperar que el cuerpo crezca en fortaleza solo mediante los ejercicios que se ven o de los que se habla. Muchos de los niños cuyas conductas se han observado estrechamente se convierten en los hombres más débiles, porque sus instructores solo inculcan algunas nociones en sus mentes que no tienen otro fundamento que su autoridad; y si se las respeta, se entorpece el ejercicio de la mente y titubea en sus progresos. La misión de la educación en este caso solo consiste en dirigir los zarcillos que crecen hacia un poste adecuado; sin embargo, después de colocar precepto sobre precepto sin permitir al niño que adquiriera su propio juicio, los padres esperan que actúe mediante esta luz prestada y falaz del mismo modo que si la hubieran prendido ellos mismos, y que sea, cuando entre en la vida, lo que sus padres son al

concluirla. No consideran que un árbol, e igual el cuerpo humano, no fortalece sus fibras hasta que ha alcanzado su crecimiento pleno.

Parece que con la mente pasa algo análogo. Los sentidos y la imaginación dan forma al carácter durante la infancia y la juventud; y el entendimiento, según avanza la vida, da firmeza a los primeros propósitos justos, hasta que la virtud, que surge más de la clara convicción de la razón que del impulso del corazón, hace descansar la moralidad sobre una roca contra la que se baten en vano las tormentas de las pasiones.

Espero que no se me entienda mal cuando digo que la religión no contendrá esa energía condensada si no se fundamenta en la razón. Si solo fuera el refugio de la debilidad y del fanatismo salvaje y no un principio de gobierno para la conducta, extraído del propio conocimiento y de una opinión racional sobre los atributos de Dios, ¿qué puede esperarse que produzca? La religión que consiste en caldear los afectos y exaltar la imaginación es solo una parte poética y puede proporcionar placer al individuo sin hacerle un ser más moral. Sería un sustituto de las empresas mundanas, aunque reduciría el corazón en vez de ensancharlo. Pero la virtud debe amarse en sí misma por ser sublime y excelente y no por las ventajas que procura o los males de los que advierte, si se espera cierto grado de excelencia. Los hombres no se volverán morales por construir castillos en el aire en un mundo futuro que los compense de los desengaños que sufren en este, si giran sus pensamientos de los deberes para con sus deudos a las ensoñaciones religiosas.

La mayoría de las perspectivas de la vida se echan a perder por la sabiduría, torpe y mundana, de los hombres que, olvidándose de que no pueden servir a Dios y a la riqueza, se esfuerzan por mezclar cosas contradictorias. Si deseas hacer rico a tu hijo, sigue un camino; si solo anhelas hacerlo virtuoso, debes tomar otro. Pero no imagines que puedes pasar de un camino a otro sin perder el rumbo.

CAPÍTULO VI

Efecto que produce sobre el carácter una asociación de ideas prematura

Educadas según el estilo debilitante recomendado por los escritores a los que he censurado y sin posibilidad de recobrar el terreno perdido por su posición subordinada dentro de la sociedad, ¿es sorprendente que las mujeres parezcan en todas partes un defecto de la naturaleza? ¿Es sorprendente, cuando consideramos qué efecto definitivo tiene sobre el carácter una asociación de ideas prematura, que desprecien sus entendimientos y vuelquen

toda su atención hacia sus personas?

Las grandes ventajas que se consiguen al dotar a la mente de conocimiento resultan evidentes de las consideraciones siguientes. La asociación de ideas es tan habitual como instantánea; y lo último parece depender más bien de la temperatura original de la mente que de la voluntad. Una vez que se obtienen ideas y hechos, se guardan para usarlos, hasta que alguna circunstancia fortuita hace que la información recibida en periodos muy diferentes de nuestra vida vuele rápidamente a la mente con fuerza ilustrativa. Muchos recuerdos son como relámpagos; una idea se asimila y amplía otra con rapidez asombrosa. No me refiero a esa pronta percepción de la verdad que es tan intuitiva que confunde la investigación y nos hace que no sepamos determinar si es reminiscencia o raciocinio, al perderla de vista por la rapidez con que rompe la oscuridad. Tenemos escaso poder sobre esas asociaciones instantáneas, porque una vez que se amplía la mente mediante vuelos digresivos o reflexión profunda, los materiales sin elaborar, en algún grado, se ordenan ellos mismos. Es cierto que el entendimiento puede evitar que nos salgamos del trazado cuando agrupamos nuestros pensamientos o transcribimos desde la imaginación los cálidos bosquejos de la fantasía; pero los espíritus animales, el carácter individual, aporta el colorido. Qué pequeño poder tenemos sobre este sutil fluido eléctrico y qué poca fuerza sobre él puede obtener la razón. Estos espíritus bellos e intratables parecen ser la esencia del genio y al resplandecer en sus ojos de águila, producen en el grado más elevado la feliz energía de asociar sentimientos que sorprenden, deleitan e instruyen. Estas son las mentes brillantes que concentran los paisajes para sus semejantes, obligándolos a contemplar con interés los objetos reflejados por su imaginación apasionada que pasaron por alto en la naturaleza.

Debe permitírseme que me explique. La mayoría de la gente no puede ver o sentir de modo poético pues carece de fantasía y por ello vuela en soledad en busca de objetos sensibles; pero cuando un autor le presta sus ojos, puede ver lo mismo que él y disfruta con imágenes que no podría seleccionar, aunque las tuviera delante.

Así, la educación solo proporciona al hombre de genio el conocimiento para dar variedad y contraste a sus asociaciones; pero hay una asociación de ideas habitual que crece «a la vez que nosotros», que tiene un gran efecto sobre el carácter moral de la humanidad y mediante la cual se da un giro a la mente que comúnmente perdura durante toda la vida. El entendimiento es tan dúctil y a la vez tan obstinado, que las asociaciones que dependen de circunstancias adventicias, durante el periodo que tarda el cuerpo en llegar a la madurez, rara vez pueden ser desentrañadas por la razón. Una idea lleva a otra, su antigua asociada, y la memoria, fiel a las primeras impresiones, en particular cuando no se emplean las facultades intelectuales para enfriar

nuestras sensaciones, las traza de nuevo con exactitud mecánica.

Esta esclavitud habitual a las primeras impresiones tiene un efecto más pernicioso sobre el carácter femenino que sobre el masculino, porque los negocios y otras tareas áridas para el entendimiento tienden a amortiguar los sentimientos y a romper las asociaciones que violentan la razón. Pero las mujeres, a las que se convierte en tales cuando aún no han crecido y a quienes se les vuelve a llevar a la infancia cuando debían dejar el cochecito de niños para siempre, no tienen la fuerza mental suficiente para superar lo que el arte añade al suavizar a la naturaleza.

Todo lo que ven u oyen sirve para fijar impresiones, provocar emociones y asociar ideas que dan un carácter sexual a la mente. Las falsas nociones de belleza y delicadeza detienen el crecimiento de sus miembros y producen un estado de dolor enfermizo en lugar de unos órganos delicados; y debilitadas de este modo al ocuparse en desarrollar las primeras asociaciones en vez de examinarlas, obligadas por todo objeto circundante, ¿cómo pueden obtener el vigor necesario que les permita deshacerse de su carácter ficticio?, ¿dónde encuentran la fuerza para recurrir a la razón y levantarse por encima de un sistema de opresión que marchita las bellas promesas de primavera? Esta cruel asociación de ideas, a la que todo conspira para que se entreteja en todos sus hábitos de pensamiento o, para hablar con más precisión, de sentimiento, recibe nueva fuerza cuando comienzan a actuar un poco por sí mismas; porque entonces perciben que solo van a obtener placer y poder a través de su habilidad para excitar emociones en los hombres. Además, todos los libros escritos ex profeso para su instrucción, que le causaron las primeras impresiones en su mente, inculcan las mismas opiniones. Educadas, entonces, peor que en el cautiverio egipcio, es poco razonable, además de cruel, reconvenirlas por faltas que difícilmente pueden evitarse, a no ser que se suponga cierto grado de vigor de nacimiento que le toca en suerte a muy pocos humanos.

Por ejemplo, se han generalizado los sarcasmos más severos contra el sexo y se ha ridiculizado a las mujeres por repetir «una serie de frases aprendidas de memoria», cuando nada podía ser más natural si se considera la educación que reciben y que su «mayor orgullo es obedecer sin replicar» la voluntad del hombre. ¡Si no se les concede tener razón suficiente para gobernar su propia conducta porque todo lo que aprenden es de memoria! Y cuando se emplea todo su ingenio para componer su indumentaria, es tan natural «la pasión por una casaca escarlata», que nunca me sorprendió; y si concedemos que el resumen que hace Pope de su carácter es justo, «que toda mujer es en su corazón una libertina», ¿por qué se las debe censurar con acritud por buscar una mente semejante y preferir a un calavera que a un hombre de juicio?

Los calaveras saben cómo manejar su sensibilidad, mientras que los

méritos modestos de los hombres juiciosos tienen, por supuesto, menos efecto en sus sentimientos y no pueden alcanzar el corazón por la vía del entendimiento, ya que tienen pocos sentimientos en común.

Parece un poco absurdo esperar que las mujeres sean más juiciosas que los hombres en sus preferencias y aun así negarles el uso libre de la razón. ¿Cuándo se enamoran los hombres de la inteligencia? ¿Cuándo, con sus fuerzas y ventajas superiores, se vuelven de la persona a la mente? Y, entonces, ¿cómo pueden esperar que las mujeres, a las que solo se enseña a observar una conducta y adquirir modales en vez de moralidad, desprecien lo que han estado toda su vida esforzándose por obtener? ¿Dónde van a encontrar de pronto juicio suficiente para sopesar pacientemente el de un hombre torpe y virtuoso, cuando sus modales, de los que se les ha hecho jueces críticas, son desairados y su conversación fría y aburrida, porque no consiste en lindas agudezas o cumplidos bien formados? Para admirar o estimar que algo continúe, debemos, al menos, contar con una curiosidad excitada al conocer, en cierto grado, lo que admiramos; porque somos incapaces de estimar el valor de cualidades y virtudes que sobrepasen nuestra comprensión. Cuando se siente un respeto tal, puede ser muy sublime, y la conciencia confusa de su humildad puede hacer a la criatura dependiente un objeto interesante desde algunos puntos de vista; pero el amor humano debe contar con ingredientes más notorios, de los que vendrá a participar de forma muy natural la persona, en una proporción muy amplia.

En grado muy elevado, el amor es una pasión arbitraria que reinará, al igual que otros males que acechan, por su propia autoridad, sin dignarse a razonar; y también puede distinguirse fácilmente de la estima, el fundamento de la amistad, porque a menudo se excita por beldades y gracias evanescentes, aunque, para dar energía al sentimiento, debe profundizar su impresión algo más serio y poner a trabajar la imaginación para convertirlo en el bien más bello y el primero.

Las pasiones comunes se excitan por cualidades comunes. Los hombres buscan belleza y la sonrisa tonta de la docilidad propia de un buen carácter; a las mujeres las cautivan los modales naturales: es difícil que no les guste un caballero y sus oídos sedientos beben con avidez las naderías insinuantes de la cortesía, mientras se apartan de los sonidos ininteligibles del seductor —de la razón más seductora que nunca atrae con tanta sabiduría. Con respecto a los cumplidos superficiales, los calaveras tienen ventaja, y las mujeres pueden formarse una opinión sobre ellos porque se mueven en su propio terreno. Alegres y casquivanas por el tenor de sus vidas, el mismo aspecto de la sabiduría o las gracias severas de la virtud deben parecerles lúgubres y producen una especie de restricciones desde las que, como niñas juguetonas, se rebelan y aman de modo natural. Sin gusto, a excepción del más superficial,

ya que este es fruto del juicio, ¿cómo pueden descubrir que la belleza y la gracia verdaderas deben surgir del juego de la mente?, ¿y cómo puede esperarse que gocen de un amante si se poseen a sí mismas de modo muy imperfecto cuando mucho? La simpatía que une los corazones e invita a la confianza es tan tenue en ellas que no puede prenderse y así aumentar a pasión. No, repito, ¡el amor que aprecian tales mentes debe contar con un combustible más denso!

La inferencia es obvia: hasta que no se permita a las mujeres ejercitar su entendimiento, no se las debe satirizar por su apego a los calaveras, o por ser libertinas de corazón, cuando parece ser una consecuencia inevitable de su educación. ¡Quienes viven para complacer deben hallar su deleite, su felicidad, en el placer! Resulta un comentario trillado aunque cierto que nunca hacemos algo bien si no nos gusta por sí mismo.

Sin embargo, supongamos que, en alguna futura revolución del tiempo, las mujeres se convirtieran en lo que sinceramente deseo que sean: hasta el amor adquiriría una dignidad más seria y se purificaría en su propio fuego, y la virtud, al proporcionar verdadera delicadeza a sus afectos, las apartaría disgustadas de los calaveras. Al razonar, entonces, además de sentir, la única competencia actual de las mujeres, podrían guardarse con facilidad de las gracias exteriores y aprender con prontitud a despreciar la sensibilidad que se les excitaba y se ponía en su camino, cuyo comercio era el vicio, y sus atractivos, los ademanes lascivos. Recordarían que la llama —deben usarse expresiones apropiadas— que desean encender se ha extinguido a causa de la lujuria y que el apetito saciado, al perder el gusto por los placeres puros y simples, solo podría animarse mediante la variedad o artes licenciosas. ¿Qué satisfacción podría prometerse una mujer delicada en una unión con un hombre de ese tipo, cuando la misma sencillez de su afecto le parecería insípida? Así describe Dryden la situación:

Donde el amor es deber, del lado femenino, del suyo, mera satisfacción sensual, buscada con torpe orgullo.

Pero es una gran verdad que aún han de aprender las mujeres, aunque les resulta muy importante para actuar en consecuencia. En la elección de un marido no deben despistarse por las cualidades de un amante, porque este, aun suponiendo que sea sabio y virtuoso, no puede perdurar por mucho tiempo en aquel.

Si se educara a las mujeres de modo más racional y pudieran adquirir una visión más amplia de las cosas, se contentarían con amar solo una vez en sus vidas y tras el matrimonio dejarían con calma que la pasión se convirtiera en amistad, en esa tierna intimidad que es el mejor refugio de las preocupaciones y además se fundamenta sobre afectos tan puros y apacibles, que no permiten

a los celos vanos perturbar el cumplimiento de las serias obligaciones de la vida o acaparar pensamientos que debieran emplearse de otro modo. Este es un estado en el que viven muchos hombres, pero pocas, muy pocas mujeres. Y se puede explicar la diferencia con mucha facilidad, sin tener que recurrir a un carácter sexual. Los hombres, de quienes se nos dice que se hizo a las mujeres, tienen demasiado ocupados los pensamientos de ellas, y esta asociación ha mezclado el amor en todos sus motivos de actuación. Así, por porfiar en un viejo tema, al haberse ocupado solamente en prepararse para excitar amor o al poner en práctica sus lecciones, no pueden vivir sin él. Pero cuando el sentimiento del deber o el miedo a la vergüenza las obliga a limitar la extensión de este deseo sobrealimentado de complacer —es cierto que estos límites son demasiado amplios según la delicadeza, aunque se hallan lejos de lo delictivo—, se determinan con obstinación a amar —y hablo de pasión— a sus maridos hasta el fin y al hacer el papel que neciamente exigían de sus amantes, se convierten en abyectas pretendientes y esclavas afectuosas.

Con frecuencia, los hombres de ingenio e imaginación son unos calaveras, y la imaginación es el alimento del amor. Esos hombres inspirarán pasión. La mitad de nuestro sexo, en su estado actual de infantilismo, suspiraría por un Lovelace, un hombre tan ingenioso, tan agraciado y tan valiente; ¿y se merece que se le acuse por actuar según los principios que se le inculcan constantemente? Necesitan un amante y un protector, y lo contemplan de rodillas ante ellas, ¡la valentía postrada ante la belleza! De este modo, el amor hace pasar a segundo plano las virtudes de un marido y las esperanzas joviales o las emociones vivas descartan la reflexión hasta que llega el día de las cuentas; y llegará, sin duda, para convertir al amante alegre en un tirano hosco y receloso que insulta con desdén la misma debilidad que fomentaba. O, en el caso de un calavera reformado, no puede deshacerse rápidamente de sus viejos hábitos. Cuando un hombre de talento es arrastrado al principio por sus pasiones, es necesario que el sentimiento y el gusto disimulen las atrocidades del vicio y den sabor a las complacencias brutales; pero cuando acaba el brillo de la novedad y el placer empalaga los sentidos, la lascivia se torna descarada y el goce queda reducido al esfuerzo desesperado de la flaqueza, que huye de la reflexión como de una legión de demonios. ¡Oh, virtud, no eres un nombre vacío; proporcionas todo lo que la vida puede dar!

Si no se puede esperar mucho consuelo de la amistad de un calavera reformado poseedor de talentos superiores, ¿cuál es la consecuencia cuando carece de sentido y de principios? Calamidad en su más espantosa forma. Cuando el tiempo consolida los hábitos de los débiles, es casi imposible la corrección y hace realmente miserables a los seres que no tienen suficiente mente para divertirse con placeres inocentes. Como al comerciante que se retira de las prisas de los negocios, la Naturaleza les presenta solo un vacío universal y pensamientos desasosegados oprimen a los desanimados espíritus.

La reformatión, así como su retiro, los hace realmente desdichados porque los priva de toda ocupación al mitigar todas las esperanzas y temores que ponen en movimiento sus mentes indolentes.

Si tal es la fuerza del hábito, si tal es la esclavitud de la locura, con qué cuidado debe guardarse la mente de almacenar asociaciones viciosas; y con el mismo cuidado debe cultivarse el entendimiento para salvar a la pobre criatura del estado frágil y dependiente que se sigue de la ignorancia inofensiva. Porque el uso adecuado de la razón es lo único que nos hace independientes de todo, excepto de la misma razón despejada, «a cuyo servicio está la libertad perfecta».

CAPÍTULO VII

La modestia considerada en toda su amplitud y no como una virtud de carácter sexual

¡Modestia, sagrado fruto de la sensibilidad y la razón, verdadera delicadeza mental! Me propongo investigar tu naturaleza y rastrear hasta su morada el suave encanto que, al endulzar cada rasgo severo de un carácter, hace amable lo que de otro modo solo inspiraría admiración fría. ¡Tú que suavizas las arrugas de la sabiduría y ablandas el tono de las virtudes más sublimes hasta que se transforman en humanidad; tú que esparces la nube etérea que, al rodear al amor, realza toda belleza que se encuentra medio en sombras, avivando las dulzuras esquivas que cautivan el corazón y deleitan los sentidos, modula mi lengua para que sea capaz de persuadir con la razón, hasta que levante a mi sexo del lecho de rosas en el que indolente y dormido deja pasar la vida!

Al hablar de la asociación de nuestras ideas, me he percatado de dos modos distintos, y al definir la modestia, me parece igualmente adecuado distinguir esa pureza de mente, que es efecto de la castidad, de la sencillez de carácter que nos lleva a formarnos una opinión justa de nosotros mismos, que dista por igual de la vanidad o la presunción, aunque no resulta de ningún modo incompatible con una conciencia elevada de nuestra propia dignidad. La modestia, en su último significado, es esa sobriedad mental que enseña al hombre a no pensar de sí mismo mejor de lo que debería y ha de distinguirse de la humildad porque esta es una especie de humillación de uno mismo.

Es frecuente que un hombre modesto conciba un gran plan y se adhiera a él con tenacidad, consciente de su propia fuerza, hasta que el éxito le otorga la ratificación que determina su carácter. Milton no fue orgulloso cuando se le

sugirió que evitara probar una profecía, ni lo fue el general Washington cuando aceptó el mando de las fuerzas americanas. Al último siempre se le ha caracterizado como un hombre modesto, pero si solo hubiera sido eso, probablemente se habría retraído indeciso, temeroso de confiar a sí mismo la dirección de una empresa que ponía mucho en juego.

Un hombre modesto es firme, un hombre humilde es tímido y un hombre vano es presuntuoso. Este es el juicio que me ha llevado a formar la observación de muchos caracteres. Jesucristo fue modesto; Moisés, humilde, y Pedro, vano.

Así, al separar la modestia de la humildad, en un caso, no pretendo confundirla con la timidez, en el otro. De hecho, la timidez es tan distinta de la modestia, que la muchacha más tímida o el patán más rústico se convierten con frecuencia en los más impúdicos, porque al ser su timidez solo causada por la ignorancia, la costumbre la cambia pronto por aplomo.

La conducta desvergonzada de las prostitutas, que infestan las calles de esta metrópoli, levantando sentimientos alternos de piedad y disgusto, puede servir para ilustrar este comentario. Pisotean la timidez virginal con una especie de jactancia y, gloriándose en su vergüenza, se vuelven más lascivas y audaces que, aunque depravados, parecen ser aquellos hombres a quienes no se ha otorgado esta cualidad sexual de modo gratuito. Pero estas pobres desgraciadas nunca tuvieron una modestia que perder, cuando se entregaron a la infamia, porque la modestia es una virtud y no una cualidad. No, simplemente eran tímidas, inocentes pudorosas que, al perder su inocencia, se quedaron bruscamente sin su pudor. Una virtud, si se hubiera sacrificado a la pasión, habría dejado algunos vestigios en la mente que nos harían respetar las magnas ruinas.

La pureza de mente, o esa delicadeza genuina que es el único soporte virtuoso de la castidad, es muy semejante a ese refinamiento de la humanidad que solo reside en las mentes cultivadas. Es algo más noble que la inocencia; es la delicadeza de la reflexión y no la timidez de la ignorancia. La cautela de la razón, que, al igual que la pulcritud de hábitos, rara vez se ve en alto grado si el alma no está activa, puede distinguirse con facilidad del recato rústico o de la vivacidad indisciplinada; y lejos de ser incompatible con el conocimiento, es su fruto más precioso. ¡Qué idea tan vulgar de la modestia tenía el escritor del siguiente comentario!:

Se acusó de ridícula mojigatería a la señora que preguntó si las mujeres podían ser instruidas en el moderno sistema de la botánica de modo consecuente con la delicadeza femenina. Si me hubiera propuesto la cuestión a mí, le habría contestado con certeza que no.

¡Así ha de cerrarse el bello libro del conocimiento con un sello perpetuo!

Cuando leo pasajes similares, levanto reverentemente mis ojos y mi corazón hacia el que vive por siempre y jamás, y digo: «Oh, Padre mío, ¿has prohibido a tu hija, por la misma constitución de su naturaleza, buscarte en las formas bellas de la verdad? ¿Y puede mancillar su alma el conocimiento que la llama desesperadamente a ti?».

Luego he proseguido con estas reflexiones, hasta que he llegado a la conclusión de que las mujeres que más han perfeccionado su razón tenían que poseer la mayor modestia, si bien una conducta mesurada y seria ha ocupado el lugar de la timidez festiva y encantadora de la juventud.

Y así lo he sostenido. Para hacer de la castidad la virtud de la que emane naturalmente la modestia sencilla, debe desviarse la atención de tareas que solo ejerciten la sensibilidad y hacer que el corazón marque el compás hacia la humanidad, en lugar de palpitar con el amor. La mujer que ha dedicado una parte considerable de su tiempo a empresas puramente intelectuales y que ha utilizado sus afectos mediante planes humanos de utilidad, tiene que poseer una mente más pura como consecuencia natural que aquellos seres ignorantes que han ocupado su tiempo y sus pensamientos con placeres galantes o estrategias para conquistar corazones. Una conducta ordenada no es modestia, aunque a aquellas que aprenden las reglas del decoro se las llama generalmente mujeres modestas. Purifica tu corazón; déjale dilatarse y condolerse por todo lo que es humano, en lugar de comprimirlo con pasiones egoístas; deja que la mente contemple con frecuencia temas que ejerciten el entendimiento sin calentar la imaginación, y la sencilla modestia dará los toques finales al cuadro.

La mujer que puede discernir el alba de la inmortalidad en la línea que se cuele a través de la noche nebulosa de la ignorancia, prometiendo un día más claro, respetará, como un templo sagrado, el cuerpo que abriga esa alma tan perfeccionable. Asimismo, el amor verdadero derrama esa especie de santidad misteriosa alrededor del objeto querido y hace al amante más modesto cuando se halla en su presencia. El afecto es tan recatado que, al recibir o retornar caricias personales, desea no solo evitar la mirada humana, como una especie de profanación, sino difundir una oscuridad circundante y nebulosa que deje fuera hasta los rayos de sol, chispeantes e insolentes. No obstante, este cariño no merece el epíteto de casto si no contiene una tristeza sublime de tierna melancolía, que permite a la mente permanecer serena por un momento y disfrutar la satisfacción presente, cuando se tiene conciencia de la presencia divina, ya que esta debe ser siempre el sustento de la dicha.

Como siempre me ha gustado seguir las huellas de toda costumbre prevaleciente hasta su origen en la naturaleza, he pensado con frecuencia que lo que hizo nacer ese respeto a las reliquias, del que abusan tanto los clérigos egoístas, fue ese sentimiento de afecto hacia cualquier cosa que hubiera tocado

la persona de un amigo ausente o perdido. Se debe conceder que la devoción o el amor santifican las prendas así como a las personas, ya que el amante que no siente una especie de respeto sagrado por el guante o el escaquin de su dueña carece de imaginación. No podría confundirlos con otras cosas vulgares del mismo tipo. Quizá este bonito sentimiento no resistiría ser analizado por el filósofo experimental, pero el arrobamiento humano se compone de tal materia. Un fantasma intangible se desliza ante nosotros y oscurece los demás objetos; sin embargo, cuando se atrapa la nube etérea, la forma se deshace en aire común y deja un vacío solitario o un perfume dulce, robado a la violeta, que la memoria guarda como algo amado durante mucho tiempo. Pero he ido a caer inadvertidamente en el terreno de las hadas, sintiendo que la refrescante brisa primaveral me cautivaba, aunque noviembre fruncía su entrecejo.

Como sexo, las mujeres son más castas que los hombres, y como la modestia es el efecto de la castidad, merecerían que se les adjudicara esta virtud en un sentido bastante apropiado. Con todo, se me debe permitir añadir un reparo vacilante, porque dudo que la castidad produzca modestia, aunque preste decoro a la conducta, cuando es simplemente un respeto hacia la opinión del mundo y cuando ocupan los pensamientos la coquetería y las historias de amor de los novelistas. Más aún, mi experiencia y mi razón me deben llevar a esperar encontrarme con más modestia entre los hombres que entre las mujeres, simplemente porque ellos ejercitan su entendimiento más que nosotras.

Pero respecto a la conducta decorosa, las mujeres están en ventaja, si exceptuamos a una clase. ¿Qué puede ser más desagradable que esa impúdica escoria galante, aunque tan varonil, que hace que los hombres miren fija e insolentemente a toda mujer que se encuentren? ¿Puede denominarse respeto por el sexo? No, esa conducta desenfadada muestra tal depravación de hábitos, tal debilidad mental, que resulta vano esperar mucha virtud pública o privada hasta que hombres y mujeres se vuelvan más modestos, hasta que los hombres, poniendo freno a su inclinación sensual hacia el sexo o a la afectación para afirmar su virilidad —impudicia, si hablamos con más propiedad—, traten a la mujer con respeto, a menos que el apetito o la pasión den el tono peculiar a sus conductas. Me refiero a todo respeto personal —el respeto modesto a la humanidad y los semejantes—, no al remedo libidinoso de la galantería, ni a la condescendencia insolente del proteccionismo.

Para llevar aún más lejos la observación, la modestia debe repudiar de corazón y negarse a soportar esa corrupción mental que lleva a un hombre a poner de manifiesto fríamente, sin sonrojarse, alusiones indecentes u ocurrencias obscenas en presencia de un semejante; ahora la mujer está fuera de la cuestión, porque entonces se trataría de una brutalidad. El respeto al hombre como tal es el fundamento de todo sentimiento noble. ¡Cuánto más

modesto es el libertino que obedece la llamada del apetito o la imaginación que el bromista lascivo que da pábulo a la risa estruendosa!

Este es uno de los muchos ejemplos en los que la distinción sexual en cuanto a la modestia ha resultado fatal para la virtud y la felicidad. Sin embargo, se va aún más lejos y se requiere de la mujer —de la débil mujer—, a la /que se ha vuelto por su educación esclava de la debilidad, que la resista en las ocasiones más difíciles. Knox dice: «¿Puede algo ser más absurdo que mantener a la mujer en un estado de ignorancia e insistir con vehemencia para que resista la tentación?». De este modo, cuando la virtud o el honor hacen adecuado refrenar una pasión, la carga se arroja sobre los hombros más débiles, en contra de la razón y la verdadera modestia, que al menos deben hacer mutuo el renunciamiento, por no decir nada sobre la generosidad de la valentía, que se supone una virtud varonil.

Por la misma corriente discurren los consejos de Rousseau y del doctor Gregory respecto a la modestia, la que confunden de modo singular, porque ambos desean que una mujer deje en duda si es la sensibilidad o la debilidad lo que las lleva a los brazos de su marido. Es inmodesta la mujer que puede dejar que permanezca un momento la sombra de esa duda en la mente de su esposo.

Pero, para exponer el tema a una luz diferente, la carencia de modestia, que deploro principalmente por ser subversiva para la moralidad, surge del estado de guerra que los hombres voluptuosos sostienen con tanta tenacidad como constitutivo de la esencia misma de la modestia, aunque, de hecho, es la causa de su ruina, porque es un refinamiento de la lujuria en el que caen quienes no cuentan con la virtud suficiente para saborear los placeres inocentes del amor. Un hombre de delicadeza lleva su noción de la modestia todavía más lejos, porque no le satisfarán la debilidad ni la sensibilidad: él busca afecto.

De nuevo, los hombres se jactan de sus triunfos sobre las mujeres. ¿De qué se jactan? Ciertamente, su sensibilidad cogió de sorpresa a la criatura y la condujo a la locura, al vicio, y, cuando despierta la razón, la terrible culpa cae pesada sobre su cabeza. Porque, ¿dónde vas a encontrar alivio, afligida y desconsolada? El que tenía que haber guiado tu razón y apoyado tu debilidad te ha traicionado. En un sueño de pasión consentiste vagar por prados floridos y te tentaron, pasando, incauta, por encima del precipicio al que te guiaron en lugar de guardarte; despertaste de tu sueño para enfrentar un mundo despectivo y ceñudo, y para encontrarte sola en un desierto, porque el que triunfó sobre tu debilidad ahora busca nuevas conquistas. ¡Mas para ti no hay redención a este lado de la tumba! ¿Y con qué recurso cuenta tu mente debilitada para elevar a un corazón que se hunde?

Si los sexos tienen que vivir realmente en un estado de guerra, si la naturaleza lo ha señalado así, que actúen con nobleza o que el orgullo les

susurre que la victoria es insignificante cuando solo vencen la sensibilidad. La conquista real es la del afecto que no se toma por sorpresa, cuando, como Eloísa, una mujer renuncia deliberadamente a todo el mundo por amor. No pongo en consideración la sabiduría o la virtud de tal sacrificio, solo sostengo que era un sacrificio al afecto y no simplemente a la sensibilidad, aunque esta lo compartiera. Y se me debe permitir llamarla una mujer modesta, antes de que despida esta parte del tema diciendo que hasta que los hombres no sean más castos, las mujeres serán inmodestas. De hecho, ¿dónde podrían encontrar las mujeres modestas maridos de los que no tuvieran que apartarse continuamente con disgusto? La modestia debe cultivarse por igual en ambos sexos o seguirá siendo por siempre una débil planta de invernadero, mientras que su afectación, la hoja de higuera prestada por la lascivia, dé sabor a los placeres voluptuosos.

Probablemente, los hombres seguirán insistiendo en que la mujer debe tener más modestia que ellos, pero no son los que enjuician sin pasión los que se opondrán a mi opinión con mayor ardor. No, son los hombres de imaginación, los favoritos del sexo, que respetan en apariencia y en su interior desprecian a las débiles criaturas con quienes retozan. No pueden conformarse con renunciar a la mayor satisfacción sensual, ni con saborear la gastronomía de la virtud: el renunciamiento.

Para contemplar el tema desde otra perspectiva, limitaré mis comentarios a las mujeres.

Las falsedades ridículas que se cuentan a las niñas debido a las nociones equivocadas de modestia tienden desde muy temprano a inflamar su imaginación y poner a trabajar sus pequeñas mentes sobre temas en los que la naturaleza nunca pretendió que pensarán hasta que el cuerpo llegara a cierto grado de madurez; entonces las pasiones comienzan de modo natural a ocupar el lugar de los sentidos, como instrumentos para desarrollar el entendimiento y formar el carácter moral.

Me temo que donde primero se malogra a las niñas es en manos de las niñeras y en los internados, de forma particular en los últimos. Varias niñas duermen en la misma habitación y se lavan juntas. Y aunque me apenaría contaminar la mente de una criatura inocente inculcándole falsa delicadeza o esas nociones indecentes y mojigatas que engendran de modo natural las precauciones prematuras hacia el otro sexo, me siento inclinada a evitar que adquieran hábitos desagradables o inmodestos; y como muchas de ellas han aprendido muchas travesuras desagradables de los sirvientes ignorantes, mezclarlas juntas sin discriminación es poco apropiado.

A decir verdad, las mujeres, en general, se tratan con demasiada familiaridad unas a otras, lo que lleva a ese grado de confianza grosero que

con tanta frecuencia hace desgraciado el estado de matrimonio. ¿Por qué, en nombre de la decencia, han de ser las hermanas, las amigas íntimas o las señoras y sus damas de compañía tan groseramente familiares como para olvidar el respeto que una criatura humana debe a otra? Resulta desdeñable esa delicadeza remilgada que rehúye las atenciones más desagradables cuando el afecto o la humanidad nos llevan a velar una cama enferma. Pero, por qué las mujeres sanas deben tratarse con mayor familiaridad unas a otras que los hombres entre sí, cuando se jactan de su delicadeza superior, es un despropósito de modales que nunca podría resolver.

Para preservar salud y belleza, debo recomendar con ardor las abluciones frecuentes, por dignificar mi consejo y que no ofenda al oído melindroso; y, por ejemplo, debe enseñarse a las niñas a lavarse y vestirse solas, sin ninguna distinción de rango; y si la costumbre les hace requerir alguna pequeña ayuda, no debe otorgarse hasta que ha terminado la parte que nunca debe efectuarse ante un semejante, porque es un insulto a la majestad de la criatura humana. No en razón de la modestia, sino de la decencia, porque el cuidado que se toman algunas mujeres modestas de no permitir que se les vean las piernas, haciendo al mismo tiempo evidente esa precaución, resulta tan infantil como inmodesto.

Podría proseguir todavía más y censurar algunas costumbres aún más detestables, en las que nunca caen los hombres. Se cuentan secretos donde debía reinar el silencio, y se viola de modo abominable ese respeto a la pureza que algunas sectas religiosas quizás han llevado demasiado lejos, especialmente los esenios entre los judíos, al considerar como un insulto a Dios lo que es solo un insulto a la humanidad. ¿Cómo pueden las mujeres delicadas empeñarse en no advertir esa parte de la economía animal que es tan desagradable? ¿Y no resulta muy racional concluir que las mujeres a las que no se ha enseñado a respetar la naturaleza humana de su propio sexo en esos particulares no respetarán por mucho tiempo la simple diferencia de sexos en los de sus maridos? De hecho, he observado en general que una vez que pierden la timidez de su doncellez, las mujeres caen en los viejos hábitos y tratan a sus maridos como lo hicieron con sus hermanas o allegadas.

Además, las mujeres han recurrido muy a menudo por necesidad, porque sus mentes no están cultivadas, a lo que denomino coloquialmente ingenio corporal y sus intimidades son de la misma especie. En resumen, son demasiado íntimas respecto a la mente y al cuerpo. Entre una mujer y otra debe mantenerse esa decente reserva personal que es el fundamento de un carácter digno, o sus mentes nunca conseguirán fortaleza o modestia.

Por lo mismo, discrepo de que se encierren muchas mujeres juntas en manos de las niñeras, en las escuelas o en los conventos. No puedo recordar sin indignación las bromas y las toscas travesuras que se permitían en ellas los

grupos de jóvenes, cuando en mi juventud la casualidad me puso a mí en su camino, una rústica desmañada. Al menos estaban a la par en cuanto a los dobles sentidos que estremecen la mesa festiva cuando el vaso ha circulado libremente. Pero resulta vano intentar mantener el corazón puro si no se suministran ideas a la cabeza y se la hace trabajar para compararlas con el fin de adquirir juicio, al extraer generalizaciones de las más simples, y modestia, al hacer que el entendimiento modere la sensibilidad.

Se podría pensar que hago demasiado hincapié en la reserva personal, pero esta es siempre la ayuda de cámara de la modestia; de modo que si tuviera que nombrar las gracias que deben adornar a la belleza, exclamaría al instante: pureza, limpieza y reserva personal. Supongo que es obvio que la reserva de la que hablo no tiene nada de sexual y que la considero necesaria por igual para ambos sexos. Realmente, es tan necesaria esa reserva y pureza que las mujeres indolentes descuidan a menudo, que me atrevería a afirmar que, cuando dos o tres mujeres viven en la misma casa, la que preste esta especie de respeto habitual a su persona será la más respetada por la parte masculina de la familia que reside con ellas, si dejamos el amor fuera por completo de la cuestión.

Cuando se encuentran por la mañana unas amigas de casa, prevalecerá de modo natural una seriedad afectuosa, en especial si cada una de ellas espera con interés cumplir con sus obligaciones diarias; y puede que resulte extravagante, pero este sentimiento ha surgido con frecuencia de modo espontáneo en mi mente y me he sentido complacida, tras respirar el aire suave y refrescante de la mañana, al ver el mismo tipo de frescura en los semblantes que amaba de modo particular; me encantaba verlos vigorizados, por decirlo así, por el día y dispuestos a seguir su curso con el sol. Por la mañana, los saludos del afecto son, por estos medios, más respetuosos que la ternura familiar que prolonga con frecuencia las charlas vespertinas. Más aún, a menudo me he sentido herida, por no decir disgustada, cuando ha hecho su aparición una amiga a la que dejé completamente vestida la tarde anterior, con todas sus ropas revueltas, porque quiso permitirse el placer de quedarse en la cama hasta el último momento.

El afecto doméstico solo puede mantenerse vivo mediante estas atenciones que se descuidan; no obstante, si los hombres y las mujeres se tomaran para vestir con un aseo habitual cuando menos la mitad de los trabajos que se toman para adornar, o más bien desfigurar, sus personas, se habría hecho mucho en aras de conseguir una mente pura. Pero las mujeres solo se visten para complacer a los hombres galantes, porque al amante siempre se le complace más con un vestido que se ajuste a la figura. En los adornos hay un descaro que desaira el afecto porque el amor siempre persiste alrededor de la idea del hogar.

Como sexo, las mujeres son habitualmente indolentes y todo tiende a que

lo sean. No olvido los brotes de actividad que produce la sensibilidad, pero como esos revoloteos de sentimientos solo aumentan el mal, no deben confundirse con el paso lento y ordenado de la razón. En realidad es tan grande su indolencia física y mental, que hasta que sus cuerpos no se fortalezcan y sus entendimientos se amplíen mediante una ejercitación activa, no hay mucha razón para esperar que la modestia ocupe el lugar de la timidez. Puede que les parezca prudente asumir su aspecto, pero solo se usará el bello velo en los días de gala.

Quizá no haya una virtud que se mezcle con tanta soltura con las demás como la modestia. Es la pálida luz de luna que hace más interesante toda virtud que suaviza, al dar una apacible grandiosidad al horizonte reducido. Nada puede ser más hermoso que la ficción poética que hace a Diana, con su luna creciente de plata, la diosa de la castidad. A veces he pensado que, al vagar con paso sosegado en cierto retiro solitario, una dama modesta de la antigüedad debe haber sentido el resplandor de la dignidad consciente cuando, tras contemplar el paisaje suavemente umbrío, ha invitado con plácido fervor al apacible reflejo de los rayos de su hermana a dirigirse hacia su casto pecho.

Una cristiana tiene motivos aún más nobles que la incitan a preservar su castidad y a adquirir modestia, porque se ha llamado a su cuerpo el templo del Dios vivo; de ese Dios que requiere más que aires de modestia. Su mirada escudriña la tierra y le hace recordar que si espera encontrar favor por la pureza, su castidad debe fundarse en la modestia y no en la prudencia mundana; o en verdad su única recompensa será una buena reputación, porque esa terrible relación, esa sagrada comunicación que establece la virtud entre el hombre y su Hacedor, debe originar el deseo de ser puros como Él es puro.

Después de estos comentarios, resulta casi superfluo añadir que considero inmodestos todos esos aires femeninos de madurez que reemplazan a la timidez y a los que se sacrifica la verdad para conseguir el corazón de un marido o más bien para forzarle a continuar siendo un amante cuando la Naturaleza, si no se hubieran interrumpido sus operaciones, habría hecho que el amor diera paso a la amistad. La ternura que un hombre sentirá por la madre de sus hijos es un sustituto excelente para el ardor de la pasión insatisfecha; pero para prolongar ese ardor es indelicado, por no decir inmodesto, que las mujeres simulen una constitución fría e innatural. Estas, al igual que los hombres, deben tener los apetitos y pasiones comunes de su naturaleza, que solo son animales cuando no están limitados por la razón. Pero la obligación de limitarlos no es un deber del sexo, sino del género humano. A estos efectos, se puede dejar a la Naturaleza a su libre albedrío sin peligro: solo con que las mujeres adquieran conocimiento y humanidad, el amor les enseñará modestia. No hay necesidad de falsedades, tan desagradables como inútiles, ya que las reglas de conducta estudiadas solo engañan a los observadores superficiales;

un hombre de juicio pronto se da cuenta y desprecia la afectación.

La conducta de unos jóvenes con otros, como hombres y mujeres, es lo último que debe enseñarse en la educación. De hecho, ahora se enseña tanto cómo comportarse en la mayoría de las circunstancias, que es difícil ver un carácter sencillo. No obstante, si los hombres solo estuvieran ansiosos por cultivar toda virtud y que echaran raíces firmes en la mente, la gracia resultante, que es su signo exterior, rápidamente despojaría a la afectación de su ostentoso plumaje, porque tan falaz como inestable es la conducta que no se fundamenta en la verdad.

¡Hermanas mías, si realmente sois modestas, debéis recordar que la posesión de cualquier virtud es incompatible con la ignorancia y la vanidad! ¡Tenéis que adquirir esa sobriedad mental que solo inspira la ejecución de las obligaciones y la búsqueda de conocimiento, o permaneceréis en una situación dependiente de duda y solo se os amará mientras seáis hermosas! Los ojos bajos, el rubor y la gracia de la timidez resultan apropiados en su edad oportuna; pero la modestia, al ser hija de la razón, no puede cohabitar mucho tiempo con una sensibilidad no atemperada por la reflexión. Además, cuando el amor, aun el más inocente, es toda la actividad de vuestras vidas, vuestros corazones son demasiado blandos para proporcionar a la modestia ese tranquilo refugio donde le gusta morar, en estrecha unión con la humanidad.

CAPÍTULO VIII

Socavamiento de la moral mediante nociones sexuales sobre la importancia de una buena reputación

Se me ocurrió hace mucho tiempo que los consejos inculcados con tanta tenacidad en el mundo femenino respecto a la conducta y los muchos modos de conservar una buena reputación eran venenos especiosos que, al incrustarse en la moralidad, se comían a sus anchas la sustancia. Y que esta medición de sombras producía unos cálculos falsos, porque su extensión dependía demasiado de la altura del sol y otras circunstancias adventicias.

¿De dónde surge la conducta liviana y engañosa de un cortesano? Sin duda, de su situación, porque, al necesitar subordinados, se ve obligado a aprender el arte de negar sin ofender y de alimentar evasivo la esperanza con el sustento del camaleón; así, la educación juega con la verdad y, al engullir la sinceridad y la humanidad propias del hombre, da como resultado al caballero refinado.

Asimismo, las mujeres adquieren, por una supuesta necesidad, un modo de

conducta también artificial. Sin embargo, no se puede jugar con la verdad impunemente, porque el diestro hipócrita acaba convirtiéndose en la víctima de sus propias artes y pierde la sagacidad que se ha denominado con justeza sentido común, es decir, la rápida percepción de las verdades comunes que continuamente reciben como tales las mentes llanas, aunque no hayan tenido la suficiente energía para descubrirlas por sí mismas cuando se encuentran oscurecidas por los prejuicios locales. La mayor parte de la gente toma sus opiniones como verdades para evitarse el enojo de ejercitar sus propias mentes, y esos seres indolentes se adhieren con naturalidad a la letra más que al espíritu de una ley, sea divina o humana. Cierta autor, no puedo recordar quién, dice: «Las mujeres no se preocupan por lo que solo ve el Cielo». ¿Y por qué deberían hacerlo? Es el ojo del hombre lo que se les ha enseñado a temer y si pueden arrullar a sus Argos para que se duerman, rara vez piensan en el Cielo o en sí mismas, ya que su reputación está a salvo; y es esta, y no la castidad, con toda su bella comitiva, lo que emplean para mantenerse libres de mancha, no como una virtud, sino para conservar su posición en el mundo.

Para probar la verdad de este comentario, no necesito aludir a las intrigas de las mujeres casadas, en particular de los altos estratos sociales y de los países donde los padres las casan con provecho, de acuerdo con sus rangos respectivos. Si una joven cae presa del amor, se degrada para siempre, aunque su mente no esté contaminada por las artes que practica una mujer casada, bajo el cómodo manto del matrimonio, ni haya violado ningún deber más que el de respetarse a sí misma. La mujer casada, por el contrario, rompe un compromiso más sagrado y se convierte en una madre cruel cuando es una esposa falsa e infiel. Si su marido todavía le profesa afecto, las artes que debe practicar para engañarlo la convertirán en el más desdeñable de los seres humanos; y, en todo caso, las maquinaciones necesarias para guardar las apariencias mantendrán su mente en esa conmoción pueril o viciosa que destruye toda su energía. Además, con el tiempo, como aquellos que toman cordiales habitualmente para elevar sus espíritus, querrá una intriga para dar vida a sus pensamientos, al haber perdido todo gusto por los placeres que no estén muy sazonados por la esperanza o el miedo.

A veces, las mujeres casadas actúan aún con más audacia. Mencionaré un ejemplo.

Una mujer de categoría, famosa por sus devaneos, aunque, como todavía vivía con su esposo, nadie se decidía a colocarla en la clase que se merecía, trató con un desprecio medido e insultante a una pobre y tímida criatura, apocada por el sentimiento de su anterior debilidad, que había sido desposada por un caballero de la vecindad después de haberla seducido. En realidad, la mujer había confundido virtud con reputación y, yo creo, se había valorado por la propiedad de su conducta antes de casarse, aunque, una vez establecida a

satisfacción de su familia, su marido y ella habían sido igualmente infieles, de modo que el heredero medio vivo de una inmensa fortuna llegó de donde solo el Cielo sabe.

Contemplemos el tema desde otra perspectiva.

He conocido numerosas mujeres que, si no amaban a sus maridos, no amaban a nadie más y se entregaban por entero a la vanidad y a la disipación, descuidando toda obligación doméstica, más aún, derrochando todo el dinero que debía haberse ahorrado para sus hijos más jóvenes e indefensos. Sin embargo, se pavoneaban de su reputación inmaculada, como si todo el alcance de su obligación como esposas y madres hubiera sido solo conservarla. Mientras, otras mujeres indolentes, descuidando toda obligación personal, pensaban que se merecían el afecto de sus maridos porque, ciertamente, actuaban a este respecto con propiedad.

Las mentes débiles siempre se sienten inclinadas a quedarse en los rituales del deber, pero la moralidad ofrece motivos mucho más sencillos y sería de desear que los moralistas superficiales hubieran hablado menos de la conducta y su observancia externa, porque si una virtud cualquiera no se basa en el conocimiento, solo dará como resultado una especie de decencia insípida. Sin embargo, el respeto por la opinión del mundo se ha precisado como la principal obligación de la mujer con las palabras más explícitas, ya que Rousseau declara: «esa reputación no es menos indispensable que la caridad». Y añade:

Un hombre seguro de su buena conducta solo depende de sí mismo y puede desafiar a la opinión pública, pero una mujer solo cumple con la mitad de su deber al comportarse bien, porque lo que se piensa de ella es tan importante como lo que es en realidad. De aquí se sigue que el sistema de educación femenino, a este respecto, debería ser directamente contrario al nuestro. Entre los hombres, la opinión es la tumba de la virtud, pero entre las mujeres es el trono.

Resulta de estricta lógica inferir que la virtud que se apoya en la opinión es simplemente mundana y que es la de un ser al que se ha denegado la razón. Pero incluso respecto a la opinión del mundo, estoy convencida de que esta clase de pensadores están equivocados.

No obstante, este cuidado por la reputación, con independencia de que sea una de las recompensas naturales de la virtud, surge de una causa que ya he deplorado como la principal fuente de la depravación femenina: la imposibilidad de recobrar respetabilidad a cambio de virtud, aunque los hombres conservan la suya mientras se complacen en el vicio. Era natural para la mujer, entonces, esforzarse por conservar lo que, una vez perdido, se perdía para siempre, hasta que al engullir a cualquier otra esta preocupación, la

reputación de casto se convirtió en lo único necesario para el sexo. Pero es vano el escrúpulo de la ignorancia, porque ni la religión ni la virtud, cuando residen en el corazón, requieren esa atención pueril a las meras ceremonias, ya que la conducta, en su conjunto, será la apropiada cuando el motivo sea puro.

Para apoyar mi opinión, puedo aducir una autoridad muy respetable, la de un pensador indiferente, que debe tener peso para obligar a la consideración, aunque no lo tenga para establecer un sentimiento. Al hablar de las leyes generales de la moralidad, el doctor Smith observa:

Que por ciertas circunstancias muy extraordinarias y desafortunadas, se puede llegar a sospechar de un hombre bueno un crimen del que sea absolutamente incapaz y a cuenta de ello exponerlo injustamente el resto de su vida al horror y la aversión de la humanidad. Por un accidente de este tipo se puede decir que ha perdido todo, a pesar de su integridad y su justeza, de la misma manera que un hombre cauto, a pesar de su circunspección, puede arruinarse por un terremoto o una inundación. Quizá los accidentes del primer tipo son más raros y más contrarios al curso común de las cosas que los del segundo. Pero sigue siendo cierto que la práctica de la verdad, la justicia y la humanidad es un método cierto y casi infalible de adquirir lo que las virtudes pretenden principalmente: la confianza y el amor de aquellos con quienes se vive. Es fácil que una acción particular represente mal a una persona, pero es poco probable que esto suceda con el tenor general de su conducta. Puede creerse que un hombre inocente ha hecho algo erróneo, pero rara vez ocurrirá. Por el contrario, la opinión establecida sobre la inocencia de sus hábitos nos llevará a menudo a absolverlo cuando realmente haya cometido una falta, a pesar de contar con sospechas de mucho peso.

Coincido plenamente con la opinión de este escritor, porque creo que ciertamente se han despreciado por vicios a muy pocas personas de ambos sexos que no lo merecieran. No hablo de la calumnia momentánea, que se arroja sobre un carácter como una densa niebla matinal de noviembre sobre esta metrópoli, hasta que de modo gradual se deshace ante la luz del día; solo sostengo que la conducta diaria de la mayoría es la que hace que su carácter se estampe con la impresión de la verdad. Con calma, la luz clara, al brillar día tras día, refuta las suposiciones ignorantes o las habladurías maliciosas que han arrojado suciedad sobre un carácter puro. Por un corto tiempo, una luz falsa distorsionó su sombra, su reputación, pero rara vez deja de aparecer la justa cuando se disipa la nube que produce el error de visión.

Sin duda, mucha gente obtiene en varios aspectos una reputación mejor que la que se merece en sentido estricto, ya que la industria perseverante alcanzará la mayor parte de las veces su meta en todas las competiciones. Los que solo se esfuerzan por este premio mezquino, como los fariseos que rezaban en las esquinas de las calles para que los hombres los vieran, obtienen

ciertamente la recompensa que buscan, ya que un hombre no puede leer en el corazón de otro. No obstante, la fama justa que se refleja de modo natural en las buenas acciones cuando un hombre se emplea solo en dirigir sus pasos rectamente, sin tener en cuenta a quienes lo observan, en general no solo es más verdadera, sino más segura.

Es cierto que hay juicios en los que el hombre bueno debe apelar a Dios por la injusticia del hombre y, en medio de los lamentos del candor y los silbidos de la envidia, erigir un pabellón en su mente donde retirarse hasta que acabe el rumor; más aún, los dardos de una censura inmerecida pueden atravesar un pecho tierno e inocente con muchos sufrimientos, pero todo esto son excepciones a las reglas generales. La conducta humana debe regularse de acuerdo con las leyes comunes. La órbita excéntrica del cometa nunca influye en los cálculos astronómicos respecto al orden invariable establecido en el movimiento de los cuerpos principales del sistema solar.

Me aventuraré a afirmar, entonces, que una vez que un hombre ha llegado a la madurez, los rasgos generales de su carácter mundano son justos, si concedemos las excepciones a la regla mencionadas anteriormente. No digo que un hombre prudente y sabio para las cosas del mundo, que solo posea virtudes y cualidades negativas, no obtenga a veces una reputación más lisonjera que un hombre más sabio o mejor. Lejos de ello, puedo concluir por experiencia que si la virtud de dos personas es casi igual, el mundo en general preferirá el carácter más negativo, mientras que el otro puede que tenga más amigos en la vida privada. Pero las colinas y los valles, las nubes y la luz del sol, sobresalientes en las virtudes de los grandes hombres, se provocan mutuamente, y a pesar de que proporcionen a la debilidad envidiosa una meta más justa a la que apuntar, el carácter real acabará saliendo a la luz, aunque sea salpicado por un cariño débil o una malicia ingeniosa.

Respecto a esa ansiedad por conservar una reputación ganada con esfuerzo, que lleva a la gente perspicaz a analizarla, no haré el comentario obvio. Pero me temo que la moralidad se halla socavada con mucha insidia en el mundo femenino por haber vuelto la atención hacia la apariencia en lugar de dirigirse a la sustancia. De este modo, se hace extrañamente complicado algo simple; más aún, a veces se pone en desacuerdo a la virtud y a su sombra. Si Lucrecia hubiera muerto para preservar su castidad en lugar de su reputación, quizá nunca hubiéramos oído hablar de ella. Si realmente nos merecemos nuestra buena opinión, por lo común seremos respetados en el mundo, pero si anhelamos un mayor perfeccionamiento y logros más elevados, no es suficiente considerarnos como suponemos que los demás lo hacen, aunque se ha sostenido con mucho ingenio que esto era el fundamento de nuestros sentimientos morales. Porque cada espectador puede que tenga sus propios prejuicios, además de los de su época o país. Debemos intentar más bien

contemplarnos como suponemos que lo hace el Ser que ve cada pensamiento perfeccionado en acción y cuyo juicio nunca se desvía de la regla eterna de lo justo. ¡Todos sus juicios son rectos y misericordiosos!

La mente humilde que busca hallar favor en su mirada y examina con calma su conducta cuando solo se siente su presencia, rara vez se formará una opinión errónea de sus propias virtudes. Durante la hora serena de autorreflexión, se lamentará con temor al ceño fruncido de la justicia ofendida o se reconocerá el vínculo que ata al hombre a la Divinidad en el sentimiento puro de adoración reverente que inflama el corazón sin producir emociones tumultuosas. En esos momentos solemnes, el hombre descubre el germen de esos vicios que, como el árbol de Java, esparcen alrededor un vapor pestilente —¡la muerte está en la sombra! — y los percibe sin aborrecimiento, porque se siente unido por cierto lazo de amor a todas sus criaturas semejantes, para cuyas locuras está ansioso de encontrar una atenuante en su naturaleza, en sí mismo. Así, quizá argumente: si yo, que ejercito mi propia mente y me he purificado mediante la tribulación, encuentro el huevo de la serpiente en algún pliegue de mi corazón y lo aplasto con dificultad, ¿no me apiadaré de aquellos que lo han pisado con menos vigor o que han nutrido descuidadamente al reptil insidioso, hasta que ha envenenado la corriente vital que chupaba? ¿Puedo, consciente de mis pecados secretos, desechar a mis semejantes y verlos con calma arrojarlos al abismo de la perdición que se abre para recibirlos? ¡No, no! El corazón agonizante gritará con impaciencia sofocada: ¡Yo también soy un hombre y tengo vicios, quizá escondidos a los ojos humanos, que me postran en el polvo ante Dios y me dicen en voz alta, cuando todo está en silencio, que todos estamos formados con la misma tierra y respiramos el mismo elemento! De este modo, la humanidad surge con naturalidad de la humildad y trenza los lazos de amor que rodean al corazón con varias vueltas.

Esta compasión se extiende aún más, hasta que, complacido, observa fuerza en argumentos que no le parecen convincentes a su propio pecho y sitúa a una luz más justa, para sí mismo, las apariencias de razón que han descarriado a otros, regocijado de hallar vestigios de esta en todos los errores humanos, aunque está convencido de que Aquel que rige el día hace que el sol ilumine todas las cosas. Así, al estrechar la mano a la corrupción, por decirlo así, tiene un pie en la tierra y el otro sube al cielo con paso valiente, proclamando su parentesco con las naturalezas superiores. Las virtudes inadvertidas por el hombre exhalan su fragancia balsámica en esta hora serena y la tierra sedienta, refrescada por las corrientes puras de bienestar que saborea, se llena de verdor sonriente; ¡este es el verde vivo que la mirada demasiado pura para contemplar la iniquidad puede ver con complacencia!

Pero mi espíritu flaquea y debo consentir callada el ensueño al que

conducen estas reflexiones, porque soy incapaz de describir los sentimientos que han calmado mi alma cuando, al observar la salida del sol, una suave llovizna mojó las hojas de los árboles cercanos y pareció caer sobre mi espíritu lánguido aunque tranquilo, para enfriar el corazón caldeado por las pasiones que la razón luchaba por dominar.

Los principios rectores que discurren por todas mis disquisiciones harían innecesario alargarme sobre este tema, si no se inculcara con frecuencia, como la suma total del deber femenino, el mantenimiento de una atención constante sobre el barniz exterior del carácter para conservarlo en buenas condiciones; si las reglas para regir la conducta o guardar la reputación no reemplazaran demasiado a menudo las obligaciones morales. Pero, respecto a la reputación, la atención se limita a una sola virtud: la castidad. Si el honor de una mujer, como se denomina absurdamente, está a salvo, puede descuidar cualquier otra obligación moral; más aún, puede arruinar a su familia con el juego y despilfarros y seguir presentando la frente sin vergüenza, porque, ciertamente, ¡es una mujer honorable!

La señora Macaulay ha observado con justeza que «solo hay una falta que una mujer de honor no puede cometer con impunidad». Después añade justa y humanamente:

Esto ha hecho surgir la observación gastada y necia de que la primera falta contra la castidad en una mujer tiene un poder radical para depravar su carácter. Pero de las manos de la Naturaleza no salen seres tan frágiles. La mente humana está formada por materiales más nobles que no se corrompen con tanta facilidad; y con todas sus desventajas de situación y educación, las mujeres rara vez se abandonan por completo hasta que se hallan arrojadas a un estado de desesperación por el rencor venenoso de su propio sexo.

Pero en la misma proporción que las mujeres aprecian cuidar su reputación de castas, los hombres lo desprecian, y ambos extremos son destructivos por igual para la moral.

Es cierto que los hombres se hallan más bajo la influencia de sus apetitos que las mujeres, y que estos están más depravados por el goce desenfrenado y los artificios exigentes de la saciedad. La lujuria ha introducido un refinamiento en el comer que destruye la constitución, y un grado de glotonería tan animal que debe perderse la percepción de una conducta decorosa antes de que un ser pueda comer sin moderación en presencia de otro y después quejarse de la opresión que su intemperancia produce de forma natural. Algunas mujeres, en particular las francesas, también han perdido el sentido de la decencia a este respecto, ya que hablan con mucha calma de una indigestión. Sería de desear que no se permitiera a esa indolencia generar, sobre el suelo fértil de la opulencia, esos enjambres de insectos estivales que

se alimentan de la putrefacción, y entonces no nos disgustaríamos con la visión de esos excesos brutales.

Creo que existe una regla relativa a la conducta que debe regir todas las demás; consiste simplemente en abrigar un respeto tal por la humanidad, que haga que evitemos contrariar a un semejante en aras de un capricho momentáneo. La vergonzosa indolencia de muchas mujeres casadas y otras un poco entradas en años las lleva con frecuencia a pecar contra la delicadeza. Porque, aunque la persona sea el vínculo de unión entre los sexos, ¿no se desagrada muy a menudo por la total indolencia o por disfrutar de algún capricho trivial?

La depravación del apetito que une a los sexos ha tenido un efecto aún más fatal. La Naturaleza siempre debe ser el patrón del gusto, la norma del apetito, pero los voluptuosos la insultan groseramente. Dejando los refinamientos del amor fuera de cuestión, la Naturaleza, a este respecto, al hacer de la satisfacción de un apetito, lo mismo que de cualquier otro, una ley natural e imperiosa para preservar la especie, lo exalta y mezcla un poco de mente y afecto con la apetencia sensual. Los sentimientos de un padre, al mezclarse con un instinto puramente animal, le dan dignidad; y al unirse el hombre y la mujer con frecuencia por el hijo, se excita un interés y afecto mutuo mediante el ejercicio de su afinidad. Entonces, las mujeres, al tener que cumplir cierto deber necesario, más noble que adornar sus personas, no serían las esclavas satisfechas de la lujuria ocasional, que es ahora la situación de un número muy considerable de quienes, hablando en sentido estricto, sostienen platos a los que todo glotón puede tener acceso.

Puede decirse que a pesar de lo grande que es esta atrocidad, solo influye en una parte del sexo, dedicada a salvar al resto. Pero, como puede probarse fácilmente, es falsa la afirmación que recomienda la autorización de un mal menor para ocasionar un bien mayor; el mal no para aquí, ya que el carácter moral y la paz mental de la parte del sexo más casta están socavados por la conducta de toda mujer a quien no permiten refugio para su culpa, a quien inexorablemente entregan al ejercicio de artes para seducir a sus maridos y pervertir a sus hijos, y al no permitir aflorar a las mujeres modestas, se las fuerza a asumir en cierto grado el mismo carácter. Porque me atreveré a afirmar que todas las causas de la debilidad femenina en las que me he extendido, así como de la depravación, se derivan de una principal: la falta de castidad en los hombres.

Esta intemperancia tan generalizada envilece el apetito hasta tal grado, que es necesario un estímulo lascivo para despertarlo; pero se olvida el propósito de paternidad de la Naturaleza y la misma persona y, por un momento, solo eso acapara los pensamientos. De hecho, con frecuencia se vuelve tan voluptuoso el merodeador lascivo, que refina la suavidad femenina. Entonces

se busca algo más suave que las mujeres, hasta el punto de que en Italia y Portugal los hombres asisten a las recepciones de seres equívocos para suspirar por algo más que la languidez femenina.

Para satisfacer a este género de hombres, a las mujeres se las vuelve voluptuosas de forma sistemática, y aunque no todas lleven su libertinaje a la misma altura, el intercambio sexual sin corazón que se permiten deprava a ambos sexos, porque el gusto de los hombres está viciado; y las mujeres de todas las clases adecúan de modo natural su conducta para satisfacer el gusto mediante el que obtienen poder y placer. En consecuencia, al volverse las mujeres más débiles de cuerpo y mente que lo que debían ser si se tuviera en cuenta uno de los grandes fines de su existencia, tener hijos y criarlos, no poseen fuerza suficiente para cumplir el primer deber de una madre; y al sacrificar a la lascivia el afecto maternal que ennoblece al instinto, destruyen el embrión en el útero o lo abandonan cuando ha nacido. La naturaleza demanda respeto para todas las cosas y aquellos que violan sus leyes rara vez lo hacen con impunidad. Las mujeres débiles y lánguidas que de forma particular atraen la atención de los libertinos no son adecuadas para ser madres, aunque puedan concebir; de este modo, cuando los sensualistas ricos que han disipado el tiempo entre mujeres, esparciendo depravación y miseria, desean perpetuar su nombre, reciben de su esposa solo un ser a medio formar, que hereda la debilidad de su padre y de su madre.

Al contrastar la humanidad de la época presente con la barbarie de la antigüedad, se ha hecho gran hincapié en la costumbre salvaje de abandonar a los niños a quienes sus padres no podían mantener; mientras, el hombre de sensibilidad que quizá se queja de esto ocasiona con sus amores promiscuos una esterilidad más destructiva y una perversidad de hábitos contagiosa. Sin duda, la Naturaleza nunca se propuso que las mujeres, al satisfacer un apetito, frustraran el propósito mismo por el que se estableció.

Ya he observado antes que los hombres deben mantener a las mujeres que hayan seducido; este sería uno de los medios de reformar los hábitos femeninos y de detener un abuso que tiene un efecto igualmente fatal sobre la población y la moral. Otro, no menos obvio, sería volver la atención de la mujer hacia la virtud de la castidad real, porque tiene poco derecho al respeto por su modestia, aunque su reputación sea blanca como la nieve, la mujer que sonrío al libertino mientras menosprecia a las víctimas de sus apetitos ilícitos y sus propias locuras.

Además, está teñida de la misma locura, aunque se estime pura, cuando adorna con cuidado su persona solo para que la vean los hombres, para excitar suspiros respetuosos y todo el necio homenaje de lo que se denomina galantería inocente. Si las mujeres respetaran realmente la virtud por sí misma, no buscarían una compensación en la vanidad por el renunciamiento que se

ven obligadas a practicar para guardar su reputación, ni se tratarían con hombres que la desafían.

Los dos sexos se corrompen o se perfeccionan mutuamente. Creo que esto es una verdad indiscutible, que se extiende a toda virtud. La castidad, la modestia, el espíritu cívico y todo su acompañamiento noble sobre los que se fundamentan las virtudes sociales y la felicidad deben entenderse y cultivarse por toda la humanidad o su efecto será pequeño. Y, en lugar de proporcionar al vicioso o al indolente un pretexto para violar alguna obligación sagrada al denominarla sexual, sería más sabio mostrar que la Naturaleza no ha hecho ninguna diferencia, y por ello el hombre que no es casto frustra doblemente el propósito de la naturaleza, al hacer infecunda a la mujer y al destruir su propia constitución, aunque evite la vergüenza que sigue al delito en el otro sexo. Estas son las consecuencias físicas; las morales son todavía más alarmantes, porque la virtud solo es una distinción nominal cuando los deberes de los ciudadanos, los maridos, las esposas, los padres, las madres y los cabezas de familia se convierten simplemente en los lazos egoístas de la conveniencia.

Entonces, ¿por qué los filósofos no buscan espíritu cívico? Este debe ser nutrido por la virtud individual o se parecerá al sentimiento artificioso que hace que las mujeres se cuiden de guardar su reputación y los hombres su honor. Un sentimiento que se da a menudo sin que lo apoye la virtud, sin que lo apoye esa moralidad sublime que hace de la infracción habitual de un deber una infracción de toda la ley moral.

CAPÍTULO IX

De los efectos perniciosos que surgen de las distinciones innaturales establecidas en la sociedad

Del respeto que se presta a la propiedad brota, como de una fuente envenenada, la mayoría de los males y los vicios que hacen de este mundo una escena tan triste para la mente contemplativa. Porque en la sociedad más educada es donde acechan los reptiles dañinos y las serpientes venenosas bajo la vegetación exuberante, y el aire tranquilo y bochornoso fomenta la voluptuosidad, que relaja toda buena disposición antes de que madure en virtud.

Una clase oprime a otra, porque todos pretenden conseguir respeto a cuenta de la propiedad, y una vez ganada esta, procurará el que solo se debe a los talentos y a las virtudes. Los hombres descuidan los deberes que como tales los obligan y aún así se los trata como semidioses. También se separa la

religión de la moralidad mediante un velo ceremonial y los hombres se admiran de que el mundo sea, literalmente, una guarida de tahúres y opresores.

Un proverbio casero expresa una astuta verdad, y es que dondequiera que el demonio encuentre a un ocioso, lo empleará. ¿Y qué otra cosa pueden producir la riqueza y los títulos hereditarios sino hábitos indolentes? Porque la constitución del hombre es tal, que solo puede conseguir un uso apropiado de sus facultades mediante su ejercitación, cosa que no hará si una necesidad de cualquier tipo no pone primero las ruedas en movimiento. Del mismo modo, solo puede adquirirse virtud mediante el cumplimiento de las obligaciones pertinentes, pero el ser que ha perdido su humanidad, engatusado por los halagos de los aduladores, probablemente no percibirá la importancia de estas sagradas obligaciones. Debe establecerse una mayor igualdad en la sociedad o la moralidad nunca ganará terreno, y si la mitad de la humanidad está encadenada al fondo por el destino, esta igualdad virtuosa nunca se asentará con firmeza, aunque se cimiente en la roca, porque se la irá socavando continuamente mediante la ignorancia y el orgullo.

Es vano esperar virtud de las mujeres hasta que no sean independientes de los hombres en cierto grado; más aún, es vano esperar esa fortaleza del afecto natural que las haría buenas esposas y madres. Mientras dependan absolutamente de sus maridos, serán arteras, ruines y egoístas; y los hombres a quienes les puede satisfacer un afecto servil semejante al del perro de aguas no tienen mucha delicadeza, porque el amor no ha de comprarse; en todos los sentidos de las palabras, sus alas sedosas se consumen al instante cuando se busca por encima de todo una recompensa en especie. Sin embargo, mientras que la riqueza debilite a los hombres y las mujeres vivan, por decirlo así, a costa de sus encantos personales, ¿cómo podemos esperar que cumplan esos deberes ennoblecedores que requieren por igual esfuerzo y renuncia? La propiedad hereditaria adultera la mente y sus víctimas infortunadas —si se me permite expresarme así—, fajadas desde su nacimiento, rara vez ejercitan la facultad locomotora del cuerpo y la mente, y de este modo, al contemplar todo a través de un intermediario, que es falso, no son capaces de discernir en qué consiste el mérito y la felicidad verdaderos. Realmente, debe ser falsa la luz cuando el cortinaje de la situación oculta al hombre y le hace caminar majestuosamente en un baile de máscaras, arrastrando de una escena de disipación a otra sus miembros débiles, que cuelgan con apatía estúpida, y girando alrededor los ojos inexpresivos, que nos dicen llanamente que no hay una inteligencia dentro.

Por consiguiente, quiero inferir que no está propiamente organizada una sociedad que no obliga a hombres y mujeres a cumplir con sus deberes respectivos, haciendo que sean el único medio de adquirir esa aprobación de sus semejantes que todo ser humano desea en cierto modo alcanzar. En

consecuencia, el respeto que se presta a la riqueza y a los simples encantos personales es sin duda una ráfaga del noreste que malogra los tiernos brotes de afecto y virtud. La Naturaleza ha unido sabiamente los afectos a las obligaciones para suavizar el trabajo y para otorgar ese vigor al ejercicio de la razón que solo el corazón puede proporcionar. Pero los afectos que simplemente se simulan porque son el emblema asignado a cierto carácter, cuando no se satisfacen sus obligaciones, son uno de los cumplidos vacíos que el vicio y la necesidad están obligados a hacer a la virtud y a la naturaleza real de las cosas.

Para ilustrar mi opinión, solo necesito observar que cuando una mujer es admirada por su belleza y se embriaga hasta tal punto por ello que descuida cumplir con el deber indispensable de una madre, peca contra sí misma al desatender el cultivo de un afecto que tendería por igual a hacerla útil y feliz. La verdadera felicidad —quiero decir todo el contento y la satisfacción virtuosa que puede arrebatarse en este estado imperfecto— debe surgir de los afectos bien regulados, y cada uno de ellos incluye un deber. Los hombres no se dan cuenta del desconsuelo que causan y de la debilidad viciosa que estimulan con solo incitar a las mujeres para que se vuelvan placenteras; no consideran que de este modo hacen chocar los deberes naturales con los artificiales, al sacrificar el bienestar y la respetabilidad de la vida de una mujer a las nociones voluptuosas de belleza, cuando en la naturaleza todos ellos están en armonía.

Si un libertinaje precoz no lo ha desnaturalizado, sería frío el corazón de un marido que no sintiera más placer al ver a su hijo amamantado por su madre que el que el ardid más artero y depravado pudiera proporcionar. No obstante, la riqueza lleva a las mujeres a rechazar este modo natural de consolidar el vínculo matrimonial y de entrelazar la estima con recuerdos más afectuosos. Para conservar su belleza y lucir la corona de flores de un día, que les concede una especie de derecho a reinar por un corto tiempo sobre el sexo, descuidan grabar en los corazones de sus maridos impresiones que se recordarían con más ternura que los mismos encantos virginales, cuando la nieve de la cabeza comience a enfriar el pecho. La solicitud maternal de una mujer racional y afectuosa resulta muy interesante, y la dignidad disciplinada con la que una madre devuelve las caricias que reciben ella y su hijo de un padre que ha estado cumpliendo con las obligaciones de su posición no solo es una visión respetable, sino también bella. Realmente, mis sentimientos son tan singulares —y me he esforzado para no reproducir los artificiales— que, después de haberme cansado de ver la grandeza insípida y las ceremonias serviles que con pompa embarazosa ocupan el lugar de los afectos domésticos, me he vuelto a algún otro escenario para dar alivio a mis ojos, descansando en el refrescante verdor esparcido por doquier por la Naturaleza. Entonces he contemplado con placer a una mujer alimentando a sus hijos y cumpliendo con

las obligaciones de su condición, quizá solo con una criada para quitarse de las manos la parte servil de las tareas domésticas. La he visto preparar a sus hijos y a sí misma, solo con el lujo de la limpieza, para recibir a su marido que, al volver fatigado a casa por la tarde, encuentra niños sonrientes y un hogar limpio. Mi corazón ha vagado por el grupo y hasta ha palpitado con emoción afín cuando el sonido de las pisadas bien conocidas ha levantado un agradable alboroto.

Mientras mi buena voluntad se satisfacía mediante la contemplación de este cuadro inocente, he pensado que una pareja de este tipo, independientes y necesarios por igual el uno para otro, porque cada uno cumple los deberes respectivos de su condición, poseían todo lo que la vida podía dar. Elevada lo suficiente de la pobreza abyecta para no verme obligada a sopesar las consecuencias de cada penique que gaste y con lo suficiente para evitar atenerme a un frígido sistema de economía que estrecha el corazón y la mente, declaro —tan vulgares son mis concepciones— que no sé qué se necesita para hacer de esta la situación más feliz, así como la más respetable del mundo, si no es el gusto por la literatura, para aportar una pequeña variedad e interés a la conversación social, y cierto dinero superfluo para dar a los necesitados y para comprar libros. Porque no resulta agradable, cuando el corazón está dispuesto a la compasión y la cabeza está activa preparando planes de utilidad, tener a un golfillo redicho tirando del codo para evitar que la mano saque un bolso casi vacío y susurrando a la vez alguna máxima prudencial sobre la prioridad de la justicia.

A pesar de lo destructivos que resultan las riquezas y los honores heredados para el carácter humano, si es posible, a las mujeres las degradan y entorpecen más que a los hombres, porque estos aún pueden desarrollar sus facultades en cierto grado al convertirse en soldados y hombres de estado.

Como soldados, concedo que solo pueden reunir en su mayoría laureles vanos y gloriosos, mientras ajustan con precisión el equilibrio europeo y tienen especial cuidado en que ningún rincón o estrecho septentrional y desierto inclinen el fiel de la balanza. Pero han pasado los días de heroísmo verdadero, cuando un ciudadano combatía por su país como un Fabricio o un Washington, y luego volvía a su granja para dejar que su fervor virtuoso fluyera por una corriente más plácida, pero no menos saludable. No, a nuestros héroes británicos los envían más a menudo las mesas de juego que los arados, y más bien ha sido el tonto suspense derivado de las vueltas de un dado lo que ha inflamado sus pasiones, en lugar de haberlas sublimado al palpar tras la marcha audaz de la virtud en el curso de la historia.

Es cierto que el hombre de estado puede abandonar con más decoro el banco del faraón o la mesa de las cartas para guiar el timón, porque solo tiene que seguir barajando y haciendo trampas, al consistir todo el sistema de la

política británica —si se puede llamar sistema por cortesía— en multiplicar los subordinados e inventar impuestos que muelen a los pobres para saciar a los ricos. Así, una guerra, o una caza de ocas silvestres, es, según el uso vulgar de la expresión, una afortunada disputa de influencias políticas para el ministro, cuyo mérito principal es el arte de mantenerse en su lugar. No es necesario, entonces, que tenga entrañas para los pobres y así puede conseguir para su familia la baza sobrante. O si resulta conveniente cierta muestra de respeto hacia lo que se ha denominado con alarde ignorante derechos de nacimiento del inglés, para hacer bullir a los rudos mastines que tiene que llevar de las narices, puede lograrlo sin riesgo entregando solo su voz y soportando que su escuadrón ligero desfile hacia el otro lado. Y cuando se agita una cuestión de humanidad, puede mojar una sopa en la leche de la bondad humana para silenciar a Cerbero, y hablar del interés que se toma su corazón en un intento por hacer que la tierra no siga gritando venganza mientras absorbe la sangre de sus hijos, aunque su mano fría pueda en ese mismo instante afianzar sus cadenas al sancionar el tráfico abominable. Un ministro no lo es más que cuando puede lograr que prevalezca el punto de vista que ha decidido sostener. Además, no es necesario que un ministro sienta como un hombre, cuando un empujón vigoroso sacuda su asiento.

Pero, para terminar con estas observaciones episódicas, retornemos a la esclavitud más especiosa que encadena el alma misma de la mujer y la mantiene por siempre bajo la servidumbre de la ignorancia.

Las absurdas distinciones de rango, que hacen de la civilización una maldición al dividir el mundo entre tiranos voluptuosos y subordinados envidiosos y arteros, corrompen casi por igual a las gentes de todas las clases, porque no se liga la respetabilidad al cumplimiento de las obligaciones pertinentes de la vida, sino a la posición, y cuando estas no son satisfechas, los afectos no pueden alcanzar un vigor suficiente para fortalecer la virtud de la que son la recompensa natural. No obstante, hay algunas troneras por las que un hombre se puede escurrir y atreverse a pensar y actuar por sí mismo. Pero para una mujer resulta una tarea hercúlea, porque tiene que vencer dificultades propias de su sexo, que requieren casi poderes sobrehumanos.

Un legislador de verdadera buena voluntad siempre se esfuerza por hacer que ser virtuoso resulte del interés de todo individuo, y al convertirse de este modo la virtud privada en el vínculo de la felicidad pública, se consolida un conjunto ordenado por la tendencia de todas las partes hacia un centro común. Pero, para Rousseau, la virtud de la mujer, sea pública o privada, es muy problemática, y una abundante lista de escritores masculinos insisten en que debe sujetarse toda su vida a una severa restricción: la que impone el decoro. ¿Por qué someterla al decoro —al decoro ciego— si es capaz de actuar por un principio más noble, si es heredera de la inmortalidad? ¿Siempre se ha de

producir el azúcar mediante sangre vital? ¿Ha de someterse la mitad de la especie humana, como los pobres esclavos africanos, a los prejuicios que la brutalizan, cuando los principios serían una defensa más segura, solo para endulzar la copa del hombre? ¿No es esto negar a la mujer de modo indirecto la razón? Porque un don es una burla si no sirve para usarse.

A las mujeres, al igual que a los hombres, las vuelven débiles y lujuriosas los placeres sedantes que procura la riqueza; pero, añadido a esto, se las hace esclavas de sus personas, a las que deben volver atractivas para que el hombre les preste su razón para guiar rectamente sus pasos tambaleantes. O si son ambiciosas, han de gobernar a sus tiranos mediante ardides siniestros, ya que sin derechos no puede haber obligaciones forzosas. Las leyes concernientes a la mujer, que pienso discutir en otra parte futura, hacen del hombre y su esposa una unidad absurda y, luego, mediante el paso sencillo de considerarlo solo a él como responsable, se la reduce a ella a un mero cero a la izquierda.

El ser que cumple con los deberes de su posición es independiente; y, hablando de las mujeres en general, su primer deber es hacia sí mismas como criaturas racionales, y a continuación en cuanto a importancia, como ciudadanas, está el de madres, que incluye muchos otros. Su posición en la vida, que las dispensa de cumplir con su deber, las degrada por necesidad, al convertirlas en simples muñecas. O si quieren dedicarse a algo más importante que colocar ropa en un montón ordenado, ocupan sus mentes solo con algún afecto platónico, a no ser que una intriga real mantenga sus pensamientos en movimiento. Porque cuando descuidan los deberes domésticos, no tienen poder para empezar una campaña y marchar y contramarchar como soldados o discutir en el senado para evitar que se oxiden sus facultades.

Sé que, como prueba de la inferioridad del sexo, Rousseau ha exclamado regocijado que ¡cómo pueden las mujeres dejar el cuarto de los niños por el campamento!, y que algunos moralistas han probado que este es la escuela de la mayoría de las virtudes heroicas; no obstante, creo que un agudo casuista se sentiría perplejo si tuviera que probar la racionalidad de la mayor parte de las guerras que han proporcionado héroes. No quiero considerar esta cuestión de forma crítica, ya que, al contemplar con frecuencia estos caprichos de la ambición como el primer modo natural de civilización, no me gusta denominarlas pestes, cuando hay que librar al suelo de raíces y limpiar los bosques mediante el fuego y la espada. Pero no cabe duda de que el sistema actual de guerra tiene poca conexión con cualquier tipo de virtud y es más bien la escuela de la finesse y el afeminamiento que la de la fortaleza.

No obstante, si la guerra defensiva, la única justificable en el estado avanzado de la sociedad actual, en la que la virtud puede mostrar su rostro y madurar entre los rigores que purifican el aire en la cumbre de la montaña, solo se aceptara cuando es justa y gloriosa, el verdadero heroísmo de la

antigüedad volvería a animar los pechos femeninos. Pero no te alarmes, lector cortés y sentimental, seas hombre o mujer, porque aunque he comparado el carácter de un soldado moderno con el de la mujer civilizada, no voy a aconsejarle cambiar la rueca por un mosquete, si bien deseo sinceramente ver la bayoneta convertida en una podadera. Solo he recreado una imaginación fatigada de contemplar todos los vicios y locuras que origina una corriente fétida de riqueza que enloda los arroyuelos puros de los afectos naturales, suponiendo que, en algún tiempo, la sociedad estará constituida de modo tal que un hombre deba necesariamente cumplir las obligaciones de un ciudadano, si no quiere que se le desprecie, y que mientras se emplee en cualquiera de los apartados de la vida civil, su mujer, una ciudadana también activa, se dedique a gobernar a su familia, a educar a sus hijos y a ayudar a sus vecinos.

Pero para hacer a la mujer realmente virtuosa y útil, si cumple con sus deberes civiles, no debe carecer como individuo de la protección de las leyes civiles; no debe depender para su subsistencia de la liberalidad del marido mientras este viva, o de su apoyo una vez muerto, porque ¿cómo puede ser generoso un ser que no tiene nada propio, o ser virtuoso quien no es libre? En el estado presente de las cosas, la esposa que es fiel a su marido y no amamanta ni educa a sus hijos difícilmente se merece ese nombre y no tiene ningún derecho al de ciudadana. Pero quitemos los derechos naturales y los deberes se vuelven nulos.

Luego solo deben considerarse las mujeres el solaz licencioso de los hombres, cuando se vuelvan tan débiles de mente y cuerpo que no puedan ejercitarlos a no ser para conseguir algún placer vano o para inventar alguna moda frívola. ¡Qué visión puede ser más melancólica para una mente pensante que contemplar los numerosos carruajes que pasean sin orden ni concierto por esta metrópoli en una mañana, llenos de criaturas de semblante pálido que huyen de sí mismas! A menudo he deseado, con el doctor Johnson, colocar a algunas de ellas en una tiendecita con una docena de niños que busquen protección en su lánguida expresión. Estaría muy equivocada si cierto vigor latente no diera pronto salud y brío a sus ojos, y algunas líneas dibujadas por el ejercicio de la razón sobre sus limpias mejillas, antes solo onduladas por hoyuelos, no restauraran la dignidad perdida al carácter o, mejor, le permitieran alcanzar la verdadera dignidad de su naturaleza. La virtud no tiene que adquirirse mediante la especulación y mucho menos mediante el letargo que la riqueza genera de forma natural.

Además, cuando la pobreza resulta aún más deshonrosa que el vicio, ¿no se hiere en lo vivo a la moralidad? No obstante, para evitar una mala interpretación, aunque considero que las mujeres, en las sendas comunes de la vida, están llamadas por la religión y la razón a cumplir los deberes de madres

y esposas, no puedo evitar lamentarme de que las de tipo superior no tengan un camino abierto por el que perseguir planes más extensos de utilidad e independencia. Puede que provoque risa al lanzar una insinuación que quiero desarrollar en un futuro, porque pienso sin lugar a dudas que las mujeres deben contar con representantes, en vez de ser gobernadas arbitrariamente al no haberseles concedido ninguna participación directa en las deliberaciones del gobierno.

Pero, tal y como es el conjunto del sistema de representación en este país ahora, solo un asidero conveniente para el despotismo, no deben quejarse, porque están tan bien representadas como numerosas clases de trabajadores mecánicos, que pagan para obtener el apoyo de la realeza cuando a duras penas pueden tapan la boca de sus hijos con pan. ¿Cómo están representados aquellos que con su sudor sostienen la yeguada de un heredero forzoso o barnizan la carroza de alguna favorita que los mira con desprecio? Los impuestos sobre los artículos necesarios de la vida hacen posible a una tribu sin cuento de indolentes príncipes y princesas pasar con pompa estúpida ante una muchedumbre boquiabierta, que llega casi a adorar el desfile que le cuesta tan caro. Esto es mera grandeza gótica, algo semejante a la ostentación bárbara e inútil de mantener centinelas a caballo en Whitehall, lo que nunca pude contemplar sin una mezcla de desprecio e indignación.

¡De qué modo tan extravagante debe estar adulterada la mente cuando le impresiona esta clase de majestad! Pero hasta que estos monumentos de locura no sean nivelados por la virtud, locuras similares impregnarán al conjunto de las masas. Porque el mismo carácter prevalecerá, en cierto grado, en el conjunto de la sociedad, y los refinamientos del lujo o el vicioso descontento de la pobreza envidiosa expulsarán por igual a la virtud de la sociedad, o solo permitirán que se muestre como una de las rayas de la chaqueta de arlequín que usan los hombres civilizados.

En los rangos superiores de la vida, todos los deberes se realizan mediante delegados, como si se pudiera renunciar a ellos, y los vanos placeres que persiguen los ricos forzados por su indolencia parecen tan atractivos para los rangos inferiores, que los numerosos arribistas que luchan por llegar a la riqueza sacrifican todo para pisarles los talones. Las responsabilidades más sagradas, entonces, se consideran sinecuras porque se procuraron mediante interés y solo se buscaron para que permitieran a un hombre mantener una buena compañía. Todas las mujeres, en particular, quieren ser señoras, lo que significa simplemente no tener nada que hacer, más que ir con indiferencia a donde poco les importa, porque no pueden decir nada.

Pero se me puede preguntar qué tienen que hacer las mujeres en la sociedad, si no es vagar con gracia natural; sin duda no las condenaríais a todas a amamantar necios y contar cosas sin importancia. No. Las mujeres

podrían estudiar el arte de curar y ser médicas y enfermeras. También parece asignarles la decencia la obstetricia, aunque me temo que esta palabra pronto cederá su puesto en nuestros diccionarios a accoucheur, con lo que se borrará del lenguaje una prueba de la antigua delicadeza del sexo.

También podrían estudiar política y fundamentar su benevolencia en una base más amplia, porque la lectura de la historia difícilmente será de mayor utilidad que la de aventuras románticas, cuando se trata como una mera biografía, si no se observan las características de las épocas, las mejoras políticas, las artes, etc. En resumen, si no se considera como la historia del hombre y no de uno en particular, que ocupó un nicho en el templo de la fama y cayó en la negra y ondulante corriente del tiempo que, en silencio, arrastra todo ante ella hasta el vacío sin forma llamado eternidad. Porque si puede hablarse de forma, ¿cuál tiene la nada?

De este modo, podrían dedicarse a tareas muy diferentes si se las educara de manera más ordenada, lo que salvaría a muchas de la prostitución común y de la legal. Entonces las mujeres no se casarían para conseguir apoyo, del mismo modo que los hombres aceptan puestos del gobierno y luego descuidan los deberes que conllevan, ni se hundirían, en un intento de ganarse un sustento más laudable, casi al nivel de esas pobres criaturas abandonadas que viven de la prostitución. Porque ¿no se considera a las sombrereras y a las manteras la clase siguiente? Los pocos empleos abiertos a las mujeres, lejos de ser liberales, son serviles, y cuando una formación superior las posibilita para ocuparse de la educación de los niños como institutrices, no se las trata como a los tutores de los hijos, aunque tampoco siempre se trata a los tutores eclesiásticos de un modo deliberado que los haga respetables a los ojos de sus pupilos, por no decir nada de la comodidad privada que se otorga al individuo. Pero, como a la mujer se la educa como si fuera noble, nunca se halla preparada para las situaciones humillantes en donde a veces se encuentra, forzada por la necesidad; estas situaciones se consideran una degradación y poco conocen del corazón humano aquellos que necesitan que se les diga que nada agudiza más dolorosamente la sensibilidad que una caída como esa en la vida.

Algunas de estas mujeres podrían dejar de casarse si las contuviera un correcto sentido de la delicadeza y otras puede que no haya estado en su mano escaparse de la servidumbre de esta vía lastimosa; entonces, ¿no es este gobierno muy imperfecto y negligente con la felicidad de la mitad de sus miembros al no ocuparse de las mujeres honestas e independientes y animarlas a que asuman posiciones respetables? Pero, para que su virtud privada se convierta en un beneficio público, deben tener una existencia civil en el estado, sean casadas o solteras; también veremos continuamente a algunas mujeres valiosas, cuya sensibilidad se ha agudizado dolorosamente por un

desprecio inmerecido, dejar caer cosas como «el lirio es quebrado por la reja del arado».

Esto es una triste verdad y tal es el efecto bendito de la civilización. Las mujeres más respetables son las más oprimidas y, a menos que cuenten con entendimientos muy superiores a los habituales en ambos sexos, al ser tratadas como seres despreciables, acaban volviéndose de esa condición. Cuántas mujeres malgastan de este modo sus vidas, presas del descontento, cuando podían haber trabajado como médicas, haber regido una granja o dirigido una tienda, y mantenerse erguidas, sostenidas por su propia industria, en lugar de bajar las cabezas sobrecargadas con el rocío de la sensibilidad, que consume la belleza a la que al principio da lustre; más aún, dudo que la piedad y el amor sean tan semejantes como los poetas imaginan, porque rara vez he visto que la indefensión de las mujeres excitara mucha compasión, a no ser que estas fueran hermosas; entonces, quizá, la piedad era la sirvienta del amor o el heraldo de la lujuria.

¡Cuánto más respetable es la mujer que se gana su pan cumpliendo un deber que la belleza más lograda! ¡He dicho belleza!: soy tan sensible a la hermosura moral o al armonioso decoro que afinan las pasiones de una mente bien regulada, que me sonrojo al establecer la comparación; no obstante, suspiro al pensar qué pocas mujeres aspiran a obtener esta respetabilidad apartándose del vertiginoso ajeteo del placer o de la calma indolente que ententece a las buenas personas a las que succiona.

Orgullosas de su debilidad, sin embargo, debe protegérselas siempre, guardarlas de los cuidados y de todas las tareas áridas que dignifican la mente. Si este es el mandato del destino, si deben hacerse insignificantes y despreciables para malgastar dulcemente sus vidas, que no esperen ser valoradas cuando se esfume su belleza, porque el destino de las flores más bellas es ser admiradas y despedazadas por la mano descuidada que las arrancó. De cuántos modos deseo, desde la más pura benevolencia, imprimir esto en mi sexo, pero me temo que no escucharán una verdad que una experiencia pagada cara ha demostrado de modo concluyente a muchos pechos agitados, ni renunciarán de buena gana a los privilegios de rango y sexo por los de la humanidad, a los cuales no tienen derecho quienes no cumplen con sus obligaciones.

En mi opinión, son particularmente útiles los escritores que hacen que el hombre se compadezca del hombre, sin tener en cuenta la posición que ocupa o los ropajes de los sentimientos artificiosos. Por ello, me alegraría convencer a los hombres juiciosos de la importancia de algunos de mis comentarios y persuadirlos para que sopesen sin pasión todo el tenor de mis observaciones. Apelo a sus entendimientos y, como una criatura semejante, reclamo, en nombre de mi sexo, cierto interés en sus corazones. Les suplico que ayuden a

emancipar a sus parejas, para que se conviertan en sus compañeras.

Si los hombres rompieran con generosidad nuestras cadenas y se contentaran con la camaradería racional en lugar de la obediencia servil, hallarían en nosotras hijas más obsequiosas, hermanas más afectuosas, esposas más fieles y madres más juiciosas; en una palabra, mejores ciudadanas. Entonces los amaríamos con afecto verdadero, porque aprenderíamos a respetarnos a nosotras mismas, y la paz mental de un hombre valioso no sería perturbada por la necia vanidad de su esposa, ni los niños se irían a cobijar a un pecho extraño, al no haber encontrado nunca un hogar en el de su madre.

CAPÍTULO X

El afecto paternal

El afecto paternal es, quizá, la modificación más ciega del egoísmo perverso, ya que no contamos con dos términos, como los franceses, para distinguir la búsqueda de un deseo natural y razonable de los cálculos ignorantes de la debilidad. Los padres quieren a sus hijos con frecuencia del modo más brutal y sacrifican el resto de sus deberes para promover su ascenso en el mundo. Para promover, tal es la perversidad de los prejuicios sin principios, el bienestar de los mismos seres cuya existencia presente amargan con la extensión más despótica de su poder. El poder, de hecho, siempre es fiel a su principio vital, porque reinaría en cualquier forma sin control o averiguación. Su trono se levanta sobre un abismo oscuro que ningún ojo osa explorar por miedo a que su estructura sin fundamento se tambalee bajo la investigación. La obediencia, la ciega obediencia, es la divisa de los tiranos de todo tipo, y para hacer la «seguridad doblemente segura», una especie de despotismo apoya al otro. Los tiranos tendrían motivo para temblar si la razón se convirtiera en la regla del deber en alguna de las relaciones de la vida, porque la luz se extendería hasta que surgiera un día perfecto. Y cuando esto pasara, cómo sonreirían los hombres a la vista del espantajo ante el que se asustaron durante la noche de la ignorancia o el crepúsculo de la tímida indagación.

El afecto paternal, de hecho, solo es en muchas mentes un pretexto para tiranizar donde puede hacerse con impunidad, porque únicamente los hombres buenos y sabios se contentan con el respeto que soporta la discusión. Convencidos de que tienen derecho a aquello en lo que insisten, no temen a la razón o a examinar los temas que se repiten en la justicia humana, porque creen firmemente que cuanto más lúcida sea la mente, más profundas raíces echarán los principios justos y simples. No se basan en recursos o conceden

que lo que es cierto según la metafísica pueda ser en la práctica falso, sino que, desdeñando los cambios del momento, esperan con calma hasta que el tiempo, al sancionar la innovación, silencie los silbidos del egoísmo o la envidia.

Si el poder de reflexionar sobre el pasado y de hacer volar la mirada penetrante para contemplar el futuro es el gran privilegio del hombre, debe admitirse que algunos disfrutan de esta prerrogativa en un grado muy limitado. Todo lo nuevo les parece erróneo y no son capaces de distinguir lo posible de lo monstruoso; tienen miedo donde no debería haber lugar para este sentimiento, alejándose de la luz de la razón como si fuera un tizón, aunque nunca se han definido los límites de lo posible para parar la mano tenaz del innovador.

No obstante, la mujer, esclava del prejuicio en toda situación, rara vez ejercita su afecto maternal con lucidez, ya que o descuida a sus hijos o los mima con caprichos inapropiados. El cariño que sienten algunas mujeres por sus hijos es, como ya lo he señalado, muy tosco, porque erradica todo destello de humanidad. Justicia, verdad, todo lo sacrifican por estas Rebecas y, con el pretexto de sus hijos, violan los deberes más sagrados, olvidando la relación común que une a toda la familia en la tierra. Además, la razón parece señalar que aquellos que consienten que un deber o afecto acabe con los demás no tienen mente o corazón suficientes para cumplir con ese deber de modo consciente. Entonces pierde su aspecto venerable y toma la forma fantástica de un capricho.

Como el cuidado de los hijos en su infancia es uno de los grandes deberes unidos al carácter femenino por la naturaleza, aportaría argumentos muy poderosos para fortalecer el entendimiento femenino si se considerara de modo apropiado.

La formación de la mente debe comenzarse muy pronto y el carácter, en particular, requiere la atención más juiciosa, atención que no puede prestar una mujer que solo quiere a sus hijos porque son los suyos y que no busca el fundamento de su obligación más allá de los sentimientos del momento. Esta carencia de razón en sus afectos es lo que hace que la mujer caiga tan a menudo en los extremos y sea tanto la más cariñosa de las madres como la más descuidada y desnaturalizada.

Para ser una buena madre, la mujer ha de tener juicio y esa independencia mental que pocas de las que han sido educadas para depender por completo de sus maridos poseen. En general, las esposas sumisas son madres necias; deseadas de que sus hijos las quieran a ellas más, se ponen en secreto contra el padre, al que se muestra como un espantapájaros. Cuando es necesario un castigo, aunque hayan ofendido a la madre, el padre debe ejecutarlo; ha de ser

el juez de todas las disputas. Pero discutiré este tema más de lleno cuando trate de la educación privada. Ahora solo quiero insistir en que si no se amplía el entendimiento de la mujer y se vuelve más firme su carácter, nunca tendrá el suficiente juicio o el suficiente dominio de sí misma para dirigir a sus hijos con propiedad. Su afecto maternal, de hecho, rara vez merece ese nombre, cuando no la lleva a amamantarlos, porque el cumplimiento de este deber está calculado por igual para inspirar afecto maternal y filial. La obligación indispensable de hombres y mujeres es cumplir con las que originan afectos, los medios más seguros para evitar el vicio. Creo que el afecto natural, tal como se le denomina, es un lazo muy tenue; los afectos deben surgir del ejercicio habitual de una mutua afinidad, ¿y qué afinidad fomenta una madre que manda a su hijo con la niñera o solo lo recupera para enviarlo a la escuela?

En el ejercicio de sus sentimientos maternales, la Providencia ha proporcionado a la mujer un sustituto para el amor, cuando el amante se vuelve solo un amigo y la confianza mutua toma el puesto de la admiración excesiva; entonces el hijo tensa poco a poco la cuerda relajada y la mutua preocupación produce de nuevo una afinidad mutua. Pero un hijo, aunque sea una prenda para el cariño, nunca lo avivará si tanto el padre como la madre están contentos con transferir su carga a los criados, porque quienes delegan sus obligaciones no deben murmurar si pierden la recompensa: el afecto paternal produce el deber filial.

CAPÍTULO XI

El deber hacia los padres

Parece haber una propensión indolente en el hombre para hacer que los preceptos ocupen siempre el lugar de la razón y para sustentar todo deber en una base arbitraria. Los derechos de los reyes se deducen en línea directa de los del Rey de Reyes y el de los padres de nuestro primer padre.

¿Por qué volvemos atrás en busca de principios que se apoyen siempre en la misma base y tengan el mismo peso hoy y ni un ápice más que el que tuvieron hace cien años? Si los padres cumplen con su deber, tienen una fuerte autoridad y un derecho sagrado sobre la gratitud de sus hijos, pero pocos están dispuestos a recibir su afecto respetuoso en tales términos. Demandan obediencia ciega porque no se merecen una asistencia razonable, y para hacer más obligatorias sus reclamaciones de debilidad e ignorancia, se esparce alrededor del más arbitrario de los principios una santidad misteriosa, pues ¿qué otro nombre puede darse a la obligación ciega de obedecer a seres viciosos o débiles solo porque siguieron un poderoso instinto?

La definición simple del deber recíproco que existe de modo natural entre un padre y su hijo puede expresarse en pocas palabras. El padre que presta atención a la infancia desvalida tiene el derecho de reclamar la misma atención cuando le llega la debilidad de la edad. Pero sojuzgar a un ser racional a la simple voluntad de otro, cuando ya está en edad de responder ante la sociedad por su propia conducta, es una exageración de poder muy cruel e indebida, y quizá tan perniciosa para la moral como esos sistemas religiosos que no aceptan que exista lo correcto y lo erróneo sino en la voluntad divina.

Nunca he visto que fuera desatendido un padre que hubiera prestado una atención mayor de la común a sus hijos. Por el contrario, el hábito inicial de confiar casi tácitamente en la opinión de un padre respetado no es fácil de sacudir, incluso cuando la razón madura convence al hijo de que su padre no es el hombre más sabio del mundo. Contra esta debilidad —porque es una debilidad, aunque se le pueda aplicar un epíteto amable— debe hacerse insensible el hombre juicioso, ya que el deber absurdo, inculcado con demasiada frecuencia, de obedecer a un padre solo en virtud de que lo es obstruye la mente y la prepara para el sometimiento servil a cualquier poder que no sea la razón.

Distingo entre la obligación natural y la obligación accidental que se debe a los padres.

Los padres diligentes que se esfuerzan para formar el corazón y ensanchar el entendimiento de su hijo han otorgado una dignidad al cumplimiento de una obligación, común a todo el reino animal, que solo la razón puede dar. Es el afecto paternal teñido de humanidad, que deja muy atrás el afecto natural propio del instinto. Unos padres semejantes adquieren todos los derechos de la amistad más sagrada y su consejo, incluso cuando su hijo está entrado en años, requiere una consideración seria.

Respecto al matrimonio, aunque después de los veintiún años parece que un padre no tiene derecho a rehusar su consentimiento en ningún supuesto, veinte años de solicitud demandan una compensación, y el hijo debe, al menos, prometer no casarse durante dos o tres años, si la persona de su elección no recibe por completo la aprobación de su primer amigo.

Pero el respeto hacia los padres es, en general, un principio mucho más degradante: es solo un respeto egoísta a la propiedad. El padre, al que se obedece ciegamente, lo es desde la absoluta debilidad o por motivos que degradan el carácter humano.

Una gran proporción de la miseria que vaga en formas horribles por todo el mundo surge de la negligencia de los padres, y aún así, estos son los más tenaces sobre lo que llaman un derecho natural, aunque sea contrario al derecho de nacimiento del hombre, el de actuar de acuerdo con los dictados de

su propia razón.

Ya he tenido muchas veces ocasión de observar que la gente viciosa o indolente siempre está dispuesta a sacar provecho haciendo cumplir privilegios arbitrarios, generalmente en la misma proporción en que descuidan el cumplimiento de deberes que son los únicos que los hacen razonables. Esto es en el fondo un dictado del sentido común, o el instinto de defensa propia, característico de la debilidad ignorante, semejante al instinto que hace que un pez enturbie el agua en la que nada para eludir a su enemigo, en lugar de enfrentarse a él con valentía en la corriente clara.

De hecho, los que apoyan todo tipo de preceptos huyen de la corriente clara de la argumentación y, refugiándose en la oscuridad que, en el lenguaje de la poesía sublime, se supone que rodea el trono del Omnipotente, se atreven a demandar ese respeto implícito que solo se debe a sus caminos insondables. Pero no se me piense presuntuosa; la oscuridad que oculta a nuestro Dios de nosotros solo concierne a las verdades especulativas. Nunca oscurece las morales, que brillan con claridad, porque Dios es la luz y nunca, por la constitución de nuestra naturaleza, requiere el cumplimiento de un deber cuya racionalidad no brille sobre nosotros cuando abrimos los ojos.

Es cierto que el padre indolente de la alta sociedad puede arrancar de su hijo una apariencia de respeto, y las mujeres de la Europa continental se hallan de modo particular sujetas a las perspectivas de sus familias, que nunca piensan en consultar sus inclinaciones o proporcionar bienestar a las pobres víctimas de su orgullo. La consecuencia es tristemente conocida: estas hijas obedientes acaban como adúlteras y descuidan la educación de sus hijos, de quienes, a su vez, reclaman la misma clase de obediencia.

Resulta evidente que en todos los países las mujeres se encuentran mucho más sometidas por sus padres, y pocos de ellos piensan en dirigirse a sus hijos de la siguiente manera, aunque parece que es el modo racional impuesto por el Cielo para toda la raza humana: Es de tu interés obedecerme hasta que puedas juzgar por ti mismo, y el Padre Omnipotente de todas las cosas ha implantado en mí un afecto para que te sirva de guarda mientras se desarrolle tu razón. Pero cuando tu mente llegue a la madurez, solo debes obedecerme, o mejor respetar mis opiniones, si coinciden con la luz que se abre paso en tu propia mente.

La vinculación servil a los padres entorpece toda facultad mental, y Locke observa con mucho juicio que «si se controla o humilla demasiado la mente de los niños; si se quiebra o se rebaja mucho su espíritu al poner una mano demasiado estricta sobre ellos, pierden todo su vigor y su industria». Esta mano estricta puede explicar en cierto grado la debilidad de la mujer, ya que, por varias causas, los padres sujetan más a las niñas, en todo el sentido de la

palabra, que a los niños. La obligación que se espera de ellas, como todas las impuestas arbitrariamente a las mujeres, se basa más en un sentido de lo apropiado, en el respeto al decoro, que en la razón. Y de este modo, enseñadas a someterse servilmente a sus padres, están preparadas para la esclavitud del matrimonio. Quizá se me diga que algunas mujeres no son esclavas en el estado matrimonial. Ciertamente, pero entonces se vuelven tiranas, porque no se trata de una libertad racional, sino de una especie de poder ilegal, semejante a la autoridad ejercida por los favoritos de los monarcas absolutos, que obtienen por medios degradantes. Tampoco intento insinuar que los niños o las niñas sean siempre esclavos. Solo insisto en que cuando se los obliga a someterse a la autoridad ciegamente, se debilitan sus facultades y sus caracteres se vuelven altaneros o abyectos. También lamento que los padres indolentes, valiéndose de un supuesto privilegio, ahoguen el primer destello tenue de la razón y conviertan a la vez la obligación que con tanto empeño reclaman en un nombre vacío, porque no la respaldarán con la única base segura, pues si no la fundamenta la razón, no puede alcanzar la fortaleza suficiente para resistir los embates de la pasión o los golpes callados de la egolatría. Pero no son los padres que han dado la prueba más segura de su afecto hacia sus hijos o, para hablar con mayor propiedad, que, al cumplir con su deber, han permitido que eche raíces en sus corazones un afecto paternal natural, fruto del ejercicio de la afinidad y la razón y no del orgullo egoísta, quienes insisten con mayor vehemencia en someter a sus hijos a su voluntad, simplemente porque es su voluntad. Por el contrario, los padres que dan buen ejemplo dejan con paciencia que este surta efectos y es raro que no produzca su resultado natural: el respeto filial.

No se puede enseñar a los niños demasiado pronto a someterse a la razón —la verdadera definición de esa necesidad en la que Rousseau insistía sin definirla—, porque es someterse a la naturaleza de las cosas y a ese Dios que las formó así para promover nuestro interés real.

¿Por qué deben descarriarse las mentes de los niños justo cuando empiezan a expandirse, solo para favorecer la indolencia de los padres que insisten en un privilegio sin estar dispuestos a pagar el precio fijado por la Naturaleza? Anteriormente he tenido ocasión de observar que un derecho siempre implica un deber, y asimismo creo que puede inferirse con justeza que quien no cumple con el deber pierde el derecho.

Concedo que es más fácil mandar que razonar, pero no se sigue de aquí que los niños no puedan comprender la razón por la que se les manda hacer ciertas cosas habitualmente; porque, de la adhesión firme a unos pocos principios simples de conducta, brota ese poder saludable que un padre juicioso gana poco a poco sobre la mente de su hijo. Y este poder se hace fuerte si, al estar moderado por una demostración constante de afecto,

convence al corazón del hijo. Porque creo que debe concederse como una regla general que el afecto que inspiramos siempre se asemeja al que cultivamos, de tal modo que los afectos naturales, que se han supuesto casi distintos de la razón, puede que se encuentren conectados más de cerca con el juicio de lo que comúnmente se sostiene. Más aún, como otra prueba de la necesidad de cultivar el entendimiento femenino, no deja de ser justo observar que los afectos parecen tener un carácter caprichoso cuando residen solamente en el corazón.

Lo que primero daña la mente es el ejercicio irregular de la autoridad paternal, y a estas irregularidades se hallan más sujetas las niñas que los niños. La voluntad de aquellos que nunca dejan que se les ponga en cuestión, a menos que se encuentren por casualidad de buen humor y se relajen un poco, es casi siempre poco razonable. Para eludir esta autoridad arbitraria, las niñas aprenden muy pronto la lección que después practican con sus maridos; porque con frecuencia he visto a una pequeña señorita de rostro anguloso gobernar a toda la familia, excepto de vez en cuando, porque el enfado de mamá estalla debido a algún disgusto accidental: la han peinado mal, la noche anterior perdió más dinero a las cartas del que estaba dispuesta a confesar a su marido, o alguna otra causa moral semejante de disgusto.

La observación de salidas de esta especie me ha conducido a un conjunto de reflexiones melancólicas sobre la mujer y he llegado a la conclusión de que puede esperarse poco de ellas según avanza su vida, cuando su primer afecto tiene que descarriarlas o hacer que sus deberes entren en conflicto hasta que se apoyen solo en caprichos y costumbres. Realmente, ¿cómo puede un instructor remediar este mal?, porque enseñarles virtud basada en sólidos principios es enseñarles a despreciar a sus padres. No se puede, no se debe enseñar a los niños a tener en consideración las faltas de sus padres, porque cada una de ellas debilita la fuerza de la razón en sus mentes y los hacen aún más indulgentes con las propias. Una de las virtudes más sublimes de la madurez es la que nos lleva a ser severos con nosotros mismos y tolerar a los demás; pero a los niños solo debe enseñárseles las virtudes sencillas, ya que si empiezan demasiado pronto a tomar en consideración las pasiones y los modales humanos, gastan el delicado borde del criterio por el que deben regular los propios y se vuelven injustos en la misma proporción en que se hacen indulgentes.

Los afectos de los niños y de la gente débil son siempre egoístas; quieren a sus parientes porque se sienten queridos y no por sus virtudes. Además, hasta que la estima y el amor no se mezclen juntos en el primer afecto y la razón establezca la base de la primera obligación, la moralidad vacilará en los umbrales. Pero, hasta que la sociedad no esté constituida de modo muy diferente, me temo que los padres seguirán insistiendo en ser obedecidos

porque deben serlo y se esforzarán constantemente en fundamentar ese poder en un derecho divino que no soportará la investigación de la razón.

CAPÍTULO XII

Sobre la educación nacional

Los buenos efectos que resultan de atender a la educación privada siempre serán muy limitados y los padres que realmente se ponen a la labor se sentirán defraudados en cierto grado, hasta que la educación no se convierta en una gran preocupación nacional. Un hombre no puede retirarse al desierto con su hijo y, en caso de que lo haga, no podría volver a la infancia para ser el amigo y compañero de juegos apropiado para un niño o un joven. Y cuando se confina a los niños a la compañía de hombres y mujeres, pronto adquieren esa especie de hombría prematura que detiene el crecimiento de todo poder mental o corporal vigoroso. Para abrir sus facultades, se los debe estimular a pensar por sí mismos, y esto solo puede realizarse mezclando a varios niños juntos y haciendo que todos persigan los mismos objetivos.

Cuando un niño solo pregunta en lugar de buscar la información, contrae pronto una indolencia mental entumecedora que rara vez puede sacudirse después porque no tiene el vigor necesario, y entonces se fía tácitamente de las respuestas que recibe. Nunca podría ser este el caso con los de su misma edad, y los temas que se indaguen, aunque puedan influir en ellos, no estarían dirigidos por los hombres, que a menudo disminuyen las facultades, cuando no las ahogan, al ponerlas de manifiesto demasiado apresuradamente; y demasiado apresuradamente se pondrán de manifiesto sin duda, si el niño se halla limitado a la compañía de un hombre, por muy sagaz que este pueda ser.

Además, en la juventud deben mostrarse las semillas de todos los afectos, y la respetuosa consideración que se siente por un padre es muy diferente de los afectos sociales que tienen que constituir la felicidad de la vida según vaya avanzando. La base está en esta igualdad y en el intercambio de sentimientos sin trabas, mediante esa seriedad atenta que evita las disputas pero que no obliga a la sumisión. Si un niño siente un afecto tal por su padre, no le gustará jugar o charlar con otros niños, y el mismo respeto que siente, como la estima filial siempre lleva mezclada una pizca de miedo, si no le enseña a ser artero, al menos no le permitirá que vierta los pequeños secretos que son los primeros en abrir el corazón a la amistad y la confianza, y que llevan poco a poco a una benevolencia más expansiva. Añadido a esto, nunca adquirirá esa conducta franca e ingenua de los jóvenes que se reúnen con frecuencia y se atreven a hablar de lo que piensan, sin tener miedo de ser reprobados por su

atrevimiento o que se ríen de su necesidad.

Muy impresionada por las reflexiones que la vista de las escuelas, tal como se dirigen en la actualidad, sugieren de modo natural, ya había dado mi opinión con anterioridad, muy favorable a la educación privada. Sin embargo, una experiencia mayor me ha llevado a considerar el tema a una luz diferente. Sigo pensando que las escuelas, tal como están reguladas, son los semilleros del vicio y la necesidad, y el conocimiento de la naturaleza humana que supuestamente se obtiene en ellas es solo egoísmo artero.

En la escuela, los niños se vuelven glotones y desaliñados, y en lugar de cultivar los afectos domésticos, se apresuran a caer en el libertinaje que destruye la constitución antes de que esté formada, endureciendo el corazón mientras debilita el entendimiento.

De hecho, debo ser adversa a los internados, aunque solo sea por el estado mental inestable que produce la esperanza de las vacaciones. En ellas se centran los pensamientos de los niños con avidez anticipadora durante al menos, para ser moderada, la mitad del tiempo y, cuando llegan, se consumen en una disipación total y una indulgencia abominable.

Por el contrario, cuando se los educa en casa, aunque pueden dedicarse a un plan de estudio más ordenado que el que se adopta cuando casi una cuarta parte del año la consume la holgazanería y mucha más el pesar y la expectación, adquieren una opinión demasiado elevada de su propia importancia por su nacimiento, al permitirseles tiranizar a los sirvientes, y por la ansiedad expresada por la mayoría de las madres en cuanto a los modales, quienes, ávidas de enseñarles las dotes de un caballero, sofocan al nacer las virtudes de un hombre. Así, al ponerlos en compañía cuando debían dedicarse a empresas más serias y al tratarlos como hombres cuando todavía son niños, se vuelven vanos y afeminados.

El único medio para evitar dos extremos dañinos por igual para la moralidad sería idear algún modo de combinar la educación pública con la privada. Así, se adelantarían dos pasos naturales, que parecen dirigir directamente al punto deseado, para hacer a los hombres ciudadanos, ya que se cultivarían los afectos domésticos, que son los primeros en abrir el corazón a las diferentes modificaciones de la humanidad, y, sin embargo, no se permitiría a los niños gastar gran parte de su tiempo, en términos de igualdad, con otros niños.

Todavía recuerdo con placer la escuela del campo, a donde un niño caminaba todos los días por la mañana, húmeda o seca, llevando sus libros y su comida cuando estaba a una distancia considerable; entonces, un criado no conducía a su amo de la mano, porque, una vez que vestía chaqueta y pantalones, se le permitía desplazarse y regresar por la tarde solo, para contar

las hazañas del día cerca de las rodillas paternas. La casa de su padre era la suya y siempre se recordaba con cariño; más aún, apelo a tantos hombres superiores a quienes se educó de esta manera, si el recuerdo de cierto sendero umbrío que conducía a su lección o de cierto escalón donde se sentaban a hacer una cometa o remendar un bate no les ha hecho apreciar su tierra.

Pero, ¿qué niño recuerda con placer los años gastados en un estrecho confinamiento en una academia cercana a Londres, a menos que recuerde por casualidad al pobre espantapájaros del auxiliar al que atormentaba, o al pastelero al que quitó un pastel para devorarlo con malicioso apetito egoísta? En todos los internados la relajación de los niños nuevos es malicia; la de los veteranos, vicio. Además, en las grandes escuelas, ¿qué puede ser más perjudicial para el carácter moral que el sistema de tiranía y de esclavitud abyecta establecido entre los niños, por no decir nada de la servidumbre a las formas, que hace de la religión algo peor que una farsa? Porque ¿qué bien puede esperarse de un joven que recibe el sacramento de la Cena del Señor para evitar perder el derecho a media guinea, que quizá después gaste de modo sensual? Los jóvenes aplican la mitad de su empeño a eludir la necesidad de asistir al culto público, y puede que hagan bien, porque tal repetición constante de lo mismo debe ser una molesta sujeción para su vivacidad natural. ¿Por qué no se suprimen estas ceremonias que tienen un efecto fatal sobre su moral, ya que, como ritual realizado por los labios cuando el corazón está lejos, nuestra Iglesia no le da cabida como un banco donde girar estipendios para las pobres almas del purgatorio?

Pero en este país el miedo a la innovación se extiende a todo. Solo es un miedo disimulado, la timidez aprensiva de haraganes indolentes que guardan, enlodándolo, el lugar abrigado que consideran a la luz de una posición hereditaria; y beben, comen y disfrutan en vez de cumplir con sus obligaciones, exceptuadas unas cuantas formalidades vacías por las que se les donó. Esta es la gente que insiste con más vigor en que se respete la voluntad del fundador, clamando contra toda reforma, como si fuera una violación de la justicia. Ahora aludo en particular a las reliquias del papismo que retienen nuestros colegas, cuando los miembros protestantes parecen estar tan adheridos a la Iglesia establecida. Pero su celo nunca les hace perder de vista la prebenda de ignorancia que los sacerdotes rapaces de memoria han juntado a duras penas. No, sabios para su generación, veneran el derecho establecido a la posesión como un baluarte y dejan que la campana indolente siga llamando a la oración, como durante los días en los que se creía que la elevación de la hostia expiaba los pecados de la gente, por miedo a que una reforma lleve a otra y el espíritu mate la letra. Estas costumbres romanas tienen el efecto más pernicioso sobre la moral de nuestros clérigos, porque la sabandija indolente que lleva a cabo un servicio dos o tres veces al día del modo más descuidado, pero lo llaman su obligación, pierde pronto el sentido del deber. En el

seminario, obligados a asistir o a eludir el culto público, adquieren un desprecio habitual por el mismo servicio cuya práctica les va a permitir vivir en la indolencia. Se masculla como un asunto de negocios, del mismo modo que un niño estúpido repite su parlamento, y con frecuencia el predicador pierde el lenguaje peculiar del seminario una vez que abandona el púlpito, incluso mientras está dando cuenta de la comida que ha ganado de una manera tan deshonestamente.

Realmente, nada puede ser tan irreverente como el servicio de la catedral, del modo en que se realiza ahora en este país, ni puede haber un conjunto de seres más débiles que los esclavos de esta rutina pueril. Todavía se exhibe el esqueleto desagradable de su estado anterior, pero se le ha despojado de toda la solemnidad que interesaba a la imaginación, cuando no purificaba el corazón. La práctica de misas elevadas en la Europa continental tiene que impresionar toda mente en la que brille una chispa de imaginación con esa pasmosa melancolía, esa ternura sublime tan parecida a la devoción. No digo que estos sentimientos devotos sean de más uso, en un sentido moral, que cualquier otra emoción del gusto, pero sostengo que la pompa teatral que satisface nuestros sentidos debe preferirse a la fría ostentación que insulta al entendimiento sin alcanzar el corazón.

Tales observaciones no resultan fuera de lugar entre los comentarios sobre la educación nacional, en especial cuando los que apoyan estas instituciones, degenerados en puerilidades, afectan ser los paladines de la religión. Religión, fuente pura de consuelo en este valle de lágrimas, ¡cómo han enturbiado tu clara corriente los aficionados que se han empeñado, arrogantes, en confinar en un canal estrecho las aguas vivas que siempre fluyen hacia Dios, el océano sublime de la existencia! ¿Qué sería de la vida sin esa paz que solo puede otorgar el amor a Dios, cuando se fundamenta en la humanidad? Todo afecto terrenal retrocede, a intervalos, para hacer presa en el corazón que lo alimenta y las efusiones más puras de benevolencia, a menudo ahogadas con rudeza por el hombre, deben elevarse como el libre albedrío ofrecido a quien les dio origen, cuya imagen brillante reflejan tenuemente.

Sin embargo, en las escuelas públicas, la religión, confundida con las ceremonias molestas y las ataduras irrazonables, asume el aspecto menos agraciado: no es la austeridad seria que ordena respeto mientras inspira temor, sino una salmodia absurda que sirve para hacer juegos de palabras. Porque, de hecho, la mayoría de las buenas historias y las cosas inteligentes que avivan los espíritus que se han concentrado en el whist se han elaborado con incidentes a los que los mismos hombres intentan dar un giro chistoso que sancione el abuso de vivir de prebendas.

Quizá no haya en el reino un conjunto de hombres más dogmáticos o lujosos que los tiranos pedantes que residen en los seminarios y presiden las

escuelas públicas. Las vacaciones son dañinas por igual para la moral de los instructores y de los pupilos, y la relación que los primeros mantienen con la nobleza introduce en sus familias la misma vanidad y extravagancia que barniza los deberes y comodidades domésticas de la mansión señorial, cuya posición se imita torpemente. Nunca se logra domesticar a los niños que viven con grandes gastos con los maestros y los asistentes, aunque se los coloque allí con ese propósito, porque, tras una comida en silencio, se tragan un vaso de vino apresurado y se retiran para planear alguna travesura maliciosa o para ridiculizar la persona o los modales del mismo con quien acaban de rebajarse y a quien deben considerar el representante de sus padres.

¿Puede ser asunto de sorpresa que los niños a quienes se deja fuera de la conversación social se vuelvan egoístas y viciosos o que una mitra adorne con frecuencia la frente de uno de estos pastores diligentes?

El deseo de vivir con el mismo estilo que el estrato inmediatamente superior al suyo infecta a cada individuo y a todo tipo de personas, y la mezquindad es concomitante a esta ambición innoble. Las profesiones más degradantes son aquellas cuya escalera es el patronazgo y, sin embargo, a los tutores de los jóvenes se los escoge de una de ellas. ¿Puede esperarse que inspiren sentimientos independientes quienes deben regular su conducta con cauta prudencia, siempre alerta para el ascenso?

No obstante, lejos de pensar en la moral de los niños, he oído a muchos maestros de las escuelas argüir que ellos solo se comprometen a enseñar latín y griego, y que han cumplido con su obligación al enviar a algunos buenos alumnos al seminario.

Concedo que pueden haberse formado unos pocos buenos alumnos mediante la emulación y la disciplina, pero para que adelanten estos niños inteligentes se ha sacrificado la salud y la moral de muchos. Los hijos de nuestros nobles y plebeyos ricos se educan en su mayoría en estos seminarios, ¿y alguien pretenderá afirmar que podría considerarse a la mayoría, haciendo todas las concesiones necesarias, estudiantes pasables?

No resulta en beneficio de la sociedad el que unos cuantos hombres brillantes adelanten a expensas de la multitud. Es cierto que los grandes hombres parecen surgir, cuando hay grandes revoluciones, a intervalos adecuados, para restaurar el orden y para arrastrar las nubes que oscurecen la cara de la verdad, pero si la razón y la virtud prevalecieran en la sociedad, no serían necesarios esos fuertes vientos. Cualquier tipo de educación pública debe dirigirse a formar ciudadanos, pero si este es el deseo, primero se deben ejercitar los afectos de hijo y hermano. Este es el único medio de expandir el corazón, porque los afectos públicos, al igual que las virtudes públicas, siempre deben desarrollarse a partir del carácter privado o solo son meteoros

que corren a través de un cielo negro y desaparecen mientras se los contempla y admira.

Creo que muy pocos de los que primero no quisieron a sus padres, sus hermanos y hermanas e incluso los animales domésticos con los que jugaron han sentido mucho afecto por la humanidad. La ejercitación de las simpatías de la juventud forma la temperatura moral, y es el recuerdo de estos primeros cariños y cuitas lo que da vida a aquellos que después dirige más la razón. En la juventud, se forma la amistad más cariñosa, al aumentar al mismo tiempo los jugos de la afabilidad y mezclarse amablemente, o mejor, se acostumbra al corazón, templado por la recepción de la amistad, a buscar placer en algo más noble que la satisfacción grosera del apetito.

Entonces, para inspirarles amor al hogar y a los placeres domésticos, hay que educar a los niños en casa, porque las vacaciones desordenadas solo hacen que les guste por su propio interés. Además, las vacaciones que no fomentan los afectos domésticos alteran constantemente el curso de los estudios y hacen fracasar cualquier plan de perfeccionamiento que incluya moderación. Pero si se abolieran, se separaría a los niños por completo de sus padres y pongo en duda que se volvieran mejores ciudadanos sacrificando los afectos preparatorios y destruyendo la fuerza de las relaciones que hace al estado matrimonial tan necesario como respetable. Mas si la educación privada da como resultado un sentimiento de autoimportancia o aísla a un hombre en su familia, no se remedia el mal, solo se cambia.

Esta sucesión de razonamientos me devuelve a un tema en el que quiero detenerme: la necesidad de establecer escuelas diurnas apropiadas.

Deben ser establecimientos nacionales, porque mientras los maestros dependan del capricho de los padres, poco más de lo necesario para complacer a la gente ignorante puede esperarse de ellos. Realmente, la necesidad de que un maestro entregue a los padres algún ejemplo de las habilidades del niño, que se enseña durante las vacaciones a todo visitante, produce más males de lo que en un principio se supondría. Porque rara vez el niño lo ha hecho entero, por hablar con moderación; así, el maestro aprueba la falsedad o da cuerda a la pobre máquina para que lleve a cabo alguna ejecución extraordinaria que daña las ruedas y detiene el progreso del perfeccionamiento gradual. La memoria se carga de palabras ininteligibles para hacer ostentación de ellas, sin que el entendimiento adquiera ninguna idea nítida; pero solo la educación que enseña a los jóvenes cómo comenzar a pensar merece llamarse cultivo mental. No debe permitirse que la imaginación degrade el entendimiento antes de que se haga fuerte, o la vanidad se volverá la precursora del vicio, ya que cualquier modo de exhibir los logros de un niño resulta perjudicial para su carácter moral.

¿Cuánto tiempo se pierde en enseñarles a recitar lo que no entienden, mientras, sentadas en bancos con sus mejores galas, las mamás escuchan asombradas su cháchara de loros, pronunciada con cadencias solemnes, con toda la pompa de la ignorancia y la necesidad? Tales exhibiciones solo sirven para llegar a las fibras de la vanidad extendidas por toda la mente, ya que no enseñan a los niños a hablar con fluidez ni a comportarse con gracia. Lejos de ello, todas estas actividades podrían denominarse el estudio de la afectación, ya que ahora resulta raro ver a un niño sencillo y vergonzoso, aunque a pocas personas de gusto les molestaba esa timidez tan natural de la edad que las escuelas y la introducción prematura en la sociedad han cambiado por impudencia y falsas sonrisas.

Sin embargo, ¿cómo pueden remediarse tales cosas mientras los maestros dependan por entero de los padres para su subsistencia y cuando hay tantas escuelas rivales exhibiendo sus alicientes para atraer la atención de padres y madres vanos, cuyo afecto paternal solo los conduce a desear que sus hijos opaquen a los de sus vecinos?

Si no cuenta con mucha buena suerte, un hombre juicioso y concienzudo se moriría de hambre antes de que pudiera levantar una escuela, si desdeña envolver en burbujas a los padres débiles practicando las tretas secretas del oficio.

En las escuelas mejor reguladas, donde no se apiñan multitudes, se adquieren muchos malos hábitos, pero en las escuelas comunes se impide por igual el desarrollo del cuerpo, el corazón y el entendimiento, ya que los padres solo buscan muchas veces la más barata y el maestro no podría vivir si no admitiera a muchos más niños de los que puede controlar, ni la exigua asignación recibida por cada niño le permite contratar suficientes auxiliares que le asistan para descargarle de la parte mecánica de la tarea. Además, sea cual fuere la apariencia de la casa y el jardín, los niños no disfrutan de su comodidad, porque las molestas sujeciones les recuerdan continuamente que no están en casa, y los compartimientos, el jardín, etc., deben mantenerse en orden para recreo de los padres, que el domingo visitan la escuela y se admiran de toda la ostentación que hace incómoda la situación de sus hijos.

Con qué disgusto he oído hablar a mujeres juiciosas del confinamiento tedioso que soportan las niñas en la escuela, ya que se las sujeta y amedrenta más que a los niños. Tal vez no se les permita salirse de un amplio paseo en un jardín soberbio y se las obligue a andar estúpidamente de arriba abajo con porte serio, irguiendo la cabeza y torciendo hacia fuera los dedos de los pies, con los hombros sostenidos hacia atrás, en lugar de saltar, como ordena la Naturaleza para completar su designio, en las diferentes posturas tan favorables para la salud. Los humores animales puros que hacen que la mente y el cuerpo se disparen y desarrollen los brotes tiernos de esperanza se vuelven

agrios y se dan rienda suelta en deseos vanos o quejas vivaces que contraen las facultades y malogran el carácter; también llegan al cerebro, y al agudizar el entendimiento antes de que gane una fortaleza proporcionada, producen esa astucia lastimosa que vergonzosamente caracteriza a la mente femenina, y que me temo que siempre la caracterizará mientras las mujeres sigan siendo esclavas del poder.

Estoy convencida de que el poco respeto que se presta a la castidad en el mundo masculino es la gran fuente de muchos de los males físicos y morales que atormentan a la humanidad, así como de los vicios y locuras que degradan y destruyen a las mujeres. Y es en la escuela donde los niños infaliblemente pierden esa vergüenza decente que en su casa habría madurado en modestia.

Qué tretas sucias e indecentes no aprenderán también unos de otros cuando varios viven como cerdos en el mismo dormitorio, por no hablar de los vicios que los hacen débiles y les impiden adquirir toda delicadeza mental. La poca atención prestada al cultivo de la modestia entre los hombres ocasiona una gran depravación en todas las relaciones de la sociedad, ya que no solo el amor —que debe purificar el corazón y ser quien primero motive todos los poderes juveniles para preparar al hombre para cumplir los deberes benevolentes de la vida— se sacrifica a una lujuria prematura, sino que además las satisfacciones egoístas, que muy pronto contaminan la mente y secan los jugos generosos del corazón, matan todos los afectos sociales. De qué manera tan innatural se viola a menudo la inocencia y qué consecuencias tan serias se siguen de hacer que los vicios privados se conviertan en una plaga pública. Además, un hábito de orden personal, que tiene más efecto en el carácter moral del que se le supone en general, solo puede adquirirse en casa, donde se mantiene esa respetable reserva que frena la familiaridad que, al hundirse en bestialidad, socava el afecto que insulta.

Ya he censurado los malos hábitos que adquieren las mujeres cuando se las encierra juntas, y creo que la observación se puede extender al otro sexo, hasta hacer la inferencia que he tenido en perspectiva a lo largo de todo este capítulo, y consiste en que, para que ambos sexos mejoren, deben educarse juntos, no solo en las familias particulares, sino en las escuelas públicas. Si el matrimonio es el fundamento de la sociedad, todo el género humano debe educarse según el mismo modelo o la relación entre los sexos nunca merecerá el nombre de camaradería, ni las mujeres cumplirán las obligaciones propias de su sexo, hasta que se conviertan en ciudadanas ilustradas, hasta que sean libres al permitirseles ganar su propio sustento e independientes de los hombres. Quiero decir, para evitar malas interpretaciones, del mismo modo que un hombre es independiente de otro. Más aún, el matrimonio nunca se conservará como algo sagrado hasta que las mujeres, al ser criadas con los hombres, estén preparadas para ser sus compañeras en lugar de sus

concubinas, ya que los dobles mezquinos de la astucia las hará siempre despreciables, mientras la opresión las vuelva tímidas. Estoy tan convencida de esta verdad, que me aventuraré a predecir que la virtud no prevalecerá en la sociedad hasta que las de ambos sexos no se fundamenten en la razón, y hasta que no se permita a los afectos comunes a ambos ganar la fuerza debida mediante el cumplimiento de los deberes mutuos.

Si se consintiera a niños y niñas seguir los mismos estudios juntos, se podrían inculcar enseguida esas buenas costumbres que produce la modestia, sin perder las distinciones sexuales que tiñen la mente. La conducta apropiada y habitual haría que perdieran utilidad las lecciones de educación y el formulario del decoro, que pisa los talones a la falsedad. No se vestiría para los visitantes, como el traje cortesano de la educación, sino que sería el efecto sereno de una mente pura. ¿No sería la sencilla elegancia de la sinceridad un homenaje casto a los afectos domésticos, que sobrepasa con mucho los cumplidos engañosos que brillan con falso lustre en las relaciones frías de la vida de buen tono? Pero hasta que no sobresalga en la sociedad un mayor entendimiento, siempre habrá carencia de corazón y de gusto, y el rouge de las prostitutas ocupará el lugar de ese baño celestial que solo los afectos virtuosos pueden dar al rostro. La galantería y lo que se llama amor puede que subsistan sin un carácter llano, pero los pilares principales de la amistad son el respeto y la confianza —¡la estima nunca se fundamenta en lo que no se puede decir!

El gusto por las bellas artes requiere una gran cultivación, pero no más de la que requiere el gusto por los afectos virtuosos, y ambos suponen una amplitud de mente que abre muchos cauces al placer mental. ¿Por qué la gente acude a escenarios ruidosos y círculos atestados? Yo respondería que porque quieren actividad mental, ya que no han estimulado las virtudes del corazón. En consecuencia solo ven y sienten en bruto y continuamente anhelan variedad al encontrar insípido todo lo que es sencillo.

Estos argumentos podrían llevarse más lejos de lo que los filósofos perciben, pues si la naturaleza destinó a la mujer en particular el cumplimiento de las tareas domésticas, la hizo susceptible al afecto en una gran medida. Ahora, a las mujeres les gusta mucho el placer, y debe ser así por naturaleza según mi definición, ya que, al carecer de juicio, fundamento de todo gusto, no pueden penetrar en las menudencias del doméstico. El entendimiento, a pesar de los quisquillosos sensuales, se reserva el privilegio de comunicar la dicha pura al corazón.

Con qué bostezo lánguido he visto arrojar un poema admirable, al que un hombre de verdadero gusto vuelve una y otra vez con embeleso; y mientras la melodía casi ha suspendido la respiración, una señora me ha preguntado dónde había comprado mi vestido. También he visto echar una fría ojeada sobre el resto de los cuadros más exquisitos y centellear de placer ante una caricatura

toscamente esbozada; y mientras algún rasgo maravilloso de la naturaleza esparcía en mi alma una serenidad sublime, se me ha requerido que observara los graciosos trucos de un perro faldero con el que mi hado perverso me había obligado a viajar. ¿Resulta sorprendente que un ser tan carente de gusto acaricie más a su perro que a sus hijos, o que prefiera el lenguaje campanudo de la adulación a los acentos llanos de la sinceridad?

Para ilustrar este comentario, se me debe permitir observar que los hombres de mayor genio y mentes más cultivadas parecen haber sentido un agrado especial por las bellezas sencillas de la naturaleza; y a la fuerza deben haber experimentado lo que tan bien han descrito, el encanto que los afectos naturales y los sentimientos llanos esparcen en el carácter humano. Es este poder de mirar dentro del corazón y vibrar con simpatía con cada emoción lo que permite al poeta personificar cada pasión y al pintor dibujar con un pincel de fuego.

El gusto verdadero siempre es el trabajo del entendimiento, empleado en observar los efectos naturales; y hasta que las mujeres cuenten con más entendimiento, es vano esperar que posean gusto doméstico. Sus vivos sentidos siempre estarán en juego para templar sus corazones y las emociones forjadas en ellos seguirán siendo vívidas y transitorias, a menos que una educación apropiada proporcione conocimiento a sus mentes.

Es la carencia de gusto doméstico y no la adquisición de conocimiento lo que saca a las mujeres de su familia y separa al infante sonriente del pecho que debe proporcionarle sustento. Se ha permitido que las mujeres permanezcan en la ignorancia y en la dependencia servil durante muchísimos años, y aún seguimos sin escuchar hablar de otra cosa que no sea su inclinación hacia el placer y el dominio, su preferencia por los calaveras y los soldados, su apego pueril a los juguetes y la vanidad que las hace valorar los cumplidos más que las virtudes.

La historia presenta un pavoroso catálogo de los crímenes que su astucia ha ocasionado, cuando las débiles esclavas han contado con la destreza suficiente para sobrepasar a sus dueños. En Francia y en cuántos otros países los hombres han sido los déspotas sensoriales y las mujeres sus hábiles ayudantes. ¿Prueba esto que la ignorancia y la dependencia las domestican? ¿No es su necedad objeto de burla para los libertinos que reposan en su compañía y no se quejan continuamente los hombres juiciosos de que la inclinación desmedida hacia el vestido y la disipación hace que la madre de familia abandone el hogar para siempre? Sus corazones no han sido corrompidos por el conocimiento o sus mentes descarriadas por indagaciones científicas y, de todos modos, no cumplen con los deberes peculiares que, como mujeres, les ha designado la Naturaleza. Por el contrario, el estado de contienda que existe entre los sexos hace que ellas empleen esas estratagemas

que a menudo frustran los planes más francos de la fuerza.

Así pues, cuando llamo a las mujeres esclavas, es en un sentido civil y político, pues obtienen de forma indirecta demasiado poder y se corrompen por los medios que utilizan para conseguir su dominio ilícito.

Que una nación ilustrada pruebe qué efectos tendría sobre la razón devolverlas a la naturaleza y a su obligación y permitirles compartir las ventajas de la educación y el gobierno con los hombres, y entonces veamos si se vuelven mejores según aumentan en sabiduría y libertad. El experimento no las puede perjudicar, pues no está en poder del hombre hacerlas más insignificantes de lo que son en el presente.

Para que esto sea posible, el gobierno debería establecer escuelas diurnas para edades determinadas, en las que los niños y las niñas se educaran juntos. La escuela para los niños más pequeños, de los cinco a los nueve años, debe ser completamente gratuita y abierta a todas las clases. También debe ser elegido un número suficiente de maestros en cada parroquia por un comité selecto, ante el que se pueda presentar cualquier queja de negligencia, etc., si va firmada por seis padres de los niños.

De este modo, los auxiliares serían innecesarios, ya que pienso que la experiencia siempre probará que esta clase de autoridad subordinada es particularmente dañina para la moral de los jóvenes. Realmente, ¿qué puede depravar más el carácter que la sumisión externa y el desprecio interno? Además, ¿cómo puede esperarse que los niños traten a un auxiliar con respeto, cuando el maestro parece considerarlo como si fuera un sirviente y casi favorecer el ridículo que se vuelve la principal distracción de los niños durante las horas de recreo?

Pero nada semejante podría ocurrir en una escuela elemental diurna, donde los niños y las niñas, los ricos y los pobres se mezclaran. Y para evitar cualquier distinción de vanidad, todos se vestirían igual y estarían obligados a someterse a la misma disciplina o abandonar la escuela. Las aulas deben estar rodeadas por una amplia extensión de terreno, donde los niños harían ejercicios provechosos, pues a esta edad no deben estar confinados a tareas sedentarias durante más de una hora seguida. Pero estos descansos deben considerarse parte de la educación elemental, ya que muchas cosas mejoran y distraen los sentidos cuando se introducen como una especie de espectáculo, para cuyos principios, expuestos de manera árida, los niños harían oídos sordos. Por ejemplo, la botánica, la mecánica y la astronomía, la lectura, la escritura, la aritmética, la historia natural y algunos experimentos sencillos de filosofía natural llenarían el día, pero estas tareas nunca deben invadir los juegos gimnásticos al aire libre. También pueden enseñarse los componentes de la religión, la historia, la historia del hombre y la política, mediante

conversaciones al modo socrático.

Después de cumplidos los nueve años, las niñas y los niños destinados a tareas domésticas u oficios mecánicos deben llevarse a otras escuelas y recibir una formación apropiada en cierta medida al destino de cada individuo. Los dos sexos deben permanecer juntos todavía por la mañana, pero por la tarde las niñas han de asistir a una escuela donde se ocupen del trabajo ordinario, la confección de mantas, la sombrerería, etcétera.

A los jóvenes de facultades superiores, o fortuna, se les debiera enseñar ahora en otra escuela las lenguas vivas y muertas, los elementos de la ciencia, y continuar con el estudio de la historia y la política con mayor amplitud, lo que no excluiría la literatura culta.

¿Los niños y las niñas siguen juntos aún?, oigo preguntar a algunos lectores. Sí. Y no debo temer ninguna otra consecuencia que la aparición de algún afecto temprano que, aunque tenga el mejor efecto sobre el carácter moral de los jóvenes, quizá no concuerde a la perfección con las perspectivas de los padres, pues me temo que pasará un largo tiempo hasta que el mundo sea lo suficientemente ilustrado como para que los padres, deseando solo que sus hijos sean virtuosos, les permitan elegir sus compañeros para toda la vida por sí mismos.

Además, esto constituiría un medio seguro de fomentar los matrimonios tempranos, de los que fluyen de modo natural los mejores efectos físicos y morales. Qué carácter tan diferente asume un ciudadano casado del fanfarrón egoísta que vive solo para sí mismo y que con frecuencia teme casarse por miedo a no poder vivir de cierto modo. Exceptuadas las situaciones excepcionales, que rara vez se darían en una sociedad cuya base sea la igualdad, solo se puede preparar a un hombre para el cumplimiento de los deberes de la vida pública mediante la práctica habitual de los deberes inferiores que lo forman.

En este plan de educación no se arruinaría la constitución de los niños mediante libertinajes prematuros, que ahora hacen al hombre tan egoísta, ni se volvería a las niñas débiles y vanas mediante la indolencia y tareas frívolas. Pero doy por sentado que tal grado de igualdad debe establecerse entre los sexos según se vaya desplazando la galantería y la coquetería, y se vaya permitiendo que el amor y la amistad templen el corazón para cumplir deberes más elevados.

Serían escuelas de moralidad, ¿y qué avances se le resistirían a la mente humana si se permitiera que la felicidad del hombre brotara del manantial puro del deber y el afecto? La sociedad solo puede ser feliz y libre en proporción a su virtud, pero las distinciones presentes corroen la privada y destruyen las públicas.

Ya he vituperado la costumbre de confinar a las niñas a la aguja y dejarlas fuera de todas las tareas políticas y civiles, pues, mediante esta estrechez mental, se las vuelve incapaces de cumplir con los deberes particulares que la Naturaleza les ha asignado.

Al ocuparse solo de los pequeños incidentes del día, necesariamente se hacen cada vez más astutas. A menudo me ha dolido el alma al observar las solapadas artimañas que practican las mujeres para conseguir alguna necesidad en la que habían puesto sus tontos corazones. Al no permitírseles disponer de dinero o considerar suyo nada, aprenden a sisar en el mercado o, si un marido las ofende por permanecer fuera de casa o levantar algún sentimiento de celos, un nuevo vestido o alguna bonita chuchería suavizan el ceño enfadado de Juno.

Pero estas nimiedades no degradarían su carácter si se condujera a las mujeres a respetarse, si les abrieran los temas políticos y morales. Y me aventuraré a afirmar que este es el único medio de conseguir que atiendan apropiadamente sus obligaciones domésticas. Una mente activa abarca todo el círculo de sus deberes y encuentra tiempo suficiente para todos. Sostengo que no es un intento osado emular las virtudes masculinas; no es el encanto de los empeños literarios o la investigación serena de temas científicos lo que descamina a las mujeres de su deber. No, son la indolencia y la vanidad, el amor al placer y el amor al dominio, los que reinarán soberanos en una mente vacía. Pongo énfasis en vacía, porque la educación que reciben ahora las mujeres a duras penas se merece ese nombre. El escaso conocimiento que se procura que adquieran en los años importantes de la juventud concierne solo a las dotes que deben lograr, y estas sin fondo, pues si no se cultiva el entendimiento, toda gracia es superficial y monótona. Al igual que los encantos de un rostro maquillado, solo llegan a los sentidos entre la multitud; pero en casa, al carecer de mente, no tienen variedad. La consecuencia es obvia: en los escenarios galantes de disipación, nos encontramos con la mente y el rostro artificiales, pues quienes huyen de la soledad temen, después de esta, el círculo doméstico; al no contar con poder para entretener o interesar, sienten su propia insignificancia o no encuentran nada que los divierta o interese a ellos mismos.

Además, ¿qué puede haber más falta de delicadeza que la presentación de una joven en el mundo elegante? Lo que, en otras palabras, es sacar al mercado una señorita casadera, cuya persona se lleva de un lugar a otro, ricamente enjaezada. No obstante, al mezclarse con el círculo frívolo bajo sujeción, estas mariposas desean revolotear a sus anchas, pues el primer afecto de sus almas es para sus personas, hacia las que se ha llamado su atención con el cuidado más diligente, mientras se estaban preparando para el periodo que decide su destino de por vida. En lugar de seguir esta rutina indolente,

luchando por una exhibición sin gusto y un estado para el que no cuenta el corazón, con qué dignidad establecerían vínculos los jóvenes de ambos sexos en las escuelas que he apuntado de modo resumido; en las que, según avanza la vida, se admitiría el baile, la música y la pintura como descansos, pues los jóvenes de fortuna deberían permanecer en ellas, más o menos, hasta que alcanzaran la mayoría de edad. Aquellos designados para profesiones particulares podrían asistir tres o cuatro mañanas a la semana a las escuelas apropiadas para su instrucción inmediata.

Por el momento, solo dejo caer estas observaciones como sugerencias; en realidad, más bien como un borrador del plan que pretendo que como algo ya digerido. Pero debo añadir que doy mi más total aprobación a una regla mencionada en el escrito al que ya he aludido, la de hacer a los niños y jóvenes independientes de los maestros respecto a los castigos. Deben ser tratados por sus pares, lo que sería un método admirable para fijar principios sólidos de justicia en la mente y tendría el efecto más saludable sobre el temperamento, que desde muy pronto se agria o irrita mediante la tiranía, hasta que se vuelve artero y obstinado o ferozmente altanero.

Mi corazón corre con fervor benévolo a saludar a esos grupos amistosos y respetables, a pesar de los desprecios de los corazones fríos, que tienen libertad para pronunciar, con una arrogancia altanera, el epíteto maldito: romántico, cuya fuerza intentaré mitigar repitiendo las palabras de un elocuente moralista:

No sé si no son preferibles las alusiones a un corazón verdaderamente humano, cuyo celo hace todo sencillo, que esa razón áspera y repulsiva, que siempre se muestra indiferente ante el bien público, lo que constituye el primer obstáculo para cualquier cosa que lo promueva.

También sé que los libertinos exclamarán que la mujer perdería su sexo al adquirir fortaleza de cuerpo y mente, y que la belleza —¡la belleza suave y hechicera! — dejaría de adornar a las hijas de los hombres. Soy de una opinión muy diferente, pues creo que, por el contrario, veríamos una belleza dignificada y una gracia verdadera, producidas por muchas causas físicas y morales poderosas. Es cierto que no se trataría de una belleza sosegada o de las gracias del desamparo, sino de la que aparece en las reliquias de la antigüedad, que nos hace respetar al cuerpo humano como una espléndida masa, apropiada para recibir a un noble habitante.

No olvido la opinión popular de que las estatuas griegas no seguían el modelo de la naturaleza. No quiero decir que correspondieran a las proporciones de un hombre determinado, sino que esos hermosos miembros y rasgos se escogieron de varios cuerpos para formar un conjunto armonioso. Puede que esto, en cierto grado, sea cierto. El cuadro ideal de una mente

exaltada quizá sea superior a los materiales que el escultor halló en la naturaleza y, de este modo, se podría decir que más bien correspondía al modelo del género humano que al de un hombre. Sin embargo, no se trata de la selección mecánica de miembros y rasgos, sino de la ebullición de una imaginación caldeada que se liberó, y los finos sentidos del artista y su amplio entendimiento escogieron la materia sólida, atrayéndola hacia su foco resplandeciente.

He observado que la elección no fue mecánica porque se produjo un todo, un modelo de una simplicidad tan grande, de tales energías concurrentes, que detiene nuestra atención y reclama nuestra veneración. De la copia servil de la naturaleza más hermosa, solo se obtiene una belleza insípida y sin vida. No obstante, con independencia de estas observaciones, creo que la forma humana debe haber sido mucho más bella de lo que es en el presente, pues la indolencia extrema, las ligaduras bárbaras y muchas causas que a la fuerza actúan sobre ella en nuestro estado suntuoso de la sociedad, si no retardan su expansión, la vuelven deforme. El ejercicio y la limpieza parecen ser no solo los medios más seguros para conservar la salud, sino para promover la belleza, si se consideran nada más las causas físicas; pero esto no es suficiente, ya que también deben tenerse en cuenta las causas morales, o se obtendrá simplemente una belleza rústica, como la que florece en las facciones inocentes y saludables de cierta gente del campo, cuya mente no se ha ejercitado. Para hacer a una persona perfecta, se debe conseguir a la vez la belleza física y la moral, cada una de las cuales aporta y recibe fuerzas por su combinación. El juicio debe residir en la frente, el afecto y la chispa de imaginación en los ojos, y la humanidad debe curvar las mejillas, o vano será el brillo de los ojos más bellos o el acabado elegante de los rasgos más delicados, mientras no se demuestre gracia y modestia en todo movimiento efectuado por los miembros activos y las articulaciones bien estructuradas. Pero este bello conjunto no se reúne por casualidad: es la recompensa a los ejercicios calculados para apoyarse mutuamente, ya que solo puede adquirirse juicio mediante la reflexión, afectuosidad mediante el cumplimiento de las obligaciones y humanidad mediante el ejercicio de la compasión hacia toda criatura viviente.

La humanidad hacia los animales debe inculcarse de modo particular como componente de la educación nacional, pues en la actualidad no es una de nuestras virtudes. Entre las clases más bajas, es más frecuente encontrar cariño hacia sus humildes animales domésticos en un estado salvaje que en el estado civilizado. Porque la civilización evita las relaciones que crean el afecto en la cabaña tosca o la choza de barro y lleva a las mentes sin cultivar, que solo están depravadas por el refinamiento dominante en la sociedad, donde los ricos los pisotean, a sojuzgarlos para vengar los insultos que están obligados a soportar de sus superiores.

Esta crueldad habitual se adquiere en primer lugar en la escuela, donde uno de los extraños juegos de los niños consiste en atormentar a los animales miserables que caen en su camino. Según van creciendo, la transición de la barbarie sobre estos a la tiranía doméstica sobre esposas, hijos y servidores es muy sencilla. La justicia, o incluso la benevolencia, no serán una fuente poderosa de acción si no se extiende a toda la creación; más aún, creo que puede considerarse un axioma que aquellos que pueden ver el dolor sin sentirse conmovidos pronto aprenderán a causarlo.

Al vulgo lo dominan los sentimientos del momento y los hábitos que han adquirido de modo accidental; pero no se puede depender demasiado de los sentimientos parciales, aunque sean justos, pues cuando no los fortalece la reflexión, la costumbre los debilita, hasta que resultan apenas perceptibles. Las simpatías de nuestra naturaleza se refuerzan mediante meditaciones ponderativas y se amortiguan con un uso irreflexivo. Al corazón de Macbeth le afectó más el primer asesinato que los cien que le siguieron, necesarios para respaldarlo.

Pero, cuando utilizo la palabra vulgo, no pretendo limitar mi comentario a los pobres, ya que la humanidad parcial, fundada en las sensaciones o caprichos del momento, es igualmente notoria, si no más, entre los ricos.

La dama que derrama lágrimas por el pájaro que muere de hambre en un cepo y maldice a los demonios en forma de hombres que agujonean hasta la locura al pobre buey o apalean al paciente asno, que apenas se sostiene bajo una carga por encima de sus fuerzas, hará, sin embargo, esperar durante horas a su cochero y sus caballos, cuando hace un frío que corta o la lluvia bate contra las ventanas bien cerradas, que no dejan pasar un soplo de aire para decirle cuán áspero sopla el viento fuera. Y la que se lleva a sus perros a la cama y los mimas con una sensibilidad ostentosa cuando están enfermos consentirá que sus hijos crezcan torcidos en el cuarto de niños. Esta ilustración para mi argumento está sacada de un hecho real. La mujer a la que aludo era considerada muy hermosa por quienes no echan en falta la mente cuando el rostro es rollizo y bello; pero ni la literatura había apartado su entendimiento de sus obligaciones femeninas, ni el conocimiento había corrompido su inocencia. No, era bastante femenina, según la acepción masculina del término, y lejos por igual de amar a esos animales mimados que ocupaban el lugar que debía corresponder a sus hijos, solo balbucía una curiosa mezcla sin sentido de francés e inglés para complacer a los hombres que se reunían a su alrededor. La esposa, la madre y la criatura humana, todas habían sido engullidas por el carácter artificial que había producido una educación inapropiada y la vanidad egoísta de la belleza.

No me gusta establecer una distinción sin hacer una diferencia, y admito que me he sentido mucho más disgustada por la dama hermosa que colocaba

en su pecho a su perro faldero en lugar de su hijo que por la ferocidad de un hombre que, al golpear a su caballo, declaraba que sabía cuándo hacía mal las cosas lo mismo que un cristiano.

Esta camada de necesidad nos muestra lo equivocados que están quienes permiten que las mujeres dejen sus harenes, pero no cultivan sus entendimientos para plantar virtudes en sus corazones. Porque, si tuvieran juicio, podrían adquirir ese gusto doméstico que las llevaría a amar con una subordinación razonable a toda su familia, desde su esposo hasta el perro casero, y no volverían a insultar a la humanidad en la persona del servidor más insignificante, al prestar más atención al bienestar de un animal que al de una criatura semejante.

Es obvio que mis observaciones sobre la educación nacional son sugerencias, pero deseo por encima de todo hacer fuerza sobre la necesidad de educar juntos a los dos sexos para que ambos se perfeccionen y de conseguir que los niños duerman en casa para que aprendan a apreciarla; además, para que los afectos privados apoyen a los públicos, en lugar de mitigarlos, deben ser mandados a la escuela para mezclarse con numerosos iguales, pues solo mediante los forcejeos de la igualdad podemos formarnos una opinión justa de nosotros mismos.

Para hacer al género humano más virtuoso y, por supuesto, feliz, ambos sexos deben actuar desde los mismos principios. ¿Pero cómo puede esperarse esto, cuando solo se permite a uno considerar si resultan razonables? Para hacer también realmente justo el pacto social, y para extender los principios ilustrados que solo pueden mejorar el destino del hombre, debe permitirse que las mujeres fundamenten su virtud sobre el conocimiento, lo que apenas es posible si no se las educa mediante las mismas actividades que a los hombres. Porque ahora la ignorancia y los deseos bajos las hacen tan inferiores, que no merecen ser clasificadas con ellos; o suben al árbol del conocimiento mediante las ondulaciones serpentina de la astucia y solo adquieren el suficiente para descarriar a los hombres.

Es evidente por la historia de todas las naciones que las mujeres no pueden ser confinadas a las actividades puramente domésticas, ya que no cumplirán con sus deberes familiares hasta que sus mentes cuenten con una extensión mayor, y mientras que se las mantiene en la ignorancia, se vuelven en la misma proporción esclavas del placer cuando son esclavas del hombre. Tampoco se las puede dejar fuera de las grandes empresas, aunque su estrechez mental a menudo les hace estropear lo que son incapaces de comprender.

El libertinaje, y hasta las virtudes de los hombres superiores, siempre concederán a un determinado tipo de mujeres gran poder sobre ellos; y estas

mujeres débiles, bajo la influencia de pasiones pueriles y de su vanidad egoísta, arrojarán una luz falsa sobre los objetos, que hará que los hombres destinados a ilustrar su juicio acaben considerándolos con sus mismos ojos. Los hombres de imaginación y los caracteres sanguíneos que en su mayor parte sostienen el timón de los asuntos humanos suelen relajarse en compañía de las mujeres, y seguro que no necesito citar al lector más superficial de la historia los numerosos ejemplos de vicio y opresión que han producido las intrigas privadas de las favoritas; ni extenderme en el mal que surge de modo natural de la desafortunada interposición de la necedad bien intencionada. Porque en las transacciones de negocios, es mucho mejor tener que tratar con un bribón que con un necio, ya que el primero se ajusta a cierto plan, y cualquier plan razonable puede captarse mucho antes que un vuelo repentino de la necedad. Es notable el poder que mujeres viles y necias han tenido sobre hombres inteligentes, poseedores de sensibilidad. Solo mencionaré un ejemplo.

¿Quién dibujó un carácter femenino más exaltado que Rousseau, aunque en conjunto se esforzara constantemente por degradar al sexo? ¿Y por qué tenía tanta necesidad de hacerlo? Sin duda para justificar ante sí mismo el cariño que la debilidad y la virtud le habían hecho alimentar por la necia Teresa. No fue capaz de elevarla al nivel común de su sexo y por ello se empeñó en rebajar a la mujer al suyo. Encontró en ella una compañía humilde y conveniente, y el orgullo le hizo determinarse a encontrar algunas virtudes superiores en el ser que había elegido para convivir. Pero, ¿no muestra con claridad su conducta durante su vida, y tras su muerte, cuán burdamente equivocado estaba quien la llamó inocencia celestial? Más aún, en la amargura de su corazón, él mismo se lamenta de que cuando sus achaques corporales le impidieron seguir tratándola como a una mujer, cesó de quererlo. Y era muy natural que sucediera, porque, al tener tan pocos sentimientos en común, cuando el vínculo sexual se rompió, ¿qué podía sostenerla? Para mantener el cariño de alguien cuya sensibilidad se limitaba a un sexo, más aún, a un hombre, se requiere que esta se convierta en humanidad, cuyo canal es más amplio. Muchas mujeres no tienen mente suficiente para sentir afecto por otra mujer o amistad por un hombre. Pero la debilidad sexual que las hace depender del hombre para su subsistencia ocasiona una especie de afecto gatuno, que lleva a una esposa a ronronear alrededor de su marido como lo haría alrededor de cualquier hombre que la alimentara y la acariciara.

Sin embargo, a los hombres les satisface con frecuencia esta clase de afecto que se limita de modo animal a ellos mismos; pero si alguna vez se volvieran más virtuosos, desearían conversar al lado de la lumbre con una amiga, una vez que cesen de jugar con la amante.

Además, es necesario el entendimiento para dar variedad e interés a los placeres sensuales, pues se encuentra muy bajo en la escala intelectual la

mente que puede continuar amando cuando ni la virtud ni el juicio dan un aspecto humano a un apetito animal. Siempre predominará el juicio, y si no se conduce a la mujer en general a un nivel más cercano al hombre, algunas de calidad superior, como las cortesanas griegas, reunirán a los hombres de facultades a su alrededor y arrastrarán fuera de sus familias a muchos ciudadanos, que habrían permanecido en su hogar si sus esposas tuvieran más sentido o las gracias resultantes del ejercicio del entendimiento y la imaginación, los padres legítimos del gusto. Una mujer de talento, si no es absolutamente fea, siempre obtendrá un gran poder, suscitado por la debilidad de su sexo; y en la misma proporción que los hombres adquieran virtud y delicadeza, mediante el ejercicio de la razón, buscarán ambas en las mujeres, pero estas solo pueden lograrlas por los mismos medios utilizados por ellos.

En Francia o en Italia, ¿se han limitado las mujeres a la vida doméstica? Aunque hasta ahora no han tenido existencia política, ¿no han contado con un gran dominio ilícito, corrompiéndose ellas mismas y los hombres con cuyas pasiones jugaban? En resumen, sea cual fuere la luz a la que contemplo el tema, la razón y la experiencia me convencen de que el único método para conducir a las mujeres a cumplir sus obligaciones particulares es librarlas de todo freno al permitirles participar de los derechos inherentes al género humano.

Libéreselas y en seguida se volverán sabias y virtuosas, según los hombres lo vayan siendo más, pues la mejora debe ser mutua, o por la injusticia de que la mitad de la raza humana esté obligada a someterse, al devolverse sobre sus opresores, la virtud del hombre se agusará por el insecto que mantiene bajo su pie.

Hablo del perfeccionamiento y la emancipación de todo el sexo, pues sé que la conducta de unas pocas mujeres que, de modo accidental, han adquirido una proporción de conocimiento superior al del resto de su sexo se ha pasado por alto a menudo; pero ha habido ejemplos de mujeres que, una vez obtenido el conocimiento, no han desechado la modestia, ni han parecido pedantes al despreciar la ignorancia que se esfuerzan por disipar en sus propias mentes. Las exclamaciones, entonces, que cualquier consejo sobre el aprendizaje femenino produce por lo común, especialmente de las mujeres hermosas, proceden de la envidia. Cuando por casualidad ven que ni siquiera el brillo de sus ojos, ni la naturaleza alegre e impertinente de la coquetería refinada, les asegurarán siempre la atención durante toda una velada, si una mujer de entendimiento más cultivado se esfuerza por dar un giro racional a la conversación, la fuente de consuelo habitual es que tales mujeres rara vez consiguen maridos. Qué artes no he visto utilizar a las mujeres tontas para interrumpir mediante el flirteo —una palabra muy significativa para describir tal maniobra— una conversación racional, que hace que los hombres se

olviden de que eran mujeres hermosas.

Pero, si concedemos lo que es muy natural en los hombres, que la posesión de habilidades raras está realmente calculada para excitar un orgullo petulante, desagradable tanto en hombres como en mujeres, a qué estado de inferioridad tienen que haberse degradado las facultades femeninas cuando una porción tan pequeña de conocimiento como la alcanzada por esas mujeres, a las que se ha denominado con burla mujeres sabias, puede resultar tan singular, lo suficiente como para inflar a las poseedoras y despertar la envidia de sus coetáneas y algunos del otro sexo. Más aún, ¿no ha expuesto a la mayor censura pública a muchas mujeres una pequeña racionalidad? Me refiero a hechos bien conocidos, pues he oído con frecuencia ridiculizar a las mujeres y exponer toda pequeña debilidad, solo porque adoptaron el consejo de algún médico y se desviaron del camino trillado en su modo de tratar a los niños. En la realidad he oído llevar esta aversión bárbara por la innovación aún más lejos y estigmatizar de madre desnaturalizada a una mujer juiciosa que ha sido muy solícita en preservar la salud de sus hijos, cuando en medio de sus cuidados ha perdido uno por alguna de las desgracias de la infancia que ninguna prudencia puede proteger. Sus conocidas han observado que esto era consecuencia de las nociones modernas —las modernas nociones de sencillez y limpieza. Y quienes fingen experiencia, aunque se hayan apegado durante largo tiempo a prejuicios que, según la opinión de los médicos más sagaces, han enrarecido la raza humana casi se alegran del desastre que otorga una especie de sanción al precepto.

Realmente, aunque solo sea por esto, la educación nacional de las mujeres es de la mayor importancia, pues ¡cuántos sacrificios humanos se hacen a ese prejuicio de Moloc, y de cuántos modos la lascivia del hombre destruye a los niños! La carencia de afecto natural en muchas mujeres, a las que arrastra lejos de su obligación la admiración de los hombres, y la ignorancia de las otras, convierten la infancia del hombre en un estado mucho más peligroso que la de los brutos; pero los hombres no desean colocarlas en situaciones adecuadas para que adquieran el suficiente conocimiento que les permita saber hasta cómo alimentar a sus hijos.

Esta verdad me hiere con tanta fuerza, que haría gravitar toda la tendencia de mi razonamiento sobre ella, pues cualquier cosa que tienda a incapacitar el carácter maternal, saca a la mujer de su esfera.

Pero es vano esperar que la raza presente de madres débiles tome los cuidados razonables sobre el cuerpo del niño que son necesarios para establecer las bases de una buena constitución, suponiendo que no padezca los pecados de su padre, o para dirigir su temperamento de modo tan juicioso que el niño, según vaya creciendo, no tenga que desechar todo lo que su madre, su primera instructora, le enseñó directa o indirectamente; y a menos que la

mente cuente con un vigor poco común, las necesidades femeninas perdurarán en su carácter durante toda la vida. La debilidad de la madre vivirá como huésped en sus hijos. Y mientras se eduque a las mujeres para que dependan del juicio de sus esposos, siempre será esta la consecuencia, pues no se puede perfeccionar un entendimiento por mitades, ni un ser puede actuar con inteligencia por imitación, porque en toda circunstancia de la vida existe una especie de individualismo que requiere el ejercicio del juicio para modificar las reglas generales. El ser que puede pensar correctamente esté donde esté, pronto extenderá su imperio intelectual; y la mujer que tenga el juicio suficiente para dirigir a sus hijos no se someterá, esté acertada o equivocada, al de su marido, o a las leyes sociales que hacen de la esposa una nulidad.

En las escuelas públicas, debe enseñarse a las mujeres, para que se guarden de los errores de la ignorancia, los elementos de la anatomía y la medicina, no solo para que puedan cuidar de modo adecuado de su salud, sino para hacerlas enfermeras racionales de sus hijos, sus padres y sus maridos; porque las cuentas de la mortandad se abultan por los desatinos de ancianas porfiadas que dan sus propios remedios secretos sin conocer nada de la estructura humana. Igualmente resulta apropiado, solo con perspectivas domésticas, que la mujer se familiarice con la anatomía de la mente, permitiendo a los sexos que se asocien en todas las tareas y conduciéndolas a observar el progreso del entendimiento humano en el perfeccionamiento de las ciencias y las artes, sin olvidar nunca la ciencia de la moralidad o el estudio de la historia política del género humano.

Se ha denominado al hombre microcosmo y, del mismo modo, cada familia podría considerarse un estado. Es cierto que los estados, en su mayoría, han sido gobernados mediante artes que deshonran el carácter del hombre, y la falta de una constitución justa y de leyes equilibradas ha confundido de tal modo las nociones de la sabiduría mundana, que hace algo más que cuestionar si es razonable luchar por los derechos de la humanidad. Así, la moralidad, contaminada en el reservorio nacional, envía corrientes de vicio para corromper a las partes constituyentes del cuerpo político; pero si principios más nobles o, mejor, más justos regularan las leyes que deben gobernar la sociedad, y no quienes las hacen cumplir, el deber se convertiría en la regla de la conducta privada.

Además, al ejercitar sus cuerpos y sus mentes, las mujeres adquirirían esa actividad mental tan necesaria para el carácter maternal, unida con la fortaleza que distingue la conducta estable de la perversidad obstinada, propia de la debilidad. Porque resulta peligroso aconsejar al indolente que sea resuelto, pues al instante se vuelve riguroso y, para ahorrarse trabajo, castiga con severidad faltas que la fortaleza paciente de la razón podría haber evitado.

Pero fortaleza presupone fuerza mental y ¿puede adquirirse mediante la

aquiescencia indolente, pidiendo consejo en lugar de ejercer el juicio, obedeciendo por miedo, en lugar de practicar la paciencia que todos nosotros necesitamos? La conclusión que deseo extraer es obvia. Hagamos de las mujeres criaturas racionales y ciudadanas libres, y rápidamente se volverán buenas esposas y madres, esto es, si los hombres no descuidan los deberes de maridos y padres.

Al discutir las ventajas que podrían esperarse de la combinación de una educación pública y privada, tal como la he esbozado, me he extendido más en lo que se relaciona de modo más particular con el mundo femenino, pues creo que se encuentra oprimido; no obstante, la gangrena que han producido los vicios engendrados por la opresión no se limita a la parte mórbida, sino que impregna a la sociedad en general, de tal modo que, cuando deseo ver a mi sexo convertirse en agentes morales, mi corazón palpita con la esperanza de la difusión general de ese contenido sublime que solo la moralidad puede difundir.

CAPÍTULO XIII

Algunos ejemplos de la necesidad que genera la ignorancia de las mujeres, con reflexiones concluyentes sobre el perfeccionamiento moral que podría esperarse que produjera de modo natural una revolución en los modales de las mujeres

Hay muchas necesidades que son hasta cierto punto características de las mujeres —pecados contra la razón, tanto de comisión como de omisión—, pero todas brotan de la ignorancia o del prejuicio. Solo señalaré las que parecen ser particularmente dañinas para su carácter moral. Y al censurarlas, deseo probar en especial que la debilidad de cuerpo y mente que los hombres, obligados por varios motivos, han tratado de perpetuar, impide que cumplan con el deber específico de su sexo; pues cuando la debilidad corporal no le permita amamantar a sus hijos y la debilidad mental le haga echar a perder sus temperamentos, ¿podremos decir que la mujer se encuentra en su estado natural?

SECCIÓN I

Lo primero que reclama la atención es un ejemplo deslumbrante de la debilidad que procede de la ignorancia y requiere una severa reprobación.

En esta metrópoli, numerosas sanguijuelas ocultas se ganan el sustento de modo infame, ejerciendo su actividad sobre la credulidad de las mujeres, al pretender hacer el horóscopo, por utilizar la expresión técnica; y muchas mujeres orgullosas de su posición y fortuna, que miran por encima del hombro

al vulgo con desprecio soberano, muestran mediante su credulidad que la distinción es arbitraria, y que no poseen mentes cultivadas lo suficiente como para elevarse sobre los prejuicios vulgares. Las mujeres, puesto que no se les ha hecho considerar el conocimiento de su deber como algo necesario, o vivir el momento presente con su cumplimiento, se sienten muy deseosas de atisbar el futuro para saber lo que han de esperar que vuelva su vida interesante y que rompa el vacío de la ignorancia.

Se me debe permitir reconvenir seriamente a las señoras que siguen estas invenciones vanas, pues las damas, las madres de familia, no se avergüenzan de viajar en su propio carruaje hasta la puerta del taimado. Y si algunas de ellas leen esta obra, les instaría a que contestaran a sus propios corazones las siguientes preguntas, sin olvidar que se encuentran ante la presencia de Dios.

¿Creéis que no hay más que un Dios, y que es poderoso, sabio y bondadoso?

¿Creéis que todas las cosas fueron creadas por Él y que todos los seres dependen de Él?

¿Creéis en su sabiduría, tan notoria en sus obras y en vuestra propia estructura, y estáis convencidas de que ha ordenado todas las cosas que no podéis conocer con vuestros sentidos en la misma perfecta armonía para cumplir sus designios?

¿Reconocéis que el poder de adentrarse en el futuro y ver las cosas que no existen como si existieran es un atributo del Creador? Y si Él creyera apropiado comunicar algún acontecimiento escondido en las sombras del tiempo aún por venir, mediante su impresión en las mentes de sus criaturas, ¿a quién se le revelaría el secreto por medio de la inspiración inmediata? La opinión de la antigüedad responderá esta pregunta: a los ancianos reverendos, a las personas distinguidas por su notable piedad.

Así, los oráculos de la antigüedad eran pronunciados por los sacerdotes dedicados al servicio del Dios que supuestamente los inspiraba. El resplandor de la pompa mundana que rodeaba a estos impostores y el respeto que les otorgaban los diestros políticos, que sabían cómo servirse de esta útil maquinaria para doblegar los cuellos de los fuertes bajo el dominio de la astucia, extendían un velo sagrado y misterioso de santidad sobre sus mentiras y abominaciones. Impresionada por una ostentación tan solemne y devota, se podría excusar a una mujer griega o romana si preguntaba el oráculo, cuando estaba deseosa de husmear el futuro o preguntar sobre algún acontecimiento dudoso, y sus preguntas, aunque contrarias a la razón, no se podrían tildar de impías. ¿Pero pueden las maestras de la cristiandad evitar esa imputación? ¿Puede una cristiana suponer que a los favoritos del Altísimo, a los más favorecidos, se les obligaría a acechar de modo solapado y practicar las tretas

más deshonestas para estafar a las mujeres tontas el dinero por el que claman en vano los pobres?

Contestar que no a tales cuestiones constituye un insulto al sentido común, porque es vuestra propia conducta, ¡oh, necias mujeres!, la que arroja odio sobre vuestro sexo. Y estas reflexiones deben hacer que os estremezcáis por vuestra devoción atolondrada e irracional. Pues no doy por supuesto que todas vosotras dejáis de lado vuestra religión, tal como es, cuando entráis en esas moradas misteriosas. No obstante, como supongo que estoy hablando con mujeres ignorantes —porque sois ignorantes en el sentido más enfático de la palabra—, sería absurdo razonar con vosotras sobre la atroz necedad de desear saber lo que la Sabiduría Suprema ha ocultado.

Probablemente no me entenderíais cuando intentara mostraros que no sería consecuente en absoluto con el gran propósito de la vida, que es hacer a las criaturas humanas sabias y virtuosas; y que, si estuviera sancionado por Dios, perturbaría el orden establecido en la creación; y si no lo estuviera, ¿esperáis escuchar la verdad? ¿Pueden predecirse acontecimientos que todavía no tienen un cuerpo que constituya objeto de examen para los mortales?, ¿puede preverlos una persona mundana y viciosa, que sacia sus apetitos abusando de los necios?

Sin embargo, quizá creéis con devoción en el demonio e imagináis, para dar un giro a la cuestión, que puede asistir a sus adeptos. Si en realidad respetáis el poder de tal ser, enemigo del bien y de Dios, ¿podéis ir a la iglesia después de estar obligadas de ese modo con él?

De estas ilusiones a las supercherías aún más en boga, practicadas por toda la tribu de magnetizadores, la transición es muy natural. Respecto a ellos, resulta igualmente apropiado hacer a las mujeres algunas preguntas.

¿Sabéis algo de la constitución de la estructura humana? Si no es así, resulta conveniente que se os diga lo que todo niño debe saber, que cuando su economía admirable ha sido perturbada por la intemperancia y la indolencia —no hablo de desórdenes violentos, sino de enfermedades crónicas—, se la debe conducir de nuevo a un estado saludable poco a poco, y si no se han dañado en lo material las funciones de la vida, régimen —que es otra palabra para indicar templanza—, aire, ejercicio y pocas medicinas, prescritas por las personas que han estudiado el cuerpo humano, son los únicos medios humanos descubiertos por ahora para recobrar esa salud inestable que constituye una bendición y que conducirá la investigación.

¿Creéis, entonces, que a esos magnetizadores, que pretenden realizar un milagro mediante trucos de abracadabra, los ha delegado Dios o los asiste el que solventa toda esa clase de dificultades, el demonio?

Cuando, como dicen, hacen desaparecer los desórdenes que han desconcertado los poderes de la medicina, ¿actúan en conformidad con la luz de la razón, o efectúan esas curas maravillosas mediante ayuda sobrenatural?

Por medio de la comunicación, un experto puede responder con las palabras de los espíritus. Noble privilegio, debe admitirse. Algunos de los antiguos mencionan demonios familiares que los guardaban del peligro mediante benévolas indicaciones, cuya especie no podemos imaginar, cuando este estaba cerca, o les señalaban lo que debían hacer. No obstante, los hombres que reclamaban este privilegio, fuera del orden de la naturaleza, insistían en que era la recompensa, o la consecuencia, de una templanza y una piedad superiores. Pero los actuales hacedores de maravillas no se elevan por encima de los demás por una templanza o una santidad superiores. No curan por amor a Dios, sino al dinero. Son sacerdotes de la charlatanería, aunque es cierto que no tienen el arbitrio conveniente para vender misas para las almas del purgatorio, o iglesias donde puedan exponer muletas o reproducciones de miembros sanados mediante un toque o una palabra.

No estoy al corriente de los términos técnicos, ni iniciada en lo arcano y, por ello, quizá no me exprese de forma apropiada, pero resulta evidente que los hombres que no se conforman con la ley de la razón y ganan su sustento de modo honesto, poco a poco, son muy afortunados al conseguir relacionarse con esos espíritus complacientes. Realmente, no podemos reconocer el mérito de su gran sagacidad o bondad, o habrían elegido instrumentos más nobles al desear mostrarse como los amigos benévolos de los hombres.

Sin embargo, existen ciertos visos de blasfemia en aparentar tales poderes.

Parece evidente a la razón serena, por todo el tenor de los designios de la Providencia, que ciertos vicios producen efectos determinados, ¿y puede alguien insultar de modo tan tosco la sabiduría de Dios como para suponer que se permitiría a un milagro perturbar sus reglas generales para devolver la salud al inmoderado y al vicioso, simplemente para que pueda seguir el mismo curso con impunidad? «Sé íntegro y no peques más», dijo Jesús. ¿Y los grandes milagros han de ser realizados por aquellos que no siguen sus pasos, que sanaron el cuerpo para afectar a la mente?

La mención del nombre de Cristo tras esos viles impostores quizá desagrade a algunos de mis lectores, y respeto su ardor, pero que no olviden que los seguidores de estas ilusiones llevan su nombre y manifiestan ser discípulos del que dijo que por sus obras sabríamos quiénes eran los hijos de Dios o los servidores del pecado. Concedo que es más fácil tocar el cuerpo de un santo o ser magnetizado que frenar nuestros apetitos o gobernar nuestras pasiones; pero la salud del cuerpo o la mente solo puede recobrase mediante estos medios, o hacemos al Juez Supremo parcial y vengativo.

¿Es Él un hombre que puede cambiar o castigar por resentimiento? El padre común solo hiere para sanar, dice la razón, y cuando nuestras irregularidades producen ciertas consecuencias, se nos muestra con violencia la naturaleza del vicio. Al aprender de este modo a distinguir el bien del mal mediante la experiencia, quizá odiemos a uno y amemos al otro, en proporción a la sabiduría que obtengamos. El veneno contiene su antídoto, y reformamos nuestros malos hábitos y cesamos de pecar contra nuestro cuerpo, por usar el vigoroso lenguaje de las Escrituras, o una muerte prematura, el castigo del pecado, quiebra el hilo de la vida.

Aquí se pone un terrible freno a nuestras indagaciones. Pero, ¿por qué debo ocultar mis sentimientos? Al considerar los atributos de Dios, creo que cualquier castigo que pueda seguir tenderá a mostrar, como la aflicción de la enfermedad, la malignidad del vicio con el propósito de que haya una enmienda. El castigo absoluto parece tan contrario a la naturaleza de Dios que se descubre en todas sus obras y en nuestra propia razón, que me resulta más fácil creer que la Deidad no preste atención a la conducta del hombre y no que castigue sin el designio benévolo de obtener una enmienda.

Suponer solo que un Ser sapientísimo y todopoderoso, tan bueno como grande, pudiera crear un ser previendo que, tras cincuenta o sesenta años de existencia febril, iba a ser arrojado a la aflicción eterna es una blasfemia. ¿De qué se alimentará el gusano que no va a morir nunca? De la necesidad, de la ignorancia, decís. Debo sonrojarme indignada al extraer la conclusión natural que conviene, y yo misma deseo retirarme del cobijo de mi Dios. Según tal suposición, y hablo con reverencia, Él sería un fuego devorador. ¡Desearemos, aunque en vano, huir de su presencia, cuando el miedo absorba el amor y la oscuridad envuelva todos sus consejos!

Sé que muchas personas devotas se vanaglorian de someterse a la voluntad de Dios ciegamente, como a un cetro o tiranía arbitraria, por el mismo principio que los indios adoran al demonio. En otras palabras, como si se tratara de asuntos comunes de la vida, la gente rinde homenaje al poder y se humilla bajo el pie que puede aplastarlos. La religión racional, por el contrario, es el sometimiento a la voluntad de un Ser con una sabiduría tan perfecta, que a todas sus intenciones las debe guiar un motivo adecuado, que debe ser razonable.

Y si respetamos a Dios de este modo, ¿podemos dar crédito a las insinuaciones misteriosas que ofenden sus leyes? ¿Podemos creer, aunque nos salte a la vista, que obraría un milagro para autorizar la confusión al sancionar un error? Debemos admitir estas conclusiones impías o tratar con desprecio toda promesa de restaurar la salud de un cuerpo enfermo mediante medios sobrenaturales o de predecir los incidentes que solo Dios puede ver por anticipado.

SECCIÓN II

Otro ejemplo de esa debilidad de carácter femenina, a menudo producida por una educación limitada, es el giro romántico de la mente, que se ha denominado con mucho acierto sentimental.

Las mujeres, sujetas por la ignorancia a sus sensaciones y al haber aprendido a buscar la felicidad en el amor, pulen sus sentimientos sensuales y adquieren nociones metafísicas sobre la pasión, que las llevan a descuidar vergonzosamente las obligaciones de la vida, y con frecuencia, en medio de estos sublimes refinamientos, se dejan caer en el vicio real.

Estas son las mujeres a las que deleitan las ensoñaciones de los novelistas estúpidos que, al conocer apenas la naturaleza humana, elaboran relatos trillados y describen escenas engañosas, todo ello vendido con una jerga sentimental que tiende en igual medida a corromper el gusto y a alejar al corazón de sus deberes diarios. No menciono el entendimiento, pues al no haber sido ejercitado, sus energías dormidas yacen inactivas, como las partículas de fuego escondidas que de forma universal se supone que impregnan la materia.

De hecho, al negárseles a las mujeres todos los privilegios políticos y no concedérseles una existencia civil como casadas, a no ser en los casos de delito, han desviado su atención de modo natural del interés del conjunto de la comunidad al de las partes insignificantes, aunque el deber privado de cualquier miembro de la sociedad debe cumplirse de forma muy imperfecta cuando no está conectado con el bien general. La maravillosa tarea de la vida femenina es complacer, y al impedírsele entrar en asuntos más importantes mediante la opresión política y civil, los sentimientos se vuelven acontecimientos y la reflexión profundiza lo que debería haberse borrado, y habría sido así, si se hubiera permitido al entendimiento ocupar una mayor extensión.

Pero confinadas a ocupaciones nimias, absorben con naturalidad las opiniones que inspira la única clase de lectura calculada para interesar a una mente inocente y frívola. Incapaces de comprender nada grandioso, ¿resulta sorprendente que encuentren la lectura de la historia una tarea ardua y las disquisiciones dirigidas al conocimiento intolerablemente tediosas y apenas inteligibles? Así, dependen por necesidad de los novelistas para su entretenimiento. Sin embargo, cuando exclamo contra los novelistas, lo hago al compararlos con aquellas obras que excitan el entendimiento y regulan la imaginación. Porque considero mejor cualquier tipo de lectura que dejar que algo en blanco lo siga estando, porque la mente puede recibir cierto desarrollo y obtener alguna fuerza mediante una ligera ejercitación de sus poderes pensantes; además, hasta las producciones que solo se dirigen a la imaginación

elevan al lector un poco de la tosca satisfacción de los apetitos, a los que la mente no ha proporcionado una sombra de delicadeza.

Esta observación es el resultado de la experiencia, ya que he conocido a varias mujeres notables, a una en particular, que era muy buena, tanto como una mente tan estrecha como la suya le permitía ser, que puso gran cuidado en que sus tres hijas nunca leyeran una novela. Como era una mujer de fortuna y elegante, tenía varios maestros que las atendían y una especie de gobernanta servil que vigilaba sus pasos. De los maestros aprendían cómo se decía mesa, sillas, etc., en francés e italiano, pero como los pocos libros arrojados en su camino estaban muy por encima de sus capacidades o eran piadosos, no adquirieron ideas ni sentimientos, y pasaban el tiempo, cuando no se las obligaba a repetir palabras, en vestirse, pelearse entre ellas o conversar con sus sirvientas a hurtadillas, hasta que llegaron a la edad casadera y se las introdujo en sociedad.

Su madre, que era viuda, se ocupó todo ese tiempo en mantener sus conexiones, como denominaba a sus numerosos conocidos, por miedo a que sus hijas carecieran de una introducción adecuada en el gran mundo. Y esas señoritas, con unas mentes vulgares en todos los sentidos de la palabra y unos caracteres echados a perder, se introdujeron en la vida hinchadas por el sentimiento de su importancia y miraban con desprecio a quienes no podían competir con ellas en vestuario y ostentación.

Con respecto al amor, la Naturaleza, o sus niñeras, se habían cuidado de enseñarles el significado físico de la palabra y, como tenían pocos temas de conversación, y menos aún delicadeza de sentimientos, expresaban sus toscos deseos con frases no muy suaves cuando hablaban con franqueza del matrimonio.

¿Podía perjudicar a estas muchachas la lectura de novelas? Casi me olvido de una sombra que había en el carácter de una de ellas: simulaba una simpleza cercana a la necedad, y con una sonrisa tonta expresaba las preguntas y los comentarios más inmodestos, cuyo significado pleno había aprendido mientras se hallaba retirada del mundo, y tenía miedo de hablar en presencia de su madre, que gobernaba con mano dura. Todas ellas fueron educadas, según ella misma se enorgullecía, del modo más ejemplar y leían sus capítulos después de desayunar, sin tocar nunca una tonta novela.

Este es solo un ejemplo, pero recuerdo a muchas otras mujeres que han sido niñas grandes por no haber sido dirigidas poco a poco a los estudios apropiados y no haberseles permitido elegir por sí mismas, o que han obtenido, al mezclarse en el mundo, poco de lo que habitualmente se denomina sentido común; es decir, una manera precisa de ver los hechos, según sus diferencias; pero lo que merece el nombre de intelecto, el poder de

hacerse con ideas generales o abstractas, o incluso con ideas intermedias, estaba fuera de cuestión. Sus mentes estaban en reposo, y cuando no las estimulaban objetos sensibles u ocupaciones de ese tipo, se deprimían y lloraban o se iban a dormir.

Así pues, cuando aconsejo a mi sexo que no lea esas obras endebles, es para inducirlas a leer algo superior, pues coincido en opinión con un hombre sagaz que tenía una hija y una sobrina a su cuidado y siguió un plan muy diferente con cada una.

La sobrina, que tenía habilidades considerables, se había abandonado a lecturas inconexas, antes de que quedara bajo su custodia. Se esforzó por encauzarla hacia los ensayos morales y la historia, pero a su hija, a quien una madre débil y cariñosa había mimado y, en consecuencia, era remisa a cualquier cosa semejante a la dedicación, le permitió leer novelas. Y acostumbraba a justificar esta conducta diciendo que si obtenía lo más mínimo de su lectura, tendría alguna base sobre la que empezar a construir, y que las opiniones erróneas eran mejores que ninguna.

De hecho, la mente femenina se ha descuidado tanto, que solo se podía obtener conocimiento de esta fuente enlodada, hasta que a fuerza de leer novelas, algunas mujeres de talentos superiores aprendieron a desdeñarlas.

Creo que el mejor método que puede adoptarse para corregir el gusto por las novelas es ridiculizarlas, no de modo indiscriminado, porque entonces tendría poco efecto, pero si una persona juiciosa, con cierto sentido del humor, leyera algunas a una joven y señalara, mediante la entonación y comparaciones apropiadas con hechos conmovedores y caracteres heroicos de la historia, de qué modo tan necio y ridículo caricaturizan la naturaleza humana, opiniones justas sustituirían a los sentimientos románticos.

Sin embargo, la mayoría de ambos sexos se parece en un aspecto y muestra por igual una carencia de gusto y modestia. Las mujeres ignorantes, forzadas a ser castas para preservar su reputación, permiten que su imaginación se recree en las escenas artificiales y engañosas esbozadas por los novelistas presentes, que desprecian por insípida la dignidad sobria y las gracias de las matronas de la historia, mientras que los hombres llevan el mismo gusto viciado a la vida y huyen de los encantos sencillos de la virtud y la grave respetabilidad del juicio a las mujeres impúdicas.

Además, la lectura de las novelas hace que a las mujeres, y de modo particular a las damas elegantes, les guste utilizar en la conversación expresiones potentes y superlativos y, aunque la vida artificial y disipada que llevan evita que fomenten alguna pasión fuerte y legítima, los tonos afectados de su lenguaje se deslizan a todas horas de su lengua suelta, y cualquier nimiedad produce esas explosiones fosfóricas que solo parodian en la

oscuridad la llama de la pasión.

SECCIÓN III

La ignorancia y la astucia equivocada que la Naturaleza agudiza en las cabezas débiles como un principio de autoconservación hacen que a la mujer le gusten mucho los vestidos y produce toda la vanidad que puede esperarse que tal inclinación genere de modo natural, hasta la exclusión de la emulación y la magnanimidad. Estoy de acuerdo con Rousseau en que la parte física del arte de seducir estriba en los adornos, y por esa misma razón yo guardaría a las niñas de esa inclinación contagiosa hacia los vestidos, tan común entre las mujeres débiles, que quizá en ellas no resida en la parte física. Además, débiles son las mujeres que imaginan que su encanto puede perdurar sin la ayuda de la mente o, en otras palabras, sin el arte moral de complacer. Pero el arte moral, si no resulta una profanación utilizar la palabra arte cuando se alude a la gracia que es un efecto de la virtud y no el motivo de acción, nunca se puede encontrar con la ignorancia; la naturalidad de la inocencia, tan placentera para los libertinos refinados de ambos sexos, es muy diferente en esencia de esta gracia superior.

En los estados bárbaros, siempre se aprecia una fuerte inclinación por los adornos externos, y solo se adornan los hombres, no las mujeres, ya que, hasta ahora, donde se permite que estas se sitúen al nivel de los hombres, la sociedad ha avanzado, al menos, un paso en civilización.

Así pues, creo que la atención hacia el vestido, que se había considerado una inclinación sexual, es una inclinación natural del género humano. Pero debo explicarme con mayor precisión. Cuando la mente no está desarrollada lo suficiente para obtener placer en la reflexión, el cuerpo se adornará con un cuidado diligente y aparecerá la ambición en su tatuaje o pintura.

Esta inclinación primaria lleva tan lejos, que ni siquiera el yugo infernal de la esclavitud puede sofocar el deseo salvaje de admiración que los héroes negros heredan de sus padres, ya que los ahorros duramente ganados de un esclavo se gastan por lo común en alguna gala llamativa. Y apenas he conocido algún sirviente, masculino o femenino, que no le atrajera de manera particular la indumentaria. Sus ropas eran sus riquezas y, por analogía, argumento que la inclinación hacia los vestidos, tan extravagante en las mujeres, surge de la misma causa: la carencia de una mente cultivada. Cuando se encuentran los hombres, hablan de negocios, de política o de literatura, pero Swift dice: «con cuánta naturalidad las mujeres tocan las cintas y los volantes de la otra». Y es muy natural, ya que no tienen ningún negocio que les interese, no les gusta la literatura y encuentran la política árida, porque no han adquirido un amor por la humanidad al desviar sus pensamientos hacia las grandes empresas que exaltan la raza humana y promueven la felicidad

general.

Además, son varios los senderos hacia el poder y la fama que los hombres emprenden por accidente o elección, y aunque chocan unos contra otros, pues es difícil que los hombres de la misma profesión sean amigos, existe un número mucho más grande de semejantes con los que nunca colisionan. Pero las mujeres están situadas de modo muy distinto unas respecto de las otras, ya que todas son rivales.

Antes del matrimonio, su ocupación es agradar a los hombres, y después, con pocas excepciones, siguen la misma escena con toda la pertinacia perseverante del instinto. Ni siquiera las mujeres virtuosas olvidan nunca su sexo cuando están en compañía, porque siempre intentan hacerse agradables. Una belleza femenina y un ingenio masculino parecen hallarse ansiosos por igual de atraer la atención de la compañía hacia sí mismos, y es proverbial la animosidad de los ingenios contemporáneos.

¿Es entonces sorprendente que cuando la única ambición de la mujer se centra en la belleza y el interés da a la vanidad una fuerza adicional, se asegure una rivalidad perpetua? Todas corren en la misma carrera y sobrepasarían la virtud de los mortales si no se miraran con ojos sospechosos y hasta envidiosos.

Una inclinación inmoderada hacia el vestido por placer y por dominio es la pasión de los salvajes; las pasiones que ocupan a esos seres incivilizados que aún no han extendido el dominio de la mente o ni siquiera han aprendido a pensar con la energía necesaria para concatenar esa sucesión abstracta de pensamientos que producen los principios. Y creo que es indiscutible el hecho de que las mujeres, debido a su educación y al estado actual de la vida civilizada, se encuentran en la misma situación. Luego reírse de ellas o satirizar las necesidades de un ser al que nunca se ha permitido actuar con libertad según la luz de su propia razón es tan absurdo como cruel, porque lo más natural y cierto es que tratarán de eludir astutamente la autoridad aquellos a quienes se les enseñe a respetarla a ciegas.

No obstante, que se pruebe que debe obedecer al hombre sin reservas y de inmediato estaré de acuerdo con que es un deber de la mujer cultivar su inclinación por el vestido para complacer y por la astucia en virtud de su propia conservación.

Con todo, deben desecharse las virtudes que se sustentan en la ignorancia, ya que una casa construida sobre la arena no podría soportar una tormenta. Resulta casi innecesario hacer la inferencia. Si se ha de hacer virtuosas a las mujeres mediante la autoridad, lo que es una contradicción de términos, encerrémoslas en serrallos y vigilémoslas con mirada celosa. Sin miedo a que el hierro entre en sus almas, puesto que las almas que pueden soportar tal

tratamiento están compuestas por materiales maleables, con apenas la animación justa para dar vida al cuerpo.

Materia demasiado blanda para guardar una marca duradera

Se la distingue mejor por ser morena, castaña o rubia.

SECCIÓN IV

Se supone que las mujeres poseen más sensibilidad, e incluso humanidad, que los hombres y se aportan como pruebas sus fuertes vínculos y sus emociones de compasión instantáneas; pero rara vez hay algo noble en el afecto persistente de la ignorancia y quizá más bien se transforme en egoísmo, al igual que el de los niños y los animales. He conocido a muchas mujeres débiles, cuya sensibilidad estaba totalmente enfrascada en sus maridos y, en cuanto a su humanidad, también era muy tenue o, mejor, solo una emoción pasajera de compasión. La humanidad no consiste «en un oído remilgado — dice un eminente orador—. Es propio de la mente tanto como de los nervios».

Pero esta especie de afecto exclusivo, aunque degrada al individuo, no puede aducirse como una prueba de la inferioridad del sexo, ya que es la consecuencia natural de unas perspectivas limitadas. Ni siquiera las mujeres que poseen un juicio superior, al tener su atención dirigida a pequeñas tareas y planes privados, se elevan al heroísmo, a menos que las espolee el amor. Y este, como pasión heroica, al igual que el genio, aparece solo una vez en un siglo. Por lo tanto, estoy de acuerdo con el moralista que afirma «que la mujer rara vez alcanza al hombre en generosidad», y en que sus afectos limitados, a los que se sacrifica a menudo la justicia y la humanidad, hacen al sexo inferior en apariencia, en especial cuando son los hombres los que por lo común los inspiran. Pero sostengo que el corazón se expandiría a la vez que el entendimiento ganara vigor, si no se oprimiera a las mujeres desde la cuna.

Sé que una sensibilidad escasa y una gran debilidad producirán un afecto sexual muy fuerte y que la razón debe cimentar la amistad. En consecuencia, concedo que ha de encontrarse mayor amistad en el mundo masculino que en el femenino, y que los hombres tienen un sentido mayor de la justicia. De hecho, los afectos exclusivos de las mujeres parecen asemejarse al injusto amor de Catón por su pueblo. Quería aplastar Cartago no por salvar a Roma sino por promover su vanagloria, y, en general, se sacrifica a la humanidad por principios similares, ya que los deberes genuinos se apoyan mutuamente.

Además, ¿cómo pueden ser las mujeres justas o generosas, cuando son las esclavas de la injusticia?

SECCIÓN V

Como se ha insistido en que el destino propio de la mujer es la crianza de

los hijos, esto es, el establecimiento de los cimientos para que la generación en ciernes posea una salud sólida tanto de cuerpo como de alma, la ignorancia que las incapacita resulta contraria al orden de las cosas. Y sostengo que sus mentes pueden dar mucho más de sí o nunca se convertirán en madres juiciosas. Muchos hombres se ocupan de la cría de caballos y supervisan la organización del establo, pero por una extraña carencia de sentido y sentimientos, se creerían degradados si prestaran alguna atención a sus hijos pequeños. Así, ¡cuántos niños son asesinados por la ignorancia de las mujeres! Pero cuando se escapan y no los destruye la negligencia desnaturalizada ni el cariño ciego, ¡a qué pocos se dirige de modo apropiado, con respeto hacia la mente infantil! Para quebrar su resistencia, al permitir que se vicie en casa, se manda al niño a la escuela. Allí, los métodos utilizados, que deben mantener en orden a muchos niños, esparcen las semillas de casi todos los vicios en la tierra roturada a la fuerza.

A veces, he comparado las luchas de estos pobres niños que nunca han sentido el freno o a los que nunca se ha sujetado con mano firme con los saltos desesperados de una potranca briosa que he visto domar atada a una cuerda: sus patas se hundían cada vez más en la arena cuando se esforzaba por desmontar a su jinete, hasta que al fin se sometía de mal humor.

Siempre me han parecido muy manejables los caballos, animales por los que siento cariño, cuando se los trata con humanidad y calma, tanto que dudo de que los métodos violentos que se utilizan para domarlos no los dañen de modo sustancial. Sin embargo, estoy segura de que no debe amansarse a un niño a la fuerza si se le ha consentido correr libre sin tino, ya que toda violación de la justicia y la razón en su tratamiento debilita su raciocinio. Y el temperamento se forma tan pronto, que la base del carácter moral, según me lleva a inferir la experiencia, se fija antes de los siete años, periodo durante el que se permite que los niños estén bajo la única dirección de las mujeres. Después sucede con demasiada frecuencia que la mitad de la tarea de educar —y se hace de modo muy imperfecto cuando es a la ligera— consista en corregir los defectos que nunca habrían adquirido si sus madres hubieran poseído un entendimiento mayor.

No debe omitirse un ejemplo muy hiriente de la necedad de las mujeres: el modo en el que tratan a los sirvientes en presencia de los niños, permitiéndoles suponer que deben servirlos y soportar sus humores. A un niño siempre se le debe hacer que reciba ayuda de un hombre o una mujer como un favor; y, como primera lección de independencia, se le debe enseñar en la práctica, mediante el ejemplo de su madre, a no demandar esa asistencia personal cuyo requerimiento constituye una ofensa a la humanidad cuando se está sano. Y en lugar de conducirlo a asumir aires de importancia, el sentido de su propia debilidad le debe hacer percibir en primer lugar la igualdad natural del

hombre. Sin embargo, con cuánta frecuencia he oído indignada llamar a los servidores con urgencia para que lleven a los niños a la cama y se los ha despedido, una y otra vez, porque el señor o la señorita se colgaban de mamá para quedarse un poquito más. Así, al hacer que la servidumbre atienda al pequeño ídolo, se exhibían todos los humores más desagradables que caracterizan a un niño mimado.

En resumen, si hablamos de la mayoría de las madres, dejan por entero el cuidado de sus hijos a la servidumbre o, por ser sus hijos, los tratan como si fueran semidioses, aunque siempre he observado que las mujeres que se comportan de este modo rara vez demuestran la humanidad que es común hacia los sirvientes o sienten la menor ternura por un niño que no sea suyo.

No obstante, estos afectos exclusivos y el modo individualista de contemplar las cosas, producido por la ignorancia, son los que mantienen a la mujer por siempre detenida en cuanto a su perfeccionamiento y hacen que muchas de ellas dediquen sus vidas a sus hijos solo para debilitar sus cuerpos y echar a perder sus temperamentos, frustrando también todo plan de educación que un padre más racional pudiera adoptar, pues a menos que la madre colabore, un padre que frene siempre será considerado un tirano.

Pero una mujer de constitución sana que cumple con las obligaciones de una madre debe seguir manteniendo su persona escrupulosamente limpia y ayudar a sostener a su familia, cuando sea necesario, o perfeccionar su mente mediante la lectura y la conversación con ambos sexos sin distinción. Porque la Naturaleza ha ordenado las cosas con tanta sabiduría, que si las mujeres amamantaran a sus hijos, conservarían su propia salud y habría tal intervalo entre el nacimiento de cada hijo que rara vez veríamos una casa llena de niños. Y si guardan un plan de conducta y no malgastan su tiempo en seguir los caprichos de la moda en cuanto al vestido, el manejo de su hogar y de sus hijos no las apartará de la literatura ni les impedirá aficionarse por una ciencia con esa consideración serena que fortalece la mente o practicar alguna de las bellas artes que cultivan el gusto.

Pero las visitas para presumir de las galas, los juegos de cartas y los bailes, por no mencionar el indolente ajeteo de las menudencias matinales, apartan a las mujeres de su obligación para volverlas insignificantes, para volverlas agradables, según la acepción actual de la palabra, a todos los hombres, menos a sus maridos. Porque no se puede decir que perfeccione el entendimiento un conjunto de placeres en los que no se ejercitan los afectos, aunque el mundo se equivoque al llamarlo así; además, mediante estas relaciones sin sentido, que el hábito hace necesarias aun cuando ya no resultan agradables, el corazón se vuelve frío y remiso a la obligación.

No veremos mujeres afectuosas hasta que se establezca una mayor

igualdad en la sociedad; hasta que se confundan los rangos y sean libres, no veremos esa felicidad doméstica dignificada, cuya grandeza sencilla no pueden disfrutar las mentes ignorantes o viciadas. Tampoco se iniciará con propiedad la importante tarea de la educación hasta que deje de preferirse la persona de una mujer a su mente. Sería tan sabio esperar maíz de la cizaña o peras del olmo como esperar que una mujer necia e ignorante sea una buena madre.

SECCIÓN VI

No es necesario decir al lector sagaz, ahora que comienzo mis reflexiones concluyentes, que la discusión de este tema consiste simplemente en establecer unos cuantos principios fundamentales y limpiarlos de los desechos que los oscurecen. Pero, como no todos los lectores son sagaces, se me debe permitir añadir algunos comentarios explicativos para convencer de la razón del tema, esa razón perezosa que toma por verdades las opiniones y las apoya con tesón para ahorrarse la labor de pensar.

Los moralistas han convenido por unanimidad que si la virtud no se nutre con la libertad, nunca obtendrá la fuerza suficiente, y lo que dicen para los hombres lo extienden al género humano, insistiendo en que la moral debe estar fijada a principios inmutables en todos los casos, y no se puede llamar racional o virtuoso a un ser que obedece a otra autoridad que no sea la razón.

Sostengo que, para que las mujeres se conviertan en miembros útiles de la sociedad, se las debe conducir, mediante el cultivo de sus entendimientos a gran escala, a que adquieran un afecto racional por su país, fundado en el conocimiento, ya que es obvio que apenas nos interesamos por lo que no conocemos. Y para dar la importancia debida a este conocimiento general, me he esforzado en mostrar que nunca se cumple de modo apropiado con las obligaciones privadas si el entendimiento no ensancha el corazón, y que la virtud pública es solo un complemento de la privada. Pero las distinciones establecidas en la sociedad socavan ambas, al golpear el oro macizo de la virtud hasta que se convierte solo en el baño de oro del vicio. Porque mientras que la riqueza haga a un hombre más respetable que la virtud, se buscará aquella antes que esta, y mientras que las personas de las mujeres se acaricien cuando su sonrisa boba y pueril muestra ausencia de mente, esta seguirá en barbecho. Además, la verdadera voluptuosidad debe provenir de la mente, pues ¿qué puede igualar las sensaciones producidas por el afecto correspondido, respaldado por el mutuo respeto? ¿Qué son las frías o febriles caricias del apetito, sino el abrazo pecaminoso de la muerte, comparadas con los modestos desbordamientos de un corazón puro y una imaginación exaltada? Además, le diré al libertino imaginativo, cuando desprecia el entendimiento en la mujer, que la mente que desecha da vida al afecto entusiasta del que solo puede brotar, por breve que sea, el éxtasis. Y que, sin

virtud, un afecto sexual expiraría, como una vela de sebo en la palmatoria, creando un hastío intolerable. Para probarlo, solo necesito observar que los hombres sedientos de placer que han malgastado gran parte de sus vidas con mujeres abrigan la opinión más pobre sobre el sexo. ¡Virtud que purificas la dicha, si los hombres necios te hubieran espantado de la tierra para dar rienda suelta a todos sus apetitos, alguna criatura sensual con gusto ascendería al cielo para invitarte a regresar y dar sabor al placer!

Creo que no se puede discutir que, en el presente, la ignorancia ha vuelto a las mujeres necias o viciosas, y parece surgir de la observación, cuando menos con cierto cariz de probabilidad, la idea de que de una REVOLUCIÓN en los modales femeninos podrían esperarse los efectos más saludables, tendentes a mejorar a la humanidad. Porque al igual que se ha denominado al matrimonio el padre de esas bondades cautivadoras que alejan al hombre de los rebaños animales, la relación corrupta que la riqueza, la indolencia y la necesidad producen entre los sexos resulta más perjudicial para la moralidad que todos los otros vicios del género humano considerado en su conjunto. A la lujuria adúltera se han sacrificado los deberes más sagrados, pues, tras el matrimonio, los hombres, mediante su intimidad promiscua con las mujeres, aprendieron a considerar el amor como una satisfacción egoísta, aprendieron a separarlo no solo de la estima, sino del afecto que se fundamenta en el hábito, mezclando cierta humanidad con él. También se desprecian la justicia y la amistad, y está viciada esa pureza mental que llevaría al hombre de forma natural a saborear las muestras sencillas de cariño, en lugar de las apariencias afectadas. Pero esa sencillez noble del afecto que se atreve a aparecer sin adornos tiene poco atractivo para el libertino, a pesar de ser la dicha que, al estrechar el vínculo matrimonial, asegura a las prendas de una pasión más ardiente la atención paternal necesaria; porque no se educará a los hijos con propiedad hasta que exista amistad entre los padres. La virtud huye de un hogar dividido y una legión completa de demonios lo toman por residencia.

El amor de marido y mujer no puede ser puro cuando tienen tan pocos sentimientos en común, y cuando hay poca confianza en casa, como debe ser el caso cuando sus empresas son tan diferentes. Esa intimidad de la que brota la ternura no subsistirá, no podrá subsistir, entre los viciosos.

Así pues, al sostener que es arbitraria la distinción sexual en la que han insistido con tanto ardor los hombres, me he extendido sobre una observación que varios hombres juiciosos con los que he conversado consideran fundada. Se trata simplemente de que la escasa castidad que puede encontrarse entre los hombres, y el consecuente descuido de la modestia, tienden a degradar a ambos sexos; más aún, que lo que se caracteriza como modestia femenina a menudo solo será el velo artificioso de la perversidad, en lugar del reflejo natural de la pureza, hasta que no se respete la modestia de modo universal.

Creo firmemente que la gran mayoría de las necesidades femeninas son consecuencia de la tiranía masculina y me he esforzado por probar que la astucia, que concedo que en el presente forma parte de su carácter, es igualmente producida por la opresión.

¿No fueron, por ejemplo, los disidentes unas personas caracterizadas como astutas con estricta verdad? ¿Y no puedo poner cierto énfasis en esto para probar que cuando una fuerza que no sea la razón controla el libre espíritu del hombre, se practica el disimulo y se provocan de modo natural distintos subterfugios? La gran atención al decoro, que se llevaba a un grado de gran escrupulosidad, y todo ese alboroto pueril sobre nimiedades y la consiguiente solemnidad que la caricatura de un disidente de Butler trae a la imaginación, daban forma a sus personas y a sus mentes con el molde de la mezquindad decorosa. Hablo de modo colectivo, pues sé cuántos valores de la naturaleza humana han entrado en las filas de los sectarios. Además, sostengo que los mismos prejuicios estrechos para sus sectas que las mujeres tienen para sus familias prevalecen en la parte disidente de la comunidad, por muy valiosa que sea en otros aspectos, y también que la misma tímida prudencia o los esfuerzos obstinados deshonran con frecuencia las obras de ambos. Así, la opresión forma muchos de los rasgos de su carácter para que coincida a la perfección con los de la parte oprimida de la humanidad, pues ¿no es conocido que a los disidentes les gustaba, como a las mujeres, deliberar juntos y pedirse consejo, hasta que una complicación de escasa importancia ponía cierto término? Una atención similar para conservar la reputación era notoria en el mundo de las mujeres y en el de los disidentes, y se producía por una causa similar.

Al sostener los derechos por los que las mujeres deben luchar en común con los hombres, no he intentado atenuar sus faltas, sino probar que eran la consecuencia natural de su educación y su posición en la sociedad. Si es así, es razonable suponer que su carácter cambiará y se corregirán sus vicios cuando se las permita ser libres en un sentido físico, moral y civil.

Que la mujer comparta sus derechos y emulará las virtudes del hombre, pues tiene que volverse más perfecta cuando esté emancipada o justificar la autoridad que encadena a ese ser débil a su obligación. En el último caso, sería conveniente establecer con Rusia un nuevo comercio de látigos, un presente que un padre siempre debe hacer a su yerno el día de su boda, con el que un marido puede mantener en orden a toda su familia y, sin violar el reino de la justicia, empuñando este cetro, es el dueño único de su casa, pues es el único en ella que posee razón: la divina e irrevocable soberanía terrenal que el Señor del universo infundió en el hombre. Si se sostiene esta posición, las mujeres no tienen derechos inherentes que reclamar y, por la misma regla, sus deberes se desvanecen, pues derechos y deberes son inseparables.

Luego sé justo, oh tú, hombre de entendimiento, y no señales con mayor

severidad lo que hacen mal las mujeres que las tretas ariscas del caballo o del asno a los que proporcionas comida, y concede el privilegio de la ignorancia a quienes niegas los derechos de la razón, o serás peor que los capataces egipcios al esperar virtud donde la Naturaleza no ha otorgado entendimiento.